

ANDREW LANE

EL JOVEN SHERLOCK HOLMES

LA SANGUIJUELA ROJA



SIRUELA

EL JOVEN SHERLOCK HOLMES

LA SANGUIJUELA ROJA

ANDREW LANE

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades Serie Negra

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2014

Título original: *Young Sherlock Holmes. Red Leech*

Del diseño de la cubierta, www.buerosued.de

© Andrew Lane, 2010

First published 2010 by Macmillan Children's Books a division of Macmillan Publishers Limited

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-61-6

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Dedicado a las tres profesoras que me enseñaron a escribir a lo largo de los años – Sylvia Clark, Eve Wilson e Iris Cannon– y también a los cuatro escritores cuya obra ha sido como una enciclopedia viviente para mí: Stephen Gallagher, Tim Powers, Jonathan Carroll y David Morrell.

Y un especial agradecimiento a:

Marc y Cat Dimmock por animarme; Stella White, Michele Fry, Scott Fraser, A. Kinson, Chris Chalk, Susan Belcher, L. M. Cowan, L. Hay, Stuart Bentley, Mandy Nolan, D. J. Mann y todos los demás que escribieron críticas del primer libro del joven Sherlock Holmes para Amazon justo en el momento en que lo necesitaba para sentirme más tranquilo escribiendo, y a Dominic Kingston y Joanne Owen de Macmillan por cuidar tantísimo de mí.

Gracias a todos.

LA SANGUIJUELA ROJA

Prólogo

James Hillager pensó que alucinaba cuando vio por primera vez la sanguijuela gigante.

En la selva de Borneo hacía tanto calor y había tanta humedad que parecía que estuviera en un baño turco. Tenía la ropa empapada, y el vapor de agua en la atmósfera no permitía que el sudor se evaporase y le goteaba sin cesar de los dedos y la nariz, o le resbalaba por el cuerpo y se acumulaba en cualquier sitio donde su ropa le tocara la piel. Sus botas estaban tan llenas de agua que podía oír un chapoteo a cada paso que daba. El cuero se acabaría pudriendo en unas semanas si aquello seguía así. En su vida se había sentido tan desanimado e incómodo.

El calor hacía que le diera vueltas la cabeza, y fue eso –y el hecho de que estuviera deshidratado y no hubiera comido bien durante días– lo que le hizo pensar que se trataba de una alucinación. Llevaba un rato oyendo voces en los árboles que había a su alrededor: voces susurrantes que hablaban sobre él y se reían. Una parte de su mente le decía que era solo el sonido del viento en las hojas, pero otra parte quería gritar y pedirles que se callaran. Y quizá dispararles luego si no obedecían.

Ya había visto animales que le habían dejado boquiabierto. Puede que fueran reales; pero también puede que fueran alucinaciones. Había visto monos con narices enormes y protuberantes; ranas del tamaño de su pulgar de color naranja chillón, rojo o azul; un elefante adulto completamente formado que le llegaba a la altura del hombro; y un animal parecido al cerdo con el pelo negro y un hocico alargado, puntiagudo y flexible. ¿Cuántos de ellos eran reales y cuántos un producto de su mente febril?

Will Gimson se detuvo a su lado, se inclinó con las manos en las rodillas y empezó a aspirar profundas bocanadas de aire húmedo.

–Tengo que parar un momento –dijo, jadeante–. Me cuesta mucho moverme.

Hillager aprovechó la ocasión para limpiarse la frente con un pañuelo que probablemente estaba más mojado que su cara. Tal vez las alucinaciones se debían a que había contraído alguna fiebre tropical. En aquellos bosques de Borneo se podían coger multitud de enfermedades extrañas. Había oído hablar de hombres a los que, después de darlos por perdidos en la jungla, volvían como si tal cosa tras llevar semanas desaparecidos, con la piel de la cara cubierta de pústulas o prácticamente despegándose del hueso.

Miró nervioso a su alrededor. Incluso los árboles parecían burlarse de él. Tenían los troncos retorcidos y llenos de nudos, y unas plantas y enredaderas más pequeñas salían de ellos como si fueran parásitos. Crecían tan cerca unas de otras que no podía ver el cielo, y la única luz que se filtraba era difusa y tenía un tono verdoso.

Empezó a tiritar pese al calor que hacía. No estaría en aquel terrible lugar si no temiera

aún más a su jefe.

—Dejémoslo por hoy —rogó. No quería pasar ni un minuto más en aquella jungla. Solo ansiaba regresar al puerto, cargar los animales enjaulados que habían cazado y volver a la civilización—. No está aquí. Ya tenemos suficientes animales para hacerle feliz. Olvidémonos de este. Ni se va a dar cuenta.

—Ah, ya lo creo que se dará cuenta —dijo seriamente Gimson—. Si volvemos sin un bicho, ese será justo el que él quería.

Hillager estaba a punto de discutir con él cuando Gimson añadió:

—¡Espera! ¡Creo que he visto uno!

Hillager se movió cerca de su compañero, que seguía agachado pero estaba mirando fijamente al pie de uno de los árboles.

—¡Mira! —exclamó, y señaló algo.

Hillager siguió la dirección a la que apuntaba el dedo de Gimson. Ahí, en un charco de agua entre dos raíces de un árbol, estaba lo que parecía un coágulo de sangre rojo intenso del tamaño de su mano, brillando bajo la tenue luz del sol.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Así es como Duque dijo que sería. Exactamente como él dijo que sería.

—¿Y qué hacemos?

En lugar de responder, Gimson alargó la mano y cogió aquella cosa entre el dedo índice y el pulgar. Lo levantó y vio cómo caía sin vida hacia un lado. Hillager lo miró fascinado.

—Sí —dijo Gimson mientras le daba la vuelta y lo examinaba de cerca—. Mira. Ahí está la boca, o la ventosa, o como se llame. Tres dientes alrededor del borde. Y el otro extremo también tiene una ventosa. Así es como se agarra: se adhiere por los dos lados.

—Y te chupa la sangre —dijo Hillager en tono amenazante.

—Y chupa la sangre de cualquier cosa que pase delante de él lo bastante despacio como para poder agarrarse a ella —explicó Gimson—. Esos elefantes diminutos, esa especie de tapir con el hocico puntiagudo, cualquier cosa.

Hillager observó cómo la sanguijuela cambiaba de forma y se iba haciendo cada vez más larga y delgada. Cuando Gimson la cogió era prácticamente redonda, pero en ese momento se parecía más a un gusano gordo. Él seguía sujetándola con los dedos muy cerca de la cabeza, si el trozo de la boca se podía considerar una cabeza.

—¿Qué hace con ellas? —preguntó Hillager—. ¿Por qué manda a la gente hasta aquí para cogerlas?

—Dice que oye cómo gritan su nombre —respondió Gimson—. Y en cuanto a lo que hace con ellas, no creo que quieras saberlo. —Se acercó más a la criatura y la examinó detenidamente. Esta se agitó hacia él, a ciegas pero percibiendo de algún modo la sangre caliente—. Lleva tiempo sin comer.

—¿Cómo lo sabes?

—Está buscando algo a lo que agarrarse.

—¿La dejamos? —preguntó Hillager—. ¿Y buscamos otra mañana? —Esperaba que Gimson dijera que no, porque no estaba dispuesto a pasar más tiempo en esa jungla.

—Es la primera que vemos en una semana —respondió Gimson—. Podría pasar más

tiempo antes de que viéramos otra. No, tenemos que cogerla. Tenemos que llevarla de vuelta a casa.

—¿Sobrevivirá al viaje?

Gimson se encogió de hombros.

—Probablemente. Si la alimentamos antes de regresar.

—De acuerdo. —Hillager miró a su alrededor—. ¿Qué propones? ¿Un mono? ¿Uno de esos cerdos raros?

Gimson no dijo nada.

Hillager se dio la vuelta y vio que Gimson le estaba mirando fijamente y tenía una expresión extraña en la cara, que en parte reflejaba compasión pero sobre todo repugnancia.

—Propongo —dijo Gimson—, que te remangles la camisa.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Hillager.

—No. Soy el rastreador y el guía —explicó Gimson—. ¿Cuál crees que era tu función en esta expedición? Venga, remángate. Este horror necesita sangre, y la necesita ya.

Muy despacio, sabiendo cómo reaccionaría Duque si averiguaba que Hillager había dejado morir a su sanguijuela en lugar de alimentarla, empezó a remangarse la camisa.

Capítulo 1

–¿Has pensado alguna vez en las hormigas? –preguntó Amyus Crowe.

Sherlock negó con la cabeza.

–Aparte de cuando las veo subir a los sándwiches de mermelada en las excursiones, no puedo decir que haya reflexionado mucho sobre ellas.

Los dos estaban paseando por el campo de Surrey. El sol caía sobre la nuca de Sherlock como un ladrillo. Un intenso aroma a flores y heno recién cortado parecía flotar en el aire a su alrededor.

Una abeja pasó zumbando cerca de su oreja y él se estremeció. Se podía decir que tenía sentimientos encontrados respecto a las hormigas, pero las abejas le seguían asustando.

Crowe se rio.

–¿Qué os pasa con los sándwiches de mermelada? –preguntó entre risas–. Creo que los hábitos de alimentación británicos tienen un punto infantil que no posee ningún otro país. Pasteles al vapor, sándwiches de mermelada –sin corteza, claro– y verduras hervidas durante tanto tiempo que no son más que una plasta con sabor a algo. Es comida para la que no se necesitan dientes.

Sherlock sintió una punzada de irritación.

–¿Y qué tiene de maravilloso la comida norteamericana? –preguntó, cambiando de postura en el muro de piedra seco en el que estaba sentado. Delante de él, el terreno bajaba en cuesta hacia un río que se perdía a lo lejos.

–Los bistecs –dijo Crowe sin más. Estaba apoyado en la pared, que le llegaba a la altura del pecho. Tenía los brazos cruzados y la mandíbula cuadrada sobre ellos, y su sombrero de ala ancha le protegía los ojos del sol. Vestía su habitual traje blanco de lino–. Grandes bistecs a la parrilla. Asados como es debido para que todo el borde esté crujiente, no pasados por encima de una vela como hacen los franceses. Y tampoco bañados en una salsa cremosa de brandy, como también hacen los franceses. No hace falta tener la inteligencia de un arzobispo para cocinar y servir un bistec en condiciones, así que ¿por qué fuera de Estados Unidos nadie puede hacerlo bien? –Suspiró, y su buen carácter rebotante de vitalidad se desvaneció de pronto y dejó al descubierto una inesperada tristeza desprovista de vida.

–¿Echas de menos Estados Unidos? –preguntó Sherlock.

–Llevo fuera demasiado tiempo, más del que ningún hombre debería estar. Y sé que Virginia también echa de menos su país natal.

Sherlock solo podía pensar en una cosa: la hija de Crowe, Virginia, montando su caballo Sandía, con el pelo cobrizo cayéndole por la espalda como una llama que fuese

tras ella.

—¿Cuándo vais a volver? —preguntó, y esperó que no fuera pronto. Se había acostumbrado a ambos, a Crowe y a Virginia. Le gustaba que formaran parte de su vida desde que lo habían mandado a vivir con sus tíos.

—Cuando mi trabajo aquí haya terminado. —Una sonrisa enorme le surcó la cara arrugada y curtida y le cambió el humor—. Y cuando considere que he cumplido mi deber con tu hermano enseñándote todo lo que sé. Venga, vamos a hablar de hormigas.

Sherlock suspiró, resignándose a otra de las lecciones improvisadas de Crowe. El corpulento norteamericano podía servirse de cualquier cosa, tanto si estaba en el campo como si estaba en la ciudad o en casa de alguien, y utilizarlo como trampolín para una pregunta, un problema o un acertijo lógico. Estaba empezando a molestarle.

Crowe se enderezó y miró detrás de él.

—Creí haber visto a algunos de esos bichitos —dijo mientras se acercaba a un pequeño montón de tierra seca que parecía una colina en miniatura sobre un trozo de hierba. Sherlock no se dejó engañar. Seguramente Crowe las hubiera visto al subir y hubiera tomado nota de ellas como material para su siguiente clase práctica.

Sherlock bajó del muro de un salto y fue andando hacia donde estaba Crowe.

—Un hormiguero —dijo con desgana. Unos puntitos negros deambulaban sin rumbo fijo alrededor del montículo de arena.

—En efecto. La prueba visible de que hay un montón de pequeños túneles debajo que los bichitos han excavado pacientemente. Ahí debajo, en algún lugar, encontrarás miles de huevos blancos diminutos, todos ellos puestos por una hormiga reina que se pasa la vida bajo tierra y nunca ve la luz del día.

Crowe se agachó y le hizo un gesto a Sherlock para que hiciera lo mismo.

—Mira cómo se mueven las hormigas —dijo—. ¿Qué te hace pensar?

Sherlock las observó durante un rato. Dos hormigas iban en la misma dirección, y de pronto cada una parecía cambiar de rumbo sin previo aviso ni razón aparente.

—Se mueven de forma aleatoria —contestó—. O reaccionan ante algo que no podemos ver.

—Lo más probable es que sea la primera explicación —dijo Crowe—. Se llama «el andar del borracho» y es sin duda una buena manera de recorrer una distancia cuando estás buscando algo. La mayoría de la gente, cuando inspecciona un área determinada, caminará solo en línea recta, cruzando de un lado a otro, o la dividirá en una cuadrícula y registrará cada cuadrado por separado. Esas técnicas por lo general garantizarán el éxito a la larga, pero las probabilidades de encontrar rápidamente lo que sea que haya ahí aumentan usando este modo aleatorio de recorrer una distancia. Se llama «el andar del borracho» —repitió—, por la forma en que camina un hombre cuando se ha puesto ciego de whisky, con las piernas yendo cada una por su lado y la cabeza moviéndose en una dirección totalmente diferente. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo—. Pero volviendo a las hormigas: mira lo que hacen una vez que encuentran algo interesante.

Le enseñó a Sherlock lo que tenía en la mano. Era un bote de cerámica con una tapa

de papel encerado sujeta con una cuerda.

–Miel –dijo antes de que Sherlock pudiera preguntar–. La he comprado en el mercado. –Desató la cuerda y quitó el papel–. Siento si esto te trae malos recuerdos.

–No te preocupes –dijo Sherlock. Se agachó y se arrodilló junto a Crowe–. ¿Debo preguntar por qué estás vagando por ahí con un frasco de miel en el bolsillo?

–Uno nunca sabe lo que puede venirle bien –contestó Crowe, sonriendo–. O quizá planeé todo esto con antelación. Tú eliges.

Sherlock sonrió y negó con la cabeza.

–La miel es básicamente azúcar, además de un montón de cosas más –continuó Crowe–. A las hormigas les encanta el azúcar. La llevan de vuelta al nido para alimentar a la reina y a las pequeñas larvas que salen de los huevos.

Crowe metió el dedo en la miel y Sherlock observó que estaba líquida debido al calor; luego sacó una enorme gota brillante y la dejó caer al suelo. Cayó encima de una mata de hierba y se quedó ahí colgando durante un rato antes de que unas hebras relucientes se hundieran en la tierra formando una especie de garabato.

–Ahora vamos a ver lo que hacen estos bichitos.

Sherlock observó cómo las hormigas seguían deambulando sin rumbo; algunas trepaban por las briznas de hierba y se quedaban un rato colgando boca abajo y otras buscaban comida entre los granos de arena. Al cabo de un momento, una de ellas atravesó una hebra de miel. Se detuvo a mitad de camino. Por un instante Sherlock pensó que se había quedado atascada, pero ella merodeó a lo largo de la hebra, se movió hacia atrás y después metió la cabeza como si fuera a beber.

–Está cogiendo toda la que pueda llevar –dijo Crowe en tono familiar–. Ahora regresará a donde están las demás. –Y, en efecto, la hormiga pareció volver sobre sus pasos, pero en lugar de dirigirse directamente al nido siguió vagando de un lado para otro. Tardó unos minutos, y Sherlock estuvo a punto de perderla de vista un par de veces mientras se cruzaba con otros grupos de hormigas, pero al final llegó al montón de tierra seca y desapareció en un agujero lateral.

–¿Y ahora qué? –quiso saber Sherlock.

–Mira la miel –dijo Crowe.

Diez, tal vez quince hormigas, ya la habían descubierto y la estaban probando. Otras seguían uniéndose a la multitud. Cuando llegaban, algunas se alejaban y se dirigían distraídamente al nido.

–¿Qué ves? –preguntó Crowe.

Sherlock inclinó la cabeza para fijarse bien.

–Parece que las hormigas tardan cada vez menos en volver al nido –dijo sorprendido.

Al cabo de unos minutos había dos filas paralelas de hormigas que se movían entre la miel y el nido. El deambular azaroso había sido sustituido por un recorrido intencionado.

–Bien –respondió Crowe con aprobación–. Ahora vamos a intentar un pequeño experimento.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel del tamaño aproximado de su mano. Lo colocó en el suelo a medio camino entre el nido y la miel. Las hormigas

cruzaron el papel al volver al nido como si ni siquiera lo hubieran visto.

—¿Cómo se comunican? —preguntó Sherlock—. ¿Cómo le dicen dónde está la miel las hormigas que la han encontrado a las que están en el nido?

—No lo hacen —respondió Crowe—. El hecho de que vuelvan con miel es una señal de que hay comida fuera, pero no pueden hablar unas con otras, no pueden leerse la mente ni señalar con esas patitas que tienen. Se trata de algo mucho más inteligente. Deja que te lo enseñe.

Crowe se agachó y dobló hábilmente el trozo de papel formando un ángulo de noventa grados. Las hormigas que ya estaban encima se alejaban por el borde y daba la impresión de que andaban perdidas y vagaban sin rumbo, pero Sherlock se quedó fascinado al ver que las que llegaban de nuevas lo atravesaban hasta llegar al medio, luego se daban la vuelta y se iban por donde habían venido hasta que llegaban al borde, y empezaban a deambular también.

—Están siguiendo un camino —dijo en voz baja—. Un camino que ellas pueden ver pero nosotros no. De alguna manera, las primeras hormigas lo han marcado y el resto lo ha seguido, y cuando le has dado la vuelta al papel continuaban siguiendo el camino, sin saber que ahora conduce a otra parte.

—Así es —dijo Crowe con un gesto de aprobación—. Se supone que se trata de una especie de sustancia química. Cuando la hormiga lleva comida va dejando su rastro tras ella. Imagina que lleva un trapo impregnado con algo que huela muy fuerte, como el anís, pegado a una de sus patas, y a las otras hormigas siguiendo el rastro anisado por inercia como si fueran perros. Debido al efecto del «andar del borracho», la primera hormiga dará vueltas por todas partes antes de encontrar el nido. A medida que van encontrando la miel, algunas hormigas toman caminos más largos hasta el nido y otras más cortos. Como los recorren más hormigas, los caminos más cortos están cada vez más marcados gracias a la sustancia química, porque llegan antes y porque vuelven más rápido; y los más largos, los que dan un gran rodeo, desaparecen porque no funcionan tan bien. Al final acabas teniendo un camino prácticamente recto. Y puedes demostrarlo haciendo lo que yo he hecho con el papel. Las hormigas siguen el mismo camino a pesar de que ahora conduce lejos del nido, no hacia él, aunque llegará un momento en el que corrijan su error.

—Increíble —dijo Sherlock en voz baja—. No lo sabía. No es... inteligencia... porque es por instinto y no se comunican entre sí, pero lo parece.

—A veces —observó Crowe—, un grupo es menos inteligente que un individuo. Mira a las personas: una por una pueden ser listas, pero cuando están en medio de una muchedumbre se puede formar una revuelta, especialmente si hay un incidente que lo provoque. Otras veces un grupo muestra un comportamiento más inteligente que un individuo, como en este caso con las hormigas o con los enjambres de abejas.

Se enderezó y se sacudió la tierra de los pantalones de lino.

—El instinto me dice que es casi la hora de comer. ¿Crees que tus tíos podrán hacer un hueco en la mesa para un americano errante?

—Estoy convencido de que sí —contestó Sherlock—. Aunque no estoy tan seguro del

ama de llaves, la señora Eglantine.

–Tú déjamela a mí. Tengo encanto de sobra para desplegar a la primera de cambio.

Volvieron dando un paseo por el campo y atravesaron una arboleda. Crowe le iba señalando a Sherlock grupos de setas y otros hongos comestibles para reafirmar lo que le había enseñado semanas antes. Hasta ese momento, el joven estaba bastante seguro de que podía sobrevivir en medio de la naturaleza comiendo lo que encontrara sin envenenarse.

En media hora llegaron a la mansión Holmes: una casa enorme y bastante imponente ubicada en unos cuantos acres de terreno. Sherlock podía ver la ventana de su habitación en la parte de arriba de la vivienda: un cuarto pequeño e irregular construido debajo de un techo inclinado. No era cómodo, y por la noche nunca tenía ganas de irse a la cama.

Un carruaje estaba parado delante de la entrada principal; su conductor agitaba distraídamente el látigo mientras el caballo pastaba de un morral que le habían colgado alrededor de la cabeza.

–¿Invitados? –preguntó Crowe.

–El tío Sherrinford y la tía Anna no dijeron que fuera a venir nadie a comer –dijo Sherlock, preguntándose quién habría estado antes en aquel coche.

–Bueno, ahora mismo lo averiguaremos –indicó Crowe–. Es una pérdida de energía mental especular sobre algo cuando te van a poner en bandeja la respuesta dentro de un momento.

Llegaron hasta el escalón que conducía a la entrada principal. Sherlock corrió hacia la puerta, que estaba medio abierta, y Crowe le siguió despacio.

El vestíbulo estaba a oscuras y el sol, que brillaba a través de las altas ventanas, lo atravesaba con unos rayos de luz polvorienta. Los óleos que cubrían las paredes eran prácticamente invisibles en la penumbra. El calor del verano era casi una presencia física.

–Le diré a alguien que estás aquí –le dijo Sherlock a Crowe.

–No hace falta –murmuró el americano–. Hay alguien que ya lo sabe. –Hizo un gesto con la cabeza hacia las sombras que había debajo de las escaleras.

Una figura salió de la oscuridad. El vestido negro y su pelo moreno solo se veían compensados por la palidez de la piel.

–Señor Crowe –dijo el ama de llaves–. No tenía constancia de que le estuviéramos esperando.

–Todo el mundo habla de la hospitalidad de la familia Holmes –dijo él pomposamente–, y de las viandas con las que agasaja a los viajeros que pasan por aquí. Y además, ¿cómo podría renunciar a la oportunidad de volver a verla, señora Eglantine?

Ella se sorbió la nariz con desdén y los labios finos se le movieron nerviosamente bajo la nariz afilada.

–Estoy segura de que muchas mujeres sucumben a sus encantos coloniales, señor Crowe –dijo–. Yo no soy una de esas mujeres.

–El señor Crowe se queda comer –afirmó Sherlock, y sintió que le temblaba el corazón cuando la mirada fija y penetrante de la señora Eglantine se posó en él.

–Eso dependerá de sus tíos, no de usted –repuso ella.

—Entonces se lo diré yo mismo. —Se giró hacia Crowe—. Espera aquí mientras pregunto —dijo. Cuando se dio la vuelta, la señora Eglantine había desaparecido entre las sombras.

—Hay algo muy extraño en esa mujer —susurró Crowe—. No actúa como una sirvienta. A veces actúa como si fuera un miembro de la familia. Como si estuviera a cargo de todo.

—No sé por qué mis tíos consienten que se salga con la suya —dijo Sherlock—. Yo no lo permitiría.

Fue hacia el salón y echó un vistazo. Las criadas iban y venían alrededor de los aparadores que había en un extremo de la sala, preparando platos de carne fría, pescado, queso, arroz, encurtidos y distintos tipos de pan que la familia podría servirse al entrar, ya que era el modo habitual de almorzar en la mansión Holmes; pero no había ni rastro de sus tíos. Regresó al vestíbulo y se detuvo un momento antes de llamar a la puerta de la biblioteca.

—¿Sí? —dijo una voz desde dentro; una voz que estaba acostumbrada a ensayar los sermones y discursos que su propietario se pasaba la mayor parte de su vida escribiendo: el tío de Sherlock, Sherrinford Holmes—. ¡Adelante!

Sherlock abrió la puerta.

—El señor Crowe está aquí —dijo cuando entró y vio a su tío sentado frente a un escritorio. Llevaba un traje negro de corte anticuado, y una barba bíblica impresionante le cubría el pecho y flotaba en el papel secante que tenía ante él—. Me preguntaba si sería posible que se quedara a comer.

—Agradeceré la oportunidad de hablar con el señor Crowe —contestó Sherrinford Holmes, pero a Sherlock le distrajo el hombre que estaba de pie junto a las cristaleras abiertas, con la levita larga y el cuello alto recortados por la luz.

—¡Mycroft!

El hermano de Sherlock le saludó muy serio con una inclinación de cabeza, pero tenía un brillo en los ojos que su actitud formal no podía disimular.

—Sherlock —dijo—. Tienes buen aspecto. El campo te sienta francamente bien.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora. Me he bajado en Waterloo y he cogido un carruaje desde la estación.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

Su hermano se encogió de hombros con un ligero movimiento de su cuerpo robusto.

—No me quedaré a dormir, pero quería comprobar si estabas progresando. Y esperaba ver al señor Crowe también. Me alegro de que esté aquí.

—Tu hermano y yo vamos a terminar de hablar de un asunto —dijo Sherrinford—. Luego os veremos en el comedor.

Sherlock cerró la puerta de golpe; claramente le estaban echando. Sintió cómo se le dibujaba una sonrisa en la cara. ¡Mycroft estaba ahí! De repente el día era aún más alegre de lo que había sido un momento antes.

—¿He oído la voz de tu hermano? —gritó Amyus Crowe desde el otro lado del vestíbulo.

—Ese carruaje que está en la puerta es suyo. Ha dicho que quería hablar contigo.

Crowe asintió discretamente con la cabeza.

–Me pregunto por qué –dijo en voz baja.

–El tío Sherrinford ha dicho que te puedes quedar a comer. Y que nos veríamos en el comedor.

–Me parece un buen plan –dijo Crowe alzando un poco la voz, pero su expresión ceñuda contradecía la ligereza de sus palabras.

Sherlock entró primero en el comedor. La señora Eglantine ya estaba ahí, de pie junto a la pared, en la sombra entre dos ventanales. Sherlock no la había visto pasar delante de él en el vestíbulo. Por un momento se preguntó si sería un fantasma capaz de atravesar las paredes, pero enseguida se convenció de que era una estupidez. Los fantasmas no existían.

Ignoró a la señora Eglantine y se dirigió al aparador, cogió un plato y empezó a llenarlo de rodajas de carne y trozos de salmón. Crowe le siguió y empezó a servirse en la otra punta de la mesa.

A Sherlock le seguía dando vueltas la cabeza por la repentina aparición de su hermano mayor. Mycroft vivía y trabajaba en Londres, la capital del Imperio. Era un funcionario que trabajaba para el gobierno, y pese a que solía quitarle importancia a su cargo, diciendo que no era más que un humilde archivero, Sherlock había creído durante un tiempo que era mucho más importante de lo que quería hacerles creer. Cuando estaba en casa con sus padres, antes de que lo mandaran a vivir con sus tíos, su hermano iba a veces desde Londres y se quedaba unos días, y Sherlock se había dado cuenta de que cada día llegaba un hombre en un carruaje con una caja roja. Solo se la daba a Mycroft en persona, y a cambio este le entregaba un sobre que contenía, o eso suponía Sherlock, cartas y memorándums que había escrito basándose en el contenido de la caja del día anterior. Fuera lo que fuese, el gobierno seguía necesitando mantener un contacto diario con él.

Estaba con la boca llena cuando oyó que se abría la puerta de la biblioteca. Momentos después, la figura alta y encorvada de Sherrinford Holmes entró en el comedor.

–Ah, *bróma theôn*! –proclamó en griego, mirando fijamente las mesas.

Le echó una ojeada a Sherlock y dijo:

–Puedes utilizar mi estudio, mi *psychês iatreïon*, para la reunión con tu hermano. –Se volvió hacia Crowe y añadió–: Y ha pedido expresamente que usted les acompañe.

Sherlock dejó su plato y fue con paso rápido a la biblioteca. Crowe le siguió. Tenía las piernas tan largas que enseguida recorrió la distancia pese a que andaba aparentemente despacio.

Mycroft estaba de pie en la misma posición junto a las cristaleras. Sonrió a su hermano, se acercó a él y lo despeinó. La sonrisa se le borró de la cara al ver a Crowe, pero le estrechó la mano.

–Lo primero es lo primero –dijo–. Tras una investigación bastante exhaustiva llevada a cabo por la policía, no hemos encontrado ni rastro del barón Maupertuis. Creemos que ha huido del país cruzando a Francia. La buena noticia es que no hemos encontrado muerto a ningún soldado británico, ni a nadie más, a causa de picaduras de abejas.

–Se puede discutir si el plan de Maupertuis habría funcionado o no –dijo Crowe muy

serio—. Supongo que el hombre era un desequilibrado mental. Pero fue mejor que no corriéramos el riesgo.

—Y el gobierno está agradecido, como era de esperar —respondió Mycroft.

—Mycroft, ¿sabes algo de padre? —espetó Sherlock.

Mycroft asintió con la cabeza.

—Su barco tiene que estar a punto de llegar a la India. Imagino que desembarcará con su regimiento esta semana, pero no creo que recibamos noticias de él, ni de nadie más, durante un mes o dos, conociendo la velocidad de comunicación con aquel lejano continente. Si oigo algo, te lo diré de inmediato.

—¿Y madre?

—Tiene una salud delicada, como ya sabes. Por el momento está estable, pero necesita descansar. Su médico me ha dicho que duerme dieciséis o diecisiete horas al día. —Suspiró—. Necesita tiempo, Sherlock. Tiempo y la ausencia de cualquier esfuerzo físico o mental.

—Entiendo. —Sherlock asintió e hizo un esfuerzo por no atragantarse—. Entonces ¿tengo que quedarme en la mansión Holmes el resto de las vacaciones de verano?

—No estoy seguro de que ese internado masculino de Deepdene te esté viniendo bien —dijo Mycroft.

—Mi latín ha mejorado —se apresuró a responder Sherlock, y luego se maldijo mentalmente. Debería estar de acuerdo con su hermano, no al revés.

—Sin duda —dijo Mycroft secamente—. Pero hay cosas que un joven debería aprender aparte de latín.

—¿Griego? —no pudo evitar preguntar Sherlock.

Mycroft sonrió a su pesar.

—Ya veo que tu ingenioso sentido del humor ha sobrevivido a una temporada aquí. No, pese a la clara importancia del latín y el griego en el mundo cada vez más complicado en que vivimos, me inclino a creer que responderías mejor a un estilo de enseñanza más personal e individual. Estoy considerando sacarte de Deepdene y que te den clases particulares aquí, en la mansión Holmes.

—¿No volvería al colegio? —Sherlock intentó buscar alguna señal de que le importaba, pero no la encontró. Allí no tenía amigos, y sus mejores recuerdos eran de aburrimiento y no de alegría. En Deepdene no había nada para él.

—Tenemos que pensar en tu futuro en la universidad —continuó Mycroft—. Cambridge, por supuesto. U Oxford. Creo que tendrás más posibilidades si nos centramos en tu aprendizaje un poco más de lo que lo hace Deepdene. —Volvió a sonreír—. Eres un chico muy peculiar y necesitas que te traten de una forma peculiar. No te prometo nada, pero te comunicaré antes de que terminen las vacaciones qué decisión hemos tomado.

—¿Pido demasiado al preguntar si desempeñaré un pequeño papel en la educación del chico? —murmuró Amyus Crowe.

—Sí —dijo Mycroft, torciendo ligeramente los labios—. Es evidente que hasta ahora lo has llevado por el buen camino.

—Es un Holmes —observó Crowe—. Se le puede guiar, pero no se le puede obligar. Tú

eras igual.

—Sí —dijo Mycroft sin más—. ¿Verdad que sí? —Antes de que Sherlock pudiera asimilar que Crowe también había sido el profesor de su hermano, este dijo—: ¿Serías tan amable de permitir que el señor Crowe y yo habláramos en privado, Sherlock? Tenemos que discutir un asunto.

—¿Te veré antes de que te marches?

—Claro. No me voy hasta esta noche. Puedes enseñarme la casa, si quieres.

—Podíamos dar un paseo por la finca —sugirió Sherlock.

Mycroft se estremeció.

—Mejor no —dijo—. No creo que mi atuendo sea apropiado para pasear por el campo.

—Pero ¡si es solo alrededor de la casa! —protestó Sherlock—. ¡No por el bosque!

—Si no puedo ver un techo sobre mi cabeza ni puedo sentir el suelo de madera o la acera bajo mis pies, lo considero caminar por el campo —dijo Mycroft firmemente—. Ahora, señor Crowe, a lo que íbamos.

Sherlock abandonó la biblioteca a regañadientes y cerró la puerta tras él. A juzgar por las voces que salían del comedor, su tía se había unido a su tío para comer. No le apetecía someterse a su parloteo constante, así que salió a la calle. Vagó alrededor de la casa, con las manos en los bolsillos y dando patadas a alguna piedra de vez en cuando. El sol estaba prácticamente encima de su cabeza, y sintió que una fina capa de sudor le aparecía en la frente y entre los omóplatos.

Tenía las cristaleras de la biblioteca delante de él. Y estaban abiertas.

Oyó voces que provenían del interior.

Una parte de él le decía que era una conversación privada de la que había sido expresamente excluido, pero otra parte, una más tentadora, le decía que Mycroft y Amyus Crowe estaban hablando de él.

Se acercó por el balcón de piedra que bordeaba la casa.

—¿Y están seguros? —estaba diciendo Crowe.

—Ya has trabajado antes para los Pinkerton —respondió Mycroft—. Las fuentes de sus servicios de inteligencia suelen ser muy precisas; incluso estando tan lejos de Estados Unidos.

—Pero para que haya viajado hasta aquí...

—Supongo que Norteamérica era demasiado peligrosa para él.

—Es un país grande —observó Crowe.

—Y la mayor parte no está civilizada —contestó Mycroft.

Crowe no parecía muy convencido.

—Yo esperaba que cruzara la frontera y se dirigiera a México.

—Pero al parecer no lo hizo —dijo Mycroft firmemente—. Míralo de esta forma: a ti te enviaron a Inglaterra para dar caza a simpatizantes sureños de la guerra civil a cuyas cabezas habían puesto precio. ¿Qué mejor motivo iba a tener él para venir que saber que están aquí?

—Es lógico —reconoció Crowe—. ¿Sospechas que hay una conspiración?

Mycroft dudó un instante.

—«Conspiración» probablemente sea un término demasiado fuerte por ahora. Supongo que han venido todos aquí porque este es un país civilizado, porque la gente habla el mismo idioma y porque es seguro. Pero con el tiempo podría convertirse en una conspiración. Hay tantos hombres peligrosos sin nada que hacer más que hablar entre ellos... tenemos que cortarlo de raíz.

A Sherlock le daba vueltas la cabeza. ¿De qué demonios estaban hablando? Había llegado a la conversación demasiado tarde para entenderla.

—¡Eh, Sherlock! —gritó su hermano desde dentro de la habitación—. Ya que estás escuchándonos, podías unírte.

Capítulo 2

Sherlock entró en la biblioteca por las cristaleras con la cabeza gacha. Tenía calor y estaba avergonzado y, por extraño que pareciera, furioso; aunque no estaba seguro de si estaba furioso con Mycroft por pillarle escuchando a escondidas o consigo mismo por haber sido descubierto.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —preguntó.

—En primer lugar —dijo Mycroft sin un atisbo de emoción—, esperaba que estuvieras ahí. Eres un chico joven con un sentido de la curiosidad excesivamente desarrollado, y los acontecimientos recientes han demostrado que tienes poca consideración por las reglas que marca la sociedad. En segundo lugar, hay una ligera brisa que entra de sopetón por el hueco de la cristalera. Cuando estabas de pie ahí fuera, aunque no se te veía y tu sombra no se proyectaba sobre las ventanas, tu cuerpo bloqueaba la brisa. Cuando ha cesado durante más de unos segundos, he supuesto que algo la estaba taponando. El candidato obvio eras tú.

—¿Estás enfadado? —preguntó Sherlock.

—Para nada —respondió Mycroft.

—Lo que habría enfadado a tu hermano es que hubieras sido lo bastante descuidado como para dejar que el sol proyectara tu sombra en el balcón que hay frente a las ventanas —dijo Amyus Crowe afablemente.

—Eso habría demostrado una lamentable falta de conocimientos de geometría básica y también una incapacidad de predecir las consecuencias imprevistas de tus propios actos —asintió Mycroft.

—Te estás burlando de mí —le acusó Sherlock.

—Solo un poco, y con las mejores intenciones. —Hizo una pausa—. ¿Qué has oído de nuestra conversación?

Sherlock se encogió de hombros.

—Algo sobre un hombre que ha venido de Estados Unidos a Inglaterra, y que creéis que es una amenaza. Ah, y algo sobre una familia llamada Pinkerton.

Mycroft echó un vistazo a Crowe, que estaba al otro lado de la habitación, y arqueó una ceja. Crowe sonrió ligeramente.

—No es una familia, aunque a veces lo parece —dijo—. La Agencia Nacional de Detectives Pinkerton es una compañía de detectives y guardaespaldas. La fundó Allan Pinkerton en Chicago hace unos doce años, cuando se dio cuenta de que el número de empresas ferroviarias en el país estaba aumentando pero no tenían forma de protegerse contra el robo, el sabotaje y la actividad sindical. Allan contrata temporalmente a sus empleados como si fueran una especie de enorme fuerza policial.

–Totalmente independiente del reglamento del gobierno –murmuró Mycroft–. ¿Sabes? Para ser un país que se siente orgulloso de sus principios democráticos, tenéis la costumbre de crear incontables agencias independientes.

–Le has llamado «Allan» –observó Sherlock–. ¿Acaso lo conoces?

–Al Pinkerton y yo nos conocemos desde hace mucho –admitió Crowe–. Estuve con él hace siete años cuando los dos llevamos a escondidas a Abraham Lincoln por Baltimore de camino a su inauguración presidencial. Los estados del Sur habían planeado matarle en la ciudad, pero los Pinkerton fueron contratados para protegerle y conseguimos que llegara con vida. Desde entonces he asesorado a Al ocasionalmente. En realidad sin cobrar nunca un sueldo, aunque de vez en cuando me paga unos honorarios por asesorarle.

–¿El presidente Lincoln? –dijo Sherlock. La cabeza le iba a toda velocidad–. Pero ¿no estaba...?

–Sí, pero al final le echaron el guante. –La cara de Crowe estaba tan inmóvil y su expresión era tan ruda que parecía una mole de granito tallado–. Tres años después del complot de Baltimore, alguien intentó dispararle en Washington. Su caballo huyó y su sombrero salió volando. Cuando lo recuperaron más tarde, encontraron un agujero de bala dentro. Faltó poco para que le dieran. –Suspiró–. Y un año después, hace solo tres, se encontraba en el teatro de Washington viendo una obra titulada *Nuestro primo americano* cuando un hombre llamado John Wilkes Booth le pegó un tiro en la nuca, saltó al escenario y escapó.

–No estabas allí –dijo Mycroft en voz baja–. No podrías haber hecho nada.

–Debí haber estado –dijo Crowe con el mismo tono de voz.

–También Al Pinkerton debería haber estado. A decir verdad, el único guardaespaldas que protegía al presidente esa noche era un policía borracho llamado John Frederick Parker. Ni siquiera se encontraba junto al él cuando le dispararon. Estaba en la Taberna de la Estrella que había al lado, poniéndose ciego a cervezas.

–Recuerdo haberlo leído en el periódico de padre –dijo Sherlock, rompiendo el profundo silencio que había caído sobre la habitación–. Y recuerdo a padre hablar sobre ello, pero la verdad es que nunca entendí por qué asesinaron al presidente Lincoln.

–Ese es el problema de los colegios hoy en día –dijo Mycroft entre dientes–. Por lo que a ellos respecta, la historia inglesa acabó hace unos cien años y no existe nada parecido a la Historia Universal. –Le lanzó una mirada a Crowe, pero el estadounidense parecía reacio a continuar–. Supongo que eres consciente de la guerra de Secesión –le preguntó a Sherlock.

–Solo por los artículos del *Times*.

–En pocas palabras, once estados de la mitad sur de Estados Unidos declararon su independencia y formaron los Estados Confederados de América –resopló–. Es como si Dorset, Devon y Hampshire de repente decidieran que quieren formar un país distinto y se independizaran de Gran Bretaña.

–O como si Irlanda decidiera que quiere ser independiente del gobierno británico –murmuró Crowe.

—Esa es una situación completamente diferente —espetó Mycroft. Volvió a mirar a su hermano y continuó—: Durante un tiempo hubo dos presidentes estadounidenses: Abraham Lincoln en el Norte y Jefferson Davis en el Sur.

—¿Por qué querían la independencia? —preguntó Sherlock.

—¿Por qué alguien puede querer la independencia? —replicó Mycroft—. Porque no le gusta obedecer órdenes. Y en este caso había una diferencia de opiniones políticas. Los estados del Sur apoyaban la idea de esclavitud, mientras que Lincoln había basado su campaña electoral en la liberación de los esclavos.

—No es tan simple —dijo Crowe.

—Nunca lo es, pero por ahora bastará —repuso Mycroft—. Las hostilidades comenzaron el 12 de abril de 1861, y durante los cuatro años siguientes 620.000 norteamericanos murieron luchando unos con otros, en algunos casos hermanos contra hermanos y padres contra hijos. —Se estremeció, y por un instante la luz de la habitación se oscureció cuando una nube tapó el sol—. Poco a poco —continuó—, el Norte, conocido como la Unión de Estados, mermó el poder militar del Sur, que se llamaban a sí mismos la Confederación de Estados. El general más importante de los confederados, Robert Lee, se rindió el 9 de abril de 1865 justo después de oír la noticia de que John Wilkes Booth dispararía al presidente Lincoln cinco días más tarde. Era parte de un complot mayor (sus confederados supuestamente iban a matar al secretario de Estado y al vicepresidente), pero el segundo asesino fracasó en su tarea y el tercero se rajó y huyó. El último general confederado se rindió el 23 de junio de 1865 y los últimos militares que quedaban, la tripulación del barco *Shenandoah*, se rindieron el 2 de noviembre de 1865. —Se acordó de algo y sonrió—. Paradójicamente, se rindieron en Liverpool, Inglaterra, después de haber cruzado el Atlántico en un intento de evitar tener que rendirse al Ejército del Norte. Yo estaba ahí, representando al gobierno británico. Y aquel fue el final de la guerra de Secesión.

—Bueno, en realidad no lo fue —dijo Crowe—. Sigue habiendo gente en el Sur que quiere la independencia. Aún hay gente haciendo campaña para lograrla.

—Que es el punto en el que estamos ahora —le dijo Mycroft a Sherlock—. Los cómplices de Booth fueron capturados y colgados en julio de 1865. Booth se dio a la fuga, y supuestamente doce días después los soldados de la Unión lo atraparon y le dispararon.

—¿Supuestamente? —preguntó Sherlock al percatarse del ligero énfasis en las palabras de Mycroft.

Mycroft le echó un vistazo a Crowe.

—Durante los últimos tres años se ha afirmado reiteradamente que Booth en realidad burló a sus perseguidores, y que fue otro conspirador, uno que se parecía a Booth, el que recibió el disparo. Se dice que Booth se cambió el nombre por el de John St. Helen y huyó de Estados Unidos, temiendo por su vida. Era actor en su vida privada.

—¿Y crees que está aquí ahora? —dijo Sherlock—. ¿En Inglaterra?

Mycroft asintió con la cabeza.

—Ayer recibí un telegrama de la Agencia Pinkerton. Sus detectives oyeron que un hombre llamado John St. Helen que se correspondía con la descripción de John Wilkes

Booth había embarcado en Japón y se dirigía a Gran Bretaña. Me pidieron que avisara al señor Crowe, que sabían que se encontraba en el país. –Le lanzó una mirada a Crowe, que estaba en el otro extremo de la habitación–. Allan Pinkerton cree que Booth llegó a Inglaterra a bordo del *Shenandoah* hace tres años, se quedó un tiempo y luego se marchó al extranjero. Ahora piensan que ha vuelto.

–Como creo que mencioné hace algún tiempo –le dijo Crowe a Sherlock–, me pidieron que viniera a este país para dar con el paradero de esas personas que habían huido de Estados Unidos tras cometer una serie de crímenes espantosos durante la guerra de Secesión. No me refiero a asesinatos de soldados por parte de soldados, sino a masacres de civiles, quema de ciudades y todo tipo de actos diabólicos. Ya que estoy aquí, tiene sentido que Allan Pinkerton quiera que investigue a este hombre llamado John St. Helen.

–¿Te importa que te pregunte de qué lado estabas en la guerra? –le dijo Sherlock a Crowe–. Me dijiste que eras de Albuquerque. Lo busqué en un mapa de América, aquí en la biblioteca de mi tío. Albuquerque es una ciudad de Texas, que es un estado del Sur, ¿no?

–Así es –admitió Crowe–. Y Texas formaba parte de los Estados Confederados durante la guerra. Pero solo porque haya nacido en Texas no significa que apoye automáticamente todo lo que hagan. Un hombre tiene derecho a tomar sus propias decisiones basándose en unos principios éticos. –Hizo una mueca sin darse cuenta–. La esclavitud me resulta... desagradable. No creo que un hombre sea inferior a otro por el color de su piel. Puedo creer que otras cosas hacen que un hombre sea inferior, incluida su capacidad de pensar racionalmente, pero no algo tan arbitrario como el color de su piel.

–Como es lógico, los Estados Confederados argumentarían que el color de la piel de un hombre es un indicio de su capacidad de pensar racionalmente –dijo Mycroft con su labia habitual.

–Si quieres sopesar la inteligencia de un hombre, habla con él –se burló Crowe–. El color de la piel no tiene nada que ver con eso. Algunos de los hombres más inteligentes con los que he hablado a lo largo de mi vida eran negros, y algunos de los más estúpidos eran blancos.

–Entonces ¿te fuiste a los estados de la Unión? –preguntó Sherlock, ansioso por volver a la historia fascinante e inesperada de Crowe.

Crowe miró de reojo a Mycroft, que sacudió ligeramente la cabeza.

–Digamos que me quedé en la Confederación del Sur pero trabajé para la Unión del Norte.

–¿Un espía? –dijo Sherlock en voz baja.

–Un detective –corrigió Mycroft dulcemente.

–¿Eso no es... poco ético?

–No entremos ahora en una discusión sobre ética, o de lo contrario nos quedaremos aquí todo el día. Simplemente aceptemos que los gobiernos utilizan detectives todo el tiempo.

Algo de lo que había dicho Mycroft se activó en la mente de Sherlock y provocó una

respuesta.

—Has dicho que la Agencia Pinkerton te ha pedido que le digas al señor Crowe lo de John St. Helen. Eso quiere decir... —Sintió que le invadía una ola de emoción—... que no has venido aquí para verme a mí. Has venido a verlo a él.

—He venido a veros a los dos —dijo Mycroft suavemente—. Uno de los aspectos que caracterizan el mundo adulto es que las decisiones rara vez se toman sobre la base de un único factor. Los adultos hacen cosas por varias razones a la vez. Tienes que entender eso, Sherlock. La vida no es algo simple.

—Pues debería serlo —dijo Sherlock en plan rebelde—. Las cosas o están bien o están mal.

Mycroft sonrió.

—Nunca intentes trabajar para el servicio diplomático —dijo.

Crowe cambió el peso de un pie a otro. Parecía estar incómodo con Sherlock.

—¿Dónde vive ese tal St. Helen? —preguntó.

Mycroft sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta y lo consultó.

—Supuestamente ha alquilado una casa en Godalming, en la carretera de Guildford. Se llama... —Volvió a mirar lo que ponía en el papel—... Shenandoah, que puede ser un indicio o una mera coincidencia. —Se quedó callado un momento—. ¿Qué pretendes hacer?

—Investigar —respondió Crowe—. Por eso estoy aquí. Aunque tendré que tener cuidado con la forma de hacerlo. Es probable que reconozcan bastante rápido a un norteamericano enorme como yo.

—Entonces sé sutil —le advirtió Mycroft—, y por favor no intentes tomarte la justicia por tu mano. En este país hay leyes, y odiaría que te colgaran por asesinato. —Se sorbió la nariz—. No me gusta la ironía. Me revuelve el estómago.

—Yo podría ayudar —dijo de pronto Sherlock, sorprendiéndose a sí mismo. Parecía que la idea había ido directa del cerebro a la boca sin ser razonada previamente.

Los dos hombres se quedaron mirándose alucinados.

—Bajo ninguna circunstancia —dijo Mycroft muy serio.

—De ninguna manera —espetó Crowe, pisando las palabras de Mycroft.

—Pero puedo ir en bici a Godalming y hacer preguntas —insistió Sherlock—. Nadie se fijará en mí. ¿No he demostrado que puedo hacer ese tipo de cosas con el asunto del barón Maupertuis?

—Eso fue diferente —observó Mycroft—. Te viste envuelto por casualidad, y casi siempre que te encontrabas en peligro el señor Crowe, aquí presente, estaba allí para sacarte del lío en el que te habías metido. —Hizo una pausa para pensar—. Padre nunca me perdonaría que permitiera que te hicieran daño —dijo bajando la voz.

Sherlock se entristeció por la forma en que su hermano había descrito su participación en el caso del barón Maupertuis, pues le pareció que ignoraba o distorsionaba varios puntos importantes, pero se quedó callado. No tenía sentido empezar a discutir sobre cosas del pasado cuando había algo más importante sobre la mesa.

—No haría nada que llamara la atención —protestó—. Y no entiendo por qué iba a ser

peligroso.

—Si John St. Helen es realmente John Wilkes Booth, se trata de un asesino despiadado y un fugitivo que se enfrenta a la horca si regresa o lo hacen regresar a Estados Unidos —proclamó Crowe—. Es como un animal acorralado. Si piensa que está en peligro, borrará sus huellas y volverá a desaparecer, y yo tendré que ir detrás de él. No soportaría ver cómo te conviertes en una de esas huellas.

—Hay algo más —susurró Mycroft, y le echó un vistazo a Crowe—. No sé hasta qué punto la Agencia Pinkerton te ha mantenido al corriente de la situación, pero cada vez más gente cree que Booth y sus colaboradores eran parte de algo aún más grande.

—Es que lo eran —murmuró Crowe—. Se llamó la guerra de Secesión.

—Me refiero a que la idea del asesinato del presidente Lincoln no fue suya, que ellos solo obedecían órdenes y que los gurús, por así decirlo, siguen sueltos —dijo Mycroft seriamente—. Si Booth realmente está aquí en Inglaterra es posible que se dirija de nuevo a Estados Unidos, y en ese caso cabría preguntarse por qué. ¿Cuál es su objetivo?

Crowe sonrió.

—Si pretende volver a Estados Unidos, mi trabajo es mucho más fácil. Lo único que tengo que hacer es dar la voz de alarma y hacer que lo arresten cuando se baje del barco.

—Pero ¿no sería preferible averiguar primero sus intenciones? Con detenerle a él no se detiene la conspiración.

—Si es que hay una conspiración —dijo Crowe, negando con la cabeza.

Sherlock se sintió como si estuviera atrapado en medio de una discusión filosófica. Lo único que sabía era que su tutor informal, al que se había acostumbrado a tener en su vida, se enfrentaba a un problema que podría hacerle regresar a su país de origen o ponerle a perseguir a aquel hombre por todo el mundo. Si Sherlock podía hacer algo para resolver ese problema, lo haría. Simplemente no se lo diría a Mycroft.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó.

Mycroft agitó la mano con desdén.

—Vete a dar un paseo por el campo, o lo que sea que sueles hacer. Nos quedaremos hablando un rato.

—Ven a mi casa mañana por la mañana y seguiremos con la lección —dijo Crowe, sin mirarlo siquiera.

Sherlock se escabulló mientras los dos hombres empezaban una conversación sobre los entresijos de los tratados de extradición entre los estados norteamericanos a nivel federal y el gobierno británico.

Afuera el sol seguía brillando con fuerza en el cielo. Al salir, Sherlock olió el humo y el lejano aroma a malta de las destilerías de Farnham.

Godalming no podría estar tan lejos, ¿no? Había una Guildford Road que salía de allí, lo que indicaba que estaba en algún lugar cerca de Guildford, y Guildford estaba en los alrededores de Farnham.

Matthew Arnatt lo sabía.

Matthew —o Matty, como le gustaba que le llamaran— era un chico al que Sherlock había llegado a conocer bastante bien desde hacía uno o dos meses. Vivía solo en una

barcaza y se movía por los canales de ciudad en ciudad, robando comida donde tenía que hacerlo y evitando en todo lo posible el asilo. Se había asentado en Farnham más tiempo del que solía quedarse en ningún sitio, aunque ni él ni Sherlock habían sacado ese tema.

Si Sherlock iba a ir hasta Godalming para echarle un vistazo a esa casa llamada Shenandoah y al hombre que vivía allí, que podría ser o no un asesino llamado John Wilkes Booth, quería que Matty estuviera a su lado. Su amigo ya le había salvado la vida un par de veces. Sherlock confiaba en él.

Dio la vuelta por detrás de la casa, pasó las cocinas y se dirigió al establo. Los dos caballos que él y Matty habían cogido de la mansión del barón Maupertuis unas semanas antes estaban allí y comían con satisfacción de un saco de heno. Sherlock no había sabido bien qué hacer con ellos después de que el enorme complot del barón fracasara, así que se había limitado a pedirles a los mozos de cuadra que los cuidaran por él y les había dado disimuladamente un chelín. Nadie más parecía darse cuenta de que había dos caballos extra merodeando por la casa. Y claro, él podía salir a montar con Virginia. Ella le daba clases y él disfrutaba a lo grande de poder hacerlo como es debido.

Sherlock ensilló el caballo y luego cogió las riendas del otro con la mano izquierda. Salió de allí al trote, guiando al segundo animal tras él. Como tenía dos caballos por los que preocuparse en vez de uno, el viaje fue más lento, pero aun así llegó a Farnham en media hora y se dirigió hacia el lugar del río donde estaba amarrada la barcaza de Matty.

Matty estaba sentado encima del barco y miraba fijamente el río. Se levantó de un brinco al ver a Sherlock.

—Has traído los caballos —señaló.

—Ya lo sé —dijo Sherlock—. Tu capacidad de observación es asombrosa.

—¡Vete por ahí! —dijo Matty con calma—. Por lo que veo, quieres que vaya contigo a algún lado. Si es así, no hace falta que seas tan sarcástico.

—Tienes razón —respondió Sherlock—. Perdona. A veces no lo puedo evitar.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Pensé que igual querías ir a dar una vuelta a Godalming —le dijo Sherlock.

Matty le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso?

—Te lo contaré por el camino —contestó Sherlock.

Para ir a Godalming tuvieron que subir unos cuantos kilómetros por una suave pendiente. En realidad la colina era el principio de una cadena que continuaba a lo lejos. Descendía a ambos lados y el paisaje se extendía ante ellos hasta perderse en una nebulosa distante.

Matty le lanzó una mirada a Sherlock, que estaba detrás de él.

—Iremos un rato por la cresta de Hog's Back, luego la bajaremos hacia Gomshall. Tardaremos una hora o así. ¿Te parece bien que sigamos o quieres descansar un poco?

—Vamos a quedarnos un rato admirando el paisaje —dijo Sherlock—. Y así los caballos recobrarán el aliento.

—Los caballos están bien —observó Matty—. No estarán empezando a dolerte las

posaderas de tanto montar, ¿no?

El resto del trayecto fue más fácil y los llevó por campos y grandes superficies de tierra donde ovejas, cabras y cerdos pacían unos con otros. Cuando llegaron a las afueras de Godalming cruzaron un puente sobre un río estrecho flanqueado de juncos verdes tan altos como un hombre. Una calle salía a mano izquierda nada más pasar el puente.

—Creo que esa es Guildford Road —dijo Matty, señalándola—. ¿En qué dirección quieres ir?

—Vamos a salir un momento del pueblo —respondió Sherlock—. Me da la impresión de que el lugar que estoy buscando está más lejos, más apartado.

Cabalgaron durante un rato, esta vez más despacio para que Sherlock pudiera fijarse en las casas al pasar. Matty parecía conformarse con mirar a su alrededor sin preguntarle a Sherlock lo que estaban haciendo.

Muchas de las casas no tenían nombre, o eran más pequeñas de lo que Sherlock habría esperado. Después de todo, no tenía sentido llamar a un sitio Shenandoah si era una casucha destartada, ¿no? Un nombre, especialmente uno tan solemne, implicaba algo más grande, más importante. En algunas casas había niños jugando fuera, con peonzas de madera o pelotas de cuero. Uno o dos les saludaron con la mano cuando pasaron trotando.

Finalmente llegaron a una casa que estaba aislada de las demás; no en su propio terreno sino separada por una curva de la calle y un bosquecillo. Desde la carretera Sherlock alcanzó a ver una placa de madera junto a la puerta. La palabra que había escrita era larga, y puede que empezara por S. O puede que no. Unas glicinias moradas se enroscaban por el lateral del edificio, aferrándose a cualquier hueco o saliente que encontraran.

—¿Es esta? —preguntó Matty—. ¿Llamamos a la puerta?

—No —dijo Sherlock—. Sigue cabalgando un poco más, y luego para.

La fachada de la casa estaba encalada y había postigos en las ventanas. Cuando pasaron por delante, Sherlock notó que el jardín estaba bien cuidado. Era evidente que alguien vivía ahí.

Una vez que dejaron la casa atrás, empezaron a ir cada vez más despacio hasta que se detuvieron.

—A ver, está claro que estás fichando la casa y no quieres que el tío que vive ahí lo sepa —dijo Matty—. ¿Qué es lo que pasa?

—Te lo contaré después —le prometió Sherlock—. Necesito acercarme más a la puerta principal. ¿Se te ocurre alguna idea?

—¿Subir el camino y llamar a la puerta?

—Muy gracioso. —Echó una ojeada a su alrededor. No se le ocurría nada—. ¿Puedes volver con el caballo hacia donde vimos a esos chicos jugando a la pelota? —Se hurgó en el bolsillo y sacó un puñado de monedas—. Dales unos cuantos peniques y pregúntales si pueden prestarnos la pelota un rato. Diles que se la devolveremos.

Matty lo miró extrañado.

—¿Hemos venido hasta aquí para jugar a la pelota?

–Tú hazlo, por favor.

Matty suspiró, cogió las monedas y se marchó, mirando hacia atrás y chasqueando fuertemente la lengua.

Sherlock desmontó y esperó pacientemente. Luego ató a su caballo, se acercó a la línea donde comenzaban los árboles y observó la casa. Nadie se movía. ¿Era Shenandoah, o algo diferente, como Summerisle o Strangeways²?

Matty volvió al cabo de un rato que a Sherlock se le hizo eterno. Llevaba la pelota debajo del brazo.

–Estamos apañados –dijo mientras se detenía–. Esta pelota está desinflada.

–No importa. Vamos a pasear otra vez por la calle y a lanzárnosla entre nosotros. Cuando lleguemos a la altura de la casa, el que la tenga que la tire mal a propósito, lanzándola lo más cerca que pueda de la puerta principal.

–Para que el otro pueda correr a buscarla. Venga, vale.

–Para que yo pueda correr a buscarla. Tengo que ver lo que pone en esa placa y tú no sabes leer, ¿recuerdas? No muy bien, vamos.

Deambularon por la calle pasándose la pelota una y otra vez. En una o dos ocasiones Matty la dejó caer al suelo, le dio una patada en el aire y se la lanzó a Sherlock.

Cuando llegaron a la altura de la calle que estaba más cerca de la casa, donde un sendero conducía a la puerta principal, Matty se giró para ponerse al otro lado de la calle. Se puso la pelota detrás de los hombros y la lanzó hacia arriba por encima de la cabeza de Sherlock. Esta se coló en el jardín, botó una vez sin fuerza y rodó hacia la entrada.

Sherlock hizo una pantomima para mostrar lo enfadado que estaba, extendiendo mucho los brazos y encogiéndose de hombros; luego se dio la vuelta y corrió por el camino hacia la entrada. Sin que se notara mucho, cuando llegó donde estaba la pelota y se agachó a cogerla, echó una ojeada a la placa que había al lado de la puerta.

«Shenandoah».

Era la casa que buscaba. Ahora lo único que tenía que hacer era decidir cuál sería su próximo paso. ¿Quería quedarse y vigilarla durante un rato para poder describirle el inquilino a Mycroft y Amyus Crowe, o se atrevería a entrar a hurtadillas y echar un vistazo, si este no estaba en casa?

Le quitaron la posibilidad de decidir cuando la puerta se abrió de golpe y un hombre salió de la oscuridad. Era delgado y tenía una barba puntiaguda y estrecha salpicada de canas, pero lo que provocó que Sherlock se quedara inmóvil del susto fue el lado izquierdo de su cara. En algún momento se la habían quemado de mala manera; tenía la piel de la cara roja y llena de bultos, y el ojo no era más que un agujero negro al que no se le veía el globo ocular.

–Pequeño canalla parlanchín –gruñó mientras lo agarraba por el pelo y lo metía en la casa a rastras antes de que pudiera hacer ningún ruido.

Capítulo 3

Sherlock sentía que le ardía el cuero cabelludo. Trató de agarrar el brazo del hombre y se dejó arrastrar, intentando aliviar el tremendo dolor que le causaba tener todo el peso de su cuerpo colgando de un puñado de pelo. Ya se imaginaba unos buenos manojos arrancados de raíz y dejando al descubierto zonas ensangrentadas en carne viva.

—¡Solo estaba recuperando mi pelota! —gritó.

El hombre lo ignoró. Se puso a farfullar entre dientes una sarta de blasfemias y acusaciones mientras tiraba de Sherlock.

El vestíbulo de la casa era luminoso y el sol entraba por un tragaluz que había en lo alto. Daba la sensación de que la casa estuviese vacía. Los pasos del hombre resonaban en el suelo de baldosas.

Abrió una puerta empujándola con la mano izquierda y metió a Sherlock a rastras. Era una sala de visitas: cómodos sillones con estampados de flores y antimacasares en la parte superior para impedir que el aceite para el pelo de los caballeros que estuvieran de visita manchara la tela, y algunas mesas auxiliares sin nada encima salvo tapetes de encaje. Tenía el aspecto de algo a medio amueblar, no de un sitio donde se viviera. Parecía una casa, no un hogar.

Ah, y había alguien tirado en el suelo. Sherlock solo pudo atisbar un par de botas y la mitad inferior de un cuerpo que estaba boca abajo en la alfombra mientras el hombre le arrastraba delante de él y le arrojaba en un sofá.

Levantó rápidamente el brazo y se tocó la cabeza en busca de sangre o carne viva, o incluso alguna calva en el cuero cabelludo que se le hubiera pelado del cráneo, pero todo estaba igual que siempre. Excepto el dolor, que no estaba en absoluto igual que siempre.

—¡Por favor, deje que me vaya! —gritó, tratando de fingir aún que era una víctima inocente que solo pasaba por ahí—. ¡Mi madre y mi padre estarán preocupados por mí! ¡Viven al final de la calle!

El hombre ni siquiera le miró a los ojos. Es más, no paraba de sacudir la cabeza de un lado a otro como si fuera un pájaro: iba de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana, una y otra vez.

Sherlock se puso a observar detenidamente al hombre. Lo único que le había llamado realmente la atención en la entrada era la piel destrozada que tenía en el lado izquierdo de la cara, pero en ese momento dejó que su mirada le recorriera el cuerpo de arriba abajo, tratando de ver algo que pudiera ayudarlo.

El tejido de su traje era bueno, de eso Sherlock estaba seguro. Era negro y bastante elegante, y por la caída de la chaqueta y los pantalones pensó que se lo había confeccionado un sastre que sabía lo que hacía. No parecía un saco de lana con mangas,

como algunas chaquetas que llevaba la gente por Farnham. Pero había algo extraño en el corte, algo... casi extranjero. Una parte de Sherlock empezó a preguntarse si se podría identificar qué sastre había realizado un traje solo por la costura y el corte; o, por lo menos, si el sastre seguía un estilo concreto: alemán, inglés o norteamericano.

El hombre era delgado y tenía los huesos de la muñeca y la nuez muy marcados. El lado derecho de la cara mostraba una belleza clásica, con bigote prominente y perilla, pero el izquierdo estaba destrozado. La piel era roja y brillante, y tenía cráteres como la superficie de la luna. La barba en ese lado era escasa y débil y sobresalía de la piel como los restos carbonizados de un incendio forestal, y la cuenca del ojo no era más que un agujero rojizo lleno de cicatrices en la cara.

—Señor... —empezó a decir Sherlock, pero el hombre le cortó con un gesto brusco.

—¡Silencio! —ordenó. Tenía la voz aguda, pero con un tono quejumbroso que le puso la carne de gallina—. ¡Silencio, pequeño niño de puta!

Su voz tenía un ligero acento que no era inglés. Se parecía más a la forma de hablar de Amyus y Virginia Crowe, pero no era exactamente igual. Quizá un poco más refinado. Y hablaba como si esperara que le escucharan. Proyectaba la voz, como si estuviera actuando en un escenario. Sherlock había visto algunas obras interminables de Shakespeare interpretadas al aire libre en la mansión que sus padres tenían en Reigate, y si no fuera por el tic de la cabeza, Sherlock lo habría tachado de actor por su postura y su forma de hablar.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó bruscamente el hombre—. ¿Cuánto falta para que vuelvan?

—Yo no... —empezó a decir Sherlock, pero el hombre fue hacia él y le dio una bofetada en la cara con el dorso de la mano. Sherlock vio las estrellas y notó impactado el sabor a sangre en la boca.

—No me mientas, chaval. Puedo oler una mentira a distancia. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Puede que una hora... —contestó Sherlock. No sabía muy bien qué quería el hombre, pero de lo que estaba seguro era de que no estaba en sus cabales. Lo mejor que podía hacer era seguirle la corriente.

—Humo... —dijo de pronto. Levantó la cabeza y se puso a olfatear el aire—. Huele a humo. —De repente miró a Sherlock—. Tenemos que irnos. Volver a Oriente. Allí estaremos seguros. Aquí hay demasiada gente buscándome. Demasiados ojos. Demasiados oídos.

—Yo puedo vigilar detrás de la casa y ver si hay moros en la costa —propuso Sherlock.

—¡La costa! —Al hombre parecieron iluminársele los ojos—. Cogeremos una barca. O un barco. Podemos zarpar para Hong Kong. Escondernos ahí hasta que estemos a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó Sherlock, pero él se limitó a lanzarle una mirada de odio.

—No finjas que no estás en el ajo. Todos estáis en el ajo. Todo hijo de vecino.

Sherlock recordó la discusión de unos momentos antes en la mansión Holmes e intentó averiguar si aquel hombre sería capaz de asesinar a alguien, y en concreto al presidente de los Estados Unidos de América. Era claramente inestable y parecía estar al borde de

un colapso nervioso, pero era norteamericano, y quizá aquello por lo que había pasado le hubiera llevado al borde de la locura. Sherlock ya tenía suficiente información para Amyus Crowe y su hermano; el problema era: ¿sería capaz de salir de allí?

De pronto el hombre giró bruscamente la cabeza, como si estuviera sujeta a una cuerda de la que alguien hubiera tirado desde fuera.

—¡Humo! —gritó, y salió disparado de la habitación, dejando solo a Sherlock.

Solo con el cuerpo que había en el suelo.

Por un momento pensó en escaparse. Si se daba prisa podría adelantar a su captor, incluso si estaba de pie en el vestíbulo, y llegar a la puerta de la casa. O ir en la otra dirección, hacia la ventana de la sala de visitas, y salir al jardín por ahí. Matty seguiría esperándole, y podrían huir juntos en los caballos.

Pero había alguien con él en la habitación, y tenía que comprobar si estaba muerto o solo herido. Sabía que no podía dejarlo ahí sin más. Aquello le atormentaría durante el resto de su vida.

Se levantó del sofá y se agachó al lado del cuerpo, vigilando por si volvía su secuestrador. Era un hombre con unas grandes patillas que se ensanchaban cerca del mentón. Tenía la cabeza girada hacia un lado y los ojos cerrados, pero Sherlock se tranquilizó al oírlo respirar fuertemente por la boca. Tenía el pelo de la coronilla enmarañado y apelmazado por la sangre que se había coagulado parcialmente formando una masa espesa y pegajosa. Era evidente que le habían golpeado en la cabeza desde atrás y se había caído. Tenía suerte de estar vivo.

Sherlock se quedó pensando un momento. Estaba claro que el hombre que le había metido a rastras en la casa estaba desquiciado. ¿El que estaba en el suelo era una especie de cuidador? ¿Un guardia? ¿Y el loco había conseguido de alguna forma dejarle sin conocimiento y ahora estaba buscando la forma de escapar de la casa?

Sherlock arrastró al hombre inconsciente y lo colocó en una postura más cómoda, una en la que la posición de la cabeza no le impidiera respirar. No pudo evitar fijarse en que su ropa tenía un corte y un estilo similar, y el tejido era muy parecido, al de su captor. Seguramente vendrían del mismo sitio.

Un ruido procedente del vestíbulo lo alertó. Consiguió de milagro volver al sofá antes de que su secuestrador entrara de nuevo en la habitación. La frente le brillaba por el sudor, que le caía en gotas por la cara, pero el destrozo rojo y brillante del lado izquierdo de la cara estaba tan seco como un hueso.

—¡Hay un barco esperándome para llevarme a China! —anunció, pero tenía el ojo tan abierto que la parte blanca se veía más que el resto, como la de un caballo asustado. Sherlock supo que estaba alucinando cuando dijo lo del barco, igual que parecía estar alucinando cuando decía que olía a humo. El humo del fuego que, Sherlock supuso, había causado aquella terrible cicatriz.

—Ve tú delante —le dijo, lo más calmado que pudo—. Yo te seguiré. —Esperaba que si hablaba con seguridad y sin alterar la voz podría convencerle de que se diera la vuelta y se marchase, pero consiguió justo el efecto contrario. El hombre levantó el brazo y a Sherlock le dio un escalofrío al ver que en la mano sostenía un revólver plateado con un

cañón larguísimo y un tambor giratorio justo encima de la empuñadura.

—¡No hay que dejar ninguna huella! —anunció el hombre, y apuntó a Sherlock en la frente con la pistola.

Sherlock rodó hacia un lado del sofá en el momento en que el revólver estallaba ruidosamente llenándolo todo de humo y el antimacasar donde había estado apoyada su cabeza se convertía en un terrible caos de tela desgarrada y relleno de crin de caballo. Sherlock salió de debajo de una mesa auxiliar y se la lanzó al hombre de la pistola, que disparó de nuevo, sin apuntar. La bala de plomo arrancó unas astillas largas de la superficie de la mesa, que del impacto se alejó dando vueltas.

El hombre volvió a apuntar a Sherlock. Esta vez la bala de plomo pasó silbando por encima de su cabeza y chocó contra la ventana, haciendo añicos el cristal.

Sherlock corrió hacia la puerta y se dirigió al vestíbulo. Un cuarto disparo dio en el marco de la puerta, de la que salieron volando trozos de madera a su paso.

El camino desde el pasillo a la entrada era demasiado largo. Para cuando estuviera intentando con todas sus fuerzas abrir la puerta de par en par, el hombre ya habría llegado al vestíbulo, le volvería a disparar y entonces sí que estaría atrapado. Así que, en lugar de eso, se dio la vuelta y subió los escalones.

El hombre apareció al pie de las escaleras justo cuando Sherlock alcanzaba el rellano del piso de arriba. Estaba recargando la pistola. Es evidente que no está completamente loco, pensó Sherlock mientras recorría a toda velocidad el descansillo de la primera planta. De pronto, la cabeza de un alce que estaba montada sobre una tabla con forma de escudo se movió bruscamente hacia un lado cuando se oyó ¡pum! en la planta de abajo y un instante después apareció un agujero donde antes había estado uno de los ojos de cristal. No era suficiente que hubieran disparado al pobre animal una vez; tenía que soportar la humillación de que le dispararan de nuevo, ¡y esta vez ni siquiera podía correr!

El descansillo daba a dos puertas entre las que había que elegir. Sherlock oyó pasos en la escalera. Se puso a pensar a toda prisa, intentando recordar la distribución de la casa tal y como la había visto desde fuera. En aquel lado había una glicinia que trepaba hacia una ventana. ¿Era el izquierdo o el derecho?

Elegió el derecho, por capricho más que otra cosa. Si tardaba un poco más y trataba de averiguar qué puerta debía atravesar, lo matarían sí o sí. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades.

Empujó la puerta con la mano y esta se abrió. Se coló por el hueco y la volvió a cerrar rápidamente. Si el hombre del revólver miraba en los dos dormitorios, Sherlock tendría unos minutos de gracia antes de que le descubriera.

En la habitación había una cama deshecha, como si su ocupante acabara de levantarse a duras penas, se hubiera vestido sin preocuparse por el orden y ninguna criada hubiera ido luego a arreglar el cuarto. Sherlock supuso que las únicas personas de la casa eran el hombre de la pistola y su captor/guardia. Si andaban metidos en algo turbio y se estaban escondiendo de algún peligro incierto, sería arriesgado tener una criada. Lo mejor era que los hombres se mantuvieran aislados y evitaran despertar ningún interés. Lo que

significaba que estaban cocinando y limpiando ellos mismos.

Y eso, pensó Sherlock de pronto, seguramente quería decir que había al menos un tercer hombre, si el loco necesitaba supervisión constante.

Con mucha cautela por si oía algún ruido fuera o el brusco movimiento de la puerta al abrirse, Sherlock se dirigió con sigilo hacia la ventana. Cuando pasó delante de la cama, observó que cerca de ella, en el suelo, había un baúl de viaje de cuero negro. La parte de arriba estaba abierta y vio que dentro brillaban cristales y metal. Intrigado, se acercó y miró en su interior.

Una serie de frasquitos que contenían un líquido incoloro estaban sujetos con una correa en compartimentos individuales en un lado. Una colección de instrumentos médicos, escalpelos y cosas por el estilo acababan de ser arrojados al fondo del baúl de cualquier manera. Y aparte de estas dos cosas había una caja alargada y plana que Sherlock reconoció. Había visto cajas como esa antes; las llevaban los médicos que habían tratado a su hermana durante sus periodos de enfermedad. Normalmente contenían jeringuillas hipodérmicas: cilindros huecos de cristal que acababan en un émbolo y tenían agujas afiladas en la punta, que se usaban para inyectar medicamentos en la sangre. Por un momento, Sherlock dejó de estar en aquella habitación y pasó a estar en su propia casa, mirando por un hueco de la puerta mientras los médicos y las enfermeras se movían afanosamente en torno a la cama de su hermana. Las agujas y las jeringuillas le fascinaban: la luz que centelleaba sobre ellas, su grotesca funcionalidad, la forma en que confundían los límites entre el interior y el exterior del cuerpo; hacían que todo fuera mejor, acallaban los gritos.

Se estremeció. No había tiempo para ponerse a recordar. Tenía un enfermo mental con un revólver a escasos segundos de él.

Por un momento Sherlock pensó que la ventana estaba cerrada con pestillo o atornillada, porque no se movió cuando tiró de ella hacia arriba. Había que abrirla, se dijo. Si aquella habitación tenía equipamiento médico por ahí tirado no podía ser la del loco, y en ese caso no tendría ningún sentido cerrar herméticamente la ventana.

Estaba seguro de que la ventana del loco tendría barrotes.

Intentó tirar con todas sus fuerzas y la hoja se deslizó hacia arriba con un chirrido. El aire fresco que le golpeó la cara le supo a gloria. Subió retorciéndose al alféizar y miró a su alrededor. Ni rastro de Matty en el jardín ni en la calle. Ni rastro de nadie.

Miró hacia abajo. La glicinia llegaba hasta donde estaban los parterres del suelo. No le costaría mucho descender.

¿Y entonces qué? Si el loco entraba en la habitación cuando él aún no había terminado de bajar, sería una presa fácil. El hombre podría pegarle un tiro en la cabeza y verlo caer.

Levantó la vista. La glicinia llegaba hasta el tejado, o eso pensaba él, y sus zarcillos penetraban la argamasa que sobresalía de entre los ladrillos de la pared. Y había un balcón, o una especie de cornisa, que recorría todo el borde. Cuando el loco entrara en la habitación, si es que lo hacía, y se dirigiera a la ventana abierta, su reacción inmediata sería mirar hacia abajo. Si Sherlock estaba trepando por la pared, podría evitar que le pillara. Por lo menos, ganaría unos segundos.

Se puso de pie en el alféizar y apartó las glicinias hacia un lado con la mano derecha, usando la izquierda para deslizar la ventana y cerrarla con cuidado. Su vía de escape estaba bloqueada, pero le permitiría estar a salvo unos minutos más.

Extendió la pierna derecha hacia un lado y, con cautela, palpó con el pie para encontrar un punto donde dos enredaderas se unieran y soportaran su peso. Al cabo de un momento que se le hizo eterno encontró una parte que cedía ligeramente pero que resistiría.

Nervioso, se puso encima de las enredaderas y rebuscó con el pie izquierdo otro punto de apoyo. Cuando encontró uno, se impulsó hacia arriba, levantó el brazo y tanteó con la mano izquierda para agarrar otra enredadera. En lugar de eso dio con un hueco entre dos ladrillos. Introdujo los dedos a la fuerza y aguantó ahí. Laboriosamente, dando un paso tras otro, fue subiendo a duras penas hasta que la ventana estuvo debajo de él y pudo trepar hacia el tejado.

El polvo de los ladrillos le cayó encima y se le metió en los ojos, que empezaron a escocerle. Los cerró y agitó la cabeza para sacudírselo, pero más polvo y pequeños trozos de escombros se le estrellaron contra la cabeza y los hombros.

De pronto la glicinia se tambaleó debajo de él. El peso de su cuerpo la estaba arrancando de la pared y sacando los zarcillos de las grietas, recovecos y rendijas por donde se habían metido, y ahora se agarraban a los ladrillos. Sherlock notó cómo su centro de gravedad se alejaba de la pared. Miró hacia abajo y sintió ganas de vomitar cuando vio que el suelo a sus pies parecía moverse de un lado a otro a causa del balanceo. Las enredaderas que tenía en la mano derecha se soltaron y él subió rápidamente como pudo y siguió buscando un asidero más firme. Sintió un gran alivio cuando por fin se agarró a un tallo grueso que tenía pinta de estar afianzado y se impulsó hacia arriba con el pie derecho. La mano izquierda se aferró a una teja plana que había al borde del tejado. Afortunadamente pudo descansar un momento y recobrar el aliento.

Debajo de él oyó el chirrido de la ventana al deslizarse hacia arriba.

Se quedó inmóvil y se acercó a la pared todo lo que pudo.

Sherlock sintió, más que vio, una silueta oscura que sacaba el cuello por la ventana y echaba un vistazo al suelo. Aguantó la respiración, tratando a toda costa de no hacer ningún ruido que pudiera delatarle.

Le cayó un montón de polvo de los ladrillos de arriba. Notó que la enredadera que estaba sujetando con la mano derecha empezaba a soltarse de la pared. Llevaba demasiado tiempo agarrado a ella; ya debería haber trasladado el peso a otro sitio, pero no se atrevía.

Más polvo se le metió en los ojos y le hizo parpadear.

Le picaba la nariz por dentro. Quería estornudar, pero la arrugó, cerrando de golpe los orificios nasales.

La figura que había debajo de él se balanceaba de un lado a otro y sus ojos escudriñaban el suelo como el haz de luz de un faro. Más allá, en el jardín de la parte de atrás de la casa, Sherlock vio varias cajas de madera amontonadas. Había huecos entre los listones y le pareció ver que algo se movía detrás de ellos, pero su atención se desvió

cuando la figura de abajo se dio la vuelta y miró hacia arriba.

A él.

—¡Canalla insolente! ¡Cobarde! —gritó, y disparó de nuevo el arma.

La bala le pasó zumbando junto a la oreja como un avispón enfurecido. Sherlock sintió que el calor le chamuscaba el pelo. Desesperado, trepó hasta la cornisa plana del tejado, subiendo las piernas justo cuando el loco volvía a disparar.

Sherlock se quedó un momento en silencio mientras recuperaba el aliento. Se deslizó hacia el borde y echó un vistazo abajo.

No había nadie en la ventana. El loco estaba subiendo por las escaleras para atraparlo.

Sherlock miró a su alrededor. La cornisa en la que se encontraba tenía muy pocos centímetros de ancho. El tejado empezaba ahí y subía con una fuerte inclinación hasta la punta. En la cornisa había ventanas abuhardilladas cada tres metros más o menos; seguramente fueran habitaciones de la segunda planta o despensas.

Tenía que encontrar una salida, y rápido.

Sabía que ya no podría bajar por la glicinia, así que corrió todo lo que pudo por la cornisa hasta la primera ventana, que o bien estaba cerrada con cerrojo o se había quedado atrancada. Fue hacia la siguiente, pero pasaba lo mismo. La tercera estaba entreabierta, pero la madera se había combado y no se podía subir.

Se dirigió hacia la cuarta ventana y de repente se dio cuenta de que el loco con la pistola estaba de pie en la esquina de la cornisa que rodeaba la parte de atrás de la casa. Era evidente que había encontrado una salida antes de que él encontrara una entrada.

Apuntó el cañón alargado del revólver al centro del pecho de Sherlock.

—¡Vete al infierno! —gritó, escupiendo saliva—. ¡Y diles que he sido yo quien te ha enviado!

Sherlock esperaba que la bala le acertara y le hiciera caer en picado del tejado. Se preguntó por un instante si la bola de plomo le mataría antes que la caída. Sería el último experimento de su vida.

Otro hombre bordeó la esquina del tejado. Era fornido y tenía el pelo de color claro y la nariz y las mejillas llenas de venas rotas. Agarró al loco por el cuello con el brazo izquierdo mientras le pinchaba la aguja de una jeringuilla en el hombro con la mano derecha. Empujó el émbolo e hizo que la medicina que había dentro le corriera por la sangre.

El loco se hundió en sus brazos y la pistola cayó sobre el tejado con gran estruendo. Intentó hablar, pero no podía articular bien las palabras. Pestañeó durante unos segundos y luego se quedó quieto.

El recién llegado sacó la jeringuilla de su hombro. Un líquido transparente empezó a gotear y el hombre se desplomó en la cornisa. El otro se enderezó y miró fijamente y con ecuanimidad a Sherlock.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacho?

—Solo estaba buscando mi pelota en el jardín —contestó Sherlock, tratando de parecer más pequeño y vulnerable de lo que era—, cuando este tío me agarró y me metió a rastras en la casa. —No pudo evitar fijarse en que, al levantarse, el hombre había cogido el

revólver y lo sostenía pegado a la pierna.

–¿Y qué quería hacerte este caballero cuando te metió en su casa?

–No lo sé. Le juro que no lo sé.

El recién llegado se quedó callado un momento, pensando. Mientras, se daba golpecitos en los pantalones con el cañón alargado del revólver.

–Entra en casa –dijo finalmente. Movi6 el cañ6n hacia arriba lo justo para apuntar a Sherlock–. Y ll6vatelo contigo –aadi6, se~alando con la cabeza al loco inconsciente–. Arr6stralo hasta la esquina. Hay una ventana abierta ah6. M6telo dentro y ya est6.

–Pero...

–No discutas, muchacho. Haz lo que te digan tus superiores sin rechistar. –Sherlock mir6 de la cara a la pistola y otra vez a la cara. Aquel hombre no estaba nervioso, inquieto ni loco. Estaba totalmente cuerdo, pero era igual de capaz de dispararle que el otro.

Sherlock avanz6 y cogi6 al tarado por los hombros. El reci6n llegado se apart6 para dejarle sitio. El joven dobl6 la esquina con el cuerpo inconsciente y lo arrastr6 hacia la ventana abierta, pendiente todo el tiempo de lo cerca que estaba el borde de la cornisa. Un paso en falso y se caer6.

El hombre pesaba mucho y era dif6cil de mover, y Sherlock sinti6 que el sudor le corri6 por todo el cuerpo mientras luchaba con 6l. Finalmente consigui6 que tuviera la mitad dentro de la habitaci6n y la otra mitad fuera. Pas6 por encima a duras penas y tir6 de 6l desde dentro.

Y, en todo ese tiempo, el hombre de la pistola no par6 de vigilarlo.

De pronto, un par de brazos aparecieron por encima del hombro de Sherlock y agarraron al cuerpo inconsciente.

–Ya me encargo yo –dijo una voz aguda. Sorprendido, Sherlock gir6 la cabeza. Un hombre que no hab6a visto hasta entonces estaba de pie a su lado. Era bajo, corpulento y calvo. Y le faltaba parte de la oreja derecha.

Sherlock retrocedi6 y dej6 que el tipo que acababa de llegar arrastrara el cuerpo por el suelo, lo sacara al pasillo y lo llevara a una habitaci6n que ten6a la llave puesta en la cerradura. Mientras este sub6a el cuerpo inconsciente a la cama, Sherlock vio que aquel cuarto s6 que ten6a barrotes en las ventanas. Era el cuarto del loco.

El tercer hombre, el fornido de pelo rubio, estaba de pie en la entrada. A6n ten6a la pistola.

–¿C6mo est6 Gilfillan? –pregunt6.

–Tiene una herida muy fea en la cabeza –contest6 el hombrecillo calvo, que segu6a colocando al loco en la cama–. V6 a tener un dolor de cabeza terrible cuando se despierte, pero creo que se pondr6 bien. –Solt6 una risilla–. Es muy duro de mollera. Habr6a que pegarle mucho m6s fuerte para hacerle da~o de verdad.

–Pues lo har6 –gru~o el hombre corpulento–. Maldito idiota, permitir que se le adelantara as6... Podr6a haber desbaratado todo el plan. Lo 6ltimo que necesitamos es a Booth descontrolado por el campo, sobre todo tal y como est6 ahora.

¡Booth! Sherlock intent6 no reaccionar, pero por dentro sinti6 una gran satisfacci6n. El

tipo era John Wilkes Booth, no John St. Helen.

El hombre fornido seguía hablando. Señaló a Sherlock con la pistola.

–Y ahora, por su culpa, tenemos que cargar con un testigo.

El calvo dejó lo que estaba haciendo y miró a Sherlock por primera vez.

–¿Qué vamos a hacer con él, Ives?

El hombre corpulento, Ives, se encogió de hombros.

–No creo que tengamos mucha elección –dijo.

El calvo se puso nervioso de repente.

–Bueno, es solo un niño. ¿No podemos, en fin, ya sabes, dejar que se vaya? –Se volvió hacia Sherlock–. No has visto nada, ¿verdad, chaval?

Sherlock intentó parecer aterrorizado. No le fue difícil.

–Se lo juro, señor –dijo, tratando de que su voz sonara lo más sincera posible–. Lo olvidaré todo. Lo prometo.

Ives lo ignoró.

–¿Qué opinas de Booth?

–El sedante es mano de santo. Estará K.O. unas cuantas horas.

Ives asintió con la cabeza.

–Eso me deja suficiente tiempo, entonces.

–¿Suficiente tiempo para qué?

Ives levantó el revólver de cañón largo y apuntó a Sherlock.

–Para matar al chico y librarme del cadáver. Regla número uno, recuerda: no dejes nunca con vida a nadie que te haya visto la cara.

Capítulo 4

Sherlock se estremeció. ¡Iban a deshacerse de él y tirarlo como si fuera un saco de mondas de patata! Miró a un hombre y luego al otro una y otra vez, buscando una forma de escapar, pero Ives estaba de pie en la entrada y el hombrecillo calvo entre Sherlock y la ventana. Incluso si conseguía salir por la ventana, ¿adónde iría? Ellos lo seguirían, lo acorralarían y o bien lo empujarían, o le dispararían y lo verían caer.

—Por favor, señor, yo no he visto nada —dijo lloriqueando, tratando de ganar algo de tiempo.

—No te hagas el inocente conmigo, chaval —gruñó Ives. Volvió al pasillo y le hizo un gesto para que le siguiera—. Por aquí, y date prisa. —Le echó una ojeada al hombrecillo calvo, que Sherlock supuso que tenía algún tipo de formación médica, ya que parecía ser en el que Ives delegaba cuando se trataba de heridas y locura—. Berle, protege bien a Booth y luego ocúpate de que Gilfillan se levante y se ponga en marcha. Quiero salir de este lugar. Ya hay demasiada gente que ha notado algo raro. Te aseguro que nuestro amiguito no merodeaba por aquí porque estuviera buscando un balón que hubiese perdido, sino por algún tipo de desafío, o porque quería ver lo que andábamos haciendo.

Sherlock salió al vestíbulo. Echó un vistazo hacia atrás a Berle, pero este no le devolvió la mirada.

—Por favor, señor, no deje que me haga daño —suplicó Sherlock, pero Berle le dio la espalda y volvió con el inconsciente John Wilkes Booth.

—Lo siento, muchacho, pero aquí hay demasiado en juego —murmuró—. Si Ives dice que tienes que morir, es que tienes que morir. Yo no me voy a meter.

Berle dudó un momento, mirando algo que había en la cómoda.

—¿Y esto qué es? —le preguntó a Ives.

—¿El qué?

Berle estiró el brazo y cogió un bote de cristal. La tapa estaba cubierta por un trozo de muselina sujeta con una cuerda. Desde donde se encontraba, Sherlock pudo ver que habían hecho unos agujeritos en la tela con un cuchillo afilado. Era la clase de cosa que haría un niño si tuviera una oruga o un escarabajo: cubrir la tapa del tarro para que la criatura no escapara y perforar unos orificios en la parte de arriba para que pudiera respirar. Pero ahí dentro no vio ningún insecto ni otro tipo de criatura. Lo único que había en el frasco era una masa de algo de color rojo brillante, como un trozo de hígado o un enorme coágulo de sangre.

Ives lo miró con desdén.

—Nos lo llevamos —dijo—. El jefe lo quiere. Lo quiere casi tanto como a Booth.

Berle agitó el bote con desconfianza.

—¿Estás seguro de que sigue vivo?

—Más vale que sí. Al jefe no se le conoce precisamente por su paciencia cuando alguien le decepciona, y esto viene nada más y nada menos que desde Borneo. —Se le ensombreció la cara—. He oído que una vez un sirviente suyo dejó caer una jarra de julepe de menta con hielo en la terraza. Duque solo lo miró, sin decir nada. El sirviente empezó a temblar y se adentró en el jardín hasta que llegó a la orilla, temblando sin parar y llorando; luego se metió de espaldas en el río y desapareció sin más. Como si le hubieran hipnotizado. Nunca volvieron a verlo. Duque dijo en una ocasión que en ese río hay caimanes, pero no sé si es verdad.

Berle parecía dubitativo.

—Yo pensaba que Duque llevaba a una de las dos criaturas que tiene con correa. ¿No se supone que son sus asesinos?

—Puede que solo quisiera dejar algo claro. Puede que esos seres no estuvieran hambrientos. —Ives negó con la cabeza—. No importa. Eso viene con nosotros hasta casa.

Empujó a Sherlock por el pasillo hacia las escaleras con el cañón de la pistola.

—¿Qué me va a hacer? —preguntó Sherlock.

—No puedo dispararte —dijo Ives pensativo—. A menos que no me dejes elección. Si encuentran una bala en el cadáver de un niño habrá algún tipo de investigación, y la casa con cuatro extranjeros dentro va a ser el primer lugar donde mire la policía. Supongo que podría inyectarte una sobredosis de una de las drogas de Berle, pero es un desperdicio. Puede que las necesitemos, teniendo en cuenta el precio al que las paga Booth. No, creo que simplemente te asfixiaré metiéndote un trapo en la boca. Así no habrá claros indicios de violencia. Hay una cantera a unos kilómetros de distancia. Te meteré en el carro, te taparé con unas arpilleras y te llevaré hasta allí. Hay un montón de hoyos en la tierra; puedo tirarte en cualquiera de ellos. Si alguna vez te encuentran, las autoridades supondrán que te caíste dentro y te golpeaste en la cabeza.

—¿De verdad es tan importante? —preguntó Sherlock.

—¿El qué?

—Lo que sea que estéis haciendo aquí. ¿En serio es tan importante que necesitas matarme para asegurarte de que nadie se entere nunca?

Ives se rio.

—Hombre, la gente se enterará, ya lo creo. El mundo se enterará dentro de un tiempo, pero ese es un tiempo que elegimos nosotros.

Sherlock estaba arriba del todo de las escaleras, e Ives le hizo un gesto para que bajara hacia la primera planta. Él obedeció de mala gana. Sabía que tenía que echar a correr en algún momento, pero si lo intentaba Ives le dispararía y encontraría otra forma de deshacerse de su cadáver para que no lo encontraran nunca. Aparte de causarle algún inconveniente momentáneo a Ives, Sherlock estaba bastante seguro de que si corría no conseguiría nada. Quizá tuviera una oportunidad cuando salieran a la calle.

Mientras bajaba las escaleras notó algo debajo de la suela del zapato; algo que había en la alfombra. Antes de poder ver lo que era, Ives le empujó para que bajase. A él le picaba la curiosidad y se giró justo a tiempo para ver cómo un trozo de cuerda se tensaba de

pronto sobre las escaleras, desde la barandilla hasta la pared de madera. Eso era lo que él había pisado.

A Ives se le enganchó el pie en la cuerda cuando bajaba al siguiente escalón. Su cuerpo siguió avanzando pese a que tenía el pie atrapado. Al caer abrió exageradamente los ojos. Intentó con todas sus fuerzas agarrarse a la pared y a la barandilla, y el revólver que llevaba en la mano derecha golpeó los paneles de la pared antes de llegar al rellano. Cuando cayó delante de él, Sherlock se apartó. El hombre golpeó las escaleras con el hombro y rodó torpemente, una y otra vez, hasta que alcanzó la primera planta y cayó desparramado sobre la alfombra.

Sherlock, que estaba a la mitad de las escaleras, echó un vistazo por encima del borde de la barandilla. Debajo de él, en la penumbra de la primera planta, vio que la cara pálida de Matty le miraba fijamente. En la mano sostenía el extremo de un trozo de cuerda. Sherlock la siguió hasta la barandilla y por las escaleras hasta el hueco entre el rodapié y la pared donde alguien había introducido toscamente un clavo. La cuerda estaba atada en la cabeza de este.

—Has tenido suerte de que el clavo no se saliera cuando el peso del hombre tiraba de la cuerda —comentó Sherlock con calma, aunque el corazón le latía con fuerza y a toda velocidad en el pecho.

—No —le corrigió Matty—. Eres tú el que ha tenido suerte de que no se saliera. A mí me daba igual. Él no sabía que yo estaba aquí.

Sherlock bajó hasta el rellano del primer piso y se agachó para observar a Ives. El hombre estaba inconsciente y tenía una marca roja muy fea en la frente. Sherlock cogió el revólver. No tenía sentido correr ningún riesgo.

Matty fue hacia él.

—Pero ¿qué te pasa a ti con las casas de la gente? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que siempre tengo que sacarte de los líos en que te metes. —Levantó la vista hacia las escaleras—. ¿Qué pasa ahí arriba? Vi cómo el tío de la cara quemada te metía a rastras en la casa y luego vi aparecer a otros dos en un carro. Y lo siguiente que vi fue a tres de vosotros encima del tejado. También vi pistolas, así que pensé que sería mejor que entrara a rescatarte. —Negó con la cabeza—. Para ser un chico tan inteligente pasas demasiado tiempo preso. ¿No puedes librarte de los problemas hablando sin más?

—Creo que hablar es precisamente lo que a veces me mete en problemas. —Se calló y se quedó pensando—. ¿De dónde has sacado la cuerda?

—Pues de mi bolsillo —respondió Matty—. Uno nunca sabe cuándo la va a necesitar.

—Vamos —dijo Sherlock—. Salgamos de aquí.

—Hay otro tipo abajo —indicó Matty—, pero está K.O. Al menos lo estaba cuando he subido. Será mejor que tengamos cuidado por si ya se ha despertado.

Los dos bajaron sigilosamente las escaleras hasta la planta baja y pasaron delante de la sala de visitas donde el hombre que Sherlock había visto por primera vez inconsciente y sangrando —Gilfillan, lo había llamado Ives— estaba en ese momento tumbado en el sofá y roncando. Atravesaron a hurtadillas la puerta principal, salieron al jardín y luego

siguieron la calle hasta donde Matty había atado los caballos.

—¿Has averiguado lo que necesitabas saber? —le preguntó Matty cuando se montaron en los caballos.

—Creo que sí —dijo Sherlock, pensativo—. Hay cuatro hombres en la casa, y son todos americanos. Al menos tres, porque no he oído hablar al otro. Uno de ellos está trastornado, y otro es un médico que le está cuidando. Los otros dos supongo que le están vigilando, asegurándose de que no escapa. Han debido de dejar un hombre a cargo mientras los otros dos salían a comprar comida o algo, y el tipo trastornado, cuyo nombre es John Wilkes Booth, le ha dejado fuera de combate. Ha supuesto que yo era parte de algún tipo de complot contra él y por eso me ha metido a la fuerza en la casa.

—Para empezar, ¿qué están haciendo en Inglaterra? —preguntó Matty.

—No lo sé, pero traman algo. Esto no es solo un asilo para asesinos locos.

—¿Asesinos locos?

—Te lo contaré todo cuando lleguemos a la mansión Holmes.

Tardaron más de una hora en hacer el camino de vuelta a Farnham y el ánimo de Sherlock decaía a cada kilómetro que recorrían. ¿Cómo iba a explicarles a Mycroft y a Amyus Crowe que su pequeña investigación había acabado con los cuatro hombres de la casa advertidos de que alguien sabía que andaban tramando algo turbio? Si lo hubiera pensado bien, nunca se habría acercado allí.

Cuando llegaron, el carruaje de Mycroft seguía en la mansión Holmes.

—Bueno —dijo Matty—, buena suerte.

—¿Qué quieres decir con buena suerte? ¿No vas a entrar conmigo?

—¿Estás de broma? El señor Crowe me da miedo y tu hermano me aterroriza. Me vuelvo a la barcaza. Mañana me lo cuentas todo. —Y acto seguido tiró de las riendas de su caballo y se alejó a medio galope.

Sherlock respiró hondo y entró en el vestíbulo; lo atravesó hasta llegar a la biblioteca y llamó a la puerta.

—Adelante —resonó la voz de su hermano.

Mycroft y Amyus Crowe estaban sentados junto a un escritorio alargado que había en un lado del estudio. Delante de ellos había una pila enorme de libros de historia, geografía, filosofía y tres atlas muy grandes que estaban abiertos mostrando mapas de lo que a Sherlock le parecieron las Américas.

Mycroft analizó a su hermano de arriba abajo.

—Te han asaltado —dijo—. Y no ha sido alguien de tu edad.

—Ni de este país —bramó Amyus Crowe.

—De hecho, había dos asaltantes —dijo Mycroft echándole un vistazo a los zapatos de Sherlock—. Uno de ellos era una especie de deficiente mental.

—Y los dos hombres iban armados con pistolas —añadió Crowe.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó Sherlock, asombrado.

—No tiene importancia —dijo Mycroft, haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Explicarlo nos haría perder tiempo. Lo más importante es: ¿adónde fuiste y por qué te atacaron?

Sherlock les contó a regañadientes todo lo que había pasado, y cuando acabó se dio cuenta de que aún tenía la pistola de Ives metida en la parte de atrás de los pantalones. La sacó y la puso en la mesa delante de los dos hombres.

—Modelo Colt Army —comentó suavemente Crowe—. Calibre 44 de seis disparos; treinta y cinco centímetros del percutor hasta el final del cañón. Reemplazó a la Colt Dragoon como el arma de fuego preferida del ejército estadounidense. Certera a una distancia de hasta unos noventa metros. —Pegó un fuerte puñetazo en la mesa y la pistola dio un salto—. ¡Por el amor de Dios y de todos los santos! ¿Qué te creías que estabas haciendo cuando fuiste a esa casa? —gritó—. ¡Has alertado a Booth y sus secuaces de que alguien anda detrás de ellos! Saldrán de allí escopetados.

Sherlock se mordió el interior del labio, tratando de evitar responder.

—Solo quería echar un vistazo —dijo por fin—. Pensé que podría ayudar.

—No has ayudado; has estorbado seriamente —gritó Crowe—. Esta es una profesión para adultos. Tú no tienes las aptitudes ni el conocimiento para desempeñarla como es debido.

Una pequeña parte impasible y distante de su mente se dio cuenta de que el acento de Amyus Crowe sonaba más marcado cuando se enfadaba, pero el resto se avergonzó al comprender que había decepcionado a dos de los tres hombres cuya opinión le importaba más que nada en el mundo. Abrió la boca para decir «lo siento», pero la tenía seca y las palabras no le salieron.

La expresión de Mycroft era más de desilusión que de enfado.

—Vete a tu habitación, Sherlock —dijo—. Te llamaremos cuando... —Le lanzó una mirada a Crowe—... estemos seguros de que podemos hablar con más calma. Ahora vete.

Sherlock, que sentía cómo se sonrojaba de la vergüenza, se dio la vuelta y salió de la biblioteca.

En el vestíbulo hacía un calor agobiante aquella tarde. Se detuvo un momento y bajó la cabeza. Dejó que los sentimientos desaparecieran de su cuerpo y esperó a sentir que podía enfrentarse a la larga subida hacia su habitación. Le dolía la cabeza.

—¿Ya no es el niño favorito? —dijo una voz desde la oscuridad.

Sherlock levantó la vista mientras la señora Eglantine salía deslizándose del trastero que había debajo de las escaleras. El ama de llaves sonreía con maldad. El vestido negro de crinolina que llevaba se movía con rigidez a su alrededor y el sonido que hacía al rozar el suelo era como si alguien estuviera susurrando en una habitación distante.

—¿Cómo puede ser que consiga sobrevivir en esta casa siendo tan grosera con todo el mundo? —preguntó amablemente, sabiendo que no tenía nada que perder. Las cosas ya no podían ir peor ese día—. Yo la habría despedido hace años si estuviera al mando.

Ella pareció sorprenderse por la reacción del chico. Daba la sensación de que se le había borrado la sonrisa de la cara.

—Usted no tiene ningún poder aquí —espetó—. Soy yo quien tiene el poder en esta casa.

—Solo hasta que muera mi tío Sherrinford —señaló Sherlock—. Ni él ni la tía Anna tienen hijos, así que la casa pasará a ser propiedad de la familia de mi padre. Y entonces tendrá que andarse con mucho cuidado, señora Eglantine.

Antes de que ella pudiera responder nada, Sherlock subió las escaleras que conducían a

su cuarto. Cuando miró hacia abajo desde el descansillo de la primera planta, vio que el ama de llaves seguía de pie en el mismo sitio.

Se acostó en la cama, se echó un brazo sobre los ojos y dejó que el torbellino de pensamientos que le pasaba por la cabeza se apoderara de él. ¿En qué había estado pensando? Tanto Mycroft como Crowe le habían advertido que no les ayudara. ¿Qué era exactamente lo que había estado intentando demostrar?

Debió de quedarse dormido un rato, porque la luz de la habitación pareció cambiar de pronto y sintió un cosquilleo en la parte del brazo que había estado apoyada torpemente sobre la cara. Se levantó y bajó despacio las escaleras; porque necesitaba comer algo, no por ninguna otra razón. De repente tenía un hambre canina.

Los sirvientes estaban poniendo la mesa para cenar. Mycroft salía en ese momento de la biblioteca. No había ni rastro de Amyus Crowe.

Mycroft saludó con la cabeza a Sherlock.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—La verdad es que no. He hecho una estupidez.

—No es la primera vez, y seguramente no sea la última. Solo asegúrate de que has aprendido la lección. Cometer un error es excusable la primera vez. Después se vuelve tedioso.

Una de las criadas salió del comedor con un pequeño gong enmarcado. Sin mirar a Mycroft ni a Sherlock, lo golpeó con fuerza una vez y volvió a meterse en el comedor.

—¿Vamos? —preguntó Mycroft.

Al cabo de un rato se les unieron Sherrinford y Anna Holmes. Mycroft se pasó la mayor parte de la cena discutiendo sobre la fidelidad de la traducción latina de la traducción griega de los libros hebreos y arameos del Antiguo Testamento. La tía Anna estuvo casi todo el tiempo hablando con Sherrinford y Mycroft, ignorando el hecho de que solo hablaban entre ellos, aunque por cortesía Mycroft de vez en cuando se daba la vuelta y respondía a una de las preguntas que surgían en su monólogo ininterrumpido. Sherlock se dedicó a comer y a esquivar la mirada fija de la señora Eglantine, que le observaba llena de odio desde el hueco entre las ventanas.

Tras la cena, Sherrinford y Anna acompañaron a Mycroft hacia las escaleras de la entrada para despedirse.

—Dominas el griego y construyes particularmente bien el latín —dijo Sherrinford, al parecer el mayor elogio que se le podía ocurrir—. Y he disfrutado nuestra conversación. Te faltan conocimientos sobre el Antiguo Testamento, pero ya has sacado algunas conclusiones sorprendentes basadas en lo que te he dicho. Tendré que pensar largo y tendido sobre lo que has sugerido sobre los primeros tiempos de la Iglesia. Por favor, vuelve pronto a visitarnos.

Todos se quedaron sorprendidos cuando la tía Anna dio un paso al frente y le puso la mano en el hombro a Mycroft.

—Aquí siempre serás bienvenido —dijo—. Yo... lamento... el rencor que ha dividido a la familia. Desearía que las cosas fueran de otra manera.

—Vuestra amabilidad es tan fuerte que podría vencer toda adversidad —respondió

dulcemente Mycroft—. Y la caridad que habéis demostrado al cuidar del joven Sherlock es un humilde ejemplo para todos nosotros. Considero la desavenencia no solo arreglada sino erradicada. —Eché un vistazo hacia la penumbra del vestíbulo, donde Sherlock creyó poder distinguir una figura vestida de negro que les vigilaba. Mycroft bajó la voz—. Pero mientras una persona en particular siga ejerciendo su influencia en esta casa, supongo que nunca me sentiré tan aceptado como vosotros desearíais.

Anna apartó la mirada. A Sherlock le pareció ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Estamos donde estamos —dijo de forma críptica—. Y hacemos lo que hacemos.

Mycroft se apartó.

—Me despido de vosotros francamente agradecido —dijo—. Permitidme abusar una vez más de vuestra amabilidad y pediros que Sherlock me acompañe a la estación. El coche lo traerá de vuelta más tarde.

—Desde luego —dijo Sherrinford, e hizo un gesto despreocupado con la mano.

Cuando el carruaje salió de los jardines de la mansión y se adentró en el camino, Sherlock miró hacia atrás. Había tres figuras en los escalones: su tía, su tío y la señora Eglantine. Y, ya fuera por casualidad o intencionadamente, la señora Eglantine estaba subida al escalón más alto, destacando sobre sus patronos.

—Sigues queriendo hablar sobre lo que ha pasado hoy —adivinó Sherlock mientras el coche rebotaba sobre baches y piedras.

—Claro. Vamos a parar en casa del señor Crowe. Todavía hay mucho que hablar.

El carruaje traqueteaba a través del paisaje.

A Sherlock aún le dolía el cuero cabelludo donde el lunático de las cicatrices le había tirado del pelo y metido a rastras en la casa. Levantó el brazo y tiró de un mechón de pelo disimuladamente, solo para comprobar que no se le iba a caer. El dolor que sintió de pronto hizo que se le saltaran las lágrimas, pero el pelo se quedó donde estaba. Gracias a Dios.

Después de diez minutos el coche disminuyó la velocidad y Sherlock pudo ver un techo de paja con forma de barra de pan que se elevaba sobre un grupo de arbustos.

—Vamos —dijo Mycroft cuando el carruaje se detuvo delante de una verja en un muro de piedra seca—. El señor Crowe nos está esperando.

La puerta de la casita de campo estaba abierta. Mycroft llamó y entró sin esperar respuesta.

Amyus Crowe estaba fumando un puro sentado en una silla junto al hogar, y su enorme silueta hacía que el marco de la chimenea pareciera pequeño.

—Señor Holmes —dijo ecuánime, e hizo una inclinación con la cabeza.

—Señor Crowe —respondió Mycroft—. Gracias por recibirnos.

—Sentaos, por favor.

Mycroft optó por la otra silla cómoda que había en la habitación. Sherlock se sentó en un taburete cerca del hogar frío y vacío y miró a su alrededor. La casa de Amyus Crowe estaba tan desordenada como la recordaba. Una pila de cartas estaba sujeta con un cuchillo a la repisa de madera de la chimenea, y una pantufla suelta que había en el suelo junto al hogar tenía un montón de puros que sobresalían en varias direcciones. Y había

un mapa de la zona clavado con chinchetas a una pared. En él habían dibujado círculos y líneas que formaban un patrón aparentemente aleatorio. Algunas de las líneas continuaban fuera del mapa en el revoque de la pared.

Sherlock se preguntó dónde estaría Virginia, la hija de Crowe. No había ni rastro de ella en ninguna parte de la casa, y, teniendo en cuenta lo testaruda que era, no se la imaginaba encerrada dócilmente en su habitación mientras los adultos hablaban. Quizá estuviera montando a caballo por el campo, que era a lo que se dedicaba casi todo el tiempo. No había visto fuera a su yegua Sandía.

Sonrió. Virginia odiaba estar dentro de casa. En algunos sentidos se parecía más a un animal que a una persona.

—¿Os puedo ofrecer una copa de jerez? —preguntó Crowe—. Yo no lo puedo ni ver. Sabe como si algo se hubiera colado en el barril y se hubiera muerto, pero guardo una botella para las visitas.

—Gracias, pero no —respondió Mycroft tratando de ser diplomático—. Sherlock no bebe y yo a estas horas prefiero un brandy. —Le lanzó una mirada a Sherlock—. Estados Unidos todavía no ha logrado elaborar una bebida nacional —dijo—. Los franceses tienen el vino y el brandy, los italianos la grapa, los alemanes la cerveza de trigo, los escoceses el whisky y los ingleses la cerveza de malta, pero nuestros primos transatlánticos siguen tratando de encontrar su propia identidad.

A Sherlock le pareció que Mycroft no estaba hablando ni mucho menos sobre bebidas, sino que pretendía decir otra cosa mucho más sutil, pero por más que lo intentó no pudo averiguar lo que era.

—Los mexicanos tienen una bebida que destilan de los cactus —dijo Crowe, de buen humor—. Tequila, la llaman. Quizá podríamos adoptarla.

—¿Qué es un cactus? —preguntó Sherlock.

—Es una planta carnosa con el tallo grueso y cubierto de espinas —respondió Crowe—. Crece en el calor y en la arena de las tierras áridas de Texas, Nuevo México y California. Su tallo grueso evita que el agua se evapore y las espinas impiden que las vacas, los caballos y otros animales por el estilo se los coman por el agua que contienen. O bien el cactus es una prueba de un diseñador con mayúsculas que crea cosas diferentes para entornos diferentes, con el objetivo de que sobrevivan lo mejor posible, o es una prueba de que hay alguna fuerza que empuja a los organismos vivos a cambiar y desarrollarse a fin de sobrevivir mejor en el lugar que se encuentren, sea cual sea, como sostiene el señor Charles Darwin. Cada uno hace lo que quiere con su dinero.

—Volviendo al tema que nos ocupa, ¿has podido averiguar algo? —preguntó Mycroft.

Crowe se encogió de hombros.

—Encontré la casa. Está vacía. Da la sensación de que sus inquilinos se han largado a toda prisa. Por el camino hablé con un granjero que les vio marcharse. Me dijo que eran cuatro. Uno parecía estar dormido, otro tenía la cabeza totalmente vendada, y los otros dos refunfuñaban como si tuvieran por delante un viaje largo y desagradable.

—Los pájaros han volado. —Mycroft se quedó pensando un momento—. ¿Hay alguna otra prueba de que el hombre dormido era John Wilkes Booth?

Crowe se encogió de hombros.

—Salvo lo que nos ha dicho tu hermano, nada. Es muy revelador que tuviera la cara marcada a causa de un incendio del pasado. Lo último que se supo de John Wilkes Booth fue que había participado en un tiroteo con el ejército en un granero de Virginia. Dieron con su paradero y le ordenaron que se rindiera, pero él abrió fuego. El ejército contraatacó, y en algún punto el granero se incendió. Seguramente se les cayera una lámpara de aceite. De cualquier forma, cuando el fuego se apagó el ejército rescató un cadáver de los escombros. Estaba tan sumamente quemado que no pudieron identificarlo bien, pero supusieron que era Booth. Ahora parece que Booth escapó y algún cómplice se quedó atrapado y no pudo salir a tiempo. —Hizo una pausa—. Booth siempre fue muy nervioso. Ahora parece que la gravedad de lo que hizo y la posterior huida y el incendio han hecho que se vuelva loco. Lo que me resulta interesante es que esté bajo el cuidado y la protección de algún tipo de organización y que esta claramente lo necesite para algo. Él no va a liderar a nadie nunca más, no después de lo que ha dicho el chico, así que, ¿qué otra cosa puede hacer por ellos?

—Es un testaferrero —apuntó Mycroft—. Probablemente el confederado más famoso aparte del general Lee y Jefferson Davis. Si aún queda algún partidario de los confederados en Estados Unidos, y si tienen aunque sea la más mínima muestra de interés en derrocar la nueva presidencia e instaurar una que simpatice más con sus propias opiniones, John Wilkes Booth sería el hombre ideal para llevar a cabo una revuelta. Lo único que tienen que hacer es pasearlo por unos cuantos mítines secretos y decir algo importante sobre cómo tuvo el valor de intentar derrocar a la Unión con unas cuantas balas certeras, y podrían provocar el frenesí en la multitud.

—Eso es lo que me daba miedo —dijo Crowe, asintiendo con la cabeza—. No importa que no esté en su sano juicio, solo tienen que doparlo lo suficiente para que pueda quedarse quieto en un estrado y dar todo tipo de discursos en torno a su figura. —Se quedó callado un momento—. ¿Cuál es la postura del gobierno británico en todo este asunto?

—No puedo hablar en nombre del gobierno —dijo Mycroft intentando ser prudente—, pero me consta que el Departamento de Extranjería está a favor del régimen actual, y no le gustaría ver resurgir a los Estados Confederados. La esclavitud es una práctica aberrante y debe ser erradicada. Lo primero que haría un presidente confederado sería dar marcha atrás a los avances que han hecho el presidente Lincoln y su sucesor. No podemos permitirlo.

Crowe suspiró.

—Van a regresar a Estados Unidos, ¿no?

Mycroft asintió con la cabeza.

—Entonces tengo que seguirlos.

—Podríamos enviar un telegrama —le propuso Mycroft—. Tardará menos que ellos en atravesar el Atlántico.

Crowe negó con la cabeza.

—No sabemos en qué barco irán.

—Podemos revisar los manifiestos —dijo Mycroft—. No cabe duda de que viajarán con nombres falsos, pero podemos buscar a cuatro hombres que vayan juntos, uno de los cuales está claramente enfermo.

—No viajarán juntos. —Crowe parecía seguro de lo que decía—. Comprarán los billetes por separado y probablemente contraten los servicios de una enfermera para que cuide de Booth. No, estaremos tratando de localizar a cuatro individuos cuyas descripciones son imprecisas y cuyos nombres desconocemos. —De repente le dio un puñetazo al brazo de la silla, y Sherlock pegó un salto—. Soy un rastreador. Tengo que seguirles la pista. Así de sencillo. Voy a dar por hecho que se dirigen a Nueva York y empezaré por ahí.

—Yo podría ayudar —dijo Sherlock, sorprendiéndose a sí mismo—. Soy el único que los ha visto. Podría ir al puerto y ver quién sube a bordo de los barcos.

—No sabemos desde dónde embarcarán —observó Crowe.

—Podría ser Southampton, o Liverpool, o incluso Queenstown —añadió Mycroft dulcemente—. Un chico no puede abarcar tres puertos, independientemente de lo listo que sea.

—Pero... —empezó a decir Sherlock, y luego su voz se fue apagando poco a poco hasta dejar de oírse. Lo que quería decir era que Crowe no podía irse de Inglaterra porque ya estaba empezando a comprender las lecciones que le estaba enseñando, y si al final decidía marcharse no podría llevarse a su hija Virginia con él. Sherlock sentía algo por ella que no entendía muy bien y quería ver adónde le llevaban esos sentimientos, a pesar de que le daban miedo. Pero sabía que ninguno de esos argumentos resistiría la crítica al compararlo con alguna vaga aunque obviamente importante conspiración dirigida contra el gobierno de un país entero.

Parecía como si su vida estuviera a punto de dar un giro de ciento ochenta grados.

Otra vez.

Capítulo 5

Mycroft y Crowe empezaron a hablar de horarios de barcos y puertos de embarque y desembarque. Sherlock se aburrió enseguida. Seguía dándole vueltas al problema mentalmente, intentando encontrar una solución para que Amyus y Virginia Crowe no tuvieran que irse de Inglaterra.

–Seguís sin saber qué aspecto tienen los hombres –indicó al cabo de unos minutos–. Podéis seguirles la pista, pero ¿cómo sabréis que son ellos cuando los encontréis? Mientras mantengan oculto al tipo de las cicatrices quemadas solo serán tres. No tienen nada que les diferencie especialmente aparte del acento, y supongo que en cuanto lleguéis a un puerto donde haya un barco que se dirija a Estados Unidos vais a oír el acento americano por todas partes.

–Puedes darme detalles sobre su aspecto –indicó Crowe–. Ya te he enseñado a buscar los pequeños rasgos que distinguen una cara de otra: el contorno de las orejas, el nacimiento del pelo y la forma de los ojos. Hasta podríamos ser capaces de hacer un par de bocetos a partir de tus descripciones. Virginia es un hacha con el lápiz.

–No estoy seguro de que sea suficiente –dijo pensativo Mycroft–. Los recuerdos de un testigo, incluso uno tan observador como mi hermano, a menudo pueden ser falsos y estar afectados por el estrés. Es algo que me interesa desde hace tiempo, la forma en que la mente humana puede inventar detalles y convencerse a sí misma de que son ciertos. Me temo que hay muchos hombres inocentes encarcelados en prisiones británicas a causa de recuerdos equívocos de una persona. En cuanto te dicen que tienes que buscar a un hombre con barba, de pronto lo único que ves son hombres con barba. No, lo que sea que Sherlock recuerde hay que cogerlo con pinzas.

Sherlock estaba a punto de protestar diciendo que se acordaba perfectamente de los cuatro hombres, pero algo le contuvo. Sintió que la discusión estaba empezando a inclinarse a su favor, porque Mycroft y Crowe se estaban dando cuenta de que el problema era mayor de lo que habían pensado, y él no quería hacer nada para interrumpirla.

Pero al tiempo que su corazón trataba de impedir que Amyus y Virginia Crowe se marcharan, su cabeza le decía que aquello era algo importante. Nunca había visto a Mycroft y a Crowe tan serios. No estaba seguro de haber entendido del todo las posibles repercusiones de lo que estaba pasando. ¿Cómo podían cuatro hombres, uno de ellos loco de atar, afectar a la política de una nación entera? Pero sabía que lo que estaba en juego en ese momento hacía que sus problemas parecieran insignificantes. Si podía ayudar debía hacerlo, sin importar el precio que tuviera que pagar por ello.

Por extraño que pudiera parecer, era una reflexión bastante madura, y no le gustó lo

que eso significaba.

–Matty también los ha visto –dijo de pronto, sin pensar antes de hablar.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Mycroft, volviendo la cabeza.

–Quiero decir que Matty vio al hombre que me metió a la fuerza en la casa, el hombre que puede ser John Wilkes Booth, y luego, cuando me rescató, vio al menos a dos de los otros tres hombres. Uno de ellos estaba inconsciente, así que ninguno de nosotros lo pudo ver bien. Si queréis una descripción pero os preocupa la fiabilidad de mi memoria, ¿por qué no le decís a Matty que venga? Entre los dos seguramente consigáis una buena descripción, sobre todo si nos preguntáis por separado, en lugar de a los dos juntos. De ese modo ninguno de nosotros influirá sin querer en lo que diga el otro.

–El chico tiene razón –bramó Crowe–. Dos cabezas piensan más que una. Tal vez pueda enviar a Virginia a buscarlo. Sabe dónde está amarrado el barco. –Asintió para sí–. Un boceto a partir de los recuerdos de ambos estaría mucho más cerca de la realidad que uno basado en los recuerdos de uno solo.

Mycroft miró fijamente y con ecuanimidad a Sherlock.

–Comprendo que no quieras que el señor Crowe o su hija se vayan –dijo en voz baja–. Y sin embargo has sugerido algo que posibilitará que lo hagan. Piensas como un hombre, no como un niño. Estoy orgulloso de ti, Sherlock. Y padre también lo estaría.

Sherlock apartó la vista para que Mycroft no viera que le brillaban los ojos.

Ajeno al diálogo entre los dos hermanos, Crowe se había levantado de golpe del estrecho sillón y había caminado con pesadez hacia la entrada.

–¡Ginnie! –chilló mientras abría la puerta–. ¡Te necesito! –Se quedó ahí de pie durante un rato hasta asegurarse de que su hija iba para allá, y luego volvió y se puso junto a la silla.

Virginia Crowe apareció en la puerta. Le lanzó una mirada a Sherlock y sonrió. Como de costumbre, él se quedó deslumbrado al ver tal cantidad de color alrededor de ella: el rojo de su pelo, el bronceado de su piel, el puñado de pecas por las mejillas y la nariz y el tono violeta de los ojos. Hacía que otras chicas parecieran dibujos en blanco y negro.

–Dime, padre.

–Tengo un recado para ti. Necesito que vayas a buscar al pequeño Arnatt a su barco. Dile que tengo que hacerle unas cuantas preguntas sobre lo de hoy. Dile que no se ha metido en ningún lío, pero que necesito su ayuda.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Quieres que lo traiga de vuelta en Sandía?

–Así es más rápido. El caballo puede soportar el peso de los dos. El muchacho es pequeño.

–Pero todo un luchador –añadió Sherlock en defensa de Matty.

–De eso no me cabe la menor duda –dijo Crowe. Le echó un vistazo a Virginia–. Venga, date prisa.

Ella le lanzó otra mirada a Sherlock, y pareció como si quisiera decir algo, tal vez preguntarle si quería ir con ella, pero en lugar de eso se dio la vuelta y se marchó. Al cabo de unos segundos Sherlock oyó el fuerte relincho del caballo de Virginia al darle la

bienvenida, el tintineo de las riendas y el ruido cada vez menor de los cascos contra la tierra dura.

Crowe y Mycroft empezaron a discutir otra vez sobre diferentes formas de cruzar el océano Atlántico antes que los cuatro americanos. Todo parecía depender de qué barco cogieran y desde qué puerto zarparan. Unos barcos eran más rápidos que otros. Sherlock se enteró de que algunos de los más nuevos no solo dependían del viento y las velas para atravesar el mar sino que complementaban eso con potentes motores a vapor que hacían funcionar timones gigantes como los de un molino de agua, con remos de madera espaciados a lo largo de su circunferencia. El movimiento de los remos contra el agua, impulsado por los motores a vapor, oponía resistencia al agua y hacía avanzar el barco, incluso si no había nada de viento. Existía algún sitio al que no pudiera llegar el motor a vapor, algún problema que no fuera capaz de resolver? ¿Qué vendría después?, se dijo. ¿Carros y carruajes con tracción a vapor que llenaran las calles y fuesen desde Londres hasta Liverpool en solo unas horas? O aún más: ¿podría el ser humano llegar hasta la Luna algún día usando naves a vapor?

Sacudió la cabeza para desechar aquellas ideas inverosímiles y centró su atención en Mycroft y Amyus Crowe, que estaban discutiendo sobre política, viajes y revolución.

Siguieron hablando y Sherlock se vio a sí mismo entrando y saliendo de la conversación. La política flotaba en el aire, aunque de vez en cuando Crowe la bajaba a la tierra con un ejemplo del número de personas que habían muerto en un lugar o momento determinado, o cómo una ciudad concreta había sido arrasada para intentar demostrar algo.

Al cabo de un rato oyó el rápido martilleo de cascos que se acercaban. Fue a la puerta y se preparó para darles la bienvenida a sus amigos.

Afuera, bajo la luz del anochecer, vio llegar a Sandía, la yegua de Virginia. La masa oscura del lomo debían de ser Virginia y Matty, y por un instante a Sherlock le entraron celos de que Matty estuviera tan cerca de ella. Pero solo fue un momento.

Cuando Sandía se aproximó, la masa oscura del lomo resultó ser una figura en lugar de dos. Era Virginia, que paró a la yegua justo al lado de Sherlock. Tenía los ojos desorbitados y el pelo enredado en una maraña a causa del viento.

—¿Dónde está Matty? —preguntó Sherlock.

Ella bajó de un salto y lo empujó al pasar. Luego entró corriendo en la casa y Sherlock la siguió.

—¡Se lo han llevado! —gritó.

—¿Qué dices? —dijo Mycroft.

—Llegué a la barcaza y le pedí que se viniera conmigo —dijo atropelladamente—. Estábamos los dos montados en Sandía. Llegamos al final de la calle y vimos un árbol caído en medio que bloqueaba el paso. No estaba ahí cuando salí, os lo prometo. Pensé en saltarlo, pero con Matty montado conmigo en Sandía no estaba segura de que lo fuéramos a conseguir, así que paré para que pudiéramos moverlo. Dos hombres salieron corriendo del bosque y se precipitaron sobre nosotros. Debían de estar escondidos en los arbustos. Uno de ellos golpeó a Matty en la cabeza. Creo que lo dejaron sin

conocimiento, porque él paró de luchar. El otro hombre vino a por mí. Intentó agarrarme del pelo, pero le mordí la mano. Él me soltó y yo corrí hacia Sandía. Salté encima de ella y me fui al galope. Cuando miré hacia atrás, se estaban llevando a Matty. –Tenía la cara pálida y asustada–. ¡Lo dejé ahí solo! –gritó, como si acabara de darse cuenta de lo que había pasado–. Tendría que haberme quedado para ayudarlo, o haber vuelto a por él.

–Si hubieras hecho eso, probablemente te habrían cogido a ti también –indicó Crowe. Atravesó la casa a una velocidad sorprendente para tratarse de un hombre tan grande y la estrechó fuertemente entre sus brazos–. Gracias a Dios que estás bien.

–Pero ¡Matty! –gritó Sherlock.

–Lo traeremos de vuelta –prometió Mycroft, levantando todo el peso de su cuerpo de la silla–. Es evidente que...

Antes de que pudiera terminar la frase sonó un estallido de cristales, y algo pesado voló por el aire desde la ventana hecha añicos y cayó al suelo con un ruido sordo. Crowe corrió hacia la puerta y la abrió de par en par. Sherlock oyó los cascos chocando contra el suelo mientras alguien se alejaba a caballo. Crowe soltó una sarta de maldiciones. Sherlock ni siquiera había oído antes algunas de las palabras que dijo, aunque podía hacerse una idea de lo que significaban.

Sherlock se agachó a recoger el objeto que habían lanzado por la ventana. Era una piedra grande, del tamaño de dos puños juntos más o menos. Tenía un pedazo de cuerda atado alrededor y había un trozo de papel pegado a la superficie.

Mycroft le quitó la piedra a Sherlock y la puso en la mesa. Cogió un cuchillo y rompió la cuerda hábilmente.

–Es mejor conservar los nudos –le dijo a Sherlock sin girar la cabeza–. Pueden decirnos algo sobre el hombre que los hizo. Los marineros, por ejemplo, emplean un montón de nudos extraños que la gente normal no conoce. Si tienes unos días libres te recomiendo encarecidamente que los estudies.

Dejó la cuerda a un lado, supuestamente para un análisis posterior, separó el papel de la piedra y lo alisó encima de la mesa.

–Es una advertencia –le dijo a Crowe–: «Tenemos a su hijo. Deje de perseguirnos. No intente venir tras nosotros. Si nos deja en paz, se lo devolveremos en tres meses ileso. Si no quiere dejarnos en paz también se lo devolveremos, pero en pedazos y a lo largo de varias semanas. Le hemos advertido».

Crowe tenía a Virginia en sus brazos.

–Es obvio que dan por hecho que Matty es mi hijo –dijo–. Probablemente porque lo han visto con Ginnie en el mismo caballo. Se darán cuenta de su error muy pronto, en cuanto le oigan hablar.

–Puede que no –observó Mycroft–. No saben cuánto tiempo llevas en Inglaterra. De hecho, lo más probable es que ni siquiera sepan que eres americano. Creo que el joven Matthew estará bastante seguro por el momento. Bueno, ¿qué podemos decir de la nota?

–¡Olvídate de la nota! ¡Debemos perseguirlos! –gritó Sherlock.

–El chico tiene razón –bramó Crowe–. Hay un tiempo para el análisis y un tiempo para la acción. Y este es el segundo. –Apartó a Virginia con suavidad–. Tú quédate aquí. Yo

iré tras ellos.

—Y yo también —dijo Sherlock enérgicamente. Y cuando Crowe abrió la boca para discutir, añadió—: Matty es mi amigo, y yo le he metido en esto. Además, si somos dos podemos recorrer una distancia mayor.

Crowe le lanzó una mirada a Mycroft, que debió de asentir imperceptiblemente, porque Crowe dijo:

—De acuerdo, chico, móntate. Nos vamos ya.

Fue hacia la puerta y Sherlock lo siguió. Cuando salió, su tutor ya había ensillado un caballo y estaba preparando otro para él. Cuando se montó, Crowe ya estaba alejándose al galope. Sherlock apretó los talones contra los flancos del animal, y el caballo comenzó a galopar tras él.

El sol se dirigía hacia el horizonte, cubierto por nubes tenues, de modo que Sherlock lo veía como una bola de luz roja. Crowe y su caballo corrían a toda velocidad. Se esforzó por seguirle el ritmo. El traqueteo de los cascos de su caballo contra el suelo le subía por la columna vertebral, una vibración constante que hacía difícil respirar hondo.

Se preguntó cómo sabía Crowe qué dirección tomar. Supuso que había hecho algún cálculo rápido de cuál era el camino más idóneo para salir de Farnham si los hombres se dirigían a la costa. Southampton sería el lugar indicado para partir si se iban a Estados Unidos. Pero Crowe podría estar equivocado; es posible que los hombres hubieran planeado embarcar en Liverpool, adonde irían en tren desde Londres, lo que significaba que se marcharían de Farnham en una dirección totalmente diferente. Por primera vez, Sherlock se dio cuenta de que el pensamiento lógico por sí solo no era suficiente, y que rara vez daba una sola respuesta. La mayoría de las veces, el pensamiento lógico planteaba varias respuestas posibles, y uno tenía que buscar otra forma de elegir una entre ellas. Podías llamarlo intuición, o conjeturas, pero no era lógica.

Casitas de campo y otras más grandes pasaban ante ellos como un rayo, demasiado rápido para reconocerlas. A lo lejos Sherlock vio un edificio de piedra en una colina. ¿El castillo de Farnham, tal vez? El viento le silbaba en los oídos, que se congelaban pese al calor del día que había absorbido la tierra y estaba volviendo a subir del suelo. Creyó oír el eco de los cascos de su caballo, pero no había ningún sitio donde pudieran resonar. Miró hacia atrás y se quedó asombrado al ver a Virginia apretada contra el cuello de Sandía. Ella le dirigió una breve sonrisa y él se la devolvió. Sherlock debía haberse imaginado que de ninguna manera se iba a mantener alejada de la acción. Era realmente diferente de cualquier otra chica que hubiera conocido nunca.

Atravesaron una diminuta aldea de casas apiñadas. La gente se apartó de su camino y se dispersó. Cuando se estaban alejando, Sherlock oyó voces exaltadas a su espalda. La calle que tenían ante ellos estaba vacía hasta donde trazaba una curva y desaparecía. ¿Cuánto tiempo seguiría cabalgando Crowe antes de admitir que habían ido en la dirección equivocada?

Virginia alcanzó a Sherlock y lo miró de reojo. Le brillaban los ojos. Él supuso que se estaba divirtiendo, pese a la urgencia de la misión que tenían entre manos. A ella le encantaba cabalgar, y esa era una oportunidad para hacerlo como nunca antes lo había

hecho.

Delante, pasado el cuerpo musculoso de Amyus Crowe y su sombrero blanco de ala ancha, que de alguna manera estaba consiguiendo no caerse pese a la velocidad a la que iba este, Sherlock atisbó de pronto un carruaje. Se sacudía de aquí para allá e iba a toda pastilla. Las ruedas de un lado se salieron del camino durante un momento y luego volvieron a rebotar cuando el carro dobló una curva. Encima de él, Sherlock creyó ver la delgada línea de un látigo que se movía rápidamente mientras el cochero azotaba a los caballos para que corrieran cada vez más. ¿Estaba Matty en aquel carruaje? No cabía duda de que el cochero se estaba esforzando al máximo para ir a toda velocidad. Si no eran los americanos los que iban dentro, entonces era una enorme coincidencia que alguien más estuviera tan desesperado por salir de Farnham hasta el punto de arriesgar su vida en el intento.

Sherlock arreó al caballo para que fuese más rápido, y este le obedeció. La distancia entre él y Crowe se estrechó, y pudo ver mejor el carruaje. Era un carro de cuatro ruedas tirado por dos caballos, y las ballestas rebotaban arriba y abajo cuando las ruedas chocaban contra los surcos, agujeros y baches del camino.

Virginia se acercó por la izquierda de Sherlock. Él la volvió a mirar de soslayo. La chica esbozó una especie de sonrisa que dejaba al descubierto los dientes, pero Sherlock supuso que era más bien un gruñido.

El inglés echó un vistazo hacia la derecha, al padre de Virginia, que tenía la mirada fija en el carro de delante, y había tal fuerza explosiva en sus ojos que Sherlock se asustó por un instante. Siempre había considerado a Crowe un caballero para el que la lógica y la recopilación de hechos eran más importantes que todo lo demás, pero Virginia le había contado que cuando vivían en Estados Unidos era cazador de hombres, y a menudo no los había devuelto con vida. Mirando a Crowe en ese momento, se lo creía totalmente. Ninguna fuerza terrenal podría detener a un hombre con aquella mirada en los ojos.

Al caballo de Crowe le salía espuma por la boca. Lo estaba presionando demasiado. Unas salpicaduras minúsculas de espuma se volaron con el viento y fueron arrastradas hacia atrás, perdiéndose en la distancia.

El camino viró a la derecha y el carruaje tomó la curva sin reducir la velocidad. Las dos ruedas exteriores se quedaron suspendidas y parecía que el carro iba a volcar y los caballos iban a arrastrarlo por el suelo, pero los hombres de dentro debieron de empujar con todas sus fuerzas hacia la izquierda porque de pronto el carruaje dio una sacudida hacia un lado y las ruedas bajaron al suelo.

Sherlock, Crowe y Virginia también doblaron la curva, y sus caballos se inclinaron hacia un lado para que los cascos pudieran adherirse bien al suelo. De repente, cuando se estaban enderezando, Sherlock atisbó delante de ellos un carro que venía en dirección contraria al que iba a toda velocidad, cargado con pacas de heno recién cortado. El campesino, alarmado, le estaba haciendo gestos al carruaje para que se apartara, pero debía de saber que era demasiado tarde, porque viró bruscamente su carro fuera del camino y se metió en una zanja. El carruaje pasó delante de él con gran estruendo y faltó poco para que chocara con la parte de atrás del carro. Al rato, Sherlock, Crowe y

Virginia también pasaron al galope. Sherlock miró de reojo para comprobar que el campesino estaba bien. Este, de pie delante del carro, gesticulaba furioso. Y luego se desvaneció a lo lejos como un fragmento de memoria.

Un movimiento en un lateral del carruaje captó la atención de Sherlock. Un hombre se estaba asomando y llevaba una especie de palo en la mano. Sherlock pensó que era uno de los hombres de la casa de Godalming, pero no estaba seguro. El hombre apuntó el palo hacia atrás, donde estaban los tres jinetes, y de pronto una llama surgió de él como si fuera una flor. ¡Llevaba un rifle!

Sherlock no sabía decir adónde había ido a parar la bala. El carruaje iba dando tantos tumbos mientras iba a toda velocidad que era imposible que el pistolero apuntara bien, pero eso no significaba que no pudiera herirles a alguno de ellos o a uno de sus caballos.

El hombre volvió a disparar, y esta vez Sherlock creyó oír el sonido de la bala al pasar cerca de él: un zumbido frenético, como una avispa rabiosa.

Crowe espoleó al caballo para que fuera más rápido, y por un momento pareció que se acercaba al carruaje. Sujetó las riendas con una mano y se llevó la otra al cinturón. Sacó una pistola y apuntó al hombre que iba asomado. Disparó, y el retroceso del arma le echó la mano para atrás y le giró el cuerpo en la silla. El hombre del rifle se metió dentro del coche. Sherlock no sabía si estaba herido o era cauteloso.

Iban corriendo junto a un río. Una luz plateada se reflejaba en la superficie del agua.

El hombre del rifle volvió a aparecer, asomándose por el mismo sitio que antes, pero esta vez miraba hacia delante. Apuntó el rifle y apretó el gatillo. De nuevo, una llama brotó como una flor exótica al anochecer. Por un instante de confusión, Sherlock pensó que estaba apuntando a los caballos que tiraban del carruaje, pero pronto vio que estaba disparando sobre sus cabezas. Se dio cuenta enseguida de que Crowe intentaba aterrorizarles galopando aún más deprisa que ellos, y parecía que funcionaba. El espacio entre el coche y los caballos que lo perseguían se ensanchó rápidamente cuando el carruaje se puso a la cabeza. No podían mantener esa velocidad por mucho tiempo –los caballos se agotarían enseguida–, pero era obvio que el forajido tenía otra cosa en mente.

El pistolero volvió a desaparecer un momento dentro del carruaje. De repente la puerta se abrió de golpe y el hombre se tiró al suelo. Había elegido el momento perfecto para saltar, y se dio contra una masa de juncos y vegetación que bordeaba la orilla del río. Desapareció, pero Sherlock pudo seguirle la pista gracias al sendero de juncos destrozados que había dejado tras de sí y que le hicieron avanzar más despacio.

Crowe aflojó un poco la marcha, sin estar seguro de qué hacer, y luego arreó al caballo y fue tras el carruaje en lugar de ir a por el hombre. Sherlock observó cómo el forajido salía de entre los juncos. Estaba empapado y tenía heridas profundas en la cara donde las plantas le habían cortado la piel.

Llevaba un rifle en las manos. Cuando Crowe pasó a su altura, lo levantó, apuntó con cuidado el cañón alargado y disparó.

En el preciso instante en que el fuego salía del cañón, Crowe se llevó los brazos a la cara y cayó de espaldas de la silla. Se golpeó contra el suelo, con el hombro derecho primero, y rodó una y otra vez por la tierra hasta quedarse quieto, como un tronco

polvoriento. Su caballo siguió adelante, pero sin Crowe arreándolo empezó a ir a medio galope, luego a trote, y al final se detuvo. Se quedó ahí, mirando cómo el carruaje desaparecía en la distancia y preguntándose a qué había venido tanta prisa.

—¡Padre! —gritó Virginia mientras obligaba a su montura a detenerse bruscamente. Saltó de la silla y corrió hacia él a toda velocidad, sin reparar en el hombre armado, que al verla acercarse levantó el rifle.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. Sherlock clavó los talones en los flancos del caballo y este avanzó a toda prisa.

—¡Agáchate! —gritó.

Virginia echó un vistazo hacia atrás, vio que se le venía encima y se apartó. Mientras ella rodaba por el suelo, Sherlock tiró de las riendas. Su caballo saltó por encima de ella y dio la sensación de que volaba por el aire pese a la gravedad.

Los cascos delanteros del caballo chocaron con fuerza contra el suelo, y este se tropezó justo cuando el hombre armado volvía a disparar. Sherlock ni siquiera oyó el disparo. Salió volando de la silla por encima de la cabeza del caballo. Lo único que vio fue el suelo que crecía a medida que se le acercaba. Le dio la impresión de que el tiempo se expandía, y se empezó a preguntar si el hombre le abriría la cabeza o primero le rompería las dos piernas. Por alguna razón decidió hacerse un ovillo, metiéndose la cabeza en el pecho y rodeándose el cuerpo con los brazos, con las rodillas pegadas al estómago. Cayó al suelo y rodó. Sentía cómo las piedras se le clavaban en la piel bajo las costillas, la espalda y las piernas. El mundo pasaba a toda velocidad alrededor de él, una y otra vez. Oscuridad, luz, oscuridad. Perdió la noción de dónde estaba.

Después de un tiempo que se le hizo eterno se detuvo. Levantó la cabeza con cautela e intentó averiguar dónde había terminado. Todo estaba borroso, y sentía como si parte de él siguiera rodando sin parar, aunque la sensación de las piedras bajo las manos y las rodillas le indicó que estaba inmóvil. Se le hizo un nudo en el estómago y tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar. Le escocían los arañazos por todo el cuerpo.

A lo lejos, el carruaje en el que tenían preso a Matty desaparecía en una nube de polvo.

Una sombra cayó sobre él. Levantó la vista. El hombre del rifle le observaba desde arriba. No estaba seguro, pero se parecía bastante al hombre al que el loco de John Wilkes Booth había dejado fuera de combate. Los otros tipos lo habían llamado Gilfillan. Tenía la cabeza vendada y los ojos llenos de un odio encarnizado.

—¿Qué mosca os ha picado, chicos? —preguntó levantando el rifle—. ¡Te juro que nos habéis causado más problemas vosotros en un día que todo el Ejército de la Unión desde que acabó la guerra!

—Suelten a mi amigo —gruñó Sherlock mientras se ponía en pie.

—No te andas por las ramas, para ser alguien que va a estar muerto dentro de un minuto —dijo el hombre con una sonrisa forzada—. Cogimos al chico para evitar que tú y ese tío del sombrero blanco nos persiguierais, pero supongo que no salió como esperábamos. Así que ahora tendré que mataros a todos y mandar un cable para decirle a Ives que mate al chico, porque ya no nos hace falta para nada. —Quitó el dedo del gatillo

y le enseñó el dorso de la mano a Sherlock. Tenía sangre y algo que parecían marcas de dientes en la piel blanda entre la base del pulgar y el dedo índice—. ¡Esa chica me ha mordido! —se quejó, incrédulo.

—Sí, seguro que te pasa a menudo —dijo Sherlock, y sacó la mano rápidamente de detrás de la espalda y lanzó las piedras que había cogido del suelo. Volaron por el aire a toda velocidad y le dieron a Gilfillan en la mejilla, la frente y el ojo izquierdo. El matón se llevó las manos a la cara y soltó el rifle, que rebotó dos veces en el suelo. Sherlock se precipitó a cogerlo, pero el hombre lo apartó de un puntapié y le agarró del pelo. Sherlock se retorció, gritó con una mezcla de enfado y dolor y le dio una patada. Le golpeó en la barbilla con la bota, y notó cómo el hombre ya no le tiraba del pelo. Saltó hacia atrás y buscó el rifle. Lo vio a la vez que el americano, y ambos se lanzaron sobre él. Sherlock llegó primero. Intentó agarrar la culata con los dedos y cuando lo consiguió se apartó rodando por el suelo mientras el hombre le maldecía.

Los dos se quedaron quietos un momento, jadeando. El hombre se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No tienes valor —dijo—. ¡Voy a ir a por ese rifle y te voy a rodear la garganta con él y a asfixiarte hasta sacarte la vida de ese cuerpo escuálido que tienes! Se encaminó hacia él y Sherlock levantó el arma de modo amenazador.

—No... —dijo.

El hombre siguió andando mientras se le dibujaba una mueca en la cara y sus sucias manos trataban de agarrar a Sherlock.

Capítulo 6

Sabiendo que no tenía elección, Sherlock apuntó el rifle al pecho del hombre y apretó el gatillo, preparándose para el consiguiente retroceso.

Pero no pasó nada. El rifle se encasquilló.

Gilfillan sonrió triunfal.

—Hay arena en el mecanismo —dijo—. Tienes que tratar bien a esos viejos rifles. La cosa más insignificante puede impedir que disparen. —Metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó algo pequeño y oscuro. Moviéndose rápidamente la mano y de pronto Sherlock vio que tenía un cuchillo extremadamente curvo—. No es como una navaja. Las navajas funcionan en casi todas las circunstancias. Es más lento que un rifle, pero mucho más divertido.

Dio un paso al frente y lanzó una cuchillada hacia un lado, apuntándole a Sherlock en los ojos. El chico se tambaleó hacia atrás y sintió la fría brisa de la cuchilla al pasar rozándole las pestañas. Los escasos rayos de sol, reflejados en la punta afilada del cuchillo, trazaron una línea roja delante de él que persistió incluso después de que el cuchillo hubiera desaparecido.

Gilfillan avanzó, sacudiendo el cuchillo en el aire y tratando de clavárselo a Sherlock en el estómago, pero este lo bloqueó con la culata del rifle. El impacto le empujó hacia atrás, pero Gilfillan le agarró de la muñeca y lo insultó.

—Ya está bien —gruñó—. Te voy a dejar de tratar de igual a igual. Te voy a matar como si fueras ganado.

Estiró el brazo y cogió a Sherlock de la oreja antes de que pudiera escapar. Lo atrajo hacia sí mientras le ponía la cuchilla en el cuello. Instintivamente, Sherlock alzó el rifle entre los dos y trató de bloquear el cuchillo, pero de pronto, cuando el cañón le pasó por delante de la cara, se le ocurrió una idea genial y lo clavó directamente en el ojo derecho de Gilfillan.

El norteamericano gritó y se tambaleó hacia atrás, intentando agarrarse la cara. Le salía sangre entre los dedos. Sherlock supuso que se caería al suelo incapacitado, pero el ojo que tenía intacto lo miró fijamente y volvió a gritar; un sonido de pura rabia resonó en el bosque e hizo que las palomas salieran volando de los árboles. Avanzó dando tumbos y mantuvo extendido el cuchillo hacia Sherlock. El joven inglés, que aún sostenía el rifle, intentó golpearle con él en la cabeza y le dio al vendaje, causando un impacto que reverberó por toda la culata y subió desde las manos hasta los hombros de Sherlock. Gilfillan cayó al suelo como un saco de maíz al que hubieran lanzado sin cuidado, desgarrado y deformado.

Sherlock se quedó observándolo unos segundos, esperando que se pusiera en pie de

nuevo y volviera a intentarlo, pero el tipo siguió ahí tumbado, inmóvil salvo por el fatigoso vaivén de su pecho al respirar. Su ojo derecho, o lo que podía atisbar de él, era un cráter en carne viva. Sherlock vio cómo la sangre se filtraba por el vendaje de la cabeza, que se levantaba cada vez que se hinchaba la piel de debajo.

Gilfillan era como una fuerza sobrenatural, insensible al dolor y a las heridas que harían caer a un hombre normal. Mientras esperaba a que volviera a ponerse de pie, Sherlock sentía que le ardía el pecho al respirar. Se preguntó si todos los estadounidenses serían así. ¿Tendría algo que ver con ese espíritu del Lejano Oeste del que había oído hablar? Una parte de él quería dar un paso adelante y golpearle con el rifle en la cabeza unas cuantas veces más para asegurarse de que nunca volvería a moverse, pero no estaba del todo seguro de si esa parte de su cerebro estaba preocupada por que Gilfillan recobrara el conocimiento o solo quería venganza por lo que aquel hombre le había hecho a Amyus Crowe y había intentado hacerle a él. Al cabo de un momento bajó el rifle. No era un asesino. Al menos, no uno que matara deliberadamente.

Cuando estuvo bastante seguro de que Gilfillan no se iba a mover durante un rato, se alejó, sin dejar de vigilarlo, hasta que oyó relinchar detrás de él al caballo de Amyus Crowe. Se dio la vuelta.

Amyus Crowe estaba tumbado en el camino polvoriento. Con la luz rojiza del atardecer, la sangre de la frente parecía brillar con una intensidad demoníaca.

—¿Está...? —empezó a preguntar Sherlock, pero no pudo terminar la frase.

—Todavía respira —respondió Virginia entrecortadamente, y se le notó más el acento. Metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de lino. Un pañuelo, supuso Sherlock. Estaba a punto de usarlo para limpiarle la cabeza a su padre, cuando Sherlock se lo quitó.

—Lo mojaré en el río —dijo.

Ella asintió, agradecida.

Sherlock fue corriendo al lugar donde el pistolero americano que ahora estaba inconsciente se había abierto camino entre los juncos antes de aparecer y disparar a Amyus Crowe. Se acercó todo lo que pudo al río sin caerse, humedeció el pañuelo y regresó a donde estaba tendido Amyus Crowe. Virginia le había estirado los brazos y las piernas para que estuviera en una postura más normal, no retorcido tal y como había caído. Cuando Sherlock se inclinó junto a ella, observó que el pecho de Crowe se movía arriba y abajo y los párpados le temblaban. Parecía que habían pasado años desde que Crowe se había caído del caballo, pero Sherlock se dio cuenta de que podría haber sido solo un puñado de segundos, un minuto como máximo. La pelea con Gilfillan no había durado mucho, pero había sido intensa, y eso había hecho que pareciera larga.

Virginia estaba pasando las manos de arriba abajo de los brazos y piernas de su padre.

—Me parece que no tiene ningún hueso roto —dijo—. Las costillas no sé, aunque me sorprendería que no se hubiera roto un par. Eso sí, tiene un montón de cortes y rasguños.

—Ha tenido suerte —indicó Sherlock—. Aquí, cerca del río, la tierra es blanda y tiene mucho barro. Si se hubiera caído antes del caballo, donde la tierra es dura, ahora podría estar muerto.

Virginia le quitó el pañuelo y se lo pasó a Crowe por la frente. Cuando lo apartó estaba lleno de sangre y dejaba al descubierto un arañazo bastante largo que enseguida empezó a sangrar de nuevo.

—Creo que aquí es donde le dio la bala —dijo.

—Otra vez ha tenido suerte. Unos cinco centímetros más hacia la izquierda y le habría atravesado la sien. —Sherlock respiró hondo y trató de impedir que le temblaran las manos—. Hay que encontrar un médico.

Virginia negó con la cabeza.

—Tenemos que llevarlo de vuelta a casa. Puedo cuidar de él allí, siempre y cuando no haya huesos rotos. Lo que necesita es descansar. —Suspiró—. Ha pasado por cosas peores que esta y ha sobrevivido. —Le lanzó una mirada a Sherlock, luego apartó la vista y después volvió a mirarlo. Se acababa de dar cuenta de los diferentes chichones, arañazos, cortes y moratones que tenía—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Me he hecho más daño jugando al rugby —dijo.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Es un deporte que no me gusta y al que no juego muy bien. El caso es que me pondré bien.

—¿Lo has cogido? —preguntó enfadada.

—Lo he dejado fuera de combate —contestó Sherlock—. Pero creo que tu padre y mi hermano querrán hablar con él, así que no le he hecho demasiado daño. Aunque lo podría haber hecho.

—Quizá deberías haberlo hecho —dijo ella en tono amenazante.

Sherlock se puso a pensar en el traumatismo craneal y preguntó:

—¿Y si tu padre tiene una conmoción cerebral? La bala le ha dado en la cabeza, y puede que le haya alcanzado el cerebro.

Virginia le miró fijamente. Tenía pinta de estar enfadada, pero los ojos denotaban algo muy diferente. Estaban desesperados.

—Tenemos que vigilarlo —dijo ella—. Buscar síntomas de mareo, enfermedad, náusea o confusión.

—En mis tiempos los padecí todos —dijo Crowe, débil pero claramente—. No puedo decir que los disfrutara mucho, pero la mayoría fueron autoinfligidos. Esta vez no ha sido por mi culpa.

—¡Padre!

Con los ojos aún cerrados, Crowe levantó el brazo y le dio una torpe palmadita en el hombro.

—Rodé al caer al suelo. Un jinete de rodeo me enseñó la técnica en Albuquerque. Si un cuerpo relaja todos sus músculos y se enrolla como un puercoespín, probablemente sobreviva a una caída peor que esa. —Le lanzó una mirada a Sherlock—. Ya veo que lo has averiguado por ti mismo. —Hizo una pausa, cerró los ojos durante un momento y respiró lentamente—. ¿Qué ha pasado con el carruaje?

—Han escapado —dijo Sherlock enfadado—. Con Matty.

—¿Y el hombre que se quedó y me disparó?

—Está vivo pero inconsciente. Supongo que podemos hacer que vuelva en sí e interrogarle.

—Sí —dijo Crowe en tono amenazante—, supongo que sí.

Sherlock se quedó un rato pensando.

—Puedo atarle —dijo—. Y luego lo subiremos a mi caballo. Si estás bien para montar, Virginia puede volver con Sandía y yo iré caminando.

—Tenemos que darnos prisa —dijo ella. Por alguna razón se había ruborizado, y no era capaz de mirar a Sherlock—. Andando tardaremos demasiado. Puedes ir detrás de mí.

—¿Estás segura? —preguntó Sherlock.

—A caballo regalado no le mires el diente —dijo Crowe riendo—. Es una buena idea, pero ¿con qué vas a atar al hombre?

Sherlock se puso a pensar. No tenían ninguna cuerda. Imaginó que podía usar las riendas de su caballo, pero ¿cómo se asegurarían de que el caballo iría con ellos cuando se alejaran? ¿Y si entrelazaba los juncos de la orilla del río? No, estaban muy húmedos y tardaría demasiado tiempo en hacerlo.

—Mi cinturón —dijo por fin—. Le puedo atar las manos detrás de la espalda con mi cinturón.

Crowe asintió con la cabeza.

—A mí me parece bien —dijo—. O puedes usar la cuerda que llevo en el bolsillo. —Levantó la vista hacia Sherlock—. Hay algunas cosas con las que un hombre siempre debería viajar: una navaja, una caja de cerillas y un ovillo de cuerda. No hay mucho que no puedas hacer con una combinación de navaja, cerillas y cuerda.

Sherlock le cogió la cuerda a Crowe e, indeciso, volvió andando hasta donde Gilfillan seguía tendido. Ya era casi de noche, y por un momento aterrador no pudo localizar al hombre en la oscuridad, pero al final encontró el lugar donde estaba tumbado. Le ató las manos con las muñecas entrecruzadas, lo dejó ahí y regresó a donde su caballo estaba pastando al lado del camino, como si fuera algo que pasara todos los días. Volvió con él, lo dejó junto a Gilfillan y se agachó, intentando averiguar cómo levantar al hombre y subirlo encima del caballo. Finalmente logró poner de rodillas al americano, que aún estaba inconsciente, y se deslizó debajo de él mientras este se desplomaba sobre él, soportando su peso con la parte de arriba de la espalda. Se enderezó, empujando con las rodillas y sintiendo cómo se quejaban los músculos al levantarse, con la cabeza inclinada hacia delante y el cuerpo de Gilfillan en un equilibrio inestable sobre los hombros. Por un instante sintió pánico, porque no estaba seguro de cómo lo iba a subir al caballo, pero para entonces Amyus Crowe ya se había puesto de pie y Virginia se acercaba a él para ayudarlo. Entre los dos, dejaron caer a Gilfillan de mala manera en la silla del caballo resignado de Sherlock. Para evitar que se resbalara, Sherlock le ató las muñecas al estribo de un lado y los tobillos al del otro. Cuando acabó, se apartó para admirar su obra.

—Quería preguntarte una cosa —le dijo Virginia—, ¿qué nombre le pusiste al final a tu caballo?

—No le he puesto ningún nombre —contestó Sherlock.

Ella se quedó un poco sorprendida.

—¿Por qué no?

—Porque no me pareció que tuviera ningún sentido. Los caballos no saben que tienen nombre.

—Sandía conoce su nombre.

—No, conoce el sonido de tu voz. Dudo que entienda las palabras.

—Para ser un chico que sabe tanto —dijo indignada—, la verdad es que no sabes mucho.

Daba pena verlos a los cuatro volviendo a medio galope a casa de Amyus Crowe: este desplomado hacia delante en su caballo, Virginia montada en Sandía con Sherlock pegado a ella y el caballo del joven inglés a la retaguardia con Gilfillan atravesado encima de él. El viaje de vuelta se les hizo eterno. Sherlock estaba abrumado por el cansancio, que le pesaba como una manta. Le escocían los arañazos y lo único que quería hacer era meterse en la cama y dormir todas las horas que pudiera.

Era noche cerrada cuando llegaron, y Mycroft estaba de pie en la entrada.

—¡Sherlock! —gritó—. Estaba... —Dejó de hablar. A Sherlock le pareció que tenía la voz más aguda que de costumbre. Daba la sensación de estar intentando con todas sus fuerzas no emocionarse.

—No pasa nada —dijo a su hermano con voz cansina—. Estamos bien. Bueno, han disparado al señor Crowe, tenemos un prisionero y no recuperamos a Matty, pero todos seguimos vivos.

—No tenía forma de saber qué había pasado —dijo Mycroft mientras Sherlock se escurría por el lomo de Sandía—. Tenía varios frentes abiertos, pero no estaba seguro de cuál era el mejor.

—¿No deberías haber cogido ya el tren? —preguntó Sherlock.

Mycroft se encogió de hombros.

—Si es necesario, puedo buscar un hotel cómodo para pasar la noche.

—Pero ¿a tus superiores no les molestará que no aparezcas por el trabajo mañana?

Mycroft frunció el ceño, como si la idea de un «superior» fuera algo raro.

—Sí —dijo, alargando la palabra—. Supongo que sí. —Se animó—. Aunque lo que está pasando aquí es muy probable que tenga un impacto directo en las relaciones internacionales, por eso también me concierne a mí. No obstante, si es preciso, siempre puedo fletar un tren especial para que me lleve de vuelta a Londres esta noche.

Sherlock le miró con los ojos como platos.

—¿Puedes hacer eso?

—Nunca he tenido que hacerlo hasta ahora, pero creo que mi contrato me permite un lujo de vez en cuando. Bueno, contádmelo todo.

Mientras él y Virginia ayudaban a Amyus Crowe a bajar de su caballo y los cuatro entraban en casa, dejando al norteamericano inconsciente y atado con una correa al caballo de Sherlock, este le contó a su hermano los acontecimientos desde que se habían marchado de allí. Virginia completaba algunos detalles que a él se le olvidaban, y cuando habló de la pelea con el norteamericano sintió que ella le apoyaba la mano en el brazo, preocupada. Mycroft también se estremeció al pensar lo cerca que había estado su

hermano de morir en varias ocasiones.

—No está claro cuál es el mejor plan de acción —dijo por fin Mycroft cuando estaban todos sentados cómodamente con una bebida delante de ellos—. Hasta que vuestro prisionero despierte, parece que hemos repasado toda la información que tenemos. El tiempo y los recursos no están de nuestra parte.

—Podría despertarlo —dijo Crowe en voz baja—. Y tener una charla tranquila con él. En plan civilizado.

—Interrogarlo a la fuerza no es una opción —les advirtió Mycroft—. Puede que el hombre sea un delincuente en al menos dos países, pero tiene derecho a ser tratado de forma educada hasta que sea declarado culpable de un crimen, e incluso en ese caso no se le puede tratar con violencia porque lo pida alguien con cierta autoridad. Como uno de los países civilizados más antiguos y uno de los más jóvenes, Gran Bretaña y Estados Unidos tienen la obligación de dar ejemplo al resto del mundo. Si actuamos como bárbaros no tendremos ningún derecho a impedir que el resto actúe del mismo modo, y el mundo caerá en la anarquía.

—¿Incluso si esa buena educación conduce al perjuicio o la muerte de alguien a quien deberíamos proteger? —preguntó Crowe.

—Incluso entonces —dijo Mycroft—. Debemos mantener la autoridad moral, independientemente de lo que nos tienta a adentrarnos por las sendas de la injusticia.

—Tengo una idea —dijo Sherlock, sorprendiéndose a sí mismo. Era cierto, algo le estaba rondando por la cabeza como una canica en una bandeja de hojalata, pero aún no se había dado cuenta de las posibles consecuencias que tenía.

—Continúa —dijo Mycroft—. Si esa idea tuya puede evitar que el señor Crowe le arranque las uñas a nuestro prisionero con unos alicates, yo por mi parte estoy completamente a favor.

—Ese hombre, el norteamericano, saltó del carruaje para detenernos cuando parecía que íbamos a impedir que llegaran al puerto y salieran de Inglaterra.

—Correcto —murmuró Crowe.

—Por lo que me dijo, les iba a enviar un telegrama a los otros contándoles si había tenido éxito en su misión o había fracasado.

—Continúa —dijo Mycroft.

—Y si no les envía un telegrama, si no les está esperando uno cuando acaben el viaje, imaginarán que pudimos con él —observó Sherlock—. Supondrán que lo dejamos tan maltrecho que era incapaz de mandar un telegrama y que seguimos persiguiéndoles, en cuyo caso su mejor opción es matar a Matty porque ya no les sirve de rehén.

—¡Oh, no! —susurró Virginia.

—La cuestión es, ¿adónde habría enviado el telegrama? —preguntó Sherlock—. Veamos, no creo que el resto fuera a quedarse en un hotel hasta que él llegara. Que nosotros sepamos, iban directamente a un barco.

Crowe y Mycroft se miraron.

—El chico tiene razón —dijo Crowe al cabo de un rato—. Iban a necesitar alguna forma de intercambiarse mensajes. Quizá un sitio convenido cerca del barco, una oficina de

correos local o algo así, donde recibir cualquier mensaje que él les enviara.

–Tendrían que haber decidido de qué lugar se trataría segundos antes de que él saltara del carruaje –indicó Sherlock–. ¿Qué posibilidades hay de que él lo recordara con el estrés de ese momento...?

–A menos que uno de los otros se lo anotara –terminó Mycroft–. Sherlock, tienes un cerebro privilegiado encima de esos hombros huesudos. Hay que buscar una dirección en los bolsillos de ese hombre.

Crowe se levantó de la silla a duras penas.

–Iré yo –dijo. Y ante la mirada de advertencia de Mycroft, añadió–: No te preocupes, si está inconsciente no trataré de despertarlo, y si ya está despierto lo único que haré será hacerle una pregunta educada antes de echarle un vistazo a sus bolsillos. –Arqueó una ceja inquisitivamente–. Me imagino que el robo es aceptable, aunque interrogarle a la fuerza no lo sea.

–En este caso haremos una excepción –dijo Mycroft con calma.

Amyus salió a buscar a Gilfillan. Sherlock se dio cuenta de que Virginia se quedaba preocupada al ver salir a su padre. Quería preguntarle sobre ello, pero Mycroft le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

–Sherlock... –dijo en voz baja, y luego vaciló–. Sherlock, supongo que no estoy cumpliendo con mi obligación de cuidar de ti como es debido. Lo siento.

Sherlock lo miró fijamente a la cara, intentando averiguar si hablaba en serio o no.

–¿A qué te refieres?

–Nuestro padre me encargó que te protegiera. Contó conmigo para asegurarse no solo de que continuaba tu educación, sino de que estabas feliz y a salvo. Desde que partió a la India con su regimiento, te he abandonado al cuidado de unos parientes a los que ni siquiera conocías y luego me he mantenido al margen mientras te involucrabas primero en los planes descabellados de un francés con delirios de grandeza y ahora en un extraño intento de devolver a Estados Unidos al hombre que mató a su antiguo presidente. Durante los últimos meses has pasado más tiempo mirando a la muerte a los ojos que la mayoría de los hombres en toda su vida. Te han dejado inconsciente y te han secuestrado, azotado con un látigo, drogado, perseguido, disparado, quemado y por poco apuñalado, por no hablar de que te has visto obligado a sobrevivir solo en la peligrosa urbe de Londres, en un país extranjero y de noche en las turbulentas olas del Canal. Si hubiera sabido todo lo que te iba a pasar, yo...

Dejó de hablar, aparentemente conmovido por la emoción. Apartó la cara. Sherlock creyó ver el brillo de las lágrimas en los ojos de su hermano. Estiró el brazo con indecisión y le puso la mano en el hombro ancho y fuerte.

–Mycroft... Siempre has sido la parte más estable de mi vida. Siempre he acudido a ti para pedirte consejo, y tú siempre has sido más que generoso con tu tiempo. Nunca me has hecho sentir que te estaba molestando, incluso cuando tenías cosas más importantes que hacer.

Mycroft intentó decir algo, pero Sherlock continuó.

–No hemos sido el tipo de hermanos que trepan juntos a los árboles del jardín. Tú

nunca has tenido la energía para hacerlo y yo nunca le he encontrado sentido. Eso no importa. Eres la persona a la que siempre he recurrido en busca de consejo, y nunca me has defraudado. Dudo que eso vaya a cambiar. Eres lo que yo quiero ser cuando sea mayor: triunfador, importante y autosuficiente. Nunca me has decepcionado, y nunca lo harás.

Mycroft lo miró y sonrió.

—Cuando seas mayor, supongo que te labrarás un camino en el mundo que nadie más se haya labrado —dijo—. Preveo un tiempo en que yo acudiré a ti para pedirte ayuda y consejo, y no al revés. Pero a pesar de todo lo que has dicho, me he mantenido al margen cuando estabas en peligro.

Sherlock negó con la cabeza.

—Creo que siempre hay peligro, vayas donde vayas. Puedes ignorarlo, envolverte en una manta para que no te haga daño, o caminar hacia él y retarlo para ver qué es capaz de hacer. Si haces lo primero, el peligro te pillaré por sorpresa. Si haces lo segundo, te pasarás el día rodeado de oscuridad y dejarás que el mundo pase por delante de ti sin inmutarte. La única forma lógica de actuar es ir hacia el peligro. Cuanto más te acostumbres a él, mejor podrás lidiar con él.

Mycroft sonrió, y por un momento Sherlock pudo ver, dentro de los pliegues de grasa que ahora recubrían el cuerpo de su hermano, al niño que había sido una vez.

—Yo recopilo información y acumulo conocimientos —dijo en voz baja—. Pero tú... tú has adquirido la sabiduría. Llegará un día en que todo el mundo conozca tu nombre.

—Además —dijo Sherlock, intentando suavizar el ambiente—, últimamente me lo he pasado mejor que nunca. Si alguien me hubiera dicho que al final de las vacaciones de verano habría aprendido a montar a caballo, pelearía en un combate de boxeo, navegaría por el Canal y me batiría en duelo, me habría reído. Seguro que lo máximo que han hecho los demás chicos del colegio es volar una cometa y hacer un picnic. Una parte de mí sigue pensando que en algún momento despertaré y descubriré que todo ha sido un sueño.

La mirada de Mycroft se movió rápidamente por la habitación y se posó donde Virginia seguía vigilando la puerta esperando a que volviera su padre.

—Y supongo que hay otros factores que te compensan —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sherlock, incómodo.

—Me refiero a los atractivos de tener compañía. —De pronto Mycroft se quedó pensativo—. Yo soy un... hombre... solitario. No soporto a los imbéciles, y prefiero pasar el tiempo solo con un libro y un decantador de brandy. No permitas que mi ejemplo se convierta en el tuyo. Si la amistad o, me atrevería a decir, el afecto llegan a tu vida, abrázalos con entusiasmo.

Sherlock se desanimó de repente cuando las palabras de Mycroft le recordaron a Matthew Arnatt, que estaba en algún lugar en manos de unos secuestradores.

—No me importa aceptar el peligro —dijo en tono pesimista—, pero no quiero que afecte a mis amigos.

—Ellos toman sus decisiones, igual que tú tomas las tuyas —señaló Mycroft—. Es el

mismo razonamiento de antes. No son marionetas, y tú no puedes protegerlos, igual que por lo visto yo no puedo protegerte a ti. Si quieren estar contigo, lo estarán. Aceptan el riesgo. –Arqueó una ceja–. Sin duda alguna, a estas alturas el joven Matthew ya habrá entendido que estar cerca de ti no es ni seguro ni aburrido.

–Lo encontraremos, ¿verdad, Mycroft?

–No permitiré que mi corazón extienda un cheque que la vida no me permita cobrar –respondió su hermano dulcemente–. No tengo certeza de lo que pasará en el futuro, pero puedo usar mis conocimientos y experiencia para predecir la forma que tendrá. Creo que hay una alta probabilidad de que nos devuelvan a Matty ileso. Ahora bien, que otros acontecimientos puedan ocurrir sobre la marcha es otra cuestión.

La puerta se abrió y Amyus Crowe entró en la habitación. Llevaba un trozo de papel arrugado en la mano.

–He encontrado esto en el bolsillo del prisionero –dijo–. Parece una especie de código. No estoy seguro de lo que significa.

–¿Estaba consciente? –preguntó Mycroft.

–O estaba agotado o es un buen actor. Pero le eché un vistazo rápido a su ropa. El corte de su ropa y las etiquetas son en su mayoría americanas.

–Déjanos echarle una ojeada. Puede que nos dé una pista de dónde tenía que enviar el mensaje.

Crowe extendió el papel en su mesa. Mycroft y Sherlock se arremolinaron a su alrededor. Virginia se quedó atrás, sonriendo ahora que su padre había regresado.

El papel tenía una serie de letras y números escritos a mano que estaba claro que habían sido garabateados con prisa en un carruaje en movimiento. Sherlock leyó diez grupos de cinco caracteres cada uno:

snes9 opst4 uose5 tsgrt htrnu
aoede mfaos pftcd tieka oca0y

–¿Qué significa? –preguntó.

–Tiene pinta de ser un simple cifrado por sustitución –respondió Crowe–. Esta clase de cifrados se usó mucho durante la guerra de Secesión por si los mensajes caían en las manos equivocadas. La idea es muy sencilla: en lugar de a escribes algo diferente, por ejemplo z, –la pronunció «seta»–, y en lugar de b puedes escribir y. Siempre y cuando tú y la persona a la que le estás mandando el mensaje sepáis qué letras reemplazan a qué otras, cuál es la «clave», el mensaje puede ser codificado y descodificado de forma segura.

–Pero no sabemos cuál es la clave, ¿no? –dijo Sherlock.

–Así es. Si tuviéramos un mensaje más largo podríamos averiguarlo por medio del análisis de frecuencia, pero no lo tenemos.

–¿Análisis de frecuencia?

–No creo que sea el momento para una clase –suspiró Mycroft, pero Crowe respondió de todas formas.

—Hace muchos años, un hombre inteligente averiguó que en los mensajes escritos en inglés, ciertas letras se repiten con más frecuencia que otras. La e se usa más que ninguna. Luego viene la t, después la a, después la o y después la n. La q y la z son, como era de esperar, las menos usadas. Si tienes un gran bloque de texto donde las letras han sido sustituidas por otras, busca la más común. Esa probablemente sea la e. La siguiente más común es seguramente la t. Es un proceso de eliminación. Con un poco de suerte puedes descifrar lo suficiente del mensaje para poder entenderlo todo. —Miró el del papel que tenían delante—. De este no estoy tan seguro. No tenemos bastantes letras para hacer un análisis de frecuencia, pero me pregunto si tuvieron suficiente tiempo para inventarse uno, o para codificar un mensaje en caso de ser así. Creo que esto es mucho más sencillo.

—¿Más sencillo cómo? —preguntó Sherlock.

—Diez grupos de cinco letras cada uno. Eso me hace pensar en una matriz o una tabla.

Crowe volvió a garabatear las letras rápidamente debajo de las originales, pero las colocó de forma más ordenada:

snes9
opst4
uose5
tsgrt
htrnu
aoede
mfaos
pftcd
tieka
oca0y

—Bueno, hay dos formas de que una persona escriba una matriz de cinco por diez —reflexionó—, esta o la contraria.

Y escribió otra matriz, esta vez en horizontal y no en una fila:

s o u t h a m p t o
n p o s t o f f i c
e s s g r e a t e a
s t e r n d o c k 0
9 4 5 t u e s d a y

—«Oficina de correos de Southampton, barco *Great Eastern* puerto, 9.45, martes» —leyó Sherlock entrecortadamente—. Ese debe de ser el lugar al que enviar el mensaje, el sitio del que sale el barco y la hora a la que zarpa.

—No es un código muy inteligente que digamos —meditó Crowe—, pero seguramente fue lo mejor que pudieron hacer en una carroza que iba a toda velocidad. —Le lanzó una

mirada a Mycroft—. Supongo que ambos sabemos lo que viene ahora, ¿no?

Mycroft asintió con la cabeza.

—Me pondré en marcha.

Sherlock miró a uno y después al otro.

—¿Lo que viene ahora? —preguntó.

Los dos hombres se miraron fijamente. Mycroft fue el que habló por fin.

—Han reservado billetes en un barco que sale de Southampton mañana a las diez menos cuarto. Mientras nos ocupamos de otros asuntos aquí, ellos ya estarán en Southampton. Para cuando consiga alertar a la policía local, el barco habrá zarpado.

—O sea que han escapado —dijo Sherlock.

—No necesariamente —indicó Mycroft—. Hay barcos que zarpan para América todos los días. La mayoría llevan pasajeros, pero su función principal es transportar cartas y paquetes. Así es como ganan dinero. Si podemos reservar billetes en un barco que zarpe mañana, o pasado, al mismo destino, llegaremos allí un poco después que ellos. O tal vez incluso antes. Puede que nuestro barco sea más ligero, o más potente. No eligieron el barco pensando que les iban a perseguir, sino porque querían salir del país lo más rápido posible.

—¿Has dicho nosotros? —preguntó Sherlock.

—El señor Crowe tendrá que ir, porque tiene jurisdicción en su propio país —respondió Mycroft—. Puede pedir ayuda a la policía local. Obviamente se llevará a su hija porque no la va a dejar aquí sola. Yo, en cambio, me quedaré para garantizar que el gobierno británico está al corriente de los acontecimientos y para proporcionarle al señor Crowe cualquier apoyo diplomático a largo plazo que necesite.

—¿No puede simplemente enviar un telegrama a los Pinkerton diciéndoles que intercepten el *Great Eastern* cuando llegue?

Mycroft negó con la cabeza y los carrillos prominentes le temblaron.

—Has olvidado que no tenemos una descripción clara de los hombres; desde luego no lo suficiente para conseguir que los arresten —dijo—. Aparte de John Wilkes Booth, no pueden ser identificados por nadie que no seas tú.

—¿Y entonces qué pasa conmigo? —preguntó Sherlock, que casi no podía respirar.

—Eres el único de nosotros que ha visto a los otros hombres —dijo Mycroft dulcemente—. No te puedo decir que hagas esto, Sherlock. Ni siquiera puedo pedírtelo sin sentirme culpable. Solo puedo decir que el señor Crowe no puede detener a los hombres si no es capaz de encontrarlos.

—¿En serio quieres que vaya a Estados Unidos? —susurró Sherlock.

—Puedo decirles al tío Sherrinford y la tía Anna que he organizado un viaje educativo y que durará un mes o así. Estarán en contra, por supuesto, pero creo que podré persuadirlos.

—De hecho —dijo Sherlock, pensando en la señora Eglantine y el extraño poder que parecía ejercer en casa de sus tíos—, creo que te resultará mucho más fácil de lo que crees convencerles de que me permitan irme un tiempo fuera.

Capítulo 7

El puerto de Southampton estaba atestado de hombres, mujeres y niños vestidos con su ropa de domingo. Algunos subían en tropel como hormigas por las rampas que iban de la dársena hasta las cubiertas de los barcos, otros bajaban por las rampas de otros barcos y miraban a su alrededor, con los ojos muy abiertos al contemplar un nuevo país, mientras el resto se despedía de sus amigos y parientes o recibía a los recién llegados con los brazos abiertos. Y entre ellos, mozos uniformados, haciendo eses y empujando montones de maletas apiladas de cualquier manera en carritos, y trabajadores del puerto, con ropa de tela basta moviendo mercancías en palés de madera. Por encima de todo destacaban las grúas de madera que llevaban los palés cubiertos de red de la dársena a las cubiertas o de las cubiertas a la dársena, así como los altos laterales de madera o hierro de los barcos y los mástiles y chimeneas que se elevaban por todas partes como un bosque matemático.

Y mirara donde mirase, Sherlock veía cómo se cometían cientos de crímenes: gente robando carteras, gente entretenida con juegos de cartas amañados, gente rompiendo las redes que envolvían las mercancías para poder sacar los artículos pequeños, niños a los que separaban de sus padres por Dios sabe qué motivo y recién llegados pagando por adelantado para ser conducidos a pensiones y hoteles que no existían o no se parecían en nada a las descripciones floridas que les habían dado.

Era lo mejor y lo peor de la humanidad.

Las últimas veinticuatro horas habían sido posiblemente las más frenéticas de la vida de Sherlock. Después de la reunión en casa de Amyus Crowe y de la inesperada decisión de que se iría a Estados Unidos, que Sherlock todavía no se podía creer, él y Mycroft habían vuelto a la mansión Holmes, aunque antes se desviaron a Farnham para enviar un telegrama redactado cuidadosamente a la oficina de correos del puerto de Southampton que convenciese a Ives y a Berle de que Gilfillan había logrado detenerlos. Una vez en la mansión Holmes, Mycroft había entrado en la biblioteca para hablar con Sherrinford Holmes mientras Sherlock se había subido a su habitación para meter sus escasas posesiones en el maltrecho baúl que una vez había pertenecido a su padre. Había dormido mal, en parte por los recuerdos de la pelea con Gilfillan y el escozor de sus heridas, pero también por la emoción de estar a punto de dejar el país y marcharse a Estados Unidos. El desayuno fue un episodio tenso porque ni Sherrinford ni la tía Anna estaban seguros de qué decirle, y la señora Eglantine sonreía fríamente desde detrás de ellos. Y luego Sherlock se había metido en un carruaje con Mycroft, después de ver cómo levantaban su baúl y lo ataban con correas detrás, y ambos habían comenzado su largo viaje a Southampton.

En el camino se sorprendió a sí mismo pensando sobre todo en el mensaje cifrado que Amyus Crowe había encontrado en el cuerpo inconsciente de Gilfillan. La verdad es que nunca antes había pensado en códigos, pero había algo en la forma rigurosa de conectarlos y en los procesos lógicos que se podían emplear para desmontarlos que a su mente ordenada le resultaba atractivo. Se encontró a sí mismo imaginando todo tipo de códigos, desde simples reordenaciones como la que habían hecho el día anterior, pasando

por sustituciones más complicadas donde los símbolos reemplazaban a las letras, hasta formas de ordenación aún más complejas en las que la sustitución cambiaba de acuerdo a un código diferente, de modo que la primera vez que aparecía la *a* se reemplazaría por una cosa, y la siguiente por algo diferente, y así sucesivamente, todo dirigido por un algoritmo subyacente. En ese caso, un sencillo análisis de frecuencia como el que había explicado Amyus Crowe sería inútil. Se preguntó cómo podría resolverse ese tipo de código. El mundo de los códigos cifrados requeriría una investigación más exhaustiva.

Al cabo de un rato llegaron a Southampton. Amyus y Virginia Crowe ya estaban allí. Crowe llevaba un discreto vendaje alrededor de la frente casi oculto por el ala del sombrero. Sherlock supuso que habían cabalgado hasta allí y habían metido a los caballos en una cuadra mientras esperaban.

—Tengo vuestros billetes y documentos de viaje —dijo Mycroft, pasándole un fajo de papeles a Amyus Crowe—. Os he reservado asiento en el *Scotia*. Es ese de ahí. Pertenece a la compañía Cunard. Es un buen barco británico. Los billetes son de primera clase, por supuesto. No creo que soportaras los rigores de ir en tercera, y menos con tu hija y mi hermano a tu cargo.

Sherlock siguió con la mirada la mano de Mycroft y vio un barco enorme que parecía por lo menos igual de largo que un campo de rugby. Una gigantesca rueda de paletas estaba colocada en la mitad del lateral del buque y era de suponer que había una parecida en el otro lado. Además de las ruedas de paletas, también tenía dos mástiles con velas que en ese momento estaban plegadas. Sherlock supuso que dentro del enorme casco habría máquinas de vapor que impulsarían las ruedas —dos chimeneas que emergían de la cubierta estaban ahí seguramente para sacar el vapor—, y que las velas se utilizarían cuando hubiera viento mientras que las ruedas de paletas con tracción a vapor moverían el barco cuando el viento amainara.

Analizó aquella idea de una manera lógica. Si las ruedas de paletas eran impulsadas con máquinas de vapor, estas tendrían que ser alimentadas por carbón, lo que significaba que el barco tenía que tener reservas de carbón almacenadas a bordo, puesto que no había ninguna forma de cargar más carbón en medio del Atlántico. Eso implicaba peso extra, además de que se necesitaría más carbón solo para cambiar el resto de sitio. Pero ¿cómo calculabas cuánto carbón se necesitaba para el viaje cuando por cada tonelada extra de carbón tenías que añadir un poco más solo para desplazarla, y sabiendo que cuando esa tonelada se agotara la cantidad que necesitarías para moverla sería cada vez menor? Aquel era un cálculo matemático complejo que estaba fuera de su alcance, lo que le recordaba, por extraño que pudiera parecer, al ejemplo que le había puesto Amyus Crowe unas semanas antes sobre la forma en que el número de zorros y conejos variaba conforme avanzaba el tiempo. ¿Acaso todo se basaba en ecuaciones?

—Agradezco mucho tu ayuda, señor Holmes, pero no soy un hombre rico —dijo Amyus Crowe, más cohibido que de costumbre—. No hemos hablado sobre la cuestión de la compensación económica.

—No hace falta. —Mycroft hizo un gesto con la mano, visiblemente incómodo por aquella discusión sobre el dinero—. El gobierno británico ha pagado estos billetes. En

algún momento de la semana que viene tendré una conversación con tu embajador y le sugeriré que ayude a sufragar el coste, partiendo del hecho de que estamos ayudando a vuestra nación con vuestras propias políticas internas, pero por ahora ten por seguro que no te faltará de nada cuando llegues a Nueva York. Supongo que allí tienes alguna forma de mantenerte, ¿no?

Amyus Crowe asintió con la cabeza.

—No obstante, te lo agradezco, señor Holmes.

Sherlock le lanzó una mirada a Virginia, que estaba al lado de Amyus Crowe. Parecía nerviosa y tenía la cara pálida, sin vida.

—¿Estás bien? —preguntó, y se acercó a ella mientras su hermano y el padre de esta seguían hablando.

Ella inclinó la cabeza.

—No quiero hablar de ello —dijo.

—Pensé que te alegrarías de volver a casa.

Ella le lanzó una mirada fulminante, como si le estuviera perdonando la vida.

—¿Qué parte de «no quiero hablar de ello» no has entendido?

Sherlock le hizo un gesto con la mano para aplacar su ira y se alejó como probablemente haría alguien que estuviera ante un animal salvaje. Virginia, se dijo, y no por primera vez, era sin duda la persona más complicada que había conocido nunca.

—¿Tenemos noticias del *Great Eastern*? —le preguntó Crowe a Mycroft.

—Como indicaba el mensaje cifrado, zarpó esta mañana de un embarcadero cerca de aquí rumbo a Nueva York. He revisado el manifiesto de pasajeros, pero no he encontrado ningún nombre de los que estamos buscando. Un pasajero no apareció. Cabe suponer que fuera el desafortunado señor Gilfillan, que sigue bajo la custodia de la policía de Farnham. Haré que lo trasladen a la policía metropolitana hoy mismo. Así será más fácil llevar a cabo cualquier investigación.

—No seas demasiado duro con él —bromeó Crowe—. Recuerda, aún no ha sido declarado culpable de nada.

Mycroft arqueó una ceja, pero no respondió. En lugar de eso se volvió hacia Sherlock. Le puso una mano en el hombro y con la otra señaló el *Scotia*.

—Botado hace seis años, construido y operado por la compañía Cunard, aquí en Inglaterra —explicó—. Mide ciento quince metros de largo y pesa tres mil novecientas toneladas. Su capitán se llama Judkins y es el operario más leal de Cunard. El barco lleva trescientos pasajeros aparte de la carga y consume ciento sesenta y cuatro toneladas de carbón al día. Puede hacer el viaje de Southampton a Nueva York en ocho días y un puñado de horas. Imagínatelo, en una semana estarás en las Américas. En la época de los pioneros, que fueron los primeros en poblar ese grandioso país, hubieran tardado meses en hacer el viaje.

—¿Has ido alguna vez a Estados Unidos, Mycroft? —preguntó Sherlock.

Su corpulento hermano se estremeció.

—Para mí Southampton es territorio extranjero —dijo—. Así que Estados Unidos es como si fuera el Ártico.

Mycroft se volvió hacia Crowe.

—Vuestro equipaje ya estará de camino a los camarotes —dijo—. Después de darle algunas vueltas he reservado tres literas en dos camarotes. Una es para ti y Sherlock. La otra es para Virginia, pero creo que la compartirá con otra viajera. No he sido capaz de averiguar su nombre, ya que por lo visto la decisión la tiene que tomar el sobrecargo, pero podéis estar seguros de que cualquier mujer que viaje en primera clase será educada y de buena familia.

—No me cabe duda de que Virginia se las apañará —dijo Crowe. Parecía incómodo.

—Otra cosa —prosiguió Mycroft—. He tomado la precaución de reservar asientos para los tres en la primera cena. Gente que sabe de estas cosas me ha dicho que los asientos que consigues en la primera cena determinan tu posición social para el resto del viaje. Los mejores sitios son los que están más próximos al capitán, los más cercanos a las puertas en caso de que uno se maree y los más alejados de los motores. Sé que el viaje solo dura ocho días, pero más vale que estéis lo más cómodos posible durante ese tiempo. —Se estremeció otra vez—. No puedo decir que os envidie. Últimamente, el trayecto de casa a la oficina y de la oficina al club han bastado para agotarme. No concibo ninguna fuerza que pudiera apartarme de esa rutina.

Crowe sonrió.

—Te sorprendería, señor Holmes, lo que le desvía a uno de sus quehaceres diarios. Puede ser lo más sencillo del mundo. Supongo que algún día tú también descubrirás los placeres de viajar al extranjero.

—Dios me libre —dijo Mycroft.

Y entonces llegó la hora de irse. Sherlock le tendió la mano a su hermano y Mycroft le ofreció la suya. Se la estrecharon sobriamente, como dos caballeros que se hubieran encontrado en la calle.

—Cuídate, y haz lo que te diga el señor Crowe —dijo Mycroft—. Tu presencia en este viaje es importante. Puede que durante un tiempo no sepamos cuánto, pero te recuerdo que solo tú puedes identificar a estos americanos sin escrúpulos. Como mínimo son delincuentes y refugiados políticos que deberían ser detenidos y juzgados por sus crímenes. Como máximo, están tramando una conspiración que debe ser frustrada para que la frágil situación política de Estados Unidos no vaya a peor. Y, hazme el favor, diviértete. No hay muchos chicos de tu edad que tengan la oportunidad de viajar al extranjero.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un librito. Se lo dio a Sherlock.

—Vas a necesitar algo para pasar el rato. Es una copia de *La República*, del filósofo griego Platón. Está formada por una serie dramatizada de diálogos entre el maestro de Platón, Sócrates, y otros atenienses y extranjeros, donde se habla sobre el significado de la justicia e investigan si el hombre justo es más feliz o no que el injusto. Platón también emplea los diálogos para proponer una sociedad gobernada por reyes filósofos, y se discute el papel del filósofo y del poeta en la sociedad. *La República* es una de las obras de filosofía y teoría política más influyentes y te recomiendo su estudio.

—¿Está traducido? —preguntó Sherlock con desconfianza.

—Por supuesto que no —dijo Mycroft, desconcertado ante la pregunta de su hermano—. Sé lo rápido que lees. Si estuviera traducido, te lo terminaría en una tarde. Si tienes que traducirlo a medida que lo vas leyendo estoy seguro de que habrá pasado la mayor parte del viaje antes de que te lo hayas acabado. Además, las traducciones están siempre a merced de la habilidad del traductor. Si quieres leer y entender bien algo que está en una lengua extranjera, tienes que entender esa lengua. —Vaciló—. Conociendo tu amor por lo grotesco y lo criminal, cabría señalar que aunque Platón falleció ya muy anciano, su maestro Sócrates murió cuando las autoridades griegas le obligaron a beber cicuta. No sé si eso te ayudará a leer el libro pero, teniendo en cuenta tu predilección por lo melodramático, te doy esa información como un regalo con el que puedes hacer lo que quieras.

—Volveremos a vernos —dijo Sherlock, que sentía la extraña sensación de que se iba a ahogar. No sabía si lo decía como una afirmación o una pregunta, pero cuando Mycroft apartó un instante la mirada, los ojos le brillaban.

—Sherlock —dijo—, nunca tendré hijos. Estoy demasiado acostumbrado a mis hábitos y tolero demasiado poco el cambio como para formar una familia, pero si alguna vez tuviera un hijo no lo querría más de lo que te quiero a ti. Cuídate. Cuídate mucho.

Y entonces, a toda prisa, embarcaron por una larga rampa que subía del muelle a la cubierta. Arriba unos hombres revisaron sus billetes y los acompañaron dentro del barco bajando unas escaleras de madera y siguiendo por unos pasillos sin ventanas que conducían hacia sus camarotes. Primero fueron al de Virginia, donde le esperaba su equipaje. Su compañera aún no había llegado. Luego fueron al camarote que Sherlock y Amyus Crowe iban a compartir. Los cuartos eran pequeños y estaban revestidos de madera. Tenían unos tres metros de ancho, con dos literas en un lado y un sofá cómodo enfrente. En un extremo había un lavabo y un espejo. Encima del sofá una ventana redonda dejaba entrar la luz y el aire, pero Sherlock notó algo inquieto que se podía cerrar y atornillar. ¿Era por si había tormenta? Y en caso de ser así, ¿con cuánta frecuencia había tormentas? ¿Y cómo se ventilarían bien si esta duraba más de unas horas?

Amyus Crowe examinó las literas.

—Será mejor que yo me quede con la de abajo y tú con la de arriba —gruñó—. Si me caigo en el mar agitado, preferiría estar más cerca del suelo. Y recuerda, peso mucho más que tú.

Sherlock recordó lo que había pensado sobre la ventana y las posibles tormentas y observó que las dos literas tenían un borde de madera que rodeaba los colchones y se extendía por encima de los laterales, supuestamente para evitar que la gente se diera la vuelta mientras dormía y cayera al suelo, pero se imaginó que si las olas eran demasiado fuertes las personas simplemente se agitarían de un lado a otro de sus literas como canicas en una lata de galletas.

—Estos colchones no me convencen —dijo Crowe con desprecio cuando comprobó lo delgados que eran. A Sherlock le parecían más anchos que su colchón de la mansión Holmes, pero fue discreto y no dijo nada.

Sabiendo que su equipaje había subido a bordo sin problemas, regresaron a la cubierta principal para ver los preparativos de la salida. Cuando llegaron estaban levantando la rampa y la muchedumbre se apiñaba en la dársena y decía adiós con la mano a la gente del barco. Una parte de Sherlock quería buscar la cara redonda de Mycroft entre la multitud, pero otra parte de él sabía que ya se habría ido. Su hermano no era un hombre sentimental y odiaba las despedidas.

Bajó sigilosamente la mano hasta el bolsillo de la chaqueta donde había guardado el ejemplar de *La República* de Platón que Mycroft le había dado. Había sido un regalo inesperado, y Sherlock tenía la intención de leerlo entero, aunque estuviera en griego.

Los motores del barco, en lo más profundo de su vientre, ya iban a toda marcha, y Sherlock no solo oía el estruendo que hacían sino que también podía sentirlo a través de la madera de la cubierta. De pronto se dio cuenta horrorizado de que el ruido de los motores a vapor le acompañaría todo el tiempo durante los próximos ocho días. ¿Cómo iba a dormir así? ¿Cómo iba a ser capaz de oír nada que le dijeran? El único consuelo era que probablemente se acostumbraría a él, pero en aquel momento no sabía cómo sería posible.

Soltaron las maromas que amarraban el *Scotia* al muelle de los bolardos donde estaban atadas y cayeron balanceándose a un lado del barco como si fueran cintas, pese a que eran guindalezas tan anchas como el puño de Sherlock. Las enormes ruedas de paletas empezaron a girar, agitando el agua tras ellas y haciendo que el barco avanzara poco a poco. Sonó un silbato de vapor que hizo que la multitud del muelle soltara una gran ovación, como si nadie hubiera visto nada igual en su vida. Gorros, gorras y sombreros fueron lanzados al aire, y los pasajeros que estaban reunidos en la cubierta del barco respondieron del mismo modo.

Una repentina sensación de culpa y tristeza le atravesó el corazón. Quería que Matty estuviera ahí con ellos. Quería que estuviera a salvo. En su mente no dejaban de aparecer imágenes de lo que podría estar pasándole a su amigo, y él no hacía sino apartarlas. Ives y Berle no tenían ningún motivo para herir a Matty. Era su póliza de seguros.

La cuestión era: ¿pensaban Ives y Berle de forma tan lógica como Sherlock?

Sherlock miró a su alrededor para distraerse y se fijó en un hombre que había por ahí cerca. Estaba solo y tenía en la mano lo que parecía ser un estuche de violín, pero en lugar de observar a la muchedumbre estaba mirando en la otra dirección, hacia el mar. Era delgado y tenía el pelo moreno más largo de lo que era habitual en un hombre. Su chaqueta y sus pantalones parecían de pana. Sherlock le echó unos treinta y tantos años. Cuando levantó una mano para protegerse los ojos del sol, Sherlock vio que tenía los dedos largos y finos. De pronto el hombre le miró de reojo y sonrió, tocándose la frente para saludarle de manera informal. Sherlock vio que tenía los ojos verdes, y su amplia sonrisa mostró un diente de oro en la parte de atrás de la boca.

—El comienzo de una aventura —gritó. Su voz tenía un ligero acento irlandés.

—Ocho días en el mar sin nada que hacer salvo pasear y leer libros —gritó Sherlock, a quien la emoción del viaje inminente le había animado a hablar con un completo

desconocido—. A duras penas se podría considerar una aventura.

—Ya, pero piensa en los kilómetros de agua que habrá debajo de nosotros mientras viajamos. Piensa en los restos del naufragio de otros barcos que hay esparcidos en el fondo del mar, y en las extrañas criaturas que nadan dentro y fuera de las portillas y alrededor de los huesos de los marineros ahogados. La aventura está por todas partes si sabes dónde mirar. —Levantó el estuche que llevaba en la mano—. Y si todo lo demás falla, puedo dedicar algo de tiempo a ensayar mi música en la cubierta bajo las estrellas, y cantar para las sirenas.

—¿Sirenas? —preguntó Sherlock incrédulo—. Lo más probable es que sean delfines, u otra clase de habitantes marinos.

—Por soñar que no quede —dijo el desconocido. Saludó afablemente a Sherlock con la cabeza, inclinó su gorra y se alejó entre la multitud. Sherlock siguió el pelo largo y moreno del hombre durante un rato, pero lo acabó perdiendo entre la masa de gente.

—Si quieres irte por ahí a explorar, adelante —dijo Amyus Crowe desde detrás de él—. Vamos a estar en este barco una semana o más, y no tengo ninguna intención de acompañarte todo el tiempo. Siempre y cuando no te caigas por la borda, no hay ningún sitio a donde puedas ir. Voy a volver al camarote de Ginnie para presentarme a su compañera y asegurarme de que no es una borracha ni una loca ni las dos cosas a la vez. Nos encontraremos en nuestro camarote dentro de un rato y veremos qué pasa con la cena.

Sherlock deambuló hacia la parte delantera del barco, o proa, como la llamaban los marineros. De camino pasó el puente de mando, que era la zona elevada donde se colocaba el capitán, impecable con su uniforme y su gorra de visera, junto con el timonel, que gobernaba el barco mediante un enorme timón, del mismo tamaño y estructura que la rueda de un carro, o eso pensó Sherlock. Detrás de ellos había un pequeño camarote, resguardado del viento y de la lluvia, pero la mayor parte del puente en realidad estaba al aire libre. En un lateral había un extraño objeto metálico encima de un palo, algo parecido a un despertador con las manecillas muy largas que se movían alrededor de la esfera, pero en lugar de tener marcadas las horas y los minutos, la esfera de aquel dispositivo tenía escritas unas palabras: «Adelante», «A todo vapor», «Parar» y «Espacio». Sherlock tardó solo unos segundos en entender que debía de tratarse de un aparato de comunicación que le permitía al capitán dar órdenes a la sala de máquinas, que se encontraba mucho más abajo que la cubierta. Al moverse para marcar palabras concretas, las manecillas probablemente hicieran sonar diferentes timbres abajo en la sala de máquinas, a los que los fogoneros responderían.

Más adelante, justo antes de la proa, había un recinto cubierto parecido a un establo alargado. Hasta olía igual que un establo. Sherlock echó un vistazo en su interior a través de una de las aberturas que había en las paredes y se quedó sorprendido al ver animales dentro que estaban encerrados en un espacio muy pequeño. El recinto tenía tres plantas. Las vacas, cerdos y ovejas estaban agrupados abajo, los patos y gansos en medio y los pollos arriba. Todos se quejaban de la vibración y el viento frío del mar que azotaba el barco. Supuestamente producirían huevos y leche, e incluso carne a medida que fueran

quedando cada vez menos. Al final del viaje, el establo, al igual que la zona donde se almacenaba el carbón, estaría prácticamente vacío. Sherlock no se imaginaba que hubiera animales vivos a bordo, pero supuso que tenía sentido. No podían esperar que la comida se conservara fresca durante todo el viaje, sobre todo si las tormentas o una avería mecánica provocaban que se retrasaran. Cabía suponer que en alguna otra parte del barco se almacenaran, o puede que incluso se cultivaran, frutas y verduras, y en algún otro sitio seguramente habría barriles llenos de agua dulce. Y varios cientos de botellas de vino, champán, oporto, brandy y whisky para los pasajeros de primera clase.

Algo parpadeó en la periferia de su visión. Giró rápidamente la cabeza. Una figura oscura se desvaneció en la sombra de un bote salvavidas. Sherlock dio un par de pasos, pero la figura ya no estaba. Sacudió la cabeza. Probablemente se tratara de uno de los pasajeros.

Avanzó un poco más y se quedó un rato mirando cómo la costa desaparecía a su derecha. Sin duda el barco la bordearía al dirigirse hacia el oeste por Cornwall, y luego iría hasta la costa de Irlanda. Y cuando llegara allí, se adentraría en alta mar por los casi cinco mil kilómetros de océano que se extendían entre esa costa y el puerto de Nueva York al que se dirigían.

Le sorprendió lo estable que parecía el barco. Apenas se balanceaba de un lado a otro. Tal vez todo fuera diferente en el Atlántico, pero daba la impresión de que el tamaño y el peso del barco lo protegían de las olas relativamente pequeñas en la costa inglesa. Sherlock no pudo evitar acordarse del barquito en el que él y Matty habían navegado desde el fuerte napoleónico que el barón Maupertuis tenía en el litoral de la costa cercana a Portsmouth. Aquel viaje había sido espantoso, y no tenía ninguna intención de volver a experimentar nada parecido.

De pronto se sintió muy solo. Inglaterra, y todo lo que le importaba –su casa, su familia, incluso su colegio– estaba desapareciendo lentamente, y todo lo que tenía por delante eran sorpresas: un mundo nuevo, un nuevo grupo de gente y de costumbres. Y peligro. No sabía lo que querían los hombres que tenían prisionero a John Wilkes Booth, pero era evidente que tenían un plan, y era uno por el que estaban dispuestos a matar para mantenerlo en secreto. Y ahí estaba él, solo un niño, involucrándose en intrigas más allá de los límites de su mundo.

Y Matty. ¿Qué pasaba con Matty? Sherlock dudaba de que estuviera tan cómodo como parecían estar ellos tres en el *Scotia*. Seguramente estuviera atado, o al menos encerrado en un camarote en alguna parte. Puede que sus captores hubieran llegado a un acuerdo con él –dado que estaban todos a bordo de un barco y no podía escapar, si prometía no causar problemas le dejarían estar a su aire–, pero Matty podía ser muy terco, y es posible que se hubiera negado.

Eso suponiendo que siguiera vivo. Amyus Crowe y Mycroft habían deducido que sí, pero Sherlock sabía perfectamente que las deducciones no eran más que predicciones en un mar de fantasía a partir de unos cuantos hechos conocidos. Si los hechos eran incorrectos, o si la predicción no se había hecho en la dirección adecuada, el destino final distaría muchísimo de la realidad. Y Matty podría estar muerto. Era posible que los

norteamericanos hubieran decidido no cargar con un prisionero vivo durante todo el viaje y le hubieran cortado el pescuezo y abandonado al borde de la carretera en Inglaterra. El mensaje podría haber sido simplemente una broma de mal gusto, un intento descabellado de impedir que Amyus Crowe se entrometiera, pero sin nada que lo respaldara.

Malhumorado, Sherlock volvió caminando junto a la barandilla que rodeaba la cubierta. En un momento dado tuvo que pedir indicaciones a un camarero: un hombre delgado con un uniforme impecable y el pelo rubio rapado debajo de la gorra. Cuando averiguó hacia dónde tenía que ir, pasó por delante de varios grupos de viajeros entusiasmados, de las dos chimeneas y de los dos mástiles enormes como troncos, llegó al salón común de primera clase, que era bajo y alargado y cuyas ventanas daban a la cubierta, y volvió a la proa del barco. La estela blanca que dejaba al pasar les perseguía como la cola de una cometa. Detrás iban las aves marinas que se sumergían en la estela en busca de pobres peces desorientados.

En la parte de atrás, una escalera estrecha conducía a las profundidades del barco. Unos hombres merodeaban en lo alto de las escaleras fumando y mirando descaradamente a los pasajeros que iban bien vestidos. Sherlock supuso que eran los pasajeros de tercera clase, apelotonados bajo la cubierta en condiciones insalubres y durmiendo muy incómodos en hamacas o en bancos duros, pero que pagaban mucho menos por sus billetes. Gente que pensaba empezar una nueva vida en América, más que viajeros de negocios o de placer como aparentaban ser la mayoría de los pasajeros de primera y segunda clase.

Sintió una presencia junto a él. Antes de darse la vuelta, supo que era Virginia.

—¿Qué tal tu camarote? —preguntó.

—Mejor que el que tenía cuando vine a Inglaterra —contestó—. Mi padre te dirá que la comida y las habitaciones eran mejores, pero no dejes que te engañe. No viajamos en tercera clase, pero tampoco en primera, y solo porque fuera un barco estadounidense en lugar de uno británico no hay que dar por hecho que sea mejor.

—¿Qué tal tu compañera?

—Es una anciana viuda que va a reunirse con su hijo, que se mudó a Nueva York hace cinco años. Tiene una sirvienta en la zona de los criados, y planea empezar a leer la Biblia ahora y terminar cuando lleguemos a Nueva York. Le deseo buena suerte.

—¿Quieres dar un paseo por la cubierta? —preguntó Sherlock nervioso.

—¿Por qué no? Más nos valdría familiarizarnos con el barco. Al fin y al cabo, vamos a pasar aquí los próximos ocho días.

Fueron paseando por el otro lado hacia la zona que había recorrido antes Sherlock. Cuando llegaron al salón de primera clase, este le hizo un gesto a Virginia para que se detuviera.

—Solo quiero echar un vistazo dentro —dijo.

La puerta se abría hacia fuera y costaba mucho moverla, supuestamente para evitar que el viento la abriera de golpe una y otra vez. Sherlock tiró de ella y echó una ojeada en el interior. No había nadie salvo dos camareros vestidos de blanco que ponían cubiertos de plata en la única mesa alargada que presidía la sala. Había unas cincuenta

sillas dispuestas alrededor de la mesa, que se corresponderían con el número de pasajeros de primera clase. Los camareros levantaron la vista hacia él, le saludaron con la cabeza y continuaron con su trabajo.

El salón estaba revestido de madera oscura y tenía espejos por toda la pared para aumentar la sensación de profundidad. Donde no había espejos había murales artísticos empotrados en los paneles de madera. Algunas lámparas de aceite colgaban de la pared en soportes resistentes.

—O sea, ¿que comemos todos aquí? —dijo.

Virginia asintió con la cabeza.

—Todos juntos —respondió—. Era igual en el barco en el que vinimos.

—Señores y señoras mezclados con empresarios y promotores teatrales —continuó él—. Muy democrático. Ningún sitio donde la aristocracia pueda escapar de la plebe.

—No hay servicio de habitaciones —apuntó Virginia—. La gente come aquí o no come.

Uno de los camareros empezó a poner tarjetas con los nombres de los comensales alrededor de la mesa. Sherlock se preguntó dónde los habría colocado el soborno de Mycroft. Ahora que estaban en alta mar, pasaría lo que tuviera que pasar. Pese a haber pagado, los podían sentar en el otro extremo de la mesa, lejos del capitán y de las puertas y encima de los motores, y no podrían hacer nada al respecto salvo quejarse. Sherlock supuso que estaban a merced del sobrecargo, un hombre que ya había demostrado que le podían sobornar.

Sherlock dio un paso atrás y dejó que la puerta se cerrara sola. Por el rabillo del ojo vio que algo se movía. Miró de soslayo hacia donde el salón de primera clase terminaba, donde había un callejón entre este y la chimenea más cercana. En ese momento una figura se metió dentro del callejón. No la reconoció. No estaba seguro de si era un marinero o un pasajero. Lo único que logró ver fue un destello azul iridiscente iluminado por el sol alrededor de su muñeca cuando la silueta se ocultó en las sombras. ¿El puño de una camisa azul, tal vez? No estaba seguro.

Fue corriendo rápidamente hasta el fondo del salón y echó un vistazo al llegar a la esquina, pero el callejón estaba vacío. Una escotilla a medio camino conducía a las profundidades del barco. Quien fuese que les hubiera estado vigilando se había marchado, pero Sherlock sabía que la cosa no acabaría ahí. Era la segunda vez que veía a alguien vigilándole desde la oscuridad. Alguien en aquel barco estaba interesado en ellos, y eso solo podía significar una cosa.

Los estadounidenses que habían secuestrado a Matty tenían a alguien en el barco.

Capítulo 8

La rutina diaria del viaje a Nueva York se estableció en las primeras dieciocho horas, o eso le pareció a Sherlock. Pese al tamaño enorme del barco, las zonas donde los pasajeros podían andar estaban bastante restringidas. En cuanto una persona se había paseado por la cubierta, había comido, le había echado un vistazo a la sala de fumadores y a la biblioteca y había tenido un par de conversaciones con otros pasajeros sobre el tiempo, que era sorprendentemente bueno, todas las opciones se habían agotado. Entre las comidas parecía que la mayor parte de la gente pasaba el tiempo o bien sola en la cubierta, leyendo un libro en una silla cómoda, o reunida en pequeños grupos en las mesas de la sala de fumadores o el bar, jugando al *bridge* o al *whist*. Cuando se ponía el sol, los camareros recorrían el barco encendiendo las lámparas de aceite, aunque poniéndolas lo más bajas posible, y todo el mundo se iba a dormir a sus camarotes.

Sherlock había pasado las últimas horas observando cómo su país de origen se iba alejando de él hasta convertirse en una línea oscura en el horizonte. Se perdió el instante en que desapareció del todo. Debió de parpadear o de apartar la vista para mirar otra cosa, porque en un momento dado Inglaterra estaba ahí y al siguiente el barco estaba solo en un océano infinito y se dirigía hacia la puesta de sol con una única cosa que indicaba que estaban moviéndose: la espuma blanca que se extendía tras ellos.

Él, Amyus Crowe y Virginia se unieron al resto de los pasajeros para cenar, pero mientras que su tutor hablaba sin problema con todos los que estaban a su alrededor, Sherlock se dio cuenta de que no tenía nada que decir. Se tomó la cena y observó a los demás, preguntándose quiénes serían, de dónde habían venido y adónde irían. Crowe ya le había enseñado algunas formas de deducir la profesión de alguien –las manchas en las mangas, los patrones de las chaquetas, los callos que tenían en las manos– y estaba bastante seguro de que ya había identificado a un hombre como contable y a otros dos como domadores de caballos.

El capitán Charles Henry Evans Judkins era un hombre alto con unas patillas blancas impresionantes cubriéndole las mejillas. Su impecable uniforme, negro y perfectamente planchado, estaba condecorado con brillantes galones de oro; y caminaba erguido como un militar. Tenía mucho éxito entre las mujeres, que se habían puesto sus mejores galas para la ocasión, y contaba muchas historias extrañas del tiempo que llevaba trabajando para la compañía Cunard. Las que impresionaban más a su público eran las que hacían referencia a criaturas tales como ballenas y calamares gigantes que se veían a veces a lo lejos, y las que trataban sobre las grandes tormentas que de vez en cuando aparecían en el horizonte como muros negros y que zarandeaban tanto los barcos que en ocasiones la cubierta parecía estar tan vertical como la pared de un acantilado. Judkins contaba esas historias con la gracia de un *showman*, atrayendo a la atenta audiencia con sus palabras y dando la impresión de que viajar por mar era una actividad tan peligrosa que tendrían suerte si sobrevivían, pero Sherlock sabía que estaba interpretando un papel y proporcionando un divertimento que influiría en la forma en que los pasajeros verían el resto del viaje. Al fin y al cabo, si les decía que era tan aburrido como un paseo por el parque, ¿qué historias les contarían a sus amigos cuando desembarcaran?

Una historia en particular de las que narró captó la atención de Sherlock. Judkins había estado hablando de los diversos intentos de tender un cable que atravesara el Atlántico, de Irlanda a Terranova, para permitir el paso de la comunicación telegráfica. Si eso podía hacerse, en lugar de que un mensaje tardara más de una semana en llegar de un país a otro en sacas de correo en la bodega de un barco, la información se podría comunicar casi al instante a través de pulsaciones eléctricas. A Sherlock le fascinaba la idea de la comunicación telegráfica. Después de lo que había ocurrido en la casa de campo de Amyus Crowe, ya se podía imaginar que las letras del mensaje tendrían que ser reemplazadas por códigos que pudieran ser transmitidos fácilmente mediante pulsaciones eléctricas: largas y cortas, quizá, o un simple acuerdo de «encendido» y «apagado», pero la idea de tender un cable de unos cinco mil kilómetros de largo, de una costa a otra, por el fondo del mar, sin que se rompiera por la tensión, le dejaba alucinado. ¿Había algo que la mente humana no pudiera lograr si lo intentaba? El planteamiento original, según Judkins, había consistido en dos barcos en medio del Atlántico tendiendo sus cables en dirección contraria hasta que los dos tocaran tierra, pero enseguida hubo complicaciones cuando la tripulación trató de empalmar los cables en mitad de una tormenta. Los siguientes intentos habían tenido lugar con barcos que salían de Irlanda y se dirigían a Terranova, soltando los cables a medida que avanzaban, pero los cables a menudo se rompían y tenían que sacarlos de nuevo para que la tripulación pudiera repararlos y seguir adelante.

—Recuerdo una ocasión —dijo Judkins en voz baja y grave—, en que sacamos un cable roto de las profundidades abisales del océano, ¡y había una criatura agarrada a él! —Eché un vistazo alrededor de la mesa; los ojos le brillaban bajo unas cejas tupidas mientras los diferentes pasajeros, que estaban pendientes de todo lo que decía, se quedaban boquiabiertos—. Una criatura impía como una tijereta marina, si os lo queréis creer; de color blanco, sesenta centímetros de largo y catorce patas en forma de pinzas que se agarraban con fuerza al cable y no lo querían soltar. Seguía viva cuando arrastraron el cable por la cubierta, pero murió pronto cuando la sacaron de su hábitat natural entre la oscuridad del suelo marino.

Una mujer soltó un chillido involuntario.

—Los hombres me dijeron que, después de cocinarla, la criatura tenía un sabor parecido a la langosta —concluyó Judkins.

Aliviada, la audiencia se echó a reír. Sherlock miró a Amyus Crowe, que también estaba sonriendo.

—He oído historias similares —murmuró Crowe, lo suficientemente alto para que Sherlock lo oyera—. Esos seres se llaman «isópodos». Se parecen a las gambas, pero las condiciones en el fondo del océano les permiten alcanzar un tamaño enorme.

El camarero que estaba sirviendo la parte de la mesa donde estaba Sherlock, muy cerca del capitán, como Mycroft había prometido, era el hombre delgado con el pelo rapado y rubio que antes le había dado las indicaciones a Sherlock. Le saludó con la cabeza cuando estiró el brazo para poner un plato de sopa delante del hombre que se sentaba enfrente.

No había ninguna langosta, lo que sin duda era de agradecer. Después de cenar Sherlock se fue a la cama y dejó a Amyus Crowe en el bar, y si este se acostó en algún momento, Sherlock dormía en su litera cuando llegó. Cuando se levantó y se preparó para ir a desayunar, Crowe ya se había marchado del camarote. Parecía ser capaz de sobrevivir durmiendo pocas horas.

Pese a haberse elaborado en una estrecha cocina en alta mar, la comida era excelente. Cada una tenía algo diferente, así que esperar para ver lo que le ponían a uno en el plato en el desayuno, la comida o la cena era uno de los puntos culminantes del día. Por supuesto, todo estaba preparado a partir de productos frescos —sería difícil conservar nada durante mucho tiempo—, pero aunque el número de animales de la cubierta de proa disminuyera a lo largo del viaje, no había ningún indicio evidente de que los hubieran matado: ningún rastro de sangre en la cubierta ni ningún balido lastimero cuando los conducían hacia su final. Obviamente, la tripulación tenía su propia rutina que había seguido durante años.

El primer día el cielo era azul y estaba despejado, y, comparadas con el tamaño del barco, las olas eran tan pequeñas que le golpeaban en los lados sin hacerlo cabecear ni balancearse lo más mínimo. Sherlock había leído cosas sobre tormentas en alta mar, y oyó a un par de pasajeros que asustaban al resto contándoles historias de espantosas travesías por el Atlántico donde unas olas inmensas se cernían sobre el barco antes de estrellarse y arrastrar a los animales por la borda, pero hasta ese momento el océano había estado tan en calma que algunas personas estaban incluso jugando a los bolos en una zona despejada de la cubierta.

Los pasajeros de tercera clase tenían su propia área cercada para pasear y lavarse la ropa. Se encontraba en lo alto de las escaleras que bajaban a las zonas oscuras del barco donde estaban colgadas sus hamacas. El olor que subía a veces era una mezcla apestosa de olores corporales. Supuestamente ahí abajo, donde no corría la brisa y nadie podía ver el cielo ni el horizonte, el mareo era un compañero constante. Cuando llegaban a la cubierta observaban a los pasajeros de primera clase con un leve rencor en los ojos o se quedaban mirando la cubierta deprimidos. Cada vez que Sherlock pasaba por delante de ellos daba gracias a Dios de que Mycroft hubiera pagado para que viajaran en primera clase. No estaba seguro de si podría haber sobrevivido a la tercera clase. Ni tampoco de cómo podía sobrevivir nadie.

Las gigantescas ruedas de paletas a cada lado del barco no dejaban de moverse, impulsadas por los motores a vapor cuyo estruendo se podía sentir cada vez que uno tocaba una superficie de madera. Cuando giraban, las palas que estaban espaciadas dentro de su circunferencia oponían resistencia al mar, propulsando el barco hacia delante. El capitán había ordenado que desplegaran las velas poco después de que Southampton dejara de verse en el horizonte, pero la forma en que colgaban sin fuerza le hizo pensar a Sherlock que no había suficiente brisa para hacer que el barco siguiera avanzando muy rápido.

Sorprendentemente, durante buena parte del día después del desayuno, apenas había visto a Amyus y Virginia Crowe. Ella estaba poco animada y se había retirado a su

camarote, y su padre se había dedicado a partes iguales a comprobar que ella se encontraba bien y a meditar melancólico en el camarote que compartía con Sherlock. Había algo que le preocupaba a su hija. Haciendo memoria, Sherlock trató de recordar si Virginia había mencionado algo sobre el viaje de Estados Unidos a Inglaterra que habían hecho ella y su padre, aparte de que no habían viajado en primera clase pero tampoco en tercera. Tenía la sensación de que ella había dicho algo importante cuando se conocieron, pero no podía recordar qué era.

En algún lugar hacia el fondo del barco Sherlock oyó una música. Se giró desde donde se encontraba mirando fijamente las olas e intentó ver de dónde venía. La música flotaba por encima de su cabeza, tan ligera como las gaviotas que seguían la estela del barco y flotaban en el aire, sin apenas mover las alas. Parecía un violín tocando una melodía que subía antes de detenerse en la nota más alta y luego volvía a caer con gran estrépito.

Sherlock dejó su puesto en la barandilla y volvió caminando hacia la popa, tratando de averiguar de dónde procedía la música. Había tan poco entretenimiento en el barco, que cualquier cosa que rompiera la monotonía debía buscarse y guardarse como un tesoro.

En el largo pasillo que había delante del salón, en una zona despejada de la cubierta, había un hombre tocando el violín. Era el tipo que había visto el día anterior al salir de Southampton, el del pelo negro y largo y los ojos verdes. Seguía llevando la misma chaqueta y los mismos pantalones de pana, aunque parecía que se había cambiado la camisa. Tenía el violín apretado contra el cuello y la cabeza ladeada; la barbilla mantenía firme el cuerpo del instrumento mientras que la mano izquierda sostenía el mástil y la derecha frotaba el arco de crin de caballo por las cuerdas como si fuera una sierra. Tenía los ojos cerrados y su expresión reflejaba una intensa concentración. Sherlock nunca había oído una pieza de música como esa: era salvaje, romántica y turbulenta, no ordenada y matemática como las de Bach y Mozart que estaba acostumbrado a oír en los recitales esporádicos del internado masculino de Deepdene.

Varios pasajeros se habían reunido alrededor de él y lo escuchaban con una sonrisa perpleja en la cara. Sherlock lo miró y escuchó mientras este alcanzaba un clímax, mantenía la nota y luego paraba. El hombre se quedó un momento con el violín pegado a la barbilla, los ojos aún cerrados y una sonrisa en el rostro, y después lo dejó caer y abrió los ojos. El público aplaudió y él hizo una reverencia. Sherlock vio que la funda del instrumento estaba abierta delante de él, y algunos pasajeros lanzaron unas monedas dentro antes de marcharse.

Al cabo de un rato, los únicos que quedaban eran el violinista y Sherlock. El primero se agachó para recoger las monedas del estuche y luego levantó la vista hacia Sherlock.

—¿Te ha gustado, amigo?

—Mucho. Si tuviera algo de dinero te lo daría.

—No hace falta. —Dejó el violín y el arco en la funda y se enderezó—. El dinero me ayuda a pagar el billete, compensa mis gastos y me queda un poco para tomarme una copa de vez en cuando, pero no intento ganarme la vida tocando. Bueno, por lo menos no aquí en el barco. Pero sí que tengo que practicar, y mi compañero de habitación no tiene pinta de saber apreciar nada que no sean polcas alemanas.

–¿Qué pieza era? –preguntó Sherlock.

–Es un concierto para violín en sol menor que acaba de escribir un compositor alemán llamado Max Bruch. Lo conocí en Coblenza el año pasado. Me dio una copia de la partitura. Llevo intentando tocarlo bien desde entonces. Creo que un día será parte del repertorio de todo violinista clásico.

–Sonaba increíble.

–Coge algunas ideas de las obras de Felix Mendelssohn, pero les da su toque personal.

–¿Eres un músico profesional?

El hombre sonrió; una sonrisa relajada y espontánea que dejó al descubierto unos dientes fuertes y blancos.

–A veces sí –dijo–. Puedo desempeñar muchos oficios, pero parece que siempre acabo volviendo al violín. He tocado con orquestas en auditorios y con cuartetos de cuerda en salones de té de alto nivel; también he tocado en la calle y acompañado a cantantes en salas de conciertos mientras vasos de cerveza volaban por encima de nuestra cabeza y se rompían en pedazos al chocar contra el escenario. Por cierto, me llamo Stone. Rufus Stone.

–Yo soy Sherlock Holmes. –Se acercó y le tendió la mano, y se la estrecharon durante un rato. La mano de Stone era firme y fuerte–. ¿Por eso vas a Estados Unidos? –continuó diciendo–. ¿Para tocar el violín?

–Las oportunidades se están agotando en Inglaterra –contestó Stone–. Espero que el Nuevo Mundo tenga algo para mí, sobre todo después de que mataran a lo mejor de sus hombres en la guerra de Secesión. –Rápidamente, su mirada recorrió el cuerpo de Sherlock de arriba abajo–. Tienes el físico de un buen violinista, la postura muy erguida y los dedos largos. ¿Tocas?

Él negó con la cabeza.

–No toco ningún instrumento –reconoció.

–Pues deberías. A las chicas les encantan los músicos. –Inclinó la cabeza hacia un lado, casi como si el violín siguiera ahí–. ¿Sabes leer música?

Sherlock asintió.

–Aprendí en el colegio. Teníamos un coro y había que cantar cada mañana.

–¿Te gustaría aprender a tocar el violín?

–¿Yo? ¿Aprender a tocarlo? ¿Lo dices en serio?

Stone asintió con la cabeza.

–Nos queda una semana antes de atracar, y el tiempo pasará terriblemente despacio si no encontramos alguna manera de entretenernos. Cuando llegue a Nueva York me pondré a buscar trabajo de profesor de violín. La verdad es que me ayudaría mucho poder decir que he enseñado a alguien a tocarlo. En este momento tengo algunas buenas ideas sobre cómo hacerlo, pero nunca las he puesto en práctica. Bueno, ¿qué opinas? ¿Estás dispuesto a echarme una mano?

Sherlock se quedó un rato pensando. No jugaba al *whist* ni al *bridge*, y la única alternativa era traducir a duras penas el ejemplar de *La República* de Platón que Mycroft le había regalado. Aquello sonaba mucho más interesante.

–No te puedo pagar nada –dijo–. No tengo dinero.

–No supondrá ninguna carga financiera para ti. Me estarás haciendo un favor.

–¿Qué puedes enseñarme en una semana?

Stone lo pensó un momento.

–Podemos empezar por la postura –dijo–. La forma en que te colocas y en la que sostienes el violín. En cuanto vea que lo haces bien, podemos pasar a aprender las diferentes técnicas de la mano derecha: *détaché*, *legato*, *collé*, *martelé*, *staccato*, *spiccato* y *sautillé*. Cuando esté satisfecho con el resultado, podemos pasar a las técnicas de la mano izquierda: presionar y soltar las cuerdas, desplazamiento o desmangue y vibrato. Y luego, mucho me temo, es práctica, práctica y más práctica; escalas y arpeggios hasta que te duelan las yemas de los dedos.

–Dije que sabía leer música, pero no mantener una nota –reconoció Sherlock–. Nuestro director de coro me dijo que estaba sordo como una tapia.

–Eso no es posible –se limitó a decir Stone–. Quizá no seas capaz de cantar, pero te aseguro que cuando acabe la semana puedo hacer que toques lo suficientemente bien para la que la gente te lance monedas, incluso si es solo una polca alemana. ¿Qué me dices?

Sherlock sonrió de oreja a oreja. De pronto parecía que el viaje iba a ser mucho más interesante de lo que esperaba.

–Suena bien –contestó–. ¿Cuándo empezamos?

–Ya –dijo Stone con decisión–. Y seguiremos hasta la hora de comer. Bueno, coge el violín. Vamos a ver qué tal esa postura.

Durante las siguientes tres horas Sherlock aprendió a colocarse adecuadamente, a sujetar un violín y a agarrar un arco. Incluso tocó algunas notas, que sonaron como si estuvieran estrangulando a un gato, pero Rufus («Llámame Rufus», le pidió cuando Sherlock le llamó señor Stone. «Cuando dices “señor Stone” pareces un director de banco») le dijo que no importaba, que el objetivo de la sesión matutina no era aprender cómo sonaba el violín cuando se tocaba sino cuál era la sensación que producía.

–Quiero que estés relajado pero preparado. Quiero que tus brazos, dedos y hombros sepan todas las formas que un violín puede adoptar en contacto con ellos. Cuando hayamos terminado quiero que sientas como si ese violín fuera una prolongación de tu propio cuerpo.

Cuando acabó la sesión, a Sherlock le dolían partes del cuerpo donde ni siquiera pensaba que tuviera músculos. Notaba un tirón en el cuello y sentía un hormigueo en las yemas de los dedos donde habían estado apretando las cuerdas.

–Pero ¡si solo he estado de pie en un punto! –protestó–. ¿Por qué me siento como si hubiera corrido una carrera?

–El ejercicio no necesariamente consiste en moverse –dijo Rufus–. Consiste en que los músculos se tensen y se relajen. No se suelen ver músicos gordos. Es porque aunque estén sentados o de pie en un sitio, sus músculos están continuamente trabajando. –Hizo una pausa, y se le arrugó la cara al pensar–. Excepto los percussionistas –dijo por fin–. Que no hacen más que engordar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a comer —dijo Rufus.

Mientras Rufus devolvía el violín a su camarote, Sherlock fue a buscar a Amyus Crowe. El corpulento americano apareció de dondequiera que estuviera recluido, pero no se veía a Virginia por ningún lado. Cuando se sentaron todos a la mesa común, Sherlock le presentó a Crowe a Rufus Stone.

—Encantado de conocerle, señor —dijo Crowe, estrechándole la mano—. Veo que es músico. Violinista.

—¿Me ha oído tocar? —dijo Rufus sonriendo.

—No, pero tiene polvo reciente en el hombro. Por lo que he observado, el polvo en la chaqueta de un hombre significa una de estas tres cosas: es profesor, juega al billar o toca el violín. Que yo sepa, no hay ninguna mesa de billar a bordo de este barco, y no soy consciente de que haya suficientes niños para que merezca la pena montar una clase.

Sherlock inspeccionó el hombro de su propia chaqueta. Efectivamente, había una fina pátina de polvo encima. Frotó una pequeña cantidad entre el dedo pulgar y el índice. Era de color ámbar y pegajosa al tacto.

—No es tiza —dijo—. ¿Qué es?

—Colofonia —explicó Rufus.

—Un tipo de resina —le interrumpió Crowe—. Los músicos la conocen como «resina de trementina». Se coge de los pinos y luego se hierve y se filtra para formar una galleta parecida al jabón. Los violinistas recubren con ella los arcos. La adherencia que consigue la resina entre las cuerdas y el arco es lo que hace que estas vibren. Naturalmente, la resina se seca y se convierte en polvo, que se deposita en el hombro ya que es la parte del cuerpo que está más cerca del instrumento. —Echó un vistazo a la chaqueta de Sherlock y frunció el ceño—. Tú también has estado tocando el violín. No, has estado aprendiendo a tocar el violín.

—Rufus, el señor Stone, me ha estado enseñando.

—¿No le importa, señor Crowe? —preguntó Rufus—. Solo se lo ofrecí para que nos ayudara a pasar el rato.

—Nunca le he dado mucho valor a la música —murmuró Crowe—. La única canción que me sé es su himno nacional, y solo porque la gente se levanta cuando lo tocan. —Lanzó una mirada a Sherlock desde detrás de sus cejas peludas—. Tenía la intención de que continuáramos con nuestros estudios mientras estábamos en el barco, pero Virginia no está llevando demasiado bien el viaje. —Negó con la cabeza—. No recuerdo si lo mencioné, pero su madre, mi mujer, murió en el último viaje transatlántico que hicimos, de Nueva York a Liverpool. Le pesan mucho los recuerdos. Y a mí también. —Suspiró—. La memoria es algo muy curioso. Alguien puede dejar a un lado e ignorar los recuerdos de casi cualquier cosa, pero a veces lo más nimio puede hacer que vuelvan a aparecer. Normalmente son los olores y los sonidos los que evocan mejor los recuerdos. Ginnie llevaba mucho tiempo sin hablar de su madre, pero el olor del océano y el ambiente del barco han hecho que le vuelva todo de golpe a la memoria.

—Lo siento —dijo Sherlock. Le pareció insuficiente, pero no se le ocurrió otra cosa que

decir.

—A la gente le suceden cosas malas —dijo Crowe—. Es la única verdad reconocida de la condición humana. —Suspiró—. Confío en que le dediques tiempo a esa traducción que te ha dado tu hermano —dijo—. Y yo intentaré pasar una hora o dos al día contigo, hablando sobre lo que ves y oyes mientras estás en este barco, pero hay pocas posibilidades de reflexionar como es debido. El resto del tiempo es para ti. Empléalo como te plazca.

Terminaron de comer en un silencio incómodo. En cuanto acabó el almuerzo, Sherlock se disculpó. Tenía la sensación de que de alguna manera había decepcionado a Amyus Crowe y no quería aumentar aquella decepción volviendo directamente a sus clases de violín. A juzgar por cómo había asentido ligeramente con la cabeza cuando él se marchó, Rufus Stone lo había entendido.

Pasó una hora en una silla de la cubierta, leyendo el complicado griego de *La República* de Platón. El proceso de traducir mentalmente del griego al inglés le costaba tanto trabajo que apenas captaba el significado de lo que estaba leyendo; entendía las palabras, pero al final de la frase había perdido la pista de dónde había empezado y qué estaba intentando decir.

En un momento dado, cuando estaba luchando con un verbo transitivo especialmente difícil, levantó la vista y vio a un camarero con un uniforme blanco, de pie a su lado, sujetando una bandeja. Era el mismo hombre que le ayudó a orientarse y que había servido la cena la noche anterior.

—¿Le puedo traer algo, señor? —preguntó el camarero.

—¿Un diccionario de griego?

La cara arrugada y morena del camarero no cambió.

—Me temo que no le puedo ayudar en eso, señor —dijo—. Tenemos una biblioteca a bordo, pero no creo que haya un diccionario de griego en sus estanterías, y menos un diccionario de griego antiguo, que es lo que sospecho que necesita.

—¿Conoce todos los libros que hay en la biblioteca? —preguntó Sherlock.

—Llevo en este barco desde que botó por primera vez —respondió el camarero—. No solo conozco cada libro que hay en la biblioteca, sino que conozco cada cóctel de la carta, cada rampa de la cubierta y cada remache del casco, ¿me explico? —Asintió con la cabeza—. Mi nombre es Grivens, señor. Si necesita algo, pídamelo.

A Sherlock le llamó la atención la mano que sostenía la bandeja. Estaba tatuada de muñeca para arriba y desaparecía en la oscuridad de la manga del hombre. A Sherlock le pareció que era un dibujo de escamas diminutas de un tenue color azul con motas doradas que brillaban bajo la luz del sol.

El mismo color que había visto en la muñeca de la figura que le había estado observando desde las sombras el día anterior. ¿Coincidencia o no?

Grivens vio adónde se dirigía la mirada de Sherlock.

—¿Algún problema, señor?

—Perdón. —Sherlock pensó a toda velocidad. Era obvio que había notado algo raro, pero tenía que disimular su metedura de pata—. Solo estaba fijándome en su... su tatuaje. Mi... hermano... tiene uno justo igual. —Le pidió mentalmente unas disculpas apresuradas

a Mycroft, que era la última persona en el mundo a la que se imaginaría con un tatuaje. Salvo quizá a la tía Anna.

—Me lo hicieron en Hong Kong —explicó Grivens—. Fue antes de unirme al *Scotia*.

—Es precioso.

—El hombre que lo hizo era un chinito arrugado de las callejuelas que había detrás de un mercado de Kowloon —continuó el camarero—. Pero es famoso entre los marineros de todo el mundo. Le aseguro que nadie le llega a la suela del zapato, ni allí ni en ninguna parte. Usa colores que nadie más puede ni siquiera mezclar. Cada vez que veo un tatuaje hecho por él en otro marinero, o si otro marinero ve el mío, simplemente nos saludamos con la cabeza, porque sabemos que los dos hemos ido al mismo chinito. Es como pertenecer a un club, ¿me explico?

—¿Por qué tantos marineros tienen tatuajes? —preguntó Sherlock—. Que yo sepa, cada miembro de esta tripulación tiene algún tatuaje, y son todos diferentes.

Grivens apartó la vista y se quedó mirando el mar.

—Eso es algo de lo que no solemos hablar, señor —dijo—. Especialmente con los pasajeros. Lo que ocurre es, y perdóneme por la falta de tacto, que si hay un naufragio los cuerpos de los marineros pueden tardar algún tiempo en llegar a la orilla, y eso suponiendo que lo hagan algún día. Ha habido casos en que los cadáveres no se podían identificar, ni siquiera por sus parientes más cercanos. La acción del agua salada, el mal tiempo y los peces de las profundidades, no sé si me explico. Pero los tatuajes duran más. Un tatuaje se puede reconocer mucho después de que la cara haya desaparecido. Total, que así es como empezó, como una forma de identificación. Nos da cierto consuelo saber que cuando ya no estemos al menos nuestras familias tendrán muchas posibilidades de enterrarnos como es debido.

—Ah. —Sherlock hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Supongo que tiene sentido. Gracias.

Grivens asintió.

—A su servicio, señor. ¿Se va a quedar por aquí un rato?

—¿Adónde iba a ir si no?

—Entonces volveré más tarde para ver si necesita algo.

Se alejó y empezó a buscar a otros pasajeros a los que servir, pero dejó a Sherlock pensando. Si ese era el hombre que le había estado vigilando desde las sombras, si es que alguien le estaba vigilando desde las sombras, lo que no era más que una hipótesis basada en un encuentro fugaz y un movimiento, entonces ¿por qué estaba tan preocupado sobre si Sherlock se quedaría en la cubierta? ¿Quería registrar su camarote en busca de alguna pista de lo que el joven sabía? ¿O tenía la intención de seguir a Amyus Crowe y Virginia? Fuera cual fuese la respuesta, Sherlock no podía quedarse ahí. Se levantó deprisa, se marchó de la cubierta y bajó las escaleras hacia el pasillo donde se encontraba su camarote.

La puerta estaba entreabierta. ¿Era el camarero, que se había puesto a registrarla, o Amyus Crowe?

Sherlock se acercó y trató de mirar por la rendija para ver quién había dentro. Si era

Grivens iría a buscar a Amyus Crowe y le contaría lo que estaba pasando.

Algo le golpeó con fuerza en los riñones. Se cayó hacia delante y entró dando traspiés en el camarote. Lo volvieron a empujar y cayó al suelo. Logró no darse con el borde de la litera de milagro, gracias a que giró la cabeza y se acurrucó, pero se rozó con la alfombra y sintió que le ardía la cara. Se dio la vuelta y miró hacia la entrada.

Grivens cerró la puerta tras él. Sus ojos azules y apagados de pronto eran tan fríos y duros como las canicas.

—Te crees muy listo, ¿eh? —espetó. Sherlock se quedó sin respiración ante el repentino cambio de actitud del hombre, que había pasado de la servidumbre al enfado—. He partido por la mitad a hombres más grandes que tú. ¿Crees que no me di cuenta de que ibas a seguirme hasta aquí para ver si estaba registrando tu camarote? Vi que te fijabas en mi tatuaje y supe por cómo lo mirabas que lo reconocías de ayer, cuando os estaba vigilando a los tres. Así que te hice pensar que iba a registrar tu camarote y conseguí que volvieras.

—¿Para hacer qué? —preguntó Sherlock. Le estaba resultando muy difícil recobrar el aliento tumbado en el suelo, retorcido de esa manera.

—Para echarte de este barco. A ti, y luego a los otros dos.

—¿Echarnos de este barco? —A Sherlock le costó unos segundos asimilar lo que acababa de oír—. ¿Se refiere a... arrojarlos por la borda? ¿Al Atlántico? Pero ¡nos echarán en falta!

—Y hasta puede que el capitán se dé la vuelta, retroceda a toda máquina y os busque, pero no servirá de nada. No duraréis ni media hora en el agua.

Los pensamientos le invadían la mente mientras intentaba entender cómo había podido pasar aquello.

—Usted no es parte de esto. Es imposible. Los hombres a los que seguimos no sabían qué barco íbamos a tomar, si es que íbamos a tomar uno.

—Todo lo que sé es que me pagaron para no perder de vista a tres viajeros: un hombre alto y fuerte con un sombrero blanco y dos jóvenes. Tal vez con otro hombre, uno gordo, o tal vez no. Una tercera parte del dinero ahora y dos terceras partes si ven una noticia en los periódicos sobre tres o cuatro pasajeros que se han caído por la borda y han desaparecido.

—Pero ¿cómo sabían que cogeríamos este? —preguntó Sherlock. Y entonces se dio cuenta—. ¿Sobornaron a alguien en cada barco?

Grivens asintió con la cabeza.

—Bueno, cada barco que salga en los próximos días. Es lo que yo creo. Nos encontraron a casi todos en el mismo sitio, un bar que los camareros frecuentamos entre viaje y viaje.

—Pero ¿cuánto les ha costado?

Grivens se encogió de hombros.

—No es mi problema, siempre y cuando les quede suficiente para pagarme cuando llegue a Nueva York. No tenían pinta de andar mal de dinero. —Estiró la mano y le agarró del pelo—. Dijeron que pagarían extra si conseguía que me contaras cuánto sabes de sus

planes. Lo puedes hacer por las buenas, sin dolor, y te haré el favor de asegurarme de que estás inconsciente cuando te lance por la borda, ¿me explico? O lo puedes hacer por las malas, en cuyo caso tendré que arrancarte los dedos uno a uno con un cortapuros para que me lo digas y luego te lanzaré por la borda todavía consciente.

—¡Gritaré! —bramó Sherlock—. La gente me oirá.

—¿No te lo he contado? —dijo Grivens—. Empecé trabajando de velero antes de convertirme en camarero. Hacía velas. Tus dedos nunca olvidan la sensación de una aguja de hierro atravesando la lona. Te cosería los labios con bramante, muchacho, solo por el placer de mirarte a los ojos asustados cuando te tirara por la borda. —Hizo una pausa—. Ahora responde a la pregunta: ¿qué sabes de los planes de esos yanquis?

Se inclinó hacia delante y trató de agarrarle el pelo. El tatuaje azul iridiscente que tenía en la muñeca parecía brillar en la oscuridad del camarote.

Sherlock le arreó una patada y le dio con la bota en la ingle. El camarero se retorció de dolor y empezó a gruñir.

Sherlock se puso en pie con dificultad. Agarró a Grivens del hombro y lo empujó. El hombre se cayó y a Sherlock le costó horrores pasar por delante de él y salir por la puerta.

El camarero intentó agarrarle del tobillo. Tiró con fuerza y lo volvió a arrastrar dentro del camarote, pero él se retorció y lanzó una patada con el pie que tenía libre, dándole a Grivens encima del ojo. Este lo soltó pronunciando un taco y cayó hacia atrás.

Sherlock sabía que tenía que escapar y llegar a donde estuviera Amyus Crowe. Se lanzó contra la puerta y la abrió de golpe. La luz de las lámparas de aceite que colgaban de la pared del pasillo entró a raudales en el camarote. Salió a duras penas, empujó la puerta para cerrarla y echó a correr por el pasillo. Detrás de él oyó el estruendo de la puerta al chocar contra la pared cuando Grivens la abrió de golpe, y luego el ruido sordo de los pasos del camarero persiguiéndole. El pasillo se bifurcaba al llegar al final y Sherlock fue hacia la izquierda y se dirigió a las escaleras para subir a la cubierta y estar a salvo, pero debió de equivocarse en alguna parte porque no había ni rastro de la escalera. En lugar de eso, los pasillos le fueron adentrando cada vez más en las entrañas del barco.

Tuvo que escoger entre unas escaleras que conducían abajo o volver de nuevo atrás, y eligió bajar. Aquel ya no era un territorio para los pasajeros: las paredes eran de una madera más tosca, sin el artesonado profusamente decorado de antes, y las lámparas de aceite se estaban apagando y tenían un color amarillento. Bajo sus pies solo había madera sin tratar, no suaves alfombras.

Sherlock oyó pisadas en algún lugar detrás de él. Grivens todavía le estaba siguiendo la pista. Continuó avanzando.

El sonido de los motores del barco estaba cada vez más cerca, como los fuertes latidos de un enorme corazón mecánico, y se notaba que hacía más calor en el ambiente. Sherlock estaba sudando, en parte por la persecución y en parte por el vapor que había en la atmósfera.

Dio la vuelta a una esquina y se encontró una puerta muy grande delante de él. Estaba cerrada. Miró hacia atrás fugazmente, pero no tenía sentido volver. Solo podía ir hacia

delante.

Abrió la puerta y entró. Directo al infierno.

Capítulo 9

El calor le golpeó en la cara y casi lo tira al suelo. Era como atravesar la puerta del horno de un panadero. Sintió cómo se le erizaban los pelitos de la nuca y el sudor le corría por la frente y el cuello. El aire era tan denso y tan cálido que le costaba respirar.

La puerta daba a una pasarela de hierro forjado que coronaba un infierno cavernoso lleno de maquinaria: pistones, timones, ejes, todos moviéndose en varias direcciones a distintas velocidades: de un lado a otro, de arriba abajo, dando vueltas... Era la sala de máquinas del *Scotia*, que impulsaba las enormes ruedas de paletas a ambos lados del barco. En algún lugar cercano, Sherlock sabía que habría un cuarto de calderas independiente en el que los marineros estarían echando carbón con una pala en un horno gigantesco donde se quemaría para producir calor, que a su vez transformaría en vapor el agua de una caldera situada encima y lo haría pasar a esa sala a través de una red de tuberías, donde los pistones, las juntas y los timones se verían impulsados por la presión del vapor en un movimiento giratorio que se transmitiría a las ruedas de paletas a través de unos enormes ejes. Si ahí dentro hacía un calor terrible, el cuarto de calderas sería peor que trabajar dentro de un volcán. ¿Cómo podían aguantarlo?

El ruido era ensordecedor: una combinación de sonidos metálicos, silbidos y mazazos que a Sherlock le provocaba dolor de cabeza. Sentía la vibración a través del marco de la puerta al que estaba agarrado y a través del propio aire. Era como si le estuvieran dando puñetazos en el pecho sin parar. Debía de ser prácticamente imposible mantener una conversación en aquellas condiciones. Los hombres que trabajaban ahí tendrían que comunicarse por señas. La sordera sería un riesgo laboral.

La iluminación provenía de unas sucias lámparas de aceite que colgaban de varios puntos de la pared y de unas rejas en el techo que dejaban entrar un hilillo de luz del mundo exterior, pero la luz se extinguía rápidamente en aquel ambiente cargado, polvoriento, húmedo y caluroso, y, mirara donde mirase, había enormes focos de sombra negra. También entraba aire a través de las rejas, lo que proporcionaba una agradable brisa a cualquiera que estuviera debajo. El polvo de carbón y el vapor de agua se arremolinaban en la atmósfera; espíritus inquietos que no estaban seguros de qué dirección tomar.

Sherlock echó un rápido vistazo a su alrededor intentando averiguar qué dirección tomar. La sala de máquinas parecía ocupar varios pisos en el centro del barco. Las pasarelas estaban atornilladas a las paredes y cruzaban de un lado a otro a distintas alturas. Unas escaleras metálicas conducían a las pasarelas y unas enormes vigas de hierro atravesaban la sala, dotándola de estabilidad y en las que las diferentes tuberías y timones podían sujetarse. Todo parecía estar diseñado para que un hombre con una llave inglesa pudiera alcanzar cada tubería, cada pistón, cada timón y cada eje en caso de que algo se rompiera.

Algunas de las tuberías más pequeñas terminaban en manómetros, unos instrumentos del tamaño aproximado del puño cerrado de Sherlock que tenían diales que mostraban la presión del vapor en las tuberías. En teoría los técnicos podían comprobar la presión y decir si el motor del barco necesitaba más carbón o si la presión estaba aumentando

demasiado y tenían que liberarla. Otras tuberías tenían soldados unos grandes timones de metal que probablemente abrían o cerraban válvulas, permitiendo que el vapor entrara en tuberías diferentes a distintas velocidades.

Sherlock levantó la vista y vio dos grandes contenedores de presión en el techo. Muchas de las tuberías se dirigían hacia ellos. Parecía que daban a la cubierta. Tardó un rato en entender que seguramente condujeran a las dos chimeneas del *Scotia*, proporcionando un modo de dejar escapar el vapor que ya hubiera cumplido su cometido.

Todo estaba hecho de un metal negro y grueso que quemaba al tocarlo, y sujeto con remaches del tamaño del pulgar de Sherlock. La maquinaria se balanceaba en la calima que causaba el carbón al arder: el propio aire caliente creaba una cortina invisible y hacía muy difícil calcular las distancias.

A Sherlock le picaba la nariz a causa del olor de la sala de máquinas. Era una sensación muy incómoda. Se parecía mucho al olor del azufre, como a huevos podridos, pero por debajo se intuía un hedor a alquitrán y a algo más que le recordaba al sabor de la sangre, pero que probablemente se tratara de hierro candente.

Una figura salió de la oscuridad. Sherlock se estremeció. Esperaba que fuera Grivens, pero era otro miembro de la tripulación, un mecánico. Estaba desnudo de cintura para arriba y era tremendamente musculoso, y donde no tenía la piel tiznada de negro por el polvo del carbón, la tenía manchada de sudor, de modo que la cara y el cuerpo estaban cubiertos de una serie de rayas blancas y negras, como los grabados de cebras que Sherlock había visto en los libros sobre África de la biblioteca de su padre. Tenía los pantalones de algodón empapados de sudor y llevaba una pala al hombro. Su conducta en general —su forma de moverse, su expresión, todo— reflejaba el cansancio debido al dolor de huesos. Sherlock lo vio pasar por delante del escandaloso motor y desaparecer por otra puerta sin levantar la vista. Probablemente se dirigiera hacia una de las hamacas oscilantes de las profundidades del barco.

Consciente de que Grivens le estaba pisando los talones, Sherlock corrió por la galería hasta llegar a una escalera que conducía arriba y abajo. ¿Qué dirección debía tomar? Si subía iría hacia la cubierta, pero puede que ahí arriba no hubiera una salida. Estaba seguro de que nunca había visto a ninguno de los mecánicos o los fogoneros en la cubierta. Seguramente tendrían prohibido salir al aire libre y estaban condenados a pasar el viaje entero en la oscuridad. Así que bajó, esperando que hubiera otra forma de salir de la sala de máquinas.

Bajó la escalera de hierro lo más rápido que pudo. Los dedos le quemaban al tocar los peldaños. La vibración de las máquinas le traspasaba las manos hasta el punto de que notaba cómo le castañeteaban los dientes. El calor y la falta de aire respirable le estaban debilitando cada vez más, y casi se cae dos veces cuando las manos sudorosas se le escurrieron de los peldaños. Al cabo de un rato llegó abajo y, agradecido, apoyó la frente en la escalera antes de apartarse y ponerse en marcha.

En lo alto de la galería, la puerta volvió a abrirse de golpe. Sherlock la oyó chocar contra la pared. Se hizo el silencio, y luego un par de botas retumbaron en el suelo de

rejilla metálica.

Sherlock entró con sigilo en un pasadizo que había entre dos partes del enorme motor: masas irregulares de hierro negro adornadas de tuberías. Al pasar, rozó con el hombro una de ellas y retrocedió, encogido de dolor. Estaba hirviendo.

El pasadizo acababa en una superficie curva y remachada de metal que era parte de una especie de contenedor de presión. El pasadizo terminaba ahí. No había salida.

Las sombras entre las dos partes del motor le protegían. Intentó agacharse al máximo y estar lo más quieto posible.

Oyó pasos en la escalera, y luego un silencio cuando el recién llegado alcanzó el suelo.

—¡Niño! —gritó la voz de Grivens—. Vamos a hablar del tema. La verdad es que hemos empezado con mal pie. Reaccioné de manera exagerada. Sal a la luz, sé buen chico, y charlaremos largo y tendido sobre ello como amigos. Un día nos reiremos de todo esto, te lo prometo, ¿sí?

Sherlock no confiaba en las palabras del hombre y tampoco confiaba en su tono de voz. Si salía, sabía que le mataría.

—De acuerdo —continuó Grivens—. Vale, de acuerdo. —A Sherlock le costaba oírle por encima del estruendo y los ruidos sordos de la maquinaria—. Estás asustado. Lo entiendo. Crees que voy a hacerte daño. Bueno, entonces vamos a hablar de dinero. Me han pagado para que te mate, eso ya lo sabes, pero soy un hombre práctico. Un hombre de negocios, no sé si me entiendes. Estoy convencido de que el gran yanqui podrá superar con creces la cantidad que me han pagado los tíos que me contrataron. Vamos a subir los dos juntos a verlo y exponerle la situación, como hombres de mundo. Me puede firmar un cheque, y me olvidaré por completo de vosotros tres. ¿Qué te parece?

Le parecía un truco, pero Sherlock no era tan estúpido como para decirlo. En lugar de eso permaneció en silencio.

En alguna parte cerca de ahí, una válvula se abrió de golpe y soltó una columna de vapor que produjo un silbido ensordecedor.

—¿Niño? ¿Sigues ahí? —Esta vez la voz sonó más cerca, como si Grivens se hubiera movido. Estaba buscando a Sherlock; no se contentaba con esperar que sus palabras tranquilizadoras le convencieran para que saliera de su escondite—. Sé que hemos empezado con mal pie, pero quiero compensarte. Sal y hablemos.

Sherlock se dio cuenta de que tenía la espalda apretada contra una tubería o una parte del motor que llevaba vapor dentro. El calor se le extendía por la chaqueta y la camisa y se le estaban formando ampollas en la espalda. Trató de apartarse poco a poco, aunque eso significara que dejase expuesta a la luz una parte de su cuerpo. Se movió despacio, pero hacía demasiado calor y tuvo que retirarse bruscamente para no hacerse una buena quemadura. Golpeó la tubería con el pie. El ruido resonó como una campana por todo el cuarto de máquinas.

—Así que estás aquí. —Grivens sonaba como si estuviera a escasos centímetros de distancia—. Bueno, algo es algo.

Una sombra cayó sobre la entrada del pasadizo donde Sherlock estaba oculto. En la luz cenicienta que brillaba a través de las rejas superiores, el joven inglés pudo distinguir la

silueta de la cabeza y los hombros de Grivens. Llevaba algo en la mano y lo tenía levantado sobre su cabeza, listo para golpear. Parecía una llave inglesa muy grande y pesada.

Pensó que ahí abajo, en las entrañas del barco, Grivens ni siquiera tenía que preocuparse de subir su cuerpo a la cubierta y lanzarlo por la borda. Podía arrojarlo al fuego sin más y dejar que se quemara. Lo único que tendría que hacer sería sobornar a los fogoneros con un par de chelines para que hicieran la vista gorda, y Sherlock quedaría reducido a polvo.

—Venga, sal, estés donde estés —dijo Grivens en voz alta. Su cuerpo tapó toda la luz que entraba en el pasadizo. Parecía que presentía dónde estaba. En vez de pasar de largo, entró dentro.

Sherlock se agachó, tratando de permanecer en la penumbra. Unos segundos más y Grivens lo vería, y entonces todo habría terminado.

Tocó el suelo caliente y tardó unos segundos en darse cuenta de que había pasado la mano por donde debería estar el final de la tubería contra la que él se había apoyado. Tanteó con la mano por todas partes. Parecía como si la tubería no llegara hasta el suelo sino que se doblaba más arriba. Estaba colocada encima de unos puntales atornillados al suelo, pero había suficiente espacio para que Sherlock se deslizara por debajo. Con un poco de suerte habría una salida al otro lado. Si no, seguiría estando igual de atrapado que en ese momento pero considerablemente más incómodo.

Se puso de rodillas y luego boca abajo. El suelo estaba tan caliente que le dolía la piel, y la camisa empapada de sudor se le quedaba pegada mientras trataba de introducirse debajo de la máquina. Estiró el brazo y agarró uno de los puntales que la sostenían, esperando poder arrastrarse, pero el puntal le quemó la mano y gritó de dolor.

—¡Ajá! —Grivens se precipitó dentro del pasadizo, y la llave inglesa hizo un ruido metálico contra las tuberías—. ¿Dónde estás, pequeño canalla?

Sherlock hizo de tripas corazón y alargó otra vez la mano hacia el puntal. El metal le abrasó la palma pero él resistió, tiró con fuerza y se arrastró a duras penas con las rodillas y los pies, hasta quedarse debajo del motor y lejos de Grivens. De pronto sintió que había espacio encima de él y se levantó temblando. Le latía la mano, pero estaba en una zona diferente de la sala de máquinas. Ahí comenzaba otro pasadizo cuyas paredes estaban formadas por una serie de tuberías conectadas entre sí. Echó a correr por aquel nuevo callejón en busca de una escalera o una puerta.

Algo hizo un sonido metálico detrás de él. Se dio la vuelta y vio a Grivens de pie al otro lado del pasadizo de paredes metálicas. Acababa de estrellar la llave inglesa contra un soporte de metal.

—Bueno, chaval. Se acabó el juego. Hasta ahora has tenido suerte, pero ya va siendo hora de que te des por vencido. Deja que el viejo Grivens te libre de tu sufrimiento, ¿eh?

—¿Es demasiado tarde para ese trato que mencionó antes? —dijo Sherlock para despistarle.

Grivens sonrió.

—Y que lo digas —contestó—. Lamento decirte que soy un hombre de palabra. Hice un

trato y tengo que cumplirlo. No pensarías que iba a romper el contrato ahora, ¿no? ¿En qué clase de hombre me convertiría eso?

—Así que no eran más que palabras.

Él asintió con la cabeza.

—Meras palabras. Siempre cabía la posibilidad de que te las creyeras y salieras por decisión propia, pero no confiaba mucho en eso.

Empezó a avanzar, balanceando la llave en la mano. Sherlock buscó frenéticamente a su alrededor algo con lo que pudiera luchar. Parecía que pelearse era su única opción.

¡Bang! La llave golpeó una tubería de hierro y el ruido retumbó por el cuarto de máquinas.

—Mírame —dijo Grivens en voz baja y con calma—. Mírame, muchacho. Mírame a los ojos. No busques una forma de escapar. Acepta lo inevitable, ¿eh?

Sherlock sintió que la tranquilidad de su voz, la sensatez de las palabras y el calor del cuarto de máquinas le hacían entrar en trance. Sacudió la cabeza bruscamente. No se podía dejar hipnotizar por el camarero.

Desesperado, miró a un lado y a otro. Le llamó la atención algo que estaba apoyado contra una escalera. ¡Una pala! Uno de los fogoneros debía de haberla dejado ahí al acabar su turno. El mango estaba negro por el polvo del carbón y la pala se había derretido un poco, como si la hubieran empujado demasiado en las llamas sin querer. Sherlock alargó el brazo, la cogió y se la apretó contra el cuerpo con la hoja pegada a la cara.

—Conque el canalla este tiene carácter, ¿eh? —dijo Grivens con una expresión ceñuda en la cara—. Eso quiere decir que tendré que trabajar un poco más para poder cobrar.

Se abalanzó sobre él y trató de darle con la llave inglesa en la cabeza. Sherlock se agachó y dio un paso atrás, y la llave chocó contra una tubería de hierro provocando que saltaran chispas. El joven inglés sintió cómo le quemaban la cara. Se pasó la mano por el pelo para ver si le había caído alguna encima.

Grivens gruñó y echó hacia atrás la llave inglesa. La levantó por encima de la cabeza y fue a estamparla contra el cráneo de Sherlock.

Este esquivó el golpe torpemente con la pala. La llave chocó contra el mango de madera, dejando una marca en el medio, y estuvo a punto de hacerle caer sobre sus rodillas. La vibración de la pala le hizo sentir como si los brazos se le fueran a salir de su sitio. Logró colocarla bien y golpeó a Grivens en la rótula con la hoja. Grivens gritó y se tambaleó hacia atrás, con la boca muy abierta por el asombro.

—¡Niñato insolente! —le insultó. Balanceó la llave inglesa como si fuera un bate y arremetió de nuevo contra Sherlock.

Este levantó la pala para intentar detener el impacto de la llave y ambas chocaron ocasionando un sonido infernal. Grivens pegó un salto hacia atrás. La llave salió disparada lejos de él y desapareció en la oscuridad del cuarto de máquinas. Los dedos de Sherlock, que habían perdido la fuerza de repente, dejaron caer la pala al suelo.

Grivens estaba de cuclillas, frotándose el codo derecho con la mano izquierda. Tenía la cara desencajada en una mueca brutal.

Sherlock se dio la vuelta y echó a correr.

El pasadizo acababa en una intersección donde había otros callejones que se dirigían a izquierda y derecha. Sherlock tomó el de la derecha, se precipitó en su interior y no se detuvo hasta llegar a una escalera que conducía hacia arriba. Echó un vistazo atrás. Ni rastro de Grivens. Con los hombros débiles desde que frenó con la pala la descarga que el camarero le soltó con la llave inglesa, subió torpemente la escalera.

Se encontraba en una pasarela que transcurría en paralelo al eje principal que atravesaba la sala, salía por un hueco de la pared del cuarto de máquinas e impulsaba una de las ruedas de paletas. Sherlock se había desorientado de tal manera que no sabía qué era delante y qué era detrás. No estaba seguro de qué rueda hacía girar el eje. Puede que ambas. Tampoco importaba. El eje, tan grueso como su cuerpo y reluciente por la grasa, giró despacio junto a él. Más atrás, hacia el centro de la sala de máquinas, se encontraba el complejo entramado de ruedas dentadas, pistones y levas alternas que lo movían.

Apoyado en la barandilla que rodeaba la pasarela, intentó ver dónde estaba Grivens. No hubo suerte. El camarero se había esfumado.

Parecía que nadie se había percatado de la pelea. ¿El cuarto de máquinas estaba siempre tan desierto o Grivens había sobornado a la tripulación para que se quedara fuera mientras él se encargaba de Sherlock?

Algo le agarró por el tobillo y tiró de él. Sherlock se cayó sobre la pasarela y sintió que le tiraban de la pierna hacia el borde. Se sujetó a la barandilla para impedir que lo arrojaran al suelo. La cara de Grivens estaba apretada contra la rejilla metálica de la pasarela. Era su mano la que había agarrado el tobillo de Sherlock.

—Realmente vas a conseguir que tenga que ganarme este dinero, ¿no? —siseó—. Solo por eso voy a hacer sufrir al yanqui y a su hija. Piensa en ello cuando te estés desangrando y a punto de morir.

La única respuesta de Sherlock fue darle una patada con el otro pie, bajando la bota a lo largo de la pierna y estampándole la suela en los dedos. Grivens gruñó de dolor y lo soltó. Sherlock se apartó rodando y se puso en pie de un salto.

La cara del camarero, con una mueca de odio que dejaba al descubierto sus dientes, apareció en lo alto de la escalera, seguida del resto de su cuerpo.

—Esto ya no tiene nada que ver con el dinero —siseó—. Ahora es personal.

Sherlock se alejó despacio. El camarero llegó a lo alto de la escalera y continuó por la pasarela. Tenía los hombros encorvados y los dedos en forma de garras. Su uniforme blanco, antes impecable, estaba gris y lleno de manchas.

Sherlock sintió que algo duro le apretaba en la parte baja de la espalda. Miró rápidamente hacia abajo. Había llegado al final de la pasarela. Estaba aprisionado por una de las ruedas que controlaban el flujo de vapor a través de las tuberías. Junto a él, el enorme eje cilíndrico daba vueltas sin parar en sus cojinetes. Había llegado a la zona donde las bielas transformaban el movimiento lineal de los pistones en movimiento rotatorio, empujando el eje. Había varias, y parecían cabezas metálicas de caballo embadurnadas de grasa subiendo y bajando con un ritmo complejo. Por un instante Sherlock se fijó en la ingeniería que movía el barco. Era simplemente brillante. ¿Cómo

era posible que la gente diera por hecho que esas cosas funcionaban sin querer averiguar cómo lo hacían?

Tampoco es que fuese a tener la oportunidad de aprender nada más en su vida. Grivens seguía acechándolo, acercándose cada vez más, y extendió los brazos para intentar agarrarle por el cuello con las dos manos.

—Me deberían dar un extra por esto —susurró el camarero. Los dedos se cerraron alrededor de la garganta de Sherlock y apretó con fuerza. Este sintió que los ojos se le salían de las órbitas por la presión. Su pecho quería llenarse de aire, pero no pasaba ni una gota. Frenético, intentó agarrar las muñecas de Grivens para apartarlas, pero los músculos del camarero estaban agarrotados, duros como el hierro. Sherlock pasó de las muñecas a los dedos del hombre. Quizá podría separárselos del cuello. De repente empezó a verlo todo rojo y se le nubló la vista, y unos puntos negros comenzaron a flotar delante de él, ocultando la cara de Grivens. El pecho le ardía de dolor.

Desesperado, se retorció con la última pizca de fuerza que le quedaba. Grivens perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse sobre la barrera que rodeaba la pasarela, pero no dejó de apretarle el cuello. Junto a ellos, las levas bombeaban arriba y abajo, y unos trozos de metal golpeaban el aire a escasos centímetros de sus caras. La expresión de Grivens era salvaje y sus ojos se habían convertido en unos puntitos negros llenos de odio.

Sherlock se desplomó, como si se hubiera quedado sin energía. Aquello pilló por sorpresa a Grivens, que no hizo nada por impedirlo. En lugar de caer de rodillas, Sherlock soltó los dedos del camarero y se aferró a su cinturón de cuero. Agarrado a él se volvió a enderezar, empujando con las piernas y tirando con los brazos todo lo fuerte que pudo. Los pies de Grivens dejaron de tocar el suelo cuando Sherlock lo levantó por el cinturón. El camarero, con el cuerpo retorcido, cayó con todo su peso sobre la barandilla. Sherlock estaba esperando que se soltara e intentara agarrarse a ella con todas sus fuerzas, pero siguió sujetándole del cuello y lo tiró hacia abajo con él.

Hasta que la manga de la camisa se le enganchó en una de las ruidosas levas, que agarró la tela y tiró de ella. Grivens gritó, con un alarido corto y desesperado de miedo y rabia, mientras su cuerpo salía despedido de la pasarela y aterrizaba en la maquinaria. Sherlock se soltó del cinturón y levantó los brazos, apartándole de golpe las manos de su cuello y cogiendo una bocanada de aire que le salvó la vida mientras el camarero se alejaba, se enrollaba en el eje rotatorio y se quedaba encajado en las levas que martilleaban arriba y abajo.

El motor ni siquiera vaciló, pero Sherlock tuvo que mirar hacia otro lado para no ver más que una pequeña parte de lo que le pasaba al cuerpo de Grivens arrastrado dentro del metal rotatorio.

Se agachó, con las manos en las rodillas, e intentó aspirar la mayor cantidad posible de aire caliente. Por un momento pensó que se iba a asfixiar, ya que su cuerpo le pedía más oxígeno del que él podía darle, pero poco a poco empezó a respirar con más calma. Cuando dejó de ver una mancha roja y borrosa, y cuando pudo respirar sin que le doliera el pecho, se puso de pie y miró a su alrededor.

No había ni rastro de Grivens. La grasa negra del eje y las levas estaban más rojas y brillantes que antes, pero eso era todo.

Al cabo de un rato bajó por la escalera y atravesó el cuarto de máquinas en busca de una salida. No estaba seguro de si la puerta que había encontrado era por la que había entrado u otra diferente, pero daba igual. Fuera hacía frío y el aire era fresco. Era como salir del infierno y entrar en el cielo.

La gente se quedó mirándolo cuando apareció en la cubierta, pero no le importó. Solo quería volver a su camarote, quitarse la mugre y la grasa del cuerpo y cambiarse de ropa. Llevaría la ropa sucia a la lavandería. Tal vez las lavanderas que iban a bordo pudieran limpiarlas, o tal vez no. Al fin y al cabo, había llegado a un punto en que le daba igual.

Amyus Crowe estaba en su camarote cuando Sherlock abrió la puerta de golpe.

—Creo que alguien ha estado registrando nuestra habitación —dijo, y luego se giró y vio la cara y la ropa de Sherlock, que tenían un aspecto horrible—. Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

—La gente a la que estamos siguiendo a Nueva York repartió algo de dinero por el puerto —contestó Sherlock cansado—. Seguramente haya un hombre en cada barco de los que zarpan esta semana al que le han prometido dinero si nos mata a los tres.

—Uno como mínimo —dijo Crowe—. Pero nos ocuparemos de eso más tarde. ¿Quién ha sido?

—Uno de los camareros.

—¿Y dónde está ahora?

—Digamos que va a haber un empleado menos sirviendo la cena —dijo Sherlock.

Le contó a Crowe la historia entera mientras se lavaba y cambiaba de ropa. El hombretón escuchó en silencio todo el tiempo. Cuando Sherlock empezó a repetirse, levantó la mano.

—Creo que lo he entendido todo —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansado, deshidratado y dolorido.

—Es comprensible, pero ¿cómo te encuentras por dentro?

Sherlock lo miró perplejo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que alguien ha muerto y tú has sido el causante. He visto a hombres adentrarse en una oscura espiral de culpa y tristeza después de que les pasara algo así.

Sherlock se quedó un momento pensando. Sí, había muerto un hombre, y él era el responsable, pero no era el primero. Clem, el matón del barón Maupertuis, se había ahogado casi con total seguridad al caerse de la barca de Matthew Arnatt, pero había ocurrido porque Matty le había golpeado detrás de la cabeza con un bichero de metal. A la mano derecha de Maupertuis, el señor Surd, las abejas le habían picado hasta acabar con su vida, pero aquello podría considerarse un accidente, ya que se había caído hacia atrás dentro de la colmena. Y la gente que había estado en el fuerte napoleónico cuando este había explotado en llamas podría haber muerto quemada o ahogada cuando saltó al mar, pero su destino parecía estar bastante alejado de cualquier cosa que hubiera hecho él mismo. ¿Tenía razón Crowe? ¿Era aquella la primera muerte que había causado

directa e inequívocamente?

—No soy lo que uno llamaría «religioso» —dijo por fin—. No creo que haya un mandato divino que diga «No matarás», pero supongo que creo que la sociedad funciona mejor cuando hay leyes y cuando la gente no puede ir por ahí matando a otra gente. Es parte de lo que Platón sostiene en *La República*, que mi hermano me dio para que leyera. Pero el camarero estaba intentando matarme, y si yo no le hubiera hecho lo mismo a él, no habría parado. Yo no elegí matarlo. Él buscó pelea, no yo.

Crowe asintió con la cabeza.

—Me parece bien —dijo.

—¿Era la respuesta correcta?

—No hay una respuesta correcta, hijo; al menos, que yo sepa. Es un dilema. La sociedad funciona porque las personas obedecen reglas y no van por ahí matándose unos a otros, pero si la gente elige vivir fuera de esas reglas, ¿qué puedes hacer? ¿Permitirles que se salgan con la suya, o luchar contra ellos con las mismas armas que usan para enfrentarse a ti? Si escoges el primer camino, ellos consiguen apoderarse de la sociedad, porque siempre están preparados para pelear más fuerte y sucio que tú. Si escoges el segundo camino, ¿cómo evitas convertirte en alguien tan malo como ellos? —Negó con la cabeza—. Al final, el único consejo que puedo darte es que si llegas al punto en que no te importa la vida de un hombre, has ido demasiado lejos. Siempre y cuando la muerte te preocupe, siempre y cuando entiendas que es tu último recurso, no el primero, probablemente estés en el lado bueno.

—¿Piensas que Mycroft sabía que pasaría algo así? —preguntó Sherlock—. ¿Crees que por eso me dio el libro?

—No —respondió Crowe—, pero tu hermano es un hombre inteligente. Creo que sabía que en algún momento te harías estas preguntas, y quería asegurarse de que tenías las herramientas con que contestarlas.

Capítulo 10

Durmió durante un rato, pese a que aún era media tarde. Fue un sueño intranquilo, lleno de imágenes de Matty, atado e indefenso en la oscuridad, llorando solo, preguntándose dónde estarían sus amigos. Cuando despertó, Sherlock se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas por las lágrimas, y tardó un buen rato en recordar dónde estaba y lo que había pasado.

Le dolían los músculos y le quemaban los pulmones, y notaba los moratones en el cuello donde Grivens le había agarrado. Intentó buscar en su interior algún rastro de horror por lo que había hecho, pero no encontró nada tan fuerte. Remordimiento, sí. Se arrepentía del hecho de haber matado a un hombre, pero eso era todo.

Mientras seguía tumbado pensando en Grivens para distraerse y no preocuparse por Matty, Sherlock se sorprendió a sí mismo recordando el tatuaje azul iridiscente de la muñeca del hombre, por el que se había dado cuenta de que era él quien le había estado vigilando. Si alguna vez había pensado en tatuajes se los había imaginado como algo decorativo, pero claramente significaban algo más que eso. Eran una forma de reconocerse, de identificarse. En este caso, le habían llevado a identificar a un hombre que podría haber estado espiándolo por encargo de los norteamericanos que se habían dado a la fuga. Y, según lo que el camarero había dicho, uno podía reconocer a un tatuador por su estilo, igual que uno podía reconocer un cuadro de Vermeer o de Rubens. O, pensó Sherlock, al recordar los cuadros del vestíbulo de la mansión Holmes, los de Vernet. No dejaba de pensar en la idea de una enciclopedia de tatuajes que remitiera a los lugares donde se hicieron y los artistas que los dibujaron. ¿Sería posible algo así?

Al cabo de un rato decidió que estar tumbado en la cama no le iba a llevar a ningún lado. Se levantó y salió afuera.

El sol brillaba con fuerza en la cubierta del *Scotia*. Alrededor de ellos el horizonte era una línea recta. Era como si estuvieran en el centro de un cuenco de porcelana azul al que hubieran dado la vuelta. Nada indicaba que se movieran; incluso las aves marinas parecían encontrarse suspendidas en el aire.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que llevaba un tiempo oyendo sonar un violín sin percatarse. ¿Rufus Stone? Seguramente. Las probabilidades de que hubiera dos violinistas a bordo eran bastante escasas y pensó que estaba empezando a ser capaz de detectar algunos de los elementos del estilo de Stone: las florituras que añadía al final de ciertas notas y el modo en que los dedos de la mano izquierda luchaban a veces con complicados arpeggios.

Fue a buscar al hombre y lo encontró en su sitio habitual cerca de la proa del barco. Aquella vez no había una multitud alrededor de él. Tal vez ya se hubieran aburrido.

—Estaba empezando a preguntarme si habías decidido dejar las clases como quien tira un pañuelo usado —gritó Stone sin dejar de tocar.

—He tenido... una tarde ocupada —respondió Sherlock—. Pero ya estoy aquí.

—Entonces vamos a empezar. —Rufus dejó de tocar y bajó el violín—. ¿Alguna pregunta antes de que veamos cuánto recuerdas de la postura que te he enseñado esta mañana?

Sherlock se quedó un momento pensando.

—¿Cuál es tu pieza musical favorita? —preguntó—. ¿Es la obra de Bruch que estabas tocando antes?

Rufus se puso a pensar.

—No —dijo por fin—. Tengo una secreta debilidad por la obra de Henryk Wieniawski. Ha compuesto varios conciertos para violín, de los cuales mi preferido es el segundo, en re menor. Y luego está la infame sonata para violín en sol menor de Giuseppe Tartini. Es una prueba fehaciente del talento de un violinista.

—¿Infame? —preguntó Sherlock.

—Es conocida como «El trino del Diablo». Tartini aseguró haber soñado con el Diablo tocando el violín. Cuando se despertó, intentó escribir la pieza musical que este estaba tocando en el sueño, y eso fue lo máximo que se pudo acercar. Es tan terriblemente difícil que algunos críticos han insinuado que Tartini tuvo que haberle vendido su alma al Diablo a cambio del talento para tocarla.

—Eso es una estupidez.

—Ya. Pero da lugar a una buena historia y ayuda a que aumente la audiencia si cree que la música que vas a tocar tiene algo espeluznante o extraño. —Le tendió el violín a Sherlock—. Ahora vamos a ver cuánto se te ha quedado.

Durante el resto de la tarde, Sherlock sujetó el violín bajo la atenta mirada de Rufus Stone e intentó, una a una, diferentes formas de usar el arco para sacar notas del instrumento sin preocuparse mucho de cuáles fueran. En ese momento era la técnica que Rufus quería que dominase. Comenzó frotando la cuerda con unos gestos fluidos largos y suaves —*détaché*, lo había llamado Rufus— mientras sujetaba el cuello del instrumento con la mano izquierda en lugar de mantener apretada ninguna cuerda. Aquello le llevó horas hasta que Rufus quedó satisfecho, primero en una cuerda y luego en las otras, procurando con todas sus fuerzas conseguir que la nota fuera constante independientemente de lo que durara.

Y así fue como transcurrió el resto del viaje. Tras el desayuno, Sherlock y Rufus se reunían dos horas en la cubierta y después iban a comer al salón. Ensayaban otras dos horas y luego Sherlock volvía a su camarote para descansar y leer un poco más de *La República* de Platón. Pasaba dos horas más con Rufus Stone y se iban a cenar. Al terminar, Sherlock solía pasar un rato con Amyus Crowe en la biblioteca antes de ir a dormir, aunque la mayor parte del día Crowe se lo dedicaba a Virginia y tenía poco tiempo para continuar con la educación de Sherlock. Poco tiempo y escaso de material o ejemplos que utilizar. Sherlock ya había notado que el método de enseñanza preferido de Amyus Crowe era coger algo que hubiera visto o encontrado por ahí y usarlo como base para una lección. En medio del océano, sin tierra a la vista, había muy pocas oportunidades de que hiciera ninguna de las dos cosas.

Sherlock apenas vio a Virginia durante el viaje. Ella solía quedarse en su camarote. Se negaba a salir a la cubierta y no quería hablar con nadie. La vio una vez o dos, con la piel tan pálida y translúcida en contraste con el rojo de su pelo que le preocupaba que no lograra sobrevivir al viaje, pero su padre le dijo que se pondría bien. Simplemente estaba reviviendo el viaje de ida de Nueva York a Liverpool en el que su madre había muerto.

—Una alteración mental —dijo Crowe una noche en la biblioteca—, agravada por la monotonía del trayecto y el hecho de que echa terriblemente de menos a Sandía. Ginnie es una chica a la que le gusta estar al aire libre, como ya te habrás dado cuenta. Odia estar encerrada en un sitio. En cuanto desembarquemos, volverá a ser como antes.

El tiempo fue sorprendentemente estable durante todo el viaje. Salvo un día de cielos oscuros y chubascos aislados en el que Rufus Stone y Sherlock tuvieron que refugiarse en el camarote de Sherlock para ensayar, el cielo era azul y el mar estaba en calma. O al menos, comparadas con el tamaño del casco, las olas eran lo bastante pequeñas como para que el *Scotia* pudiera abrirse camino a la fuerza entre ellas.

Una vez, el cuarto día, hubo cierto alboroto cuando el capitán anunció que habían avistado otro barco. Los pasajeros se turnaron para mirar por un telescopio el punto distante en el horizonte. Amyus Crowe utilizó aquello como base para una lección y le pidió a Sherlock que calculara la probabilidad de que dos barcos estuvieran dentro del campo visual del otro, dada la inmensidad del océano y el número relativamente pequeño de barcos, pero Sherlock ya se había dado cuenta de que, aunque el océano Atlántico era grande y la distancia entre Southampton y Nueva York muy larga, la mayoría de los barcos solían atravesarlo por el mismo camino, y había decenas, o incluso cientos de barcos a flote en cualquier momento. Sabiendo eso, las probabilidades eran de hecho bastante altas.

Al caer la noche, tanto Sherlock como Amyus observaron un intercambio de luces intermitentes entre los barcos. Sherlock vio cómo la tripulación del *Scotia* enviaba su mensaje usando un farol con una ventanita en la parte delantera que podía abrirse y cerrarse. En cierto modo le preocupaba que los conspiradores de ambos barcos se estuvieran enviando mensajes secretos entre sí que les pudieran afectar a él, Amyus y Virginia Crowe, pero eso significaría que la mayoría de la tripulación formaría parte del complot, y eso no era muy probable. Además, no habían vuelto a intentar registrar su camarote ni a hacerles nada a ninguno de los tres, ni antes ni después de que se avistara el otro barco. Parecía como si Grivens fuera la única persona del *Scotia* que había sido contratada por los conspiradores.

La desaparición del camarero causó una ligera consternación entre la tripulación, pero preocupó menos a los pasajeros. El capitán no intentó dar la vuelta y buscarlo en caso de que se hubiera caído por la borda. Sherlock solo pudo suponer que los jirones de la ropa de Grivens habían sido encontrados entre la maquinaria del cuarto de máquinas y que el capitán había deducido que se había caído dentro del motor cuando estaba borracho.

Con el tiempo, Sherlock aprendió los principales estilos de la técnica del arco —*legato*, *collé*, *martelé*, *staccato*, *spiccato* y *sautillé*— y empezó a usar los dedos de la mano izquierda para apretar las cuatro cuerdas de diversas maneras y formar notas y acordes. Todavía no había tocado nada más musical que largos tonos sostenidos. Rufus Stone estaba obsesionado por desarrollar la técnica y la capacidad antes de permitir que un alumno se dejara llevar por la música, pero Sherlock entendía su método. Era lógico. Tenía sentido.

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos? —le preguntó un día Sherlock, hacia el final del

viaje, durante el descanso de una lección.

—Lo que va a pasar es que yo me perderé en un mundo nuevo y resplandeciente de oportunidades y procuraré establecerme como profesor de música primero, y luego, si tengo suerte, encontraré alguna orquesta aceptable que me pague por tocar. Tú, por tu parte, te reunirás con el estimable señor Crowe y su misteriosa hija y haréis lo que sea que hayáis ido a hacer a Nueva York.

El quinto día del viaje, durante un descanso de su casi incesante ensayo de violín, Sherlock pasó un rato en la proa del barco, apoyado en la barandilla y mirando fijamente la distante línea azul del horizonte que tenía ante él.

No estaba solo. Había algunos pasajeros más en la proa del barco que observaban el viento, las olas y las nubes. Hasta puede que estuvieran a la espera de avistar tierra, aunque era demasiado pronto para eso. Quizá las historias del capitán sobre grandes tormentas y monstruosas criaturas marinas habían disparado su imaginación y estaban atentos para ver si veían algo fuera de lo común. Pero en lo que respectaba a Sherlock, era más probable que vieran un iceberg a la deriva.

Le llamó la atención un hombre que se había envuelto en un abrigo para resguardarse del viento. Tenía una barba negra recortada que se rizaba en los bordes y un bigote engominado levantado en las puntas. En lugar de mirar fijamente hacia el océano que había ante él, le había dado la espalda y estaba garabateando frases en un cuaderno con un lápiz.

De hecho, mientras lo observaba, Sherlock se dio cuenta de que el hombre no estaba garabateando frases sino haciendo un boceto de algo. Cambió de postura para tratar de ver lo que estaba dibujando, pero lo único que vio en la hoja del cuaderno fue un objeto cilíndrico con los extremos puntiagudos, una especie de puro grueso. Parecía estar dividido en distintas partes por unas paredes internas o barreras.

—Te interesa mi dibujo, ¿verdad? —dijo el hombre, levantando la vista. Tenía un acento muy fuerte. Alemán, pensó.

—Lo siento —dijo Sherlock, ruborizado—. Solo me estaba preguntando por qué no miraba usted hacia delante como todos los demás.

—Sí que estoy mirando hacia delante —contestó el hombre—. Muy hacia delante, a una época en la que los viajes como el nuestro no se harán en barco, que está expuesto a tormentas y olas, sino en globo.

—¿Globo? —repitió Sherlock. Hizo un gesto con la cabeza hacia el boceto del cuaderno—. ¿Es eso lo que ha dibujado ahí?

El hombre miró fijamente a Sherlock para comprobar si podía fiarse de él.

—Creo que es poco probable que seas un industrial o un espía militar —dijo—. Demasiado joven. Y puedo ver en tu cara que tienes una mentalidad abierta y un intelecto agudo, algo que no suele ser muy habitual en los espías. —Se rio, aunque fue más un resoplido que una risa—. Me han... criticado... en mi propio país por mis ideas. Espero que en Norteamérica las cosas sean diferentes.

—Soy Sherlock Holmes. —Sherlock le tendió la mano derecha—. Encantado de conocerle.

—Y yo soy Ferdinand Adolf Heinrich August Graf von Zeppelin —dijo el hombre, que se inclinó con rigidez y le tendió la mano para estrecharla con la suya—. En tu país me conocen como el conde Zeppelin. Tú puedes llamarme simplemente «conde». —Le dio la vuelta a su cuaderno para que Sherlock lo viera—. Ahora dime, ¿puedes concebir un globo gigante hecho de seda barnizada y reforzado por una especie de aros, un dirigible rígido, por así decirlo, lleno de un gas más ligero que el aire que atravesase el océano volando a una altura tal que debajo del globo veas nubes y no olas?

—¿Qué gas utilizaría? —preguntó Sherlock.

El conde asintió con la cabeza.

—Una pregunta excelente. Los franceses han estado usando aire caliente para globos más pequeños, aunque no creo que funcione con otros más grandes, y el ejército norteamericano ha obtenido buenos resultados con gas de coque, que se obtiene del carbón quemado. Yo sería partidario del hidrógeno, si se pudiera purificar lo suficiente.

—¿Y cómo lo movería? —Sherlock estaba fascinado por las extrañas ideas de aquel hombre—. Los globos saldrían volando sin más, ¿no?

—Este barco en el que nos encontramos no solo flota. Se mueve. Tiene motores. Tiene remos. Si los remos pueden mover un barco por el agua también pueden mover un globo por el aire.

Sherlock lo miró desconfiado.

—¿Está seguro de que funcionaría?

Von Zeppelin sonrió fríamente.

—He llevado a cabo un estudio exhaustivo de vuelos más ligeros que el aire. Hace cuatro años estuve en Estados Unidos como observador para el Ejército del Potomac del Norte en su guerra contra los Estados Confederados. Mientras estaba allí subí por primera vez en un globo de reconocimiento. También conocí al profesor Thaddeus Lowe, que probablemente sea el mayor experto mundial en vuelos más ligeros que el aire. —La cara un tanto rígida de Von Zeppelin parecía iluminarse cuando hablaba de globos. Sherlock no tenía ninguna duda de que el tema le entusiasmaba—. El profesor Lowe había construido anteriormente un globo destinado a vuelos transatlánticos, igual que este barco, al que llamó el *Great Western*. Tenía treinta y un metros de diámetro y podía levantar doce toneladas. Lo utilizó antes de la guerra para realizar con éxito un vuelo de Filadelfia a Nueva Jersey, pero aquel primer intento de cruzar el Atlántico fue interrumpido cuando el viento lo desgarró completamente. —Se encogió de hombros—. El comienzo de la guerra hizo que el profesor Lowe pusiera fin a sus planes. Fundó el Cuerpo de Globos del Ejército de la Unión a petición expresa del presidente Lincoln. Las guerras son algo extraño. Por un lado apartan a los intelectuales de su búsqueda de progreso, pero por otro aceleran la necesidad de progreso. Sin la guerra de Secesión, ¿se habría interesado el presidente por las posibilidades de los globos?

—¡Sherlock! —gritó una voz femenina, de mujer joven. Era Virginia. Sherlock se giró y la vio a lo lejos, al abrigo del bote salvavidas. Seguía estando pálida, pero al menos sonreía.

—Disculpe —le dijo al conde—. Tengo que irme.

El conde volvió a inclinarse con rigidez.

—Desde luego. Las damas tienen prioridad sobre todo lo demás.

—¿Está casado? —preguntó Sherlock.

—Estoy prometido —respondió Von Zeppelin. La cara seria se le iluminó al sonreír—. Se llama Isabella Freiin von Wolff, de la casa de Alt-Schwanenburg, y es la mujer más hermosa del mundo. —Le lanzó una mirada a Virginia, y luego volvió a mirar a Sherlock—. Aunque creo que a ti no te lo parecería.

Sherlock le sonrió. Le caía bastante bien el conde alemán.

—Hasta pronto —dijo.

—Es un barco pequeño —respondió el conde—, y no somos tantos a bordo. Estamos destinados a volver a encontrarnos.

Sherlock le dejó atrás y fue andando hacia Virginia.

—Me temía que fueras a pasar el viaje entero en tu camarote —dijo nervioso.

—Yo también —contestó ella—. Odio estar encerrada en una habitación pequeña, pero tampoco es que tuviera mucha elección. —Se ruborizó y de pronto sus pálidas mejillas se llenaron de color y apartó la vista—. Supongo... Supongo que mi padre te ha contado que este viaje me recuerda demasiado al último que hicimos juntos, cuando murió mi madre.

—Sí, me lo ha contado —le confirmó Sherlock.

—Y para colmo me mareo. No podrás creer que alguien que monta a caballo se pueda marear, pero yo he echado hasta la primera papilla.

Él no pudo evitar sonreír. Esa sinceridad total era una de las cosas que más le gustaba de Virginia. Ninguna chica inglesa habría soñado con hablar de esa forma de asuntos relacionados con el estómago.

—¿Cómo te encuentras ahora? —preguntó.

—La señora con la que comparto el camarote me ha hecho una infusión. Es el primer día que consigo no vomitar, pero creo que me está viniendo bien.

—Siento lo de tu madre —dijo algo incómodo—. Y siento si este viaje te recuerda a ella. Creo que desde que estás en Inglaterra no dejas de acordarte de ella.

—Ya. —Hizo una pausa—. No sé si estaba enferma cuando embarcó, o si contrajo algo a bordo, pero estuvo vomitando a lo bestia una semana entera. Cada día estaba más flaca y más pálida, hasta que desapareció sin más. —Una lágrima empezó a resbalarle lentamente por la mejilla—. La enterraron en el mar. El capitán dijo que no podía guardar el cuerpo a bordo durante el resto del viaje, así que la envolvieron en un trozo de lona, dijeron unas palabras bonitas y luego la tiraron por la borda. Eso es lo peor. Ni siquiera tengo una tumba que pueda visitar —dijo, y señaló el océano con la palma de la mano—. Solo esto.

Sherlock se quedó un momento en silencio y luego dijo:

—Mi madre está enferma. —No sabía que iba a decir eso; las palabras simplemente le salieron de la boca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Virginia.

—Nadie habla de ello. —Permaneció un momento en silencio—. Creo que es tisis.

—¿Tisis?

–Tuberculosis. Está pálida y flaca y se cansa todo el tiempo. Y a veces veo sangre en su pañuelo cuando tose, pero sé que mi hermano y mi padre tratan de evitar que lo vea. –Ahora que había empezado a hablar, le resultaba imposible parar–. Así que entré en la biblioteca de mi padre y busqué en todos los libros que pude hasta que encontré esos síntomas. Tiene tuberculosis y se va a morir. No hay cura. Es una enfermedad que hace que la gente se vaya consumiendo poco a poco.

Virginia se acercó, apoyó un instante la cabeza en el hombro de Sherlock y luego se apartó.

–Al menos mi madre murió rápido –dijo, mirándolo fijamente–. No lo había pensado antes, pero supongo que fue mejor así. Verla desaparecer durante semanas, meses, años... debe de ser terrible.

Sherlock apartó la vista para que no viera el brillo de las lágrimas que le escocían en los ojos.

–¿De verdad lo vamos a encontrar? –susurró.

–¿Encontrar a quién?

–A Matty.

Sherlock sintió que se quedaba sin aliento. Se había estado haciendo la misma pregunta y todavía no había conseguido responderla.

–Lo encontraremos –dijo–. Y estará bien. Los hombres que lo secuestraron tienen todas las razones del mundo para mantenerlo con vida.

–Esa no es una respuesta sincera, y tú lo sabes –dijo ella en voz baja.

–¿Has visto el barco? –preguntó él, cambiando a propósito de tema.

–No mucho. He estado dormida la mayor parte del tiempo.

–Entonces deja que te lo enseñe.

La acompañó por la cubierta, mostrándole todo desde la proa hasta la popa, incluido el corral donde guardaban a los animales, un tanto mermado tras cinco días de viaje. En la proa del barco, ella le puso la mano en el brazo.

–Mi padre me dijo que te metiste en una pelea. ¿Estás bien?

–Siempre me estoy metiendo en peleas –respondió él.

–Deberías aprender a pelear mejor.

–Oye, ¡hasta ahora me he apañado! He sobrevivido.

–¿Qué pasó? ¡Cuéntame!

Así que él le contó todo lo que había ocurrido con Grivens, el camarero, y a diferencia de la vez en que le había relatado la historia a Amyus Crowe, se emocionó y tuvo que parar un par de veces para controlar sus sentimientos. Por alguna razón, contarle la historia a Virginia hacía que fuera más real. Ya no era una mera recopilación de hechos.

Cuando acabó, ella le apretó el brazo.

–¿Te encuentras bien?

–Supongo que me recuperaré.

–Asusta, ¿no?

Él la miró perplejo.

–¿Qué?

—Ser responsable de la muerte de un ser humano. Y saber que podrías haber sido tú. Él se encogió de hombros, incómodo.

—Supongo que sí. Es que... no sé cómo reaccionar ante esto. No sé lo que es apropiado.

—Recuerdo que cuando vivíamos en Albuquerque y mi padre volvía de sus viajes, solo quería desplomarse en una silla y beber whisky —dijo ella—. Intentábamos hablar con él, pero no respondía. Yo entonces no sabía lo que hacía ni adónde había ido. Averigüé después que había estado siguiéndole la pista a algún asesino, o a un traidor, y que a veces no terminaba bien. —Paró de hablar un momento—. Supongo que lo que estoy intentando decir es que cuando empieza a no importar, cuando descubres que no reaccionas, entonces es cuando tienes que preocuparte, porque ese es el punto en que ya no eres del todo humano.

Se puso de puntillas y lo besó levemente en la mejilla: un toque de calor bajo el aire frío.

—Voy a echarme un rato. Seguramente te vea en la cena.

Y se marchó. Él todavía sentía el rastro cálido que le habían dejado sus labios en la mejilla.

Los últimos tres días del viaje estuvieron cargados de ilusión y de una extraña fiebre por las apuestas que se extendió entre los pasajeros cuando empezaron a apostar por todo, desde el día, la hora y el minuto exacto en que verían tierra firme hasta el nombre de pila del piloto que subiría a bordo para guiarles por el puerto de Nueva York. Sherlock se mantuvo alejado de todo aquello y se metió de lleno con igual febrilidad en sus clases de violín con Rufus Stone. Ensayó la forma de las notas y acordes con la mano izquierda hasta que le salieron ampollas en las yemas de los dedos. El último día Stone le permitió por fin combinar lo que había aprendido sobre la postura, sobre el empleo del arco y sobre cómo su mano izquierda debía agarrar el cuello del violín, y acabó tocando de verdad.

Era uno de los logros que le hacían sentirse más orgulloso.

—Tienes que comprarte un violín —le dijo Rufus—. Uno bueno, no uno que esté hecho de boj y pegado con pegamento animal. —Miró a Sherlock con el ceño fruncido—. Tienes cierto talento innato, amigo, y los dedos tan largos, delgados y flexibles como una escobilla limpiapipas. Podrías llegar lejos. No digo que fueras a ser un gran violinista de concierto. Para eso tendría que haber empezado a enseñarte a los cinco años, pero creo que si sigues ensayando te podrías ganar la vida en una orquesta, sin duda.

Un alboroto entre los pasajeros en la parte delantera del barco les interrumpió. ¡Habían avistado tierra!

Sherlock corrió a mirar. El viaje había sido tan largo que casi se había olvidado cómo era caminar sobre una superficie que no se moviera bajo sus pies.

América era una masa oscura en el horizonte que, en el transcurso de varias horas, se transformó en una línea rocosa de montañas y acantilados cubierta de árboles. Curiosamente, no parecía muy diferente del paisaje del sur de Inglaterra, pero había algo en el aire, un olor indefinible, que indicaba que efectivamente estaban en otro lugar.

Desde ahí el barco viró y se dirigió hacia Nueva York con la costa a estribor. Pese a que aún quedaban varias horas antes de alcanzar el puerto, algunos pasajeros se fueron corriendo a hacer las maletas.

La última comida antes de llegar fue un banquete, con platos especiales y una tarta de celebración, además de varias cajas de champán. Sherlock comió con moderación y se fue lo antes que pudo para dormir un poco antes de llegar. Tenía la sensación de que iba a necesitarlo.

Y por fin llegaron al puerto de Nueva York. Pese a que su intención era otra, Sherlock se quedó en la cubierta con todos los demás, viendo cómo pasaban deslizándose las diversas islas. El barco maniobró despacio, cautelosamente, bajo el control del piloto: el experto marino local que había subido a bordo desde un barco más pequeño que atracó cerca de él.

—Es una zona complicada —dijo Amyus Crowe desde detrás de Sherlock—. Uno de los puertos más intrincados del mundo. Aquí confluyen tres masas de agua distintas: el océano Atlántico, el río Hudson y el canal de Long Island. Súmalas a unas cincuenta islas en los alrededores, unos treinta ríos, arroyos y riachuelos aparte del Hudson que desembocan aquí, y tendrás un sistema muy complicado de mareas y corrientes.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Sherlock.

—Lo primero es contactar con las autoridades. Vamos a necesitar ayuda con todo este asunto, y es mi deber decirles que he vuelto. En esta ciudad hay hombres que me deben favores, y tengo intención de cobrarlos. Para empezar, averiguar si alguien recuerda haber visto al joven Matty y a sus secuestradores. Tu hermano ya debe de haberles telegrafiado para avisarles de que venimos, así que espero que nos reciban en la dársena. Luego nos enteraremos de cuándo atracó el *Great Eastern*, si es que lo ha hecho. Y si no, lo esperaremos. Si ya está aquí rastrearemos adónde fueron tres hombres, uno de ellos enfermo mental, y un chico joven. Podemos encontrarlos, estoy seguro. —Había cierta dureza en su voz, y cuando Sherlock levantó la vista fue como si la cara de Crowe estuviera esculpida en piedra—. Y cuando los encontremos, desearán no haber nacido nunca.

Capítulo 11

El desembarco en Nueva York fue un caos. Todo el mundo intentaba bajar a la vez por la rampa con su equipaje a cuestas. De pronto el número de pasajeros parecía haberse duplicado, con todos los de la tercera clase apareciendo en la cubierta y cerrando los ojos cegados por el sol. Pero al final todos acabaron en un gran edificio con aspecto de almacén, donde se pusieron en fila y les fueron llamando para que avanzaran hacia una hilera de mesas donde agentes de inmigración uniformados y con caras serias y ariscas revisaban sus documentos. Sherlock pudo distinguir cientos de voces hablando en cientos de acentos diferentes y alusiones a destinos finales como Chicago, Pensilvania, Boston, Virginia y Baltimore.

Sherlock vio a Rufus Stone en una fila diferente. El violinista tenía el estuche colgado del hombro. Aparte de eso parecía contar con poquísimas pertenencias. Cuando se dio la vuelta, vio a Sherlock y le guiñó un ojo. Sherlock le sonrió.

El alemán, el conde Ferdinand von Zeppelin, también estaba en otra fila. La espalda rígida y el ceño fruncido indicaban que no estaba acostumbrado a esperar ni a mezclarse con gente de una clase social tan diferente. En ningún momento miró a su alrededor. En lugar de eso se quedó mirando al vacío, como si deseara estar en cualquier sitio salvo en ese.

El buque había atracado al lado de muchos otros barcos pertenecientes a diferentes compañías navieras, todos ellos colocados a lo largo de la amplia zona portuaria. La mayoría tenían el casco de madera o de hierro y dos enormes ruedas de paletas a los lados, pero Sherlock vio algunos barcos más pequeños de madera que todavía usaban velas y otros más modernos de hierro que tenían una serie de paletas metálicas en un eje en la parte de atrás.

Hacía un calor agobiante. A Sherlock le recordaba al cuarto de máquinas del *Scotia*, pero con un olor a aguas residuales añadido. Trató de respirar lo menos posible y se puso con Virginia detrás de Amyus Crowe mientras el corpulento americano lidiaba con un agente de inmigración especialmente hosco. Al terminar salieron a respirar el aire puro de Estados Unidos.

¡Estados Unidos! ¡Estaba en otro país! Entusiasmado, Sherlock miró a su alrededor, intentando encontrar todas las diferencias entre Inglaterra y Estados Unidos. El cielo era del mismo azul, desde luego, y la gente era idéntica a la que había dejado atrás, pero había algo distinto que no alcanzaba a describir. Puede que fuera el corte de la ropa, o el estilo arquitectónico de los edificios, o algo que ni siquiera percibía, pero Estados Unidos era diferente de Inglaterra.

Crowe consiguió pedir un carruaje –uno de los cientos que hacían cola para los pasajeros que estaban desembarcando– y salieron por las calles de tierra asombrosamente anchas de Nueva York. La mayoría de los edificios eran de madera o de una piedra marrón que debían de extraer por la zona. Los edificios de madera normalmente eran solo de una o dos plantas, pero los de ladrillo podían ser de cuatro o cinco plantas, y muchas de ellas tenían un sótano al que se accedía por unos escalones. Un gran número de los edificios más cercanos al puerto eran hoteles, pensiones,

restaurantes o bares, pero a medida que el coche se adentraba en la ciudad, Sherlock veía cada vez más tiendas y oficinas, así como grandes bloques de pisos donde cientos de personas vivían juntas aunque en grupos de habitaciones separadas. Era algo que no se veía en Inglaterra muy a menudo, excepto tal vez en los peligrosos suburbios de Londres.

Y había niños en cada esquina vendiendo periódicos: cuatro o seis páginas escritas en letra pequeña que agitaban sobre su cabeza mientras gritaban los titulares más jugosos: cadáveres encontrados con las manos amputadas, robos perpetrados a punta de pistola, políticos que habían aceptado sobornos... Toda la humanidad parecía estar ahí, bueno, al menos la parte más sórdida de ella, y daba la impresión de que cada niño vendía un periódico diferente: el *Sun*, el *Chronicle*, el *Eagle*, el *Star*... un desfile interminable de nombres.

El coche se detuvo a la entrada de un hotel que tenía aspecto de ser considerablemente más salubre que los que estaban más cerca del puerto. Sherlock pensó que debía de haber una especie de criba entre los pasajeros: los de tercera clase acabarían en pensiones sucias y sombrías cerca del agua, mientras que los que tuvieran más dinero podrían irse cada vez más lejos, a zonas mejores y más limpias, aunque también más caras.

—Este es el hotel Jellabee —dijo Crowe mientras ayudaba a Virginia a bajar a la acera—. Me he hospedado aquí antes. Es un sitio decente, o al menos lo era. La Agencia Pinkerton lo usa a menudo. Están justo a la vuelta de la esquina. Vamos a entrar y ver si hay alguna habitación disponible, y luego iremos a cenar a Niblo's Garden. El mejor sitio de la ciudad.

Mientras Crowe se dirigía a la recepción para reservar habitaciones, Sherlock echó un vistazo a su alrededor. Dentro del hotel hacía más calor que fuera si cabe. Pero el sitio estaba bastante bien cuidado, tenía alfombras decentes en el suelo y la gente del vestíbulo iba bien vestida. La mayoría hablaba con un acento parecido al de Amyus y Virginia Crowe y al de los hombres a los que habían seguido hasta el país, pero Sherlock percibió un pequeño surtido de otras lenguas —francés, alemán, ruso— y algunas más que no reconocía.

Crowe volvió despacio y sonriente.

—He conseguido una *suite* —dijo—. Con una sala de estar y tres habitaciones. Cuando encontremos a Matty, tendrá que compartir cuarto contigo, Sherlock.

—Claro. —Sherlock se animó al oír a Crowe decir «cuando» en lugar de «si» encontraban a Matty.

Subieron por las escaleras a la tercera planta, donde estaba la *suite*. Sherlock se dio cuenta extrañado de que en realidad estaba en la segunda planta.

—Ah —murmuró Crowe—. Buena apreciación. Esa es una de las diferencias entre Inglaterra y Estados Unidos. En Inglaterra tenéis planta baja, primera planta, segunda planta y así sucesivamente. Aquí la planta baja se llama primera planta, o sea que solo tenemos una primera planta, una segunda y así sucesivamente. No tenemos planta baja.

—¿Qué más necesito saber? —preguntó Sherlock.

—Lo que vosotros llamáis *acera*, nosotros lo llamamos *pavimento*. Aparte de eso, es prácticamente igual. Bueno, el dinero es diferente. Nosotros tenemos dólares, monedas de diez centavos y de un centavo, no libras, chelines y peniques. Luego os daré algo de dinero, pero no vayáis enseñándolo por ahí.

Las habitaciones estaban bien. La sala de estar tenía dos sofás y varias sillas muy cómodas, aparte de un escritorio y una ventana con vistas a la calle. El cuarto de Sherlock era más pequeño, pero la cama era mucho más blanda que la que había dejado atrás en la mansión Holmes. El hotel no era nada exclusivo, pero no cabía duda de que atendía a huéspedes con dinero y expectativas.

—¿Puedo salir a dar un paseo? —le preguntó a Amyus Crowe.

Este se lo pensó un momento.

—Eres un chico inteligente. ¿Crees que podrás encontrar el camino de vuelta?

—Estoy seguro de que sí.

—La ciudad está distribuida en cuadrículas que son bastante lógicas de seguir. —Fue hacia el escritorio y cogió una hoja de papel con membrete—. Si te pierdes, pregunta por el hotel Jellabee. Aquí está la dirección. No participes en ningún juego de cartas callejero, no enseñes el dinero por ahí y no te metas en líos. Si te encuentras en un lugar llamado Five Points, sal lo más rápido que puedas. Sabrás que estás allí por el olor; el sitio está lleno de destilerías de trementina, fábricas de pegamento y mataderos. Si cumples esas reglas no te pasará nada. —Hurgó en su bolsillo y le dio un puñado de billetes y monedas—. Con eso podrás comprarte algo de comer si te entra hambre, o pagar un coche para volver.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a averiguar cuándo atracó el *Great Eastern*. Y si aún no lo ha hecho, me enteraré de cuándo se espera que llegue.

Sherlock se dio la vuelta para ver si Virginia quería ir con él, pero ella ya se había retirado a su habitación.

Crowe negó con la cabeza.

—Déjala —dijo—. Aquí hay demasiadas cosas que le traen recuerdos. Deja que lo asimile ella misma.

Fuera, bajo la luz del sol, el olor a aguas residuales y verduras podridas era mucho más intenso. Sherlock deambuló por la acera —el pavimento, se recordó a sí mismo— empapándose de lo que veía y de los sonidos de aquella nueva ciudad en una nueva tierra.

Pasó por tiendas con letreros en la puerta que ofrecían «artículos de mercería», que al parecer eran enseres domésticos de diversos tipos, y bares que servían de todo, desde «gumption», que supuso por el olor que era un tipo de sidra, hasta algo llamado «ponche de vino de Oporto». De la calle principal salían algunos callejones; estrechos pasillos entre los edificios en los que le sorprendía ver no solo gatos y perros, sino también jabalíes rebuscando algo de comer entre los montones de basura que había tirada. También había restaurantes en cada esquina que ofrecían comida de varias nacionalidades. A Sherlock le impresionó especialmente la cantidad y la variedad de bares

de ostras, que solían servir cerveza y vino y el misterioso «gumption» así como ostras fritas, cocidas, asadas, a la parrilla o simplemente encima de una capa de hielo. Daba la sensación de ser la comida más típica de Nueva York.

Además de los bares, restaurantes y tiendas, había iglesias de piedra blanca, con escalones blancos que llegaban hasta las puertas principales y torres realmente puntiagudas, y almacenes donde se guardaban todo tipo de mercancías que salían de los barcos o se dirigían hacia ellos. En solo unas cuantas manzanas, Sherlock vio más variedad de la que había visto en varias aldeas y pueblos de Inglaterra juntos.

Y alguien le estaba siguiendo.

Se dio cuenta después de llevar una media hora paseando. El mismo bombín marrón no paraba de aparecer entre la multitud que iba tras él. Lo reconoció porque tenía una peculiar cinta verde alrededor de la copa. Examinó concienzudamente a la muchedumbre para ver si veía otros sombreros como aquel, pero solo había uno y siempre estaba detrás de él.

Intentó entrar en una tienda y echar un vistazo a los diferentes «artículos de mercería» (tablas de lavar, jabón, pinzas y cosas por el estilo) que había expuestos, pero cuando salió, el hombre del bombín marrón se había quedado rezagado en una esquina, leyendo un periódico que obviamente le había comprado a uno de los niños de la calle. Entonces trató de escapar por un callejón invadido de basura para llegar a una calle paralela, pero de alguna forma el hombre del bombín marrón adivinó lo que había hecho y corrió por otro callejón, de manera que cuando Sherlock volvió a mirar detrás de él el hombre seguía ahí. No le pudo ver la cara, pero era un hombre corpulento y caminaba balanceando los hombros, como si acabara de bajar de un barco que hubiera estado moviéndose suavemente bajo sus pies y no estuviera acostumbrado a la sensación de tierra firme.

Los pensamientos le invadían la mente. No sabía si el hombre le había ido a buscar al hotel o simplemente lo había visto en la calle y había empezado a seguirle. En ese caso lo último que quería hacer era llevarlo de vuelta al hotel donde se alojaban Amyus y Virginia Crowe. Tenía que librarse de su perseguidor como fuera. No, pensó de pronto, tenía que invertir la situación; seguir al que le perseguía para ver dónde vivía. Porque era posible que Matty también estuviera retenido allí.

No iba a ser fácil.

Se escondió en otra de las tiendas donde vendían todo tipo de cosas. Aquella parecía tener una amplia selección de chaquetas, gorras y pantalones. Sherlock calculó que su perseguidor se quedaría fuera un rato, eligió cuidadosamente una boina y una chaqueta y sintió un gran alivio al darse cuenta de que la tienda tenía otra salida que daba a una calle lateral. Llevó sus compras al mostrador y el hombre lo miró de arriba abajo y dijo:

—¿Sabes qué? Un chaval como tú debería pensar en comprarse una honda. Acabamos de recibir una nueva tanda. ¿Te interesa?

—¿Una honda? —Por un instante, la palabra dejó perplejo a Sherlock. ¿Era *honda* un término local que debía conocer? Entonces recordó las clases de religión del internado Deepdene. ¿No había usado David una honda para matar a Goliat en el Primer Libro de

Samuel? Era una especie de arma que podías utilizar para tirar piedras apuntando bien y con fuerza.

—Todos los chicos de aquí la llevan —añadió el hombre.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Sherlock.

El precio no aumentaba mucho el importe de la ropa, así que Sherlock accedió. Si tener una honda le ayudaba a integrarse, entonces tanto mejor. Después de ponerse la chaqueta y la boina la examinó mientras el hombre envolvía su propia chaqueta —aquella que el perseguidor reconocería y estaría buscando— en un papel marrón para que se la llevara. La honda era una simple tira de cuero, donde se podía colocar una piedra, con correas de piel a los lados. Una de ellas estaba diseñada para que se atara alrededor de la muñeca y la otra al parecer había que sujetarla, balancear la honda y luego soltarla para que la piedra saliera disparada.

—Vas a necesitar municiones —dijo el hombre mientras le entregaba el paquete con su chaqueta—. Te regalo unas bolas de acero.

Sherlock pagó con el dinero que Amyus Crowe le había dado. Se metió la honda y las bolas de acero en un bolsillo y cogió el paquete de papel marrón atado con una cuerda. Se encajó bien la gorra en la cabeza y abandonó la tienda a paso rápido por la salida lateral, tratando de poner algo de distancia entre él y el hombre del bombín marrón. Cuando vio que se aproximaba a una esquina, aceleró el paso aún más.

Al doblarla, llamó al repartidor de periódicos que estaba más cerca.

—¿Cuánto cuestan todos los periódicos?

El chico no se podía creer la suerte que había tenido.

—Diez centavos cada uno, y me quedan cincuenta, ¿no? Eso hace un total de... —Paró un momento para calcular—. Seis dólares justos.

Sherlock calculó que le quedarían unos cuarenta periódicos, e incluso si eran cincuenta el precio total sería solo de cinco dólares.

—Te doy cinco dólares por todos —dijo.

—¡Hecho! —gritó el chico. Le entregó el montón de periódicos y Sherlock le dio cinco billetes de dólar. Cuando el vendedor salió corriendo y se puso a agitar el dinero delante de sus amigos y a reírse, Sherlock empezó a venderlos.

—¡Lean todo sobre el crimen! —gritó, imitando lo mejor que pudo el acento neoyorquino. Sabía, porque llevaba escuchando a Amyus Crowe y a Virginia durante mucho tiempo, que probablemente estuviera mal pronunciado, pero mientras no fuera un acento inglés no importaba demasiado.

—Terrible asesinato en... —Los pensamientos le invadían la mente—. ¡Five Points! ¡Policía desconcertada! ¡Se esperan más asesinatos!

Los otros repartidores revisaron sus titulares y se preguntaron de dónde habría sacado aquello, pero ya había conseguido que tres clientes le compraran el periódico cuando el hombre del bombín marrón dobló la esquina.

Era Ives, el tipo de la casa de Godalming. El rubio del pelo rapado con la pistola.

Sherlock intentó agacharse. Dejó caer los hombros y se encorvó, como si estuviera cansado y no hubiera comido bien en mucho tiempo. Y funcionó. La mirada de Ives

pasó de largo, ignorándolo de la misma forma que un hombre ignoraría una lámpara de gas o el abrevadero de un caballo. Se detuvo y echó un vistazo a la calle para ver adónde había ido Sherlock. Pero no lo encontró y lo maldijo entre dientes. Se quedó ahí de pie un momento con aire indeciso, a escasos dos metros del chico al que estaba buscando, y luego se dio la vuelta bruscamente y se fue.

Sherlock tiró los periódicos a los pies del vendedor más cercano.

—Toma, véndelos —dijo.

—Ese es el *Sun* —dijo el chico—. Yo solo vendo el *Chronicle*.

—Amplía tu gama de productos —respondió Sherlock, y salió corriendo detrás de Ives.

Ives se marchó a paso ligero, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Parecía desanimado. Tal vez quienquiera que fuese su jefe se iba a enfadar por haber perdido a Sherlock. El hecho de que no se encaminase al hotel Jellabee significaba que probablemente no supiera dónde se alojaban Sherlock y los otros dos.

El sol ya había empezado a bajar y rozaba levemente los tejados de los edificios, proyectando una luz naranja sobre toda la ciudad. Sherlock tuvo que entrecerrar los ojos porque los rayos le molestaban. Era difícil saber adónde había ido mientras seguía a Ives. Debían de haber recorrido cinco manzanas o más cuando este abandonó la calle y se adentró en una pensión.

Indeciso, Sherlock miró a su alrededor. No sabía si aquello era Five Points o no, pero desde luego la zona no resultaba tan atractiva como donde se encontraba el hotel Jellabee, pese a la presencia de una ruinoso iglesia de madera con un campanario torcido al final de la calle. Seguía apestando, pero no estaba seguro de si era el olor a destilerías de trementina y mataderos o solo el típico olor a putrefacción y aguas residuales que parecía cernirse sobre Nueva York como una niebla invisible. Aquel lugar tenía pinta de ser peligroso. La gente que estaba merodeando por las esquinas de las calles ya no eran vendedores de periódicos, sino hombres con camisas rajadas y pantalones sucios que miraban a todo el mundo que pasaba con mala cara. En algún lugar, un hombre tocaba una triste trompeta. El instrumento estaba desafinado, pero como casi todo lo que había a su alrededor también estaba desafinado, no se notaba.

Sherlock necesitaba integrarse aún más que antes. Se metió en un callejón y restregó su boina por el barro. Luego desgarró una de las mangas de la chaqueta para que se viera el forro.

Eso serviría. Ahora sí que daba la sensación de ser de allí.

Se dirigió de nuevo a la calle, cojeando un poco para que sus andares parecieran diferentes, y caminó hacia la pensión. La puerta estaba abierta, y echó una ojeada dentro.

No había un vestíbulo como en el hotel Jellabee. Si entraba en el recibidor solo podría elegir entre varias puertas o las escaleras vacías. Y no era plan de ir llamando a las puertas en busca de Matty. Tenía que pensar en otra cosa.

Echó un vistazo a su alrededor y vio que el edificio de enfrente tenía una escalera de metal atornillada a los ladrillos por fuera, una especie de escalera de incendios, tal vez. Las escaleras conducían de un piso a otro, enganchadas a estrechos balcones de metal. Si

subía, podría ver lo que había detrás de algunas ventanas de la pensión. Si las cortinas estaban abiertas. Y si el cristal estaba lo bastante limpio.

¡Deja de andarte con rodeos!, se dijo. Cruzó la calle, esperó a que no pasara nadie y trepó rápidamente por la escalera de incendios a la primera planta. ¿O era la segunda? No estaba seguro.

Se acurrucó contra la reja metálica del balcón y miró fijamente al otro lado de la calle. Cuatro ventanas y ninguna de ellas con cortinas, lo que era de agradecer. Una habitación con un hombre dentro al que Sherlock no reconocía, caminando de un lado a otro. Otra ventana con una mujer mirando a la calle que parecía que llevara puesto un camisón. Su mirada se cruzó con la de Sherlock y le sonrió con tristeza. Las otras dos habitaciones en ese momento estaban vacías.

Trepó por el siguiente tramo de escalera. El metal chirriaba y se balanceaba tras él. Sherlock se preguntó cuándo habría sido la última vez que lo habrían revisado para ver si era seguro, si es que lo habían hecho alguna vez.

El siguiente balcón daba a otras cuatro habitaciones.

Las dos primeras en las que miró estaban desiertas. La tercera ventana daba a una habitación en la que había cuatro hombres de pie que tenían vasos en la mano y bebían y hablaban. Uno de ellos era Ives y otro Berle, el médico. A los otros dos, Sherlock no los conocía.

Pero lo importante era que Matthew Arnatt estaba con los codos en el alféizar de la ventana y miraba hacia la calle. Su mirada curiosa vagaba de una persona a otra y de una cosa a otra. Tenía pinta de estar ileso; nada de moratones ni rasguños. Y también de que le hubieran dado de comer; o al menos, no estaba delgado ni parecía hambriento. Solo aburrido y triste.

Hasta que vio a su amigo. Entonces se le iluminaron los ojos y en la cara se le dibujó una sonrisa radiante.

A Sherlock el corazón se le salió del pecho al ver que Matty estaba vivo y aparentemente sano. El miedo que había estado reprimiendo durante todo el viaje de pronto estalló y casi se apodera de él. Parpadeó para tratar de contener las lágrimas de alivio.

Luego se llevó el dedo a los labios para hacer callar a Matty. El chico asintió sin parar de sonreír. Sherlock sabía que si los hombres de la habitación veían esa sonrisa sabrían que pasaba algo. Se puso los dedos en las comisuras de los labios y tiró de ellas hacia abajo poniendo una cara triste muy exagerada. Matty lo miró con el ceño fruncido. Sherlock lo intentó de nuevo, inclinando las cejas también de forma triste, y las cejas de Matty subieron de golpe hacia el nacimiento del pelo cuando de pronto lo entendió. Se le borró la sonrisa y la boca volvió a dibujar la misma curva hacia abajo que Sherlock había visto unos momentos antes, pero los ojos le seguían brillando.

—¿Estás bien? —dijo Sherlock moviendo los labios.

Matty asintió ligeramente.

—¿Te están tratando bien? —le preguntó.

Matty frunció el ceño.

—¿Te... están... tratando... bien? —volvió a articular, separando las palabras para que a Matty le resultara más fácil de entender.

Matty volvió a asentir con la cabeza, muy suavemente.

—¡Vamos a rescatarte! —le dijo Sherlock.

Matty abrió la boca y formó las palabras:

—¡Ya lo sé!

Parecía que los hombres que estaban detrás de Matty habían terminado de hablar. Sherlock tenía la sensación de que no quedaba mucho tiempo.

—¿Adónde te llevan? —musitó.

Matty movió los labios, pero Sherlock no entendió lo que decía. Frunció el ceño, tratando de indicar que no sabía lo que le estaba diciendo. Su amigo volvió a intentarlo, pero fueran las que fuesen las palabras que estaba articulando, Sherlock no las comprendió.

La mano de Matty se movió por el marco de la ventana, como si estuviera escribiendo algo. ¿Estaba dejando un mensaje para él, grabado en la suciedad y el polvo? Luego señaló el alféizar al otro lado del cristal, y después al otro lado de la calle, a la vieja iglesia ruinosa que Sherlock había visto antes. Arqueó las cejas, preguntando si le había entendido, pero su amigo negó con la cabeza. Matty volvió a intentarlo, haciendo como que escribía una nota en el marco de la ventana, señalando el alféizar y luego la iglesia. De hecho, señaló la parte de arriba de la iglesia. Luego hizo más gestos: levantó dos dedos, señaló a Sherlock, se señaló a sí mismo y por último levantó tres dedos y se encogió de hombros como si estuviera confundido.

Era una locura. Cualquiera que fuera el mensaje que Matty intentaba transmitir, él no lograba captarlo.

Sherlock estaba a punto de volver a decir que no entendía nada cuando uno de los hombres atravesó la habitación y agarró a Matty del hombro, apartándolo de la ventana. No miró hacia fuera, por lo que Sherlock supuso que había cogido al chico porque quería que fuese con ellos, no porque lo hubiera visto comunicarse con alguien que estuviera en la calle. Sherlock miró para otro lado e intentó pasar desapercibido. Cuando volvió a mirar, la habitación estaba vacía. Los hombres se habían ido, llevándose a Matty con ellos.

Sherlock bajó la escalera a toda prisa y cruzó la calle corriendo hacia la pensión. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero tenía que hacer algo.

Llegó demasiado tarde. Mientras él y Matty intentaban comunicarse, uno de los hombres debía de haber ido a buscar un carruaje mientras el otro bajaba sus equipajes. Cuando cruzó la calle ya se estaban metiendo en el coche. Sherlock vio por última vez la cara asustada de Matty antes de que arrearan a los caballos y se alejaran de allí.

Miró alrededor para ver si veía otro coche, pero en la calle no había nada más que gente.

Sintió que le invadía la desesperación, como una manta oscura que cayera sobre él.

No. No había tiempo para eso. Volvió corriendo hacia el hotel lo más rápido que pudo, desandando el camino que había tomado y que luego había memorizado de manera

inconsciente, sabiendo que tenía el papel con membrete del hotel en el bolsillo por si se perdía. La mente le iba tan deprisa como las piernas mientras intentaba averiguar cuál había sido el último mensaje de Matty. Una pista, evidentemente. Una respuesta a la pregunta que le había hecho Sherlock. Pero ¿qué?

¿Charadas, quizá? ¿Estaba Matty intentando deletrear el nombre del sitio al que iba mediante sílabas? Mientras las tiendas, los hoteles y las esquinas de las calles pasaban a toda velocidad y el aire silbaba en su garganta y le quemaba los pulmones, trató de descifrar las pistas.

Escribir. ¿Lápiz? ¿Pluma? ¿Palabras? ¿Letras?

El alféizar. ¿Se refería al propio alféizar, o a la piedra de la que estaba hecho?

Y la iglesia. Mientras corría por la acera empezando a notar el cansancio y adelantaba a los peatones más lentos, Sherlock intentó recordar lo que había en lo alto de la iglesia. Una aguja, sin lugar a dudas. Y encima de la aguja había...

Una veleta que se movía para mostrar la dirección del viento.

Y de repente todo encajó. Pen-sill-vane³. Había un lugar en Estados Unidos, no muy lejos, llamado Pensilvania. Pensilvania. ¿Era eso lo que Matty había estado intentando decirle?

Pero ¿qué pasaba con el otro mensaje, el de los dos dedos que le señalaban a él y a Sherlock, y la cara de confusión mientras levantaba tres dedos? ¿Qué quería decir eso?

Dos, eso podría significar 'a'⁴. Pensilvania a... ¿dónde? El hotel Jellabee ya estaba a la vista. Los músculos de Sherlock gritaban de dolor, pero por alguna razón siguió corriendo.

Matty, Sherlock y una tercera cosa, algo que faltaba. ¡Virginia! Tenía que ser Virginia. ¡Ese era un lugar aparte de un nombre de chica!

De Pensilvania a Virginia. Sherlock seguía sin encontrarle mucho sentido, pero Amyus Crowe sería capaz de explicarlo.

Atravesó la entrada principal del hotel y subió las escaleras a toda pastilla, prácticamente estampándose contra la puerta de la *suite*. La golpeó con los puños y cuando se abrió, se precipitó dentro. Virginia le miró sorprendida desde arriba.

—¿Dónde está tu padre? —jadeó.

—Aún no ha vuelto. Debe de seguir en la Agencia Pinkerton.

—He visto a Matty. Se lo están llevando. —Le costaba tanto respirar que le suponía un enorme esfuerzo pronunciar las palabras—. Me dio un mensaje: «Pensilvania a Virginia». Creo que estaba intentando decirme adónde lo llevaban, pero no lo entiendo. ¿Van a Pensilvania o a Virginia? ¿O a ambos sitios? Los dos son lugares, ¿verdad?

Virginia negó con la cabeza.

—Es más sencillo. El ferrocarril de Pensilvania opera trenes fuera de su propia estación de Nueva York. Tienen una línea que va a Virginia. Ahí es donde llevan a Matty. Debe ser eso.

—Tenemos que encontrar a tu padre y decírselo.

—No hay tiempo —dijo ella—. Si se dirigen a la estación tenemos que irnos ya para detenerlos e intentar recuperar a Matty. No podemos esperar a papá. Dejaré una nota.

Fue hacia la mesa, abrió un cajón y sacó un fajo de billetes.

—Papá dejó esto aquí para que no se lo robaran en la calle. Bueno, no es que alguien quisiera quitárselo, pero siempre tiene cuidado. En fin, que puede que lo necesitemos.

Garabateó una nota para su padre en una de las hojas con membrete del escritorio y después bajaron corriendo las escaleras y salieron del hotel. Un coche estaba dejando a un cliente en el hotel en ese mismo momento; Virginia se metió rápido y arrastró a Sherlock tras ella. Luego se puso a hablar con el cochero. Sherlock no pudo oír lo que decía, pero al momento el carruaje salió disparado.

—Le he prometido el doble de la tarifa si llegamos a la estación en diez minutos —dijo con una amplia sonrisa.

Sherlock y Virginia se agarraron bien mientras el carruaje traqueteaba por las calles de Nueva York. Las ruedas se quedaron dos veces enganchadas y pegadas en los baches de la carretera, pero enseguida se separaron.

Cuando el coche se detuvo a la entrada de la gigantesca fachada con columnas de la que debía ser la estación de trenes, a Sherlock le dolía todo el cuerpo de las sacudidas del trayecto. Entró corriendo en el edificio mientras Virginia pagaba al conductor.

Ante él había una escena de caos controlado, con gente yendo en todas direcciones a través de un enorme vestíbulo de mármol. En el lado opuesto de este, una serie de arcos conducían a lo que él imaginó que serían los andenes. Unos carteles colgados de ganchos anunciaban los destinos de los trenes y las paradas a lo largo del camino. Hasta llegó a ver cómo quitaban algunos y ponían otros.

Recorrió la fila de arcos fijándose en todos los carteles. Al cabo de un momento se dio cuenta de que Virginia estaba corriendo a su lado.

Chicago, Delaware, Baltimore... Sherlock se quedó de piedra cuando cayó en la cuenta de que Virginia era un estado pero que los destinos de los carteles eran ciudades. En Inglaterra habría sabido que Southampton, por ejemplo, estaba en Hampshire, pero allí, en Estados Unidos, no tenía ni idea de qué ciudades correspondían a cada estado.

—¡Ahí! —gritó Virginia—. Richmond es la capital del estado de Virginia. Vía 29. Línea de Pensilvania.

Pasó por debajo de un arco y Sherlock la siguió. Un jefe de tren con un impresionante uniforme azul y una gorra de visera miró con el ceño fruncido la boina y la chaqueta rota de Sherlock y trató de detener a los jóvenes, pero Virginia pasó corriendo delante de él. El hombre intentó agarrar a Sherlock del brazo, pero este le apartó de un empujón.

Echaron a correr por el andén junto a los vagones de un tren que parecía interminable. La locomotora se dejó de ver al doblar la curva. A diferencia de las estaciones británicas, donde las vías se elevaban al mismo nivel que las puertas a ambos lados de los vagones, ahí la vía era más baja y había escalones que subían hasta cada puerta.

Mientras corrían, Sherlock iba mirando a las ventanas en busca de la cara de Matty, pero fue el rostro quemado y lleno de cicatrices de John Wilkes Booth el que vio primero. Tiró de Virginia para que se detuviera y luego fue hasta el final del vagón.

—No tenemos mucho tiempo —jadeó.

Virginia miró a ambos lados del tren. Aparte de un grupito de gente que estaba

subiendo más adelante, no había nadie que pudiera ayudarles. Incluso el inspector que había intentado agarrarlos un momento antes había desaparecido, posiblemente para ir a buscar a la policía.

—Hay que encontrar un revisor dentro —dijo, y empezó a subir los escalones—. Él puede impedir que salga el tren.

Sherlock no tuvo más remedio que seguirla. No estaba seguro de que ella lo hubiera pensado bien, pero tampoco él tenía ninguna idea mejor.

De repente estaban en el vagón. Había un pasillo en el centro entre los asientos de madera tapizados de tela.

A medio camino, en asientos enfrentados, estaban Ives, Berle, John Wilkes Booth y, a juzgar por la forma de la parte de atrás de la cabeza, Matty. Los hombres estaban hablando acaloradamente y Sherlock se agachó entre dos asientos para que no lo vieran.

Virginia miró a su alrededor para ver si encontraba al revisor. A Sherlock le dio un vuelco el corazón cuando oyó sonar un silbato fuera; una explosión de ruido estridente y agudo.

Lo siguiente que pasó fue que el tren empezó a moverse.

Capítulo 12

El primer instinto de Sherlock fue volver corriendo a la puerta y saltar del tren. Cogió a Virginia del brazo y tiró de ella, pero esta se resistió.

—¡Tenemos que bajar! —siseó—. ¡No tenemos billetes, y estamos dejando tirado a tu padre!

—Le podemos comprar los billetes al revisor del tren —contestó ella—, o decirle que los tiene nuestro padre y que está en otro compartimento. Y le podemos mandar un telegrama a papá cuando paremos y decirle dónde estamos. Lo importante es que no perdamos a los hombres que tienen a Matty, porque entonces los habremos perdido para siempre. Tenemos que seguirles la pista hasta que se instalen en otro hotel, en una casa o donde sea.

—Pero... —empezó a decir él.

—¡Confía en mí! Este es mi país, sé bien cómo funciona. He viajado sola en tren antes. No nos pasará nada.

Sherlock se tranquilizó. Habían acabado en ese tren sin querer, pero ya que estaban ahí debían sacarle el mayor partido posible. Bajar del tren y regresar al hotel haría que todo el esfuerzo que habían hecho hasta ese momento para llegar a Estados Unidos hubiera sido en vano.

—Muy bien —dijo—. Nos quedamos.

—Ya no tenemos elección —indicó Virginia.

Señaló la ventana. Fuera, el andén había desaparecido y el tren aceleraba al atravesar amplias calles de tierra. Sherlock sentía y oía el clac-clac clac-clac cuando las ruedas del vagón pasaban por encima de las juntas de la vía cada noventa metros aproximadamente.

Echó un vistazo por el pasillo a los hombres que retenían a Matty.

—Ya se han acomodado —dijo—. Hay que encontrar un sitio y pensar en lo que haremos después. ¿Los vamos a seguir o vamos a intentar alejar de ellos a Matty?

—Depende de lo que pase —respondió Virginia—. ¿Por qué crees que fueron tan rápido a coger el tren?

—Creo que fue por mi culpa —reconoció Sherlock—. Uno de ellos me vio en la calle pero logré esconderme, así que regresó a su hotel. En ese momento debieron de decidir marcharse. Es cuando Matty consiguió decirme dónde decían que le iban a llevar. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Ahí hay dos asientos libres. Al menos vamos a sentarnos.

Los asientos iban en sentido contrario al resto y estaban lejos del grupo de hombres que tenían prisionero a Matty. Cuando se sentaron, Sherlock miró por la ventanilla. El tren estaba entrando en una curva más adelante y pudo ver la locomotora que tiraba de ellos. Había creído ingenuamente que se parecería a las de Inglaterra que iban de Farnham a Londres pasando por Guildford, pero aquella era diferente. La sencilla forma cilíndrica de la caldera era igual, pero la pequeña chimenea que tenían los trenes británicos había sido sustituida por una cosa enorme con los lados inclinados que sobresalía por delante de la caldera. Y había un objeto extrañísimo pegado a la parte delantera del tren; una rejilla metálica acabada en punta que parecía estar diseñada para

quitar cosas de las vías.

–Búfalos –se limitó a decir Virginia siguiendo la mirada de Sherlock.

–¿Qué?

–Búfalos. Y vacas. Deambulan por las vías y a veces se quedan ahí. El tren tiene que reducir la velocidad y esa cosa los quita de en medio de golpe.

–Ah. –Sherlock se quedó pensando un momento–. ¿Y si se lo decimos al revisor?

–¿Decirle qué?

–Que han secuestrado a Matty.

–¿Y él qué va a hacer? –Virginia negó con la cabeza y todo el pelo cobrizo le cayó por la cara como un remolino–. El revisor suele ser un tipo mayor a punto de jubilarse. No podrá hacer nada.

El tren siguió adelante. Sherlock observó por la ventanilla cómo los edificios y las calles daban paso a campos y zonas arboladas. La brillante luz del sol hacía que la vegetación pareciera tener luz propia.

–¿Cuánto se tarda en llegar? –preguntó Sherlock.

–¿A Richmond? –Lo pensó un momento–. Un día, tal vez. Depende de si paramos en algún lado. Y puede que tengamos que cambiar de tren en algún sitio.

–¿Un día? ¿En serio? –Aquel era un país grande–. ¿Y qué pasa con la comida?

–Puede que haya un vagón restaurante en la parte de atrás. Si no, habrá gente vendiendo comida en las estaciones donde paremos. El tren se detiene lo suficiente para que nos dé tiempo a salir y comer algo. Y es posible que hasta podamos enviarle un telegrama a papá al hotel, o por medio de los Pinkerton, sobre todo si lo escribimos antes y solo tenemos que entregarlo. En casi todas las estaciones hay una oficina de telégrafos.

–Tendremos que tener cuidado de que no nos vean –señaló Sherlock.

–Nos las arreglaremos –dijo ella para tranquilizarle.

Sherlock echó un vistazo detrás de él para comprobar que los hombres no se habían movido. Uno de ellos se dirigía hacia él por el pasillo. Sherlock se dio la vuelta rápidamente, esperando que no le hubiera visto. Era Berle, el médico que se estaba quedando calvo. Pasó de largo y Sherlock le miró la espalda mientras se alejaba por el vagón. Tendría que estar atento para ver cuándo volvía en la otra dirección, porque entonces los tendría de frente y a él sin duda lo reconocería.

Entonces se le ocurrió que la forma más indicada de que su cara pasara desapercibida sería girarse y besar a Virginia cuando Berle volviera. Así, este solo le vería la parte de atrás de la cabeza. Miró a Virginia y abrió la boca, listo para proponerle el plan. Ella le miró con los ojos brillantes y violetas por la luz del sol.

–¿Qué? –preguntó.

–Estaba pensando... –dijo él vacilante.

–¿Pensando qué?

Era algo fácil de decir –«Puede que tenga que besarte para que no nos reconozcan, así que no te sorprendas si lo hago»–, pero por alguna razón no pudo pronunciar las palabras. La cara de ella estaba solo a unos centímetros de la suya, tan cerca que podría contarle las pecas. Tan cerca que se podría inclinar hacia delante y tocar los labios con

los suyos.

—Nada. Da igual.

Ella frunció el ceño.

—No, ¿qué?

—En serio, no es nada. —Apartó la vista y prestó atención por si regresaba Berle. Cuando lo viese, miraría por la ventanilla o algo así. Se dio cuenta de que aún llevaba la boina que había comprado en la mercería. Podría deslizársela encima de los ojos y hacerse el dormido. Eso seguro que funcionaría.

Se puso a mirar por la ventanilla. Los postes telegráficos pasaban intermitentemente, uno tras otro, en paralelo a la vía. Para distraerse, contó los segundos entre los postes —uno, dos, tres, cuatro—, y luego otra vez —uno, dos, tres, cuatro—. Le pareció que estaban colocados a la misma distancia unos de otros. Si supiera cuál era esa distancia podría usar la información del tiempo entre ellos para averiguar a qué velocidad estaba yendo el tren. No es que fuera algo muy interesante, pero al menos le haría pasar el rato.

Un pueblito pasó a toda velocidad, visto y no visto. Lo único que Sherlock atisbó fueron unos edificios bajos de madera, carros de cuatro ruedas y un montón de caballos.

Se estaba adormilando por el traqueteo del tren. Antes había gastado mucha energía al volver corriendo al hotel, y la tensión constante estaba empezando a pasarle factura. Su cuerpo ansiaba descansar.

Debió de quedarse dormido un rato, porque cuando se quiso dar cuenta estaba mirando por la ventanilla a una larga pendiente que descendía hacia el agua brillante de un río. El tren estaba cruzando una rambla por un puente de madera no mucho más ancho que él.

Virginia sintió que se ponía tenso de repente.

—No te preocupes —dijo—, es totalmente seguro. Estos puentes llevan aquí años.

Poco después, el tren empezó a disminuir la velocidad.

—Estamos entrando en una estación —dijo Virginia.

—O hay un búfalo en la vía —respondió Sherlock.

Empezó a pensar en las distintas posibilidades. Llegar a una estación les brindaba una serie de opciones, desde comer algo a intentar rescatar a Matty, pasando por enviarle un telegrama a Amyus Crowe. Si lograban sacarle del tren de alguna forma, podrían o bien esperar en el pueblo hasta que llegara Amyus Crowe o simplemente volver a tomar un tren de vuelta, suponiendo que circulara más de uno al día, o uno a la semana. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de la frecuencia de los horarios en aquel país.

—Tenemos que salir al andén —dijo—. Si se nos presenta la oportunidad, hay que separar a Matty de esos hombres.

El tren redujo aún más la velocidad. Estaban pasando delante de un enorme campo de plantas altas y bulbosas. La única valla que Sherlock vio se extendía desde la vía del tren hasta el horizonte. De pronto, el sonido del silbato de vapor atravesó el aire: un pitido triste como el canto de una criatura fantástica. Pasaron algunos graneros y casas y luego apareció un pueblo entero cuando el tren se detuvo poco a poco y con gran esfuerzo al lado de un andén de madera que estaba casi al nivel del suelo.

—Vamos a bajar —dijo Sherlock mientras la voz lejana del revisor bramaba: «Estamos en Perseverance, Nueva Jersey. Parada de diez minutos, señoras y caballeros; parada de diez minutos. Perseverance».

Sherlock sacó a Virginia de su asiento y tiró de ella hacia la puerta. Alguien que estaba fuera la abrió, y saltaron al andén.

—Compra tú la comida —dijo—. Tienes el dinero. Comprobaré que estos no se bajan aquí.

El andén estaba atestado de gente con ropa polvorienta de tejido vaquero, pana o una especie de algodón estampado que se parecía un poco al tartán escocés que se usaba en verano. Sherlock se abrió paso a empujones y se quedó a la sombra de una pared. Algunas personas se marchaban del tren definitivamente, otras salían solo unos minutos y otras estaban subiendo. El revisor iba dando zancadas de un lado a otro para asegurarse de que todo el mundo sabía adónde tenía que ir.

Ives, el hombre fornido de pelo rubio rapado, salió del tren con Matty. Berle, el médico, seguramente se hubiera quedado cuidando del loco de John Wilkes Booth. Matty estaba pálido, pero daba la sensación de que Ives lo trataba bastante bien. Al menos no le estaba zarandeando ni pegando, aunque le apoyaba la mano en el hombro. Empujó al chico hacia una hilera de edificios de madera poco más grandes que un cobertizo que estaban al lado de la vía. Baños, supuso Sherlock. Lo más probable es que solo fueran agujeros en el suelo, protegidos para respetar la privacidad de la gente.

Ives empujó a Matty dentro de una de las letrinas y cerró la puerta. Se quedó ahí un momento y luego se alejó, haciendo muecas y poniéndose la mano en la cara. Sin duda el olor le estaba espantando.

Sherlock corrió a la parte de atrás de los retretes y los fue contando hasta llegar al que él pensaba que había entrado Matty. La madera de la pared trasera estaba casi podrida por abajo. Ives tenía razón. El olor era nauseabundo.

—¡Matty! —siseó a través de las grietas de la madera.

—¡Sherlock! —gritó la voz de Matty—. ¡Os he visto a ti y a Virginia en el tren!

—¿Ellos nos han visto?

—No. Lo habrían dicho.

—Perfecto. —Sherlock comprobó la madera en la base del retrete—. Ayúdame a hacer un agujero.

Sherlock se puso a tirar y Matty a empujar hasta que rompieron suficientes trozos de madera para hacer un agujero lo bastante grande para que Matty saliera gateando. Sherlock le agarró de la mano y tiró de él. Al cabo de un momento los dos chicos estaban juntos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sherlock sin aliento.

—Ahora mejor. —Matty frunció el ceño—. En el barco estaba asustado, pero me trataron bastante bien y me dieron de comer. Y sabía que vendríais a por mí.

—Salgamos de aquí.

Recorrieron sigilosamente la parte de atrás de los retretes. Sherlock se asomó por un lateral. Ives seguía apartado a un lado, esperando.

–¿Dónde está Virginia? –preguntó Matt.

–Está comprando comida.

–¿Y el señor Crowe?

–Se ha quedado en Nueva York –admitió Sherlock.

–¿Y eso?

Él negó con la cabeza.

–Se han dado un cúmulo de circunstancias a la vez. No era parte del plan.

Ives se alejó, tapándose la nariz. Cuando les dio la espalda, Sherlock agarró a Matty del brazo.

–¡Vamos!

Los dos juntos atravesaron corriendo el campo hasta llegar al sencillo edificio con la fachada revestida de tablillas que albergaba la taquilla y la sala de espera. Sherlock condujo a Matty por un lateral, de tal modo que Ives no le viera si se daba la vuelta. Virginia estaba ahí esperándolos. Le dio a Sherlock dos cucuruchos de papel con algo caliente dentro, luego agarró a Matty y le dio un abrazo enorme.

–¡Me alegro tanto de volver a verte! –dijo.

Matty la apretó con fuerza.

–Yo también –dijo él, sincero.

Sherlock se asomó por la esquina del edificio. La muchedumbre estaba empezando a disminuir. Los que tenían que coger el tren ahí ya habían subido, y los que bajaban en esa parada ya se habían dispersado. Solo faltaban unos cuantos pasajeros que habían salido a estirar las piernas y comprar algo de comida. El revisor estaba junto al tren, mirando de un lado a otro y comprobando su reloj de bolsillo. Delante del todo, donde la locomotora, el maquinista estaba cogiendo agua de un tanque situado sobre unos pilares al lado de la vía.

–Lo único que tenemos que hacer es esperar aquí hasta que se vaya el tren y luego coger el siguiente que vaya a Nueva York –dijo Sherlock.

–No va a ser tan fácil –le advirtió Virginia.

–¿Por qué no?

Ella señaló a los retretes que había detrás.

–¡Mira!

Berle e Ives estaban juntos. Era obvio que Ives le estaba explicando algo, y Berle parecía furioso.

–Se han dado cuenta de que Matty se ha escapado –dijo Sherlock–. Empezarán a buscarlo.

Tenía razón. Berle e Ives se separaron y se fueron en distintas direcciones. Berle volvió a bajar hasta el tren y se puso a mirar por debajo para ver si había alguien en el otro lado, mientras Ives iba hacia ellos con paso airado. No, a decir verdad se dirigía hacia la estación. Entró y miró en la sala de espera.

–¡Rápido! –dijo Sherlock–. ¡Por aquí!

Guio a sus amigos de vuelta al tren.

–¡No podemos volver a subir! –protestó Virginia.

–Tenemos que hacerlo –dijo él–. Ives y Berle van a buscar en toda la estación y en los retretes. Si conseguimos subir al tren y bajar por el otro lado, podremos huir y regresar luego cuando el tren se haya marchado.

Trepó por los escalones que conducían al tren. Virginia y Matty lo siguieron, y él sentía que lo hacían a regañadientes.

Cruzó rápidamente al otro lado del vagón y probó el picaporte de la puerta.

Estaba cerrada con llave.

Lo giró con más fuerza. No hubo resultado.

Virginia estaba en la otra puerta.

–¡Están volviendo! –gritó.

Sherlock echó una ojeada al vagón.

–Podemos llegar a la siguiente puerta –insistió–. ¡Vamos!

Por suerte habían subido a un vagón diferente del de antes. Mientras se abrían paso por el pasillo central entre la gente que estaba levantada revisando su equipaje o simplemente yendo de aquí para allá, no vieron a ninguno de los hombres a los que intentaban evitar.

Al fondo del todo, Sherlock comprobó la puerta que conducía a la otra parte de la estación. No estaba cerrada, pero cuando la abrió y se preparó para saltar, vio que el rubio y robusto Ives se encontraba en ese lado del tren. No vio a Sherlock porque estaba mirando hacia el campo, así que este cerró la puerta rápidamente.

Virginia estaba revisando el lado que daba a la estación.

–El hombre calvo sigue ahí –exclamó–. Está mirando a ambos lados del tren.

El revisor tocó el silbato en el andén. «¡Viajeros al tren!», gritó.

A Sherlock le daba vueltas la cabeza. No había salida.

–Tendremos que intentarlo de nuevo en la próxima estación –dijo firmemente–. Al menos hemos recuperado a Matty.

El revisor volvió a tocar el silbato, y unos segundos después el tren dio una sacudida y empezó a moverse, despacio al principio pero acelerando poco a poco. Virginia miró por la ventanilla.

–El calvo se ha vuelto a subir –dijo.

Sherlock miró por su lado.

–Ives también.

–Así que todo el mundo está otra vez aquí –señaló Matty–. Genial. Y ni siquiera he podido terminar de hacer mis necesidades.

–Por lo menos tenemos comida –indicó Virginia.

–Vamos a buscar unos asientos –dijo Sherlock–. A ser posible lo más lejos que podamos de esos hombres. En la otra punta del tren. –Se giró para dirigirse hacia la parte de atrás del tren, pero el silencio que se formó a su espalda le hizo darse la vuelta.

Berle y otro hombre al que Sherlock no reconoció estaban detrás de Virginia y Matty y les apuntaban con un cuchillo en el cuello. Debían de haber venido del otro vagón desde la parte delantera del tren sin que ellos se dieran cuenta.

Sherlock miró hacia atrás.

Ives iba dando grandes zancadas por el pasillo del vagón al que Sherlock planeaba entrar. No parecía muy contento.

—No seas tonto, niño —dijo Berle—. Ives está suficientemente cabreado ya. No hagas que se enfade más. A veces... se descontrola un pelín. Y entonces pasan cosas malas.

Sherlock pasó la mirada una y otra vez entre Ives y Berle. Entre la espada y la pared.

Sintió el peso de su corazón dentro del pecho. No tenía escapatoria. Dos posibilidades, y en ambas acababan atrapados.

No, se dijo. ¿Qué diría Mycroft? ¿Qué diría Amyus Crowe? Cuando solo tienes dos opciones, y no te gusta ninguna de ellas, invéntate una tercera.

Abrió la puerta del vagón y salió al aire libre.

El paisaje verde y exuberante de la campiña de Nueva York pasó a toda velocidad ante sus ojos. Oyó a Virginia jadear detrás de él y a Ives decir palabrotas. Mantuvo la mano izquierda sujeta al marco de la puerta y el pie izquierdo metido a presión en el punto donde el marco tocaba el suelo. El viento que pasaba silbando lo empujó hacia delante y le hizo balancearse de un lado a otro hasta que entró en el espacio que había entre los vagones. Antes había visto ahí una escalera que conducía al techo del vagón, y la buscó tanteando con la mano derecha. Se aferró a un escalón y estiró la pierna derecha, intentando apoyarse en la escalera. Después de lo que parecieron minutos pero que probablemente solo hubieran sido un segundo o dos, tocó un peldaño con el pie. Soltó el marco de la puerta y subió por la escalera.

Una mano le agarró del pie izquierdo antes de que pudiera levantarlo. Arreó una patada hacia abajo y notó que golpeaba la cara de alguien con el talón. Le soltaron enseguida, pero la zona donde los dedos le habían sujetado con fuerza se quedó dolorida.

Pronto estuvo encima del tren.

Tuvo que agacharse y agarrar con una mano el raíl guía que recorría todo el techo sin soltarlo.

Delante de él vio que el tren describía una curva. Un torrente de humo salía hacia atrás de la chimenea. Le lloraban los ojos y le costaba respirar.

Dudó un instante. Para que no le capturasen había escogido la única opción posible: escapar, pero solo podía huir hasta cierto punto. Seguía en el tren, literalmente encima del tren, y no tenía ningún plan. No importaba a donde fuera, Ives y los otros hombres lo encontrarían. Lo encontrarían y seguramente lo matarían. Y no podía escaparse sin más, saltando del tren a un río que estuviera a mano o algo así. Tenía que rescatar a Virginia y a Matty.

Sintió que la desesperación se cernía sobre él como una ola negra, pero la apartó con una enorme fuerza de voluntad. Ya habría tiempo para eso después. Ahora tenía que pensar.

Si pudiera ir gateando por los vagones hasta la parte delantera del tren quizá podría alertar al maquinista. Tal vez él encontrara la manera de hacer llegar un mensaje a las autoridades, o consiguiera que cambiaran las agujas del tren para que volvieran a Nueva York, o algo. ¡Lo que fuera!

Todavía agachado, fue gateando por el tejado del vagón. El viento en contra le

empujaba hacia atrás como la mano de un gigante en medio del pecho, pero él se resistió y siguió avanzando. Es lo que debía hacer. Tenía los ojos llenos de lágrimas a causa del vapor y se estaba quedando sin respiración, pero no podía parar. Matty y Virginia dependían de él.

El tren vibró al pasar por un tramo de la vía y Sherlock casi se suelta. Se tambaleó de un lado a otro durante un rato, intentando agacharse lo más posible, hasta que creyó que estaba seguro.

Bueno, más seguro, pensó, echando una ojeada a su alrededor al borroso paisaje verde y marrón que pasaba como un rayo.

Se acercaban a un río. Podía verlo delante del tren, que estaba tomando una curva hacia un puente que parecía estar hecho de cerillas. Sentía que el corazón le latía con fuerza.

Y entonces amenazó con estallar del todo cuando la cabeza y los hombros de Ives aparecieron en la unión entre el vagón por el que Sherlock estaba subiendo y el que había delante. El hombre debía de haber vuelto sobre sus pasos y trepado por la siguiente escalera.

Se subió al tejado y se puso de pie. El vapor de la locomotora, empujado hacia atrás por el viento, flotaba a su alrededor como un manto blanco.

—No estás bien de la cabeza, niño —chilló—. ¿Adónde vas? Estás más seguro ahí abajo con los demás.

Sherlock negó con la cabeza.

—Solo necesitáis a uno de nosotros para amenazar a Amyus Crowe —gritó—. Y no creo que queráis ir cargando con tres rehenes.

—Amyus Crowe —dijo Ives—. ¿Ese es el hombretón, el del traje blanco? No sabía su nombre hasta ahora, pero es muy insistente. Y tú también.

—No te imaginas cuánto —chilló Sherlock, pero estaba asustado. Miró detrás de él. No había ni rastro de Berle ni del otro hombre, pero las posibilidades de que pudiera escapar en esa dirección eran escasas. Seguramente lo estuvieran esperando en las siguientes uniones entre vagones, uno de ellos sujetando a Virginia y el otro a Matty.

Cuando se dio la vuelta, Ives tenía una pistola en la mano.

—Tienes agallas, lo reconozco —dijo Ives, levantando el arma para apuntar.

Una parte de Sherlock se preguntaba qué era eso de «agallas», mientras otra observaba que el tren estaba entrando en el puente que había visto solo unos minutos antes. De pronto el suelo se sumergió en un abismo de rocas con una cinta azul brillante al fondo. Y una tercera parte de su cerebro le estaba intentando decir algo.

Ives disparó. Sherlock se estremeció, pero el viento y la vibración hicieron que a Ives le fallara la puntería, como él ya sabía que pasaría, y la bala se desvió sin causar ningún daño.

Ives se acercó, tratando de mantener el equilibrio, y Sherlock intentó aferrarse a una idea que le rondaba por la cabeza pero que no lograba recordar. Algo que había hecho hace poco. Algo que había comprado.

¡La honda! Desesperado, hurgó en sus bolsillos en busca de la tira de cuero con las dos

correas de piel pegadas que había comprado en la mercería. En el bolsillo derecho del pantalón, nada. En el bolsillo izquierdo del pantalón, nada. Ives se estaba preparando para volver a disparar. En el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, tampoco, pero Sherlock rozó con los dedos la colección de frías bolas de acero que le habían regalado. Ives le estaba apuntando de nuevo con la pistola, reforzándola con la otra mano. En el bolsillo exterior izquierdo, ¡sí! Sherlock sacó la honda y deslizó rápidamente la mano derecha por el lazo, luego se metió el otro lazo en la palma, dejando suelta la tira de cuero.

Ives disparó. La bala pasó silbando junto a la oreja de Sherlock.

Él hurgó en su bolsillo con la mano izquierda, sacó una bola de acero y la colocó rápidamente en la tira. Antes de que Ives pudiera reaccionar, hizo girar dos veces la honda sobre su cabeza y luego soltó la correa. La bola de acero voló hacia Ives, dibujando una raya brillante en el cielo. Le dio en la oreja izquierda, arrancándole un trozo de piel. Ives gritó sorprendido cuando la sangre le salpicó en el hombro. Se quedó impactado. Abrió mucho los ojos sin poder creerse lo que estaba pasando.

Sherlock volvió a agarrar la correa suelta y deslizó otra bola de acero dentro de la tira.

El tren ya estaba en medio del puente, y Sherlock creyó detectar un movimiento lateral cuando el puente se tambaleó a causa del peso.

Ives avanzó dando tumbos y arrastró los pies hacia Sherlock, mientras extendía las manos para agarrarlo. Parecía haberse olvidado del hecho de que seguía teniendo una pistola.

Sherlock volvió a girar dos veces la honda sobre su cabeza y soltó la correa. La bola de acero salió disparada por el espacio cada vez más pequeño que había entre ellos, golpeó a Ives en medio de la frente y se quedó ahí, incrustada. Ives se cayó hacia atrás, con los ojos tan abiertos que Sherlock vio que alrededor de las pupilas era todo blanco. Su espalda chocó contra el techo del tren, rodó hacia un lado y desapareció por el borde. Sherlock oyó el grito de desesperación que dio al caer, y luego nada más que el silbido del viento y el triste reclamo del pitido del tren.

Cayó de rodillas, sin soltar el raíl guía. Dejó que su respiración se calmara y su corazón se tranquilizara antes de levantarse de nuevo y retroceder hacia la unión por donde había trepado.

Uno menos; vamos a por el resto. Solo que ahora tenía un arma.

Las vías repiquetearon bajo las ruedas del tren cuando este llegó al otro extremo de la rambla. El pitido volvió a sonar. Sherlock echó un vistazo a la locomotora y vio que la vía que tenía delante se bifurcaba. Una parte continuaba en línea recta, mientras que la otra se alejaba dibujando una curva por el borde de la cañada.

Y el tren estaba tomando el ramal que giraba. Disminuyó la velocidad al pasar por el hueco de una valla y se dirigió hacia una estación que Sherlock veía más adelante.

No, no era una estación.

Era una casa. Una casa grande y blanca. Y detrás de ella, algo que parecía una serie de recintos vallados, áreas cercadas y jaulas, una especie de exposición zoológica privada.

Bajó con dificultad por la escalera lo más rápido que pudo y se metió de un salto en el

vagón. El revisor iba por el pasillo central, apartando a los inquietos pasajeros para abrirse paso y diciendo en voz alta:

–Parada no programada. Por favor, no descieran. Parada no programada.

El tren se detuvo en medio de una gran nube de vapor junto a una amplia terraza unida a la parte de atrás de la casa.

Un grupo de ocho o nueve hombres estaban de pie en el porche.

Cualquier esperanza que pudiera albergar Sherlock de que fueran de la policía o el ejército se desvaneció cuando Berle y los demás se apearon del tren, sujetando con fuerza a Virginia y a Matty del brazo, y se unieron a ellos.

Capítulo 13

El tren era un caos. Daba la impresión de que todos y cada uno de los pasajeros gritaban al revisor para intentar averiguar por qué habían cambiado de vía, por qué habían parado y dónde estaban. El revisor no parecía estar muy seguro; intentaba tranquilizar a la gente, pero la expresión de su cara indicaba que no entendía nada.

—¡Parada no programada! —gritaba una y otra vez—. Por favor, no se apeen aquí.

En el andén, los dos hombres seguían agarrando a Virginia y a Matty. Estaban esperando algo. Esperándolo a él, sospechó. A un lado vio a John Wilkes Booth. Estaba erguido, pero se balanceaba lentamente de un lado a otro y no tenía la vista fija en nada en particular. Lo más probable es que lo hubieran drogado para que se mantuviera callado.

Uno de los hombres, al que Sherlock no había visto nunca, sacó rápidamente la mano derecha de detrás de la espalda. Llevaba una pistola.

Sherlock pensó que no tenía elección, así que se bajó del tren por la escalerilla y fue hacia el porche de la casa.

Casi al final del tren vio que los hombres que habían estado esperando en el andén sacaban con gran esfuerzo unas cajas del último vagón. Se parecían a las que había visto en el jardín de la casa de Godalming, aquellas en cuyo interior creyó ver algo que se movía. Al cogerlas, las llevaban a un carro que les estaba esperando. Iban con mucho cuidado de no acercar demasiado los dedos a los huecos entre los listones de madera. Dos de ellos dijeron palabrotas cuando su caja de repente se tambaleó y casi se cae al suelo, aunque Sherlock no entendió qué había hecho que el peso cambiara. Quizá se había movido algo dentro.

Aunque no vio que se diera ninguna señal, el tren comenzó a alejarse con dificultad de la casa haciendo un ruido metálico ensordecedor cuando se tensaron las conexiones metálicas entre los vagones. Al principio se movía despacio, pero a medida que se alejaba iba aumentando la velocidad.

—¿Dónde está Ives? —le preguntó Berle a Sherlock, alzando la voz por encima del ruido del tren. Berle sujetaba a Virginia del brazo con la mano derecha y en la izquierda llevaba un asa que iba unida a una caja del tamaño aproximado de un balón de fútbol.

—Se soltó —respondió Sherlock. Sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho pero intentó mantener la calma y dar una imagen de control.

Virginia y Matty se quedaron mirándolo preocupados. Él miró a uno y luego al otro, procurando asegurarles que todo iba a ir bien, pero él mismo no lo creía y estaba convencido de que ellos tampoco.

—Quieres decir que se cayó —dijo Berle—. ¡Lo has matado!

—Huele a humo —dijo Booth detrás de ellos, con los ojos aún cerrados. Su voz era distante, como salida de un sueño.

—¡Cállate! —gritó el tercer hombre, el que estaba sujetando a Matty—. ¡O te estamparé un hierro de marcar en el otro lado de la cara! —Seguramente hubiera estado sometido a la manía de Booth todo el camino desde Nueva York, o puede que desde Southampton, y era obvio que estaba llegando al límite. Sherlock lo observó durante un momento. No

había tenido ocasión de verlo en el tren. Era robusto como un boxeador y llevaba pantalones vaqueros y un chaleco encima de una camisa sin cuello. Y tenía un pañuelo rojo intenso anudado al cuello.

—No lo atormentes, Rubinek —le advirtió Berle—. Duque aún lo necesita.

El hombre llamado Rubinek le lanzó entonces la misma mirada llena de odio a Sherlock.

—¿Y qué pasa con él? —gruñó—. Duque no lo necesita para nada, y ha reconocido que mató a Ives. —Sacó la mano que no estaba sujetando a Matty de detrás de la espalda y apuntó a Sherlock con el revólver.

—¿Y qué pasa con Gilfillan? —preguntó Berle—. ¿También está muerto? Nos envió un telegrama.

—Está bajo custodia policial —respondió Sherlock. No estaba seguro de si aquello era del todo cierto o no, pero en ese momento lo dijo como si lo fuese.

Berle cerró los ojos un instante.

—Esto va de mal en peor —dijo en voz baja—. A Duque no le va a hacer ninguna gracia, y he oído lo que pasa cuando Duque no está contento.

—No tenemos elección —dijo Rubinek con sentido práctico—. El tren se ha ido, y estamos aquí. Así que deshagámonos de los críos y vayamos a ver a Duque.

—No vamos a librarnos de los niños —contestó Berle en voz baja, pero con autoridad. Ahora que faltaba Ives, él estaba claramente al mando—. Duque querrá interrogarlos para ver cuánto saben. Luego probablemente se los dé a sus mascotas.

—De todas formas quiero matarlos yo mismo —murmuró Rubinek, como un niño mimado al que le hubieran negado una galleta.

—Al menos tenemos a Booth y esta cosa —dijo Berle, levantando la caja que llevaba en la mano a la altura de los ojos y mirándola en plan siniestro—. Esperemos que sea suficiente. —Suspiró—. Venga, acabemos con esto.

Berle los guio por la terraza hasta donde Sherlock vio que habían colocado una mesa redonda frente a un par de cristaleras. Tenía un mantel blanco encima, y había una jarra de algo que parecía zumo de naranja, un plato de bollos y siete vasos en el medio. Siete sillas de hierro forjado, pintadas de blanco, estaban dispuestas alrededor, y habían metido una sombrilla blanca por el agujero del centro para protegerles del sol abrasador.

Sombrilla. Sherlock no podía dejar de pensar en aquella palabra mientras caminaban por la terraza hacia la mesa. Le recordaba a algo, pero no sabía qué. Ese era el problema de la memoria, pensó. No podía almacenar tanta información. Ojalá hubiera alguna forma de que una persona eliminara los recuerdos que no necesitara y los reemplazara por los importantes. Quizá simplemente debería apuntar todo lo que pudiera ser importante para él en un cuaderno, o una serie de cuadernos, catalogados alfabéticamente para poder encontrar rápido las cosas cuando le hicieran falta.

Estaba tratando de distanciarse de lo que estaba ocurriendo pensando en otra cosa, pero su intento cayó en saco roto cuando Rubinek lo empujó hacia una de las sillas con el cañón de su revólver.

—Siéntate —gruñó el hombre. Sherlock obedeció. A un lado tenía a Matty y al otro a

Virginia. Berle y John Wilkes Booth estaban sentados a la izquierda de Virginia, y Rubinek a la derecha de Matty.

Sherlock observó que quedaba una silla libre. Supuestamente reservada para el misterioso Duque.

—Mi padre nos encontrará si no nos soltáis —dijo Virginia.

—¿Tu padre es el tipo grande del traje blanco? —Berle miró a Virginia, luego a Matty y después a Sherlock—. No es el padre de los tres, ¿verdad? Nunca os he visto a todos juntos. —Examinó de cerca a Matty—. Te cogimos a ti porque pensamos que así evitaríamos que nos persiguiera. Eso demuestra lo poco que sabíamos. Tendríamos que haber cogido a la chica.

—Os habría seguido de todas formas —dijo Virginia—. Es a lo que se dedica. No lleva bien que le den órdenes.

Berle estaba a punto de decir algo, pero las cristaleras que conducían a la casa desde la terraza se abrieron de pronto. Dos sirvientes con chaquetas de frac negras e impolutas las mantenían abiertas mientras otra figura salía a la luz del sol.

Era un hombre alto, de más de un metro ochenta, calculó Sherlock, probablemente andaría cerca de los dos metros, y estaba tan delgado que daba pena verlo. Todo lo que llevaba puesto era blanco —el traje hecho a medida, el chaleco, la camisa, las botas, el sombrero de ala ancha y los guantes—, a excepción de la cinta que rodeaba la copa del sombrero y la corbata de bolo que le colgaba del cuello de la camisa y desaparecía bajo el chaleco. Ambas eran de cuero negro. Por un momento, Sherlock pensó que o bien su cara era increíblemente pálida o estaba cubierta de maquillaje blanco, pero luego se dio cuenta de que el hombre llevaba una máscara de porcelana que estaba hecha de forma tan exquisita que parecía una cara delicada de rasgos finos. El pelo que salía de debajo del sombrero y caía por los bordes de la máscara era tan rubio que casi parecía blanco.

Sin embargo, los ojos que miraban fijamente a través de los agujeros de la máscara no eran blancos. Tenía el iris tan oscuro que parecía negro, pero la zona de alrededor de ellos estaba inyectada en sangre. El efecto que producía en contraste con la blancura inmaculada de la máscara era que los ojos parecían estar al rojo vivo.

Las muñecas del hombre, que sobresalían de los puños de la camisa, eran tremendamente delgadas. Sherlock se preguntó si sería posible romperle los huesos con solo estrecharle la mano. Tampoco es que el hombre estuviera extendiendo la mano para que se la estrecharan. Al moverse, los brazos se le separaban del cuerpo, y unas correas de cuero negro le salían de las muñecas y se adentraban en la oscuridad de la casa. Y había algo que tensaba aquellas correas.

Se detuvo justo a la entrada de la cristalera. Sherlock creyó ver algo moverse detrás de él, en los extremos de las correas, pero no estaba seguro de qué era. Una especie de perros, seguramente, pero grandes.

—Doctor Berle —dijo el hombre desde detrás de la máscara, con una voz suave, aguda y casi susurrante—. Capitán Rubinek. Señor Booth. Y nuestros distinguidos invitados, por supuesto. Me temo que no conozco vuestros nombres. Por favor, en aras de tener una conversación educada, ¿seríais tan amables de presentaros?

–Yo me llamo Virginia Crowe.

Matty frunció el ceño.

–Matthew Arnatt.

–Ah –dijo el hombre–. Un amigo del otro lado del océano. –Eché un vistazo a Sherlock con su mirada roja–. ¿Y tú, jovencito? ¿Quién eres tú?

–Sherlock Scott Holmes –respondió.

–Otro visitante británico. Qué... entretenido.

A Sherlock le llamaron la atención las manos que sujetaban las correas. Había algo raro en ellas, y tardó un momento en averiguar lo que era. Le faltaban dedos en ambas manos: el meñique en la izquierda y el anular en la derecha, pero en realidad habían hecho los guantes a medida sin esos dedos, así que no había ningún dedo vacío que estuviera suelto ni ninguna tela doblada hacia atrás y sujeta con alfileres.

Las manos también tenían algo extraño. Eran tan delgadas como el resto del hombre, pero había bultos que empujaban la tela de los guantes. ¿Qué aspecto tendrían aquellas manos debajo de los guantes?

–Ahora nos ha dejado en inferioridad de condiciones –dijo Sherlock, desviando su atención de nuevo a la máscara de porcelana e intentando mantener la calma–. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre?

–Soy Duque Balthassar –dijo el hombre, con una voz tan seca y fina como las hojas de los árboles en otoño–. Es mi nombre de pila, no el *duque* honorífico como *conde* o *príncipe*. Ahora, por favor, servíos zumo de naranja y bollos. Os aseguro que el zumo es absolutamente fresco y los bollos están calientes porque acaban de salir del horno.

Virginia trató de agarrar la jarra.

–Permitidme que sirva –dijo.

Duque Balthassar se movió un poco para que le diera el sol. Las correas que tenía en la mano se tensaron y dos animales salieron de mala gana a la terraza.

Virginia derramó el zumo de naranja en el mantel blanco. Al principio, Sherlock no supo lo que eran. Parecían gatos marrones gordos y con buen aspecto, pero las cabezas le llegaban por la cintura a Duque Balthassar. Tenían los ojos negros y agitaban la cola inquietos mientras nos recorrían uno a uno con la mirada.

–¿Pumas? –dijo Virginia en voz baja.

–En efecto –dijo Balthassar. Parecía satisfecho–. Me gustaría deciros «No dejéis que os asusten», pero sería un mal consejo. Dejad que os asusten.

–No sabía que los pumas se pudieran domesticar –dijo Virginia, y Sherlock notó cómo le temblaba la voz.

–¿Domesticar? –dijo Balthassar–. No, no se pueden domesticar. Pero al igual que todas las criaturas, seres humanos incluidos, reaccionan ante el miedo. Y a mí me temen. –Le ordenó algo en una lengua extranjera y los pumas se tumbaron en el suelo de la terraza y se acomodaron con la cabeza sobre las patas.

Sherlock les vio los dientes a través de la boca medio abierta. Aquellos dientes podían arrancarle la mano a un hombre, y las garras desnudas podían quitarle el brazo de cuajo.

–¿Cómo consigue que una pantera le tema? –preguntó, sin estar seguro de querer oír la

respuesta.

—De la misma forma que uno consigue que un hombre le tema —dijo Balthassar. Uno de sus sirvientes vestidos de negro retiró la silla que quedaba libre y él se sentó con delicadeza, cruzando las piernas delgadas como las de un saltamontes—. Con una mezcla de dolor y ejemplos de lo que les pasará si no le obedecen. Tienen memoria. Recuerdan los ejemplos y actúan en consecuencia. O si no, te libras de ellos y empiezas de cero con otro animal. El momento de librarse de ellos, si se hace bien y dura lo suficiente, sirve por sí mismo como ejemplo de lo que ocurrirá si el nuevo animal no te obedece. Puedes dejar el cadáver por ahí tirado durante mucho tiempo.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa mientras todo el mundo miraba a los pumas.

—Me gusta su tren —dijo Matty por fin.

La máscara de porcelana no se movió, pero Sherlock sintió que el hombre estaba sonriendo por debajo.

—Eres muy amable. Resulta útil cuando necesito asistir a reuniones en Nueva York o cualquier otro lugar. Odio tener que coger un carruaje hasta la estación más cercana... Los caminos están llenos de baches. Y hay tanto polvo... Es mucho mejor que el tren venga a donde estoy yo.

—¿Cómo organizó eso? —preguntó Sherlock.

—Proporcione un gran negocio a la compañía —explicó Balthassar—. Soy un empresario. Tengo varias exposiciones y circos ambulantes que llevan animales exóticos alrededor de este magnífico país, y esas exposiciones y circos viajan en nuestros propios trenes. Cuando les dije que quería instalar un ramal corto y señales que me permitieran desviar cualquier tren a mi casa, estuvieron de acuerdo. —Hizo una pausa—. Al cabo de un tiempo. Después de que les diera algunos ejemplos de lo que sucedería si no estaban de acuerdo conmigo.

Sherlock intentó imaginar de qué clase de ejemplos hablaba Balthassar, y luego prefirió no hacerlo. Las imágenes eran demasiado gráficas.

—Así que desvió este tren porque sus hombres estaban dentro —preguntó Virginia.

—En efecto. Me habían mandado un telegrama por adelantado para decirme que estaban en el tren, y con varios cargamentos valiosos. —Le echó un vistazo a John Wilkes Booth, que estaba mirando fijamente un vaso de zumo de naranja como si contuviera los secretos del universo—. El señor Booth aquí presente es uno de ellos. Llevo un tiempo esperando que regresara a este país antaño glorioso. Tengo planes para él. Antes descargaron otro cargamento, y todavía lo están introduciendo en su nuevo entorno. —Desvió la mirada hacia la caja que Berle sujetaba en su regazo—. Y creo que esa caja contiene el último. Estoy en lo cierto, ¿doctor Berle?

Berle asintió con la cabeza y se chupó los labios secos.

—Así es, Duque. ¿Quiere...?

—Aún no, doctor. Llevo mucho tiempo esperando a que llegue este paquete en particular. Quiero saborear el momento. —Hizo una pausa, y miró alrededor de la mesa—. Lo que sí que noto, sin embargo, es la ausencia de los respetables señores Ives y de Gilfillan —dijo suavemente—. ¿Dónde están?

Sherlock sabía que tenía dos posibilidades: o dejar que Berle le dijera a Balthassar que Gilfillan estaba detenido y que Ives había muerto, o confesarlo él primero y tomar la iniciativa. Se decantó por la segunda opción.

—El señor Gilfillan está preso en Inglaterra —dijo—. Y al señor Ives lo he matado hace un momento tirándolo del tren. —Se quedó mirando los dos agujeros idénticos de la máscara de Duque Balthassar—. Ah, y también me he deshecho de un camarero del buque *Scotia* que intentó matarme. El señor Ives le estaba pagando.

Un silencio se instaló sobre la mesa, solo roto por el rumor de la respiración de los dos pumas que miraban fijamente a Sherlock. De alguna manera sabían que se estaba librando una lucha por el control entre él y Duque Balthassar.

—Pero ¡qué iniciativa tienes! —dijo por fin Balthassar—. ¿Por qué los mataste exactamente?

—Tal vez quería dar ejemplo a sus otros criados —dijo Sherlock ecuánime—. Para conseguir que me teman.

Balthassar se rio: un sonido claro y agudo que hizo que los pumas retrocedieran acobardados.

—¡Cuánta iniciativa! —dijo—. Creo que me caes bien, señorito Sherlock Scott Holmes. No lo suficiente para mantenerte con vida, pero sí que me caes bien.

—¿No le va a hacer nada? —exigió Rubinek, el hombre fornido.

—¿Por eso? —preguntó Balthassar—. Qué va. Si fueron lo suficientemente estúpidos para dejar que un niño les venciera, entonces de buena nos hemos librado. Me han evitado la molestia de tener que encargarme yo mismo de ellos. No, el joven señorito Sherlock aquí presente no verá el atardecer, pero no porque mermara las filas de mis sirvientes. No, él y sus amigos morirán porque aquí no los necesito para nada.

El silencio cayó sobre la terraza.

—Así que —dijo Balthassar en voz baja al cabo de unos minutos—, ahora que ya nos conocemos todos y que estáis cómodos y habéis tomado un refrigerio, haced el favor de decirme cuánto saben las autoridades de mis planes.

—No sabemos nada —respondió Sherlock.

—Eso es falso por dos motivos —dijo Balthassar—. En primer lugar, obviamente saben algo, ya que tú has conseguido interferir en mis planes y matar a dos de mis empleados. Los niños no suelen descubrir por casualidad algo tan grande, y si lo hacen se quitan de en medio muy rápido. A ti, según tengo entendido, te vieron por primera vez en la casa de Inglaterra donde el señor Booth estaba siendo... protegido. Ahí es, al menos, donde el señor Ives y el doctor Berle te vieron por primera vez. La pregunta es: ¿por qué habías ido a la casa? ¿Estabas ahí por casualidad o buscabas al señor Booth?

Sherlock abrió la boca para decir algo, pero Balthassar le hizo un gesto para que se mantuviera callado.

—En segundo lugar —continuó diciendo con el mismo tono de voz sereno y agradable—, no importa lo que tú sepas. Eso no me interesa. Estáis todos aquí y ninguno se va a escapar. En las próximas horas los tres moriréis, y lo que sepas morirá contigo. Eso te lo prometo. No, la única pregunta importante es: ¿qué sabe el padre de la chica, Amyus

Crowe, y qué saben las autoridades en Inglaterra y aquí en Estados Unidos? –Hizo una pausa, y giró la máscara de porcelana hacia Sherlock–. Dímelo, y dímelo ya, antes de que pierda la paciencia.

Pese al cálido sol que relucía en el cielo azul despejado, Sherlock sintió una fría brisa que soplaba por la terraza.

–Si nos va a matar de todos modos, ¿por qué deberíamos entonces decirle nada? –dijo con cautela–. No es que si se lo contamos nos vaya a salvar la vida. Usted ya ha dicho que no lo hará.

–Buena apreciación, sí señor –reconoció Balthassar–. Este país está construido sobre los principios del intercambio y la negociación. Muy bien; permíteme que te haga una oferta.

Volvió la máscara de porcelana hacia Virginia.

–Por favor, extiende la mano –dijo.

Virginia miró a Sherlock, con los ojos llenos de pánico. Él no sabía lo que ella debía hacer: ¿obedecer a Balthassar o ignorarlo? Sherlock no sabía cuáles serían las consecuencias de cada acción. Pese a su apariencia agradable, Balthassar parecía caminar en el filo entre la amabilidad y la locura.

–¡Qué aburrimiento! –dijo Balthassar–. ¿Señor Rubinek?

Rubinek se levantó de su silla y se acercó a Virginia. La agarró por la muñeca, le estiró el brazo y dejó que la mano apuntara a Balthassar.

–Excelente –dijo él, y pronunció unas cuantas palabras guturales en un idioma que Sherlock no pudo identificar.

Uno de los pumas se levantó y fue caminando sin hacer ruido hacia Virginia. Al moverse, la piel se le deslizaba suavemente sobre los músculos. Ella se quedó inmóvil, sin respiración.

El puma abrió la boca y estiró el cuello hasta que la mano de Virginia estuvo dentro. Rubinek la soltó y volvió a su asiento. El enorme gato cerró la boca y apretó con los dientes la piel de la muñeca de Virginia.

–Ahora pueden pasar dos cosas –dijo Balthassar en tono familiar–. O me dices lo que quiero saber o mi puma le arrancará a la chica la mano de un mordisco. –La máscara de porcelana permanecía impassible, pero Sherlock pudo sentir una sonrisa detrás de su superficie lisa–. Se llama Sherman, por cierto. El otro se llama Grant. Es mi bromita particular.

Virginia le clavó los ojos a Sherlock.

–Yo se lo contaré –dijo Matty enseguida.

–No –respondió Balthassar dulcemente–. Quiero que me lo diga el señor Sherlock. Veo que es el líder de este grupito. Él es quien necesita aprender a tenerme miedo. Él es el que necesita que le domestiquen. –Se quedó callado un momento–. Veamos, hay varias formas de morir. Una bala en la cabeza es rápida e indolora, o eso creo. Desangrarse hasta morir es lento y doloroso. No puedes elegir sobre si vas a morir o no: te he quitado esa posibilidad. Lo que sí que tienes, sin embargo, es la elección de cómo morir: deprisa o despacio, sufriendo o en paz.

–Muy bien –dijo Sherlock, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho–. Llame al puma para que no ataque y responderé su pregunta.

–No –dijo Balthassar–. Responde a la pregunta y llamaré al puma para que no ataque.

La tensión en el aire casi podía tocarse. Sherlock sabía que él y Balthassar estaban midiendo sus fuerzas. El problema era que Balthassar tenía ventaja.

–Las autoridades saben lo de John Wilkes Booth –dijo–. Saben que no está muerto, que lo llevaron a Inglaterra desde Japón y que ahora está aquí en Estados Unidos. El gobierno británico lo sabe, y la Agencia Pinkerton también. Supongo que se lo contarán al gobierno estadounidense. No saben lo que piensan hacer con él.

–Bien –dijo Balthassar–. Más.

–¡No hay nada más! –gritó Sherlock.

–Siempre hay más. ¿Las autoridades saben que yo existo, por ejemplo?

–No.

–¿Así que acabasteis en ese tren sin querer? No me lo creo.

–¡Los seguíamos a ellos! –dijo Sherlock, señalando a Berle y Rubinek–. Estábamos intentando rescatar a Matty.

–¿E iba alguien más en el tren? –La voz de Balthassar era tranquila pero implacable.

–No. Estábamos solos.

–Muy inteligente por tu parte. –Balthassar hizo una pausa, y a Sherlock le dio la impresión de que se estaba planteando si decirle a Sherman que le arrancara la mano a Virginia de todas formas.

Sherlock no se molestó en rezar. Ningún ente supremo iba a ayudarles en ese momento. Estaban solos y dependían de los caprichos de un loco.

Aquello le dio una idea. Quizá pudiera volverlo en contra del hombre de la máscara de porcelana.

Balthassar dio una orden brusca y el puma retiró la cabeza de mala gana y dejó de apretar la piel de Virginia con los dientes. El cuerpo entero de la joven pareció desfallecer. El puma la miró fijamente durante un rato y luego volvió sin hacer ruido al lado de Balthassar.

–Tengo una pregunta –dijo Sherlock.

Balthassar lo miró detenidamente, con los ojos rojos y negros detrás de los agujeros de la máscara.

–¿No has entendido las reglas? Yo hago las preguntas y vosotros las respondéis, y eso os garantiza una muerte rápida y sin dolor. Ese era nuestro trato.

–Lo único que sabemos es lo que usted dice –señaló Sherlock–. Yo creo que va a sacarnos todas las respuestas que pueda y luego nos va a torturar de todas maneras, solo por diversión. Partiendo de ese hecho, no ganamos nada cooperando, aparte de un breve aplazamiento antes de que dé comienzo la tortura.

Balthassar se quedó un rato reflexionando.

–Un análisis lógico –admitió–. Es cierto que lo único que sabéis es lo que os he dicho, y eso no es suficiente para que os fieis de mí. ¿Cuál es tu contraoferta?

–Aceptaremos lo que dice si responde también a nuestras preguntas –dijo Sherlock.

–Interesante –dijo Balthassar pensativo–. Yo no pierdo nada en el trato y consigo más información. Por otro lado vosotros no ganáis nada, porque sigo siendo yo el que elige la forma en que moriréis, pero obtenéis información y eso al parecer os importa. Así que, sí, estoy de acuerdo. Haced vuestras preguntas.

–¿Para qué necesitan a John Wilkes Booth? –preguntó Sherlock–. ¿Por qué es tan importante que esté vivo y aquí en Estados Unidos, hasta el punto de que muera gente para mantenerlo en secreto?

–Ay –dijo Balthassar con calma–. La gente debe morir por todo tipo de razones, algunas de ellas importantes. Pero me caes bien, Sherlock Scott Holmes. Tienes carácter. Así que te lo voy a decir. –Lanzó una mirada a Berle y Rubinek–. Al fin y al cabo, ellos no lo entenderán. Solo quieren su dinero.

–¡Eh! –soltó Berle, pero se sosegó cuando Balthassar lo miró fijamente.

–Sé que sois británicos, pero supongo que habréis oído hablar de la guerra de Secesión –empezó a decir Balthassar.

Sherlock asintió con la cabeza.

–Mi hermano dijo que fue por la esclavitud. –Le lanzó una mirada a Virginia–. Su padre dijo que era más complicado que eso.

–Su padre tiene razón. En definitiva, fue por la autodeterminación. Hace ocho años tuvimos unas elecciones en las que el partido republicano, encabezado por Abraham Lincoln, utilizó como base de su campaña una promesa de impedir que la esclavitud se extendiera más allá de los estados en los que ya existía. Lincoln ganó las elecciones, y eso dio lugar a que siete estados del Sur declararan su secesión de la Unión, antes incluso de que él tomara posesión del cargo: Carolina del Sur, Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas. Formaron un nuevo país, los Estados Confederados de América, con Jefferson Davis de presidente. En dos meses se les unieron Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee.

–¿Qué es *secesión*? –preguntó Matty.

–Secesión es cuando un estado se separa de la Unión de Estados y declara que se establecerá como una entidad independiente –explicó Balthassar–. La secesión es un derecho que creemos que está garantizado en la Declaración de Independencia, pero tanto la administración saliente de James Buchanan como la entrante de Abraham Lincoln no estuvieron de acuerdo. La consideraron una rebelión y la declararon ilegal. –Suspiró–. En el fondo, no importa si uno cree que un hombre puede tener esclavos o no. Por lo que estábamos luchando era por nuestro derecho a fundar nuestra propia nación, independiente de la que Lincoln estaba liderando, y hacer las cosas a nuestra manera. Si la esclavitud no hubiera sido la causa, habría sido cualquier otra cosa.

–Pero perdieron –indicó Sherlock–. Ulysses S. Grant y William T. Sherman vencieron a Robert E. Lee en el campo de batalla. Él se rindió.

–No tenía derecho a rendirse –espetó Balthassar–. No estaba autorizado. La guerra continúa, aunque no se reconozca como tal. El gobierno en el exilio de los Estados Confederados sigue tratando de conseguir la libertad del régimen opresivo de la Unión para los estados que así lo deseen.

A Sherlock le distrajo un movimiento de la mano de Balthassar. No, no de su mano, sino en su mano. La tela del guante blanco de la mano izquierda se doblaba ligeramente justo donde se encontraba uno de los bultos en los que él se había fijado antes. Mientras lo observaba, el bulto pareció moverse y subir poco a poco por la mano hacia la muñeca. ¿Qué demonios era eso?

—Ah —dijo Balthassar, cuando notó la mirada aterrorizada de Sherlock—. Veo que te has fijado en una de mis pequeñas mascotas. Permíteme que haga una presentación más formal.

Alargó la mano derecha hacia la izquierda y cogió la parte de arriba del guante. Con un movimiento firme y cuidadoso, se lo quitó.

Virginia dio un grito ahogado y Matty puso cara de asco.

La mano de Balthassar —menos el dedo meñique— y la muñeca estaban cubiertas de algo que al principio parecían furúnculos, pero que Sherlock luego vio que eran seres vivos, una especie de babosas. Tenían la piel húmeda y eran de un color gris rojizo, y daba la sensación de que latían ligeramente.

—¿Qué son? —susurró.

Balthassar se quitó el otro guante. La mano derecha, a la que le faltaba el anular, estaba asimismo cubierta de las criaturas con aspecto de babosas.

—Os presento a mis doctores —dijo—. Un equipo médico entero dedicado a mi bienestar.

Levantó la mano derecha, abrió el gancho que tenía detrás de la oreja izquierda y se quitó la máscara de porcelana con un gesto rápido.

Los pumas soltaron un gemido e intentaron alejarse por la terraza.

Balthassar tenía la cara demacrada, con los pómulos marcados y la nariz prominente, pero era difícil distinguir sus rasgos bajo las diminutas criaturas sin huesos que se pegaban a su piel blanca como gotas negras de alquitrán.

Capítulo 14

A Virginia le dio una arcada, como si estuviera intentando contener las ganas de vomitar. Matty dijo una sola palabrota para expresar el susto que se había dado y Sherlock supuso que la había aprendido mientras viajaba por los canales.

Pero él mismo estaba fascinado. Asqueado, sí, pero sobre todo fascinado. Al mirarlo más de cerca, vio que el rostro de Balthassar estaba cubierto de pequeñas cicatrices triangulares. Fueran lo que fuesen las cosas que tenía pegadas a la cara, las llevaba usando un tiempo.

—No es precisamente el rostro de un país nuevo —dijo, intentando ocultar sus sentimientos—. Ahora entiendo por qué tiene que llevar la máscara.

—Todas las intervenciones médicas tienen efectos secundarios —dijo Balthassar en voz baja—. El mercurio, que se usa para tratar la sífilis, vuelve locos a los hombres. Me considero afortunado de que en mi caso los efectos secundarios se limiten a lo puramente estético.

—Pero ¿qué narices son? —susurró Matty.

Fue Virginia la que respondió.

—Son sanguijuelas —dijo—. Parásitos que chupan la sangre. Viven en riachuelos y estanques donde el clima es cálido.

—Parásitos que chupan la sangre —repitió Matty—. ¿Y está dejando que le chupen la sangre? ¡Está loco!

—Al menos estoy vivo —contestó Balthassar, impasible—. Mi familia tiene una enfermedad hereditaria. Mi padre murió de eso, y el suyo también. La sangre fluye despacio por nuestras venas. Sin tratamiento nuestros cuerpos simplemente empiezan a apagarse poco a poco. —Levantó una mano y miró el dedo que le faltaba—. No quedó mucho de mi padre cuando murió.

—¿Y las sanguijuelas ayudan? —preguntó Sherlock, fascinado.

—Tienen una sustancia en la saliva que impide que la sangre coagule. La necesitan, si no no serían capaces de alimentarse. Con suficientes sanguijuelas pegadas a mi piel, todas ellas alimentándose, todas ellas segregando esa sustancia, mi circulación es más rápida. La sangre corre por mis venas.

—Pero... ¿no le chupan la sangre? —preguntó Matty.

Balthassar se encogió de hombros.

—Unas gotas cada una, quizá. Pago un pequeño precio por gozar de buena salud, y lo hago de buen grado. Lo que me recuerda... —Se volvió hacia el doctor Berle—. Creo que tiene algo para mí, ¿no es cierto?

Berle parecía angustiado. Cogió la caja de sus rodillas y la puso sobre la mesa, luego quitó un cierre que había en la parte de arriba y la abrió. De dentro sacó un bote de cristal con una tapa de papel encerado que estaba sujeta con una cuerda.

Dentro del frasco había algo horripilante.

Las sanguijuelas que Duque Balthassar tenía en la cara y las manos —y probablemente también en el resto del cuerpo— eran pequeñas, apenas más largas que el dedo meñique de Sherlock. La que había en el tarro era del tamaño de su puño y de color rojo brillante.

Estaba acurrucada en el fondo del bote y su cabeza diminuta se agitaba a ciegas en el aire en busca de sustento.

Virginia se apretó la boca con la mano y se apartó. Los pumas, tumbados cerca de ellos en la terraza, hicieron un amago de retroceder. Estaban mostrando los dientes y se podía ver el miedo reflejado en sus ojos salvajes, pero su temor a Balthassar parecía exceder su miedo a la sanguijuela y no se movieron de allí.

—Un ejemplar impresionante —dijo Balthassar, cogiendo el bote de la mesa—. ¿Cuándo fue la última vez que comió?

—Hace un mes o así —respondió Berle—. O eso es lo que me han dicho. —Hizo una pausa y tragó saliva antes de continuar—. Duque, como médico, como su medico, he de decirle que este... tratamiento... no es algo que yo recomiende. De hecho, ni siquiera estoy convencido de que funcione. Lo que le está haciendo a su cuerpo... ¡es monstruoso!

—Sigo vivo, doctor, y sigo teniendo todas mis extremidades, menos dos dedos de las manos y algunos de los pies —replicó Balthassar—. Es la única prueba que necesito. —Tiró de un extremo de la cuerda y el nudo que sujetaba el papel encerado se deshizo—. Y con esta hermosa criatura podré pensar con más claridad aún y mi resistencia física será ilimitada.

Metió la mano en el tarro y sacó la sanguijuela con sumo cuidado. Le colgaba endeble de los dedos. Se apartó un mechón de pelo blanco y fino de la cara y se la colocó detrás de la oreja derecha.

Los pumas gimieron. Estaban aterrorizados.

Sherlock vio cómo la cabeza de la criatura se movía de un lado a otro y supuso que estaba buscando una vena. Al cabo de un momento se pegó a la piel de Balthassar. La parte de atrás se estuvo retorciendo durante un rato y luego se agarró firmemente igual que las demás.

Balthassar cerró los ojos y sonrió feliz.

—Eso es —susurró—. Eso es, preciosa. Come. Come todo lo que quieras.

—Cuánto... ¿cuánto tiempo se quedan pegadas? —preguntó Sherlock.

—Días —respondió Balthassar como si estuviera soñando, con los ojos aún cerrados—. A veces hasta semanas. Cuando se sacian se despegan e hibernan durante un mes o dos mientras digieren la sangre aún líquida. Tengo gran cantidad de sanguijuelas, la mayoría de aquí de Estados Unidos, de Florida y de Alabama, pero ninguna como esta. Ay, no, ninguna como esta. —Sonrió—. Sabía que estaba ahí, en las selvas del Lejano Oriente. Podía sentir su presencia. Me gritaba pidiéndome que fuera a por ella.

Había algo en su tono de voz que a Sherlock le recordaba a John Wilkes Booth cuando decía lo de que olía a humo; era como si estuviera adormilado, totalmente ajeno a la realidad. ¿Podría estar segregando la sanguijuela algo más en su flujo sanguíneo aparte del anticoagulante, algún tipo de narcótico que hiciera que sus víctimas dejaran de preocuparse de tener un parásito pegado a ellas y los llenara de pensamientos agradables y alucinantes? Tomó nota de aquel pensamiento para después, si es que había un después. Seguía sin tener ni idea de cómo iban a escapar de allí.

A Sherlock le llamó la atención un movimiento a los pies de Balthassar. Los pumas se estaban apartando de él. Tenían la mirada fija en la sanguijuela roja gigante y no les gustaba. Estaba claro que le tenían miedo.

—Sherman, Grant —siseó Balthassar, y luego dijo algo que Sherlock no entendió. Los enormes gatos dejaron de alejarse, pero sus músculos seguían tensos.

Mientras la observaba, Sherlock tuvo la sensación de que la sanguijuela roja estaba palpitando. Palpitando con la sangre de Balthassar, succionada de una vena detrás de su oreja.

—Estáis perdiendo el tiempo —dijo Balthassar—. ¿Tenéis alguna pregunta más?

Sherlock intentó desviar la atención de la sanguijuela.

—Usted dijo que «el gobierno en el exilio de los Estados Confederados sigue tratando de conseguir la libertad del régimen opresivo de la Unión para los estados que así lo deseen» —citó.

—En efecto.

—Pero ¿cómo? —preguntó Sherlock.

—Intenta adivinarlo. Te diré si aciertas. —Cuando Sherlock abrió la boca para protestar, Balthassar añadió—: Considéralo como una forma de que yo obtenga más información. Si puedes averiguarlo, dado que sabes de la existencia del señor Booth, entonces sin duda las autoridades también podrán averiguarlo. Te prometo que si no lo adivinas, te diré la respuesta.

Sherlock se quedó un rato pensando. Cuanto más tiempo mantuviera hablando a Balthassar, más pospondría el momento de que los matase. Quizá mientras tanto pudiera encontrar alguna manera de escapar. Quizá Amyus Crowe los localizaría.

—Bueno —dijo—. John Wilkes Booth no está bien de la cabeza. O está alucinando o se comporta de forma violenta, y necesita estar drogado la mayor parte del tiempo para que puedan desplazarlo de un sitio a otro. Obviamente no vale para asesino, ni para nada más aparte de ser un simple testaferro. O sea que les hace falta como motivo de revuelta, alguien a quien puedan mostrar en público para inspirar a las tropas.

Balthassar asintió con la cabeza, pero la palabra *tropas* encendió una bombilla en la mente de Sherlock, pese a que solo la hubiera usado como metáfora.

—Están reuniendo tropas, es eso —dijo—. No lo veo derrocando el gobierno actual ni secesionándose por la vía política. Ya lo han intentado y han fracasado. Está reclutando un ejército, ¿verdad? Por eso necesita a Booth, para motivar a su ejército. ¡Para demostrarles que hay una relación directa entre la guerra de Secesión y lo que está haciendo ahora!

Balthassar volvió a asentir.

—Continúa.

—Pero no me lo imagino reclutando un ejército lo bastante grande como para enfrentarse al Ejército de la Unión. Otra vez no. No desde que perdieron la última vez. Así que necesita un ejército para hacer otra cosa. —Los pensamientos se le agolpaban en la mente—. Pero ¿qué? Si el ejército no va a luchar en suelo estadounidense debe estar destinado a invadir otro lugar. —Intentó recordar los mapas que había visto en el *Scotia*—.

¿México? –preguntó.

Balthassar negó con la cabeza.

–Estás cerca, pero no es eso. Se intentó hace unos años, pero el plan fracasó debido a la falta de apoyo. Y además, México es cálido y árido, y tiene un ejército permanente que nos opondría resistencia.

–¿Entonces qué? –preguntó Sherlock, pero nada más decirlo le vino a la mente la respuesta–. Si tiene un ejército lo que necesita es una tierra fronteriza que atravesar. Estados Unidos solo tiene dos fronteras: una con México y otra con... ¿Canadá?

Balthassar asintió con la cabeza.

–Bien hecho. Sí, hemos reclutado un ejército de varios miles de personas, que están acampados no muy lejos de aquí. Llevan meses intentando llegar, pero avanzan despacio para no llamar la atención. Con John Wilkes Booth como nuestro hombre de paja, o nuestra mascota, si lo prefieres, marcharemos y tomaremos el puerto de Halifax para impedir el reabastecimiento británico, luego cortaremos las comunicaciones entre el este y el oeste de Canadá tomando Winnipeg. Entonces podremos desplazarnos por el país y tomar Quebec y la zona de los Grandes Lagos. Una vez que hayamos hecho eso podremos forjar una nueva nación donde confederados con ideas afines se unan a nosotros y tengan esclavos como Dios manda.

–Pero ¿por qué Canadá? –preguntó Sherlock.

–Es una buena tierra para cultivar; goza de un clima templado, al menos cerca de la frontera con Estados Unidos; posee excelentes puertos para fines comerciales, no tiene ningún ejército que vaya a oponer resistencia a nuestro avance y, por supuesto, es un territorio británico recién confederado. Y Gran Bretaña se negó a ayudarnos en nuestra lucha contra la Unión.

–El gobierno británico nunca cederá Canadá –dijo Sherlock, pensando en Mycroft.

–Lo más probable es que ni siquiera les importe –se burló Balthassar–. Piensa simplemente en la logística de enviar a su ejército a combatir a casi cinco mil kilómetros de distancia, sobre todo si nosotros controlamos los puertos. No, habrá unos cuantos años de quejas diplomáticas, desde luego, pero dominaremos Canadá.

–¿Con usted de presidente? –preguntó Sherlock–. ¿Un hombre con una máscara de porcelana?

La cara de Balthassar se movió bruscamente hacia un lado. Las palabras de Sherlock le habían tocado la fibra.

–John Wilkes Booth, quizá –respondió secamente–. Con los consejos y la medicación adecuados, desde luego. O tal vez incluso el general Robert E. Lee. Hay candidatos de sobra. Pero yo seré el poder en la sombra.

El movimiento brusco molestó a una de las sanguijuelas más pequeñas, que se le cayó de la cara y golpeó la mesa con un ligero plaf. Balthassar le lanzó una mirada.

–Era vieja –dijo–, una de las compañeras que llevaba más tiempo sirviéndome. Creo que es hora de jubilarte, amiga.

La cogió del mantel y se la metió rápidamente en la boca, y luego se la tragó como un hombre que se estuviera comiendo una ostra.

Sherlock se dio cuenta de que la sanguijuela había dejado una mancha roja en el mantel y se quedó mirando fijamente aquella mancha. Tenía la sensación de que vomitaría si no prestaba atención a otra cosa. Lo que fuera.

—Debo decir —murmuró Balthassar con su voz frágil y susurrante mientras se volvía a colocar con delicadeza la máscara de porcelana en la cara cubierta de cicatrices y plagada de sanguijuelas—, que has demostrado una habilidad sorprendente para predecir mis planes a partir de unos cuantos hechos aislados. O eso, o mis planes son bastante más obvios de lo que yo había pensado. De cualquier manera, no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo. Si tú, que no eres más que un niño, los has averiguado, sin duda el gobierno unionista también los averiguará. Creo que nuestro avance hacia Canadá ha de comenzar en los próximos días. Gracias por tu ayuda.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Virginia. Sherlock estaba orgulloso de que se mantuviera tan serena.

—Ah, ya no me hacéis falta —dijo Balthassar. En su voz no había ni rastro de ira ni de venganza. Apenas había rastro de nada en absoluto. Podría haber estado hablando perfectamente del precio de las hojas de té—. Os mataremos.

—¿Cómo? —preguntó Sherlock.

—Ah. —La cara de porcelana de Balthassar estaba impasible—. Confieso que puede que os haya engañado acerca de ese tema. Tengo en mente un destino para vosotros que resolverá tres problemas a la vez, pero sí que implica bastante dolor y sufrimiento. —Le hizo un gesto al brutal Rubinek—. Capitán, haga el favor de llevar a nuestros invitados al nuevo recinto. Mis últimas adquisiciones deben ser alimentadas. —Se volvió hacia Sherlock—. Mis coleccionistas de criaturas raras y extraordinarias se cercioraron de que comieran antes de capturarlas —dijo en tono familiar—, y tardan varias semanas en digerir la comida. Durante ese tiempo están prácticamente comatosas, pero han hecho un largo viaje desde Borneo y su comportamiento actual indica que vuelven a tener hambre. —Hizo una pausa, y Sherlock se imaginó que estaba sonriendo detrás de la máscara—. Preveo que atraerán multitudes cuando las exhiba. Al tirarles vuestros cuerpos para que se los coman me libro de vosotros, me deshago de vuestros cadáveres y ya de paso me aseguro de que mis mascotas tienen un pedazo decente de carne de buena calidad para estar satisfechas durante un tiempo. —Se quedó callado un momento—. Me han dicho que comen debajo del agua y guardan la comida debajo de las rocas hasta que está... tierna. Todos disfrutaremos mucho viendo el proceso.

Antes de que Sherlock pudiera decir nada, dos hombres salieron de las sombras ante un gesto de Rubinek. Entre los tres cogieron a Sherlock, Matty y Virginia de los hombros, los levantaron bruscamente de la silla y empezaron a empujarles por la terraza.

La desesperación invadió a Sherlock. A pesar de todo, parecía que iban a sufrir una muerte particularmente desagradable y dolorosa. No sabía cuáles eran las últimas adquisiciones de Balthassar, pero dudaba de que fueran algo tan inocente como ardillas o loros. Fueran lo que fuesen, probablemente serían grandes y tendrían los dientes afilados. ¿Más pumas? No, esos los podía conseguir por allí cerca y no tenía que ir a cazarlos al extranjero.

Mientras los empujaban por la terraza, su mirada se cruzó con la de Matty. Este parecía asustado, pero le lanzó una breve sonrisa.

Pasaron a la tierra compacta desde el borde de la terraza y luego los condujeron hacia la zona de las jaulas, corrales y recintos vallados que Sherlock había visto desde el tren. Al parecer se dirigían a una zona tapiada que había a un lado. El muro tenía aspecto de estar recién construido. Pegado a un lateral había un balcón que daba a lo que había dentro de aquellas paredes. Unos escalones subían hacia el balcón, y Sherlock se echó a temblar al ver una tabla de madera que sobresalía de este y acababa al otro lado de lo que hubiera debajo.

Otras escaleras bajaban hacia la oscuridad. Por un momento Sherlock se preguntó qué habría ahí, pero sus especulaciones se vieron interrumpidas cuando Rubinek lo empujó por las escaleras hacia el balcón. Los dos hombres que les seguían llevaron a Matty y a Virginia detrás de ellos.

Sherlock vio lo que había dentro del recinto. Desde aquella perspectiva privilegiada se parecía a un foso. La parte interna de las paredes era rocosa e irregular, con vegetación que surgía de las grietas entre las rocas y un charco de agua salobre ocupando más o menos una tercera parte del espacio. No había rastro de nada que estuviera viviendo allí, pero a Sherlock aquello no le consolaba.

Rubinek condujo a Sherlock hasta donde comenzaba la tabla. Los otros dos hombres reunieron a Matty y a Virginia a unos cuantos centímetros de distancia.

—Venga —dijo—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Sherlock.

Rubinek levantó la mano. Llevaba una pequeña pistola, poco más grande que la palma de su mano, con dos cañones, uno encima de otro.

—A lo que hay ahí dentro no le importa mucho si estás vivo o muerto —dijo Rubinek—. Y a mí tampoco.

Sherlock miró hacia la casa que estaba a su espalda. Había imaginado que Balthassar los seguiría y miraría desde el balcón, pero el hombre alto del traje blanco seguía en su terraza. Había desplegado un mapa en la mesa y lo estaba consultando. Ya parecía haberse olvidado de Sherlock y sus amigos.

Sherlock caminó de mala gana hacia el final de la tabla, que se hundía por el peso. Había unos diez metros de altura hasta el suelo rocoso del recinto.

—Salta —le ordenó Rubinek. Ahora que Sherlock estaba obedeciendo, Rubinek volvió a deslizar su revólver diminuto en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Me romperé las piernas! —protestó Sherlock—. ¡Ahí abajo todo está lleno de rocas!

—¿Y? —El hombre dio una palmadita en el bolsillo de su chaqueta. La amenaza era evidente.

Sherlock echó un vistazo dentro del recinto, miró a donde estaba Virginia y dio dos pasos hacia atrás antes de correr hasta el fondo de la tabla y saltar.

Aprovechó el impulso que le proporcionaba la tabla para propulsarse hacia arriba y hacia fuera, encorvándose antes de saltar al estanque. Al caer, salpicó mucha agua que salió disparada por el aire. El sol había calentado el agua, y Sherlock nadó resueltamente

hacia el bordillo antes de que nada que estuviera viviendo ahí dentro pudiera atraparlo. Salió gateando muy rápido a las rocas, empapado, y miró a su alrededor. Nada iba a por él aún.

Miró al balcón que tenía encima. Virginia estaba al final de la tabla, con cara de susto. Matty acababa de poner un pie en la tabla, pero dio un traspié y retrocedió hacia el capitán Rubinek, que lo volvió a empujar bruscamente hacia delante.

Sherlock echó un vistazo rápido a su alrededor por si había algo que estuviera acercándose sigilosamente a él. Se oyó un chapoteo en el estanque, y luego otro, cuando Virginia y Matty se unieron a él. Salieron escupiendo a la superficie, y él estiró el brazo y tiró de ellos hacia las rocas.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó Matty, jadeando.

—No estoy seguro —respondió Sherlock, mirando por todas partes.

Arriba en el balcón, Rubinek y sus hombres ya se estaban marchando. Lo que fuera a pasar en el recinto no era considerado un espectáculo.

—No nos están vigilando —indicó Virginia—. Tenemos la oportunidad de escapar.

—Las paredes son demasiado altas para escalar —dijo Matty con desconfianza.

Sherlock miró a su alrededor.

—Hay rocas sueltas por todas partes. Quizá podríamos amontonarlas y trepar por ellas para llegar a lo alto del muro. —Se quedó pensando—. No, no serviría de nada. Podrían vernos saltar desde la casa. Necesitamos encontrar una salida donde no nos vean.

Le llamó la atención un ruido procedente del otro extremo del recinto; era como si algo estuviera escarbando. Echó una ojeada en esa dirección y el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. ¿Qué había ahí dentro con ellos?

Al principio no vio nada, pero luego apareció una cabeza espantosa en un hueco oscuro entre dos rocas. Era larga y estrecha, con unos ojos pequeños en cada lado. La piel de la criatura era de un sucio tono verde grisáceo, y unos pliegues le colgaban de la larga mandíbula. Sherlock la vio abrir la boca y sacar rápidamente una lengua bífida de color rojo para saborear el aire, pero dentro vio una hilera de dientes feroces del tamaño de su dedo meñique, curvados hacia atrás para que ninguna presa que atrapara pudiera soltarse.

Matty dio un grito ahogado y Virginia dejó escapar un leve gemido.

—¿Qué es? —susurró Matty.

La criatura salió un poco más de su escondite. Tenía el cuerpo tan largo como el de Sherlock y la mitad de él estaba formado por una cola larga y musculosa. Caminaba sobre cuatro patas que se extendían a ambos lados de su cuerpo y terminaban en garras ganchudas que rozaban las rocas al moverse. La piel verde grisácea parecía una prenda ancha que le colgaba por debajo y se balanceaba al moverse.

Incluso a aquella distancia, Sherlock vio que no había ninguna emoción en sus ojos: solo una inteligencia fría y hambrienta.

—Una especie de reptil —dijo—, pero es enorme. En mi vida había visto nada parecido.

—¡Es del mismo tamaño que nosotros! —murmuró Virginia—. Pensé que podía ser un caimán. He oído que en Florida hay, pero esto es otra cosa. Los caimanes son lentos y

estúpidos, y no les gusta estar fuera del agua, pero eso parece rápido e inteligente, y se desplaza por encima de las rocas sin ningún problema.

Sherlock miró fijamente las patas del animal.

—Esas garras tienen pinta de poder trepar por los árboles —indicó—. De todas formas, por aquí no hay ningún árbol por el que trepar.

La criatura se posó en una roca plana y se quedó mirándolos, sacando la lengua hacia ellos. Sabía que había comida cerca.

Algo se movió a un lado y Sherlock echó un vistazo en esa dirección. Una segunda criatura estaba saliendo de otro hueco entre las rocas. Y era aún más grande que la primera.

—¡Mira! —le advirtió Virginia. Por un momento Sherlock supuso que ella también había visto a la segunda criatura, pero cuando le echó una ojeada vio que estaba mirando hacia el otro lado. Miró hacia donde ella estaba apuntando con el dedo. Un tercer lagarto se movía hacia ellos por la pared y balanceaba la cabeza de un lado a otro sin dejar de mirarlos.

La primera criatura que había visto se movió en la otra dirección mientras la segunda se dirigía hacia ellos, oscilando el cuerpo de un lado a otro y aferrándose al suelo con las garras.

Daba la impresión de que los tres animales trabajaban juntos, como los perros. Estaban acorralando a Sherlock, Matty y Virginia, sin dejarles escapatoria por ningún sitio.

Los pensamientos invadían la mente de Sherlock. Dado el tamaño de las criaturas, y sus dientes gigantes y afilados, no cabía duda de que eran carnívoras, y se movían como si tuvieran hambre y supieran que ellos eran su comida. No parecían cautelosas ni desconfiadas, como habrían estado los perros. Simplemente parecían moverse con cautela. Sherlock tenía la sensación de que era imposible asustarlas. Su cerebro no estaba hecho para eso. Irían hacia ellos, sin importar lo que hicieran. Los ruidos no las detendrían, y tampoco los gestos bruscos. Probablemente tampoco serviría de nada tirarles piedras. Eran como calculadoras con dientes.

Las monstruosas criaturas se acercaban cada vez más desde todas las direcciones. Sherlock, Matty y Virginia recularon poco a poco hacia la pared más próxima. Aquellos reptiles extravagantemente inteligentes iban reduciendo sus opciones de forma progresiva.

—¿A qué huele? —preguntó Matty, arrugando la cara. Sherlock también lo olía: era algo como carne podrida. Si era cierto que aquellas criaturas se tragaban entera su presa y luego pasaban semanas digiriéndola, el olor probablemente vendría de ellas.

—Sherlock —dijo Virginia, cuya voz no revelaba para nada lo que sentía—, ¿qué hacemos?

—Pensar —dijo Sherlock, y es lo que estaba haciendo. Estaba pensando más rápido que en toda su vida.

El reptil que estaba a su derecha se acercó unos cuantos pasos más. Matty se agachó, cogió una piedra del suelo y se la lanzó. No se movió cuando la piedra golpeó la pared que estaba a su lado y rebotó. Ni rastro de miedo ni de precaución, nada. No le importó en absoluto. Al cabo de unos segundos dio otros dos pasos, con las patas extendidas a

cada lado de su cuerpo.

La criatura que había a su izquierda siseó, con la cabeza erguida para probar el aire. Las otras dos también sisearon. Sherlock no estaba seguro de si se estaban comunicando entre sí, o simplemente estaban haciendo ruidos para provocar que su presa se quedara paralizada de miedo.

La distancia entre los reptiles y ellos tres ya casi se había reducido a la mitad, acortada poco a poco por los pequeños pasos que daban los animales. Sin prisa ni ataques inesperados, solo un proceso progresivo e inteligente de arrinconar a su presa en una esquina donde pudieran comérsela a su antojo.

Y a Sherlock no se le ocurría ninguna forma de detenerlas.

Capítulo 15

—¿Y si vamos por el agua? —susurró Matty, como si los reptiles pudieran oírlo y entenderlo—. ¿No podríamos meternos en el estanque y esperar a que se vayan?

—Creo que son medio anfibios —dijo Sherlock—. Mira las patas palmeadas que tienen. Seguramente naden mejor que nosotros.

—Yo no sé nadar —dijo de pronto Virginia.

—Retiro lo dicho —dijo Sherlock—. Definitivamente saben nadar mejor que nosotros. —Desesperado, miró a su alrededor, con la esperanza de que hubiera algo por ahí tirado que pudiera venirles bien, pero aparte de rocas y arbustos no había nada.

Los reptiles se estaban acercando, y el hedor a carne podrida se volvía casi insoportable.

—Ah, no sé si servirá de algo —dijo Matty—, pero cogí esto del bolsillo de la chaqueta de ese tío.

Sherlock se giró y vio que Matty tenía la pequeña pistola de dos cañones.

—Es una Remington Derringer —dijo Virginia—. Papá me compró una igual hace tiempo, pero la perdí.

—¿Cómo demonios se la has quitado? —preguntó Sherlock.

Matty se encogió de hombros.

—Me gano la vida como puedo —puntualizó—. Ser carterista a veces es un recurso.

Sherlock miró de la pistola a los reptiles que avanzaban y otra vez a la pistola.

—Dos balas, tres criaturas —dijo—. Lo veo complicado.

—Pero aumenta nuestras posibilidades de escapar —añadió Virginia.

—Solo significa que a uno de nosotros lo matan y se lo comen en lugar de matarnos a los tres, y esa no es una solución aceptable.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Matty.

—Pues la verdad es que sí —dijo Sherlock, y empezó a escudriñar las paredes—. ¿Cómo las metieron aquí? Dudo que les hicieran pasar por la tabla. Demasiadas probabilidades de que se hicieran daño al caer.

—¿Crees que hay una compuerta o algo así? —preguntó Matty.

—Parece lógico. Lo único que tenemos que hacer es buscarla. —Sherlock miró más detenidamente a los reptiles que se acercaban—. Son más lentos que nosotros —observó—, pero tarde o temprano nos agotarán. —Recorrió las rocas con la mirada—. Veamos, si nos damos prisa podemos trepar por las rocas, saltar por encima de sus cabezas, ponernos detrás y buscar la entrada. No van rápido.

Antes de que Matty o Virginia pudieran detenerlo, fue corriendo hacia los reptiles. Tres bocas llenas de dientes afilados se abrieron, y el repentino siseo por poco le deja sordo. Sin dejar de pensar, saltó a una de las rocas y desde ahí a otra más grande. Esta se movió bajo sus pies, y supo que si se resbalaba las criaturas le cogerían enseguida. Saltó sin mucho equilibrio y al salir volando por el aire vio que detrás de él los reptiles se apoyaban en sus patas traseras y alargaban las enormes mandíbulas para morderle los talones.

Aterrizó sano y salvo en un claro. Cuando se dio la vuelta vio que Virginia se

precipitaba hacia él a toda velocidad. La cogió para que no se hiciera daño y la echó a un lado para que Matty tuviera una zona despejada donde caer. Al saltar, los reptiles intentaron morderle. Uno de ellos usó la cola musculosa para impulsarse en el aire, pero sus dientes se cerraron de golpe un instante después de que Matty pasara. Este tocó el suelo y tropezó, rodando antes de conseguir ponerse en pie.

Sin mostrar ninguna emoción, los tres reptiles se dieron la vuelta y empezaron a avanzar de nuevo, con sus ojos negros pequeños y brillantes fijos en sus tres víctimas.

—¡Rápido! —gritó Sherlock, y les condujo hacia el muro que separaba el recinto del mundo exterior. A su derecha la pared continuaba hasta el suelo, pero a su izquierda montones de rocas tapaban la parte inferior. Corrió por el lateral del muro, mirando por detrás de las rocas. ¡Nada! Otro claro, y luego un gran arbusto que ocultaba la pared. Lo empujó hacia un lado, y le dio un vuelco el corazón cuando vio una rejilla metálica que salía del suelo a la altura de la cintura, con goznes a la izquierda y un cerrojo sencillo para asegurarla.

Entonces vio el enorme candado que sujetaba el cerrojo de seguridad.

Matty se acercó a él.

—¿Puedes reventarlo con la pistola? —preguntó mientras le ofrecía la Derringer.

Sherlock se quedó pensando un momento.

—Es poco probable —dijo—. Ese candado es gigante. Lo más seguro es que las balas reboten.

—¿Y los goznes?

—Tres goznes, dos balas. El mismo problema.

Virginia se unió a ellos y miró hacia atrás preocupada.

—No estoy segura de que tengamos elección —señaló.

Matty le dio una patada a la rejilla y esta apenas se movió.

A Sherlock le daba vueltas la cabeza con ideas contradictorias. Había dos opciones: disparar a los reptiles y dejar a uno con vida o disparar al candado y probablemente desperdiciar dos balas. ¿Cuál de ellas debía elegir?

Una vocecita en la tormenta de sus pensamientos le preguntó: «¿Qué diría Mycroft? ¿Qué diría Amyus Crowe?». Y, al igual que antes en el tren, una voz respondió: «Cuando solo tienes dos opciones y no te gusta ninguna de ellas, invéntate una tercera».

Paseó la mirada por el estanque al que los tres habían saltado y de pronto recordó las escaleras que conducían hacia abajo, que estaban al lado de las que subían al balcón. No llevaban a la rejilla, porque esta daba directamente al suelo. Tenían que dirigirse a otro sitio. El estanque estaba en ese lado del recinto, y Balthassar había hablado de ver a los reptiles guardando la comida debajo de las piedras en el agua. Quizá los escalones llevaran a una galería subterránea desde donde se viera todo; una habitación con una ventana gruesa de cristal que diera a las profundidades del estanque para que Balthassar y sus invitados pudieran ver nadar a los reptiles.

Pero ¿cómo podía atravesar el cristal, si es que había uno? Tenía que ser grueso para aguantar la presión del agua.

Así que lo que tenía que hacer era causar más presión de la que la ventana podía

soportar.

Le arrebató la Derringer a Matty. Dos gatillos, por supuesto, que se correspondían con los dos cañones. Uno podría querer dispararlos por separado. Los miró fijamente.

—Antes tenías una igual —le dijo a Virginia—. ¿Cómo la cargabas?

—Echas un poco de pólvora negra en el cañón y metes dentro un cartucho —explicó—, con cuidado de no dejar que entre el aire entre el cartucho y la pólvora. Luego pones una cápsula fulminante en el otro extremo del cañón. Y la pistola está cargada y lista para disparar.

—¿Un cartucho? —preguntó él, mirando más detenidamente los cañones—. Ah, claro, la bala está envuelta en papel. Eso debe de ser lo que la selle.

—Papel encerado. ¿Por qué es importante?

—Porque significa que es hermética —dijo—. Al menos por un tiempo. Y si es hermética, también es resistente al agua.

Antes de que Virginia pudiera decir nada, Sherlock se dio la vuelta y corrió hacia el estanque mientras amartillaba los dos percutores idénticos de la parte trasera de la Derringer. Cuando llegó a la orilla se tiró de cabeza con los brazos extendidos delante de él y la Derringer en la mano derecha. Se sumergió en el agua tibia y llena de motas de polvo y de vegetación que flotaban en la superficie. De pronto los ruidos se amortiguaron. Agitó los pies para impulsarse hacia la pared lejana que había debajo del balcón.

Y ahí, donde sabía que tenía que estar, donde la deducción le había dicho que estaría, había una ventana de cristal empotrada en un marco de metal. Antes de que pudiera entrar nada de agua en la Derringer, la apoyó encima del cristal.

Y apretó los dos gatillos a la vez.

En algún lugar de su mente había algo que leyó en una ocasión y no había olvidado, que era que el agua no se podía comprimir. Independientemente de cuánto uno la apriete, el agua nunca se vuelve más densa. Lo único que ocurre es que la presión que uno ejerce se transfiere a otra parte. A cualquier cosa que el agua esté tocando.

Así que cuando los percutores de la base de los cañones chocaron contra las dos cápsulas fulminantes, el fulminato de mercurio de dentro se encendió. Eso provocó que el azufre, el carbón y el nitrato potásico de la pólvora negra ardieran rápidamente, produciendo un enorme volumen de gas caliente. El gas empujó las balas de plomo por los cañones, y al hacerlo quemó los parches de papel. Las balas presionaron el agua de los cañones y el agua a su vez presionó la ventana.

Que se rompió y se hizo añicos.

Todo el líquido del estanque entró a raudales en la habitación subterránea y arrastró a Sherlock a su paso. Él empezó a nadar a ciegas hacia la esquina del cuarto donde debían de estar las escaleras, deseando con todas sus fuerzas que Virginia y Matty supieran lo que había hecho y le siguieran. ¿Los debería haber avisado con antelación? No se le había ocurrido. Se había limitado a poner en práctica sus deducciones sin darse cuenta de que ellos dos tal vez no lo entenderían.

Le quemaban los pulmones por el esfuerzo que hacía para contener la respiración, y el

corazón le golpeaba dentro de la caja torácica. Se arrastró por el agua turbia moviendo desesperadamente los brazos. De repente sintió que rozaba con los nudillos el borde de piedra de un escalón. Se impulsó hacia arriba y nadó lo más fuerte que pudo.

Cuando sacó la cabeza del agua, a la altura de la parte inferior de la puerta que conducía a la calle soleada, empezó a dar enormes bocanadas de aire, una detrás de otra, esperando a que su acelerado corazón se calmara.

La cabeza de Matty salió de repente del agua. Virginia llegó poco después.

—Tú eres una especie de genio —dijo Matty, respirando con dificultad—. No sé lo que has hecho, pero nos has salvado.

—No exactamente —indicó Virginia jadeante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Matty.

—Sherlock dijo que esos seres eran anfibios.

Los tres se miraron durante un instante y luego salieron rápidamente del agua.

Los escalones que iban hacia la habitación panorámica subterránea y el balcón no se veían desde la casa. Se sentaron para recobrar el aliento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Matty—. ¿Qué hacemos?

—Lo único que se me ocurre es que sigamos las vías del tren hacia el último pueblo donde estuvimos —respondió Sherlock—. Allí habrá una oficina de telégrafos. Podemos mandarle un mensaje al padre de Virginia. Tenemos que contarle lo del ejército de Balthassar y la invasión de Canadá.

—Ah —dijo Matty—, andando...

—Si intentamos robar unos caballos —señaló Sherlock—, lo más seguro es que nos pillen. Me imagino que esta gente cuida a sus caballos, sobre todo si están planeando una invasión.

Matty suspiró.

—Vale —dijo—, vámonos. Nos secaremos por el camino.

Procurando que no los vieran desde la casa, se abrieron paso entre la colección de corrales y jaulas de Balthassar. Muchas de ellas estaban vacías, pero Sherlock vio algo en las que estaban ocupadas que recordaría durante el resto de su vida, animales que solo había visto en ilustraciones y que al natural se parecían a las criaturas de los sueños o las pesadillas. Unos animales con patas y cuellos alargados cuya piel estaba cubierta de grandes manchas marrones; una criatura gigante con la cabeza cuadrada con una protuberancia que le colgaba por delante, coronada con dos cuernos, y una piel tan gruesa como una armadura; y cosas que parecían cerdos pero que estaban cubiertas de pelo áspero y tenían colmillos que sobresalían de las mandíbulas. Un bestiario de animales fabulosos.

Cuando llegaron al borde de los recintos y las jaulas, Sherlock miró detenidamente a su alrededor. El suelo cubierto de hierba que había ante ellos estaba despejado, y a lo lejos, a su derecha, vio la casa de Balthassar. La orientación del edificio indicaba por dónde tenía que pasar la vía del ferrocarril, aunque estaba oculta por la hierba alta. Ahí fuera en algún lugar se encontraba la valla limítrofe, y pasada esta, siguiendo las vías del tren, el pueblo llamado Perseverance. Que él recordara, había que cruzar al menos un puente de

madera que atravesaba una profunda cañada.

No tenía elección.

—Venga —dijo cansado—. Acabemos de una vez con esto.

Y entonces se pusieron en camino a través las praderas. Solo tardaron diez minutos en encontrar los dos raíles metálicos de la vía del tren, colocados encima de unas gruesas traviesas de madera, y otra media hora en llegar a la valla limítrofe, el punto donde su tren se había desviado de la vía principal hacia la casa de Balthassar. En cuanto la encontraron, Matty estuvo un rato andando entre los raíles, pasando de una traviesa a otra, pero el hueco era ligeramente más grande que sus zancadas y pronto le empezaron a doler las piernas, por lo que acabó caminando al lado de las vías junto a Sherlock y Virginia.

Al cabo de otra media hora, la valla y la casa desaparecieron en una calima que envolvía el horizonte. Lo único que quedaba eran las vías que se alejaban de ellos en ambas direcciones y las praderas. A lo lejos, a su izquierda, a Sherlock le pareció ver el contorno borroso de las montañas, pero le costaba distinguirlo a causa de la neblina.

Los pájaros daban vueltas encima de ellos. Matty pensó que podrían ser buitres, pero Virginia dijo que eran halcones. Sherlock se reservó la opinión. No sabía cómo eran los buitres ni los halcones, así que no estaba preparado para especular.

Mientras caminaban, se sorprendió a sí mismo dándole vueltas una y otra vez a los planes que Duque Balthassar les había explicado. ¡Todo parecía tan absurdo! Un ejército confederado resucitado tratando de invadir una colonia británica cercana para fundar una nueva nación donde se les permitiera hacer las cosas a su manera, en lugar de hacerlas como querían los unionistas que habían ganado la guerra. Sherlock no aprobaba la esclavitud, pero tampoco estaba convencido de que estuviera bien que un grupo de personas empleara la fuerza para decirle a otro grupo cómo vivir su vida. Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Deberían permitirle a todo el mundo vivir de acuerdo a sus propios principios? Y en ese caso, ¿qué pasaba si tu vecino creía que robar estaba permitido pero tú no, y se llevaba tus cerdos, o tus ovejas, o tus caballos? Entonces parecía que lo sensato era dejar que alguien estableciera unos principios éticos en los que puede que uno mismo no creyera, pero que tenía que obedecer.

Por extraño que pareciera, todo aquello le hizo pensar en el ejemplar de *La República* de Platón que Mycroft le había regalado antes de irse de Southampton. Platón había anticipado todas aquellas cuestiones más de dos mil años antes. Y en el transcurso de ese tiempo nadie había sido capaz de crear una sociedad en la que todo el mundo estuviera de acuerdo y que funcionara realmente bien.

¿Era eso lo que el propio Mycroft, con esa tranquilidad tan propia de él, estaba intentando hacer, convertir a Gran Bretaña en una sociedad que funcionara lo mejor posible?

Sherlock se dio cuenta de que, a medida que se hacía mayor, estaba desarrollando un respeto cada vez más fuerte por su hermano.

Mientras caminaban, el sol iba descendiendo inexorablemente hasta el horizonte que había a su espalda y proyectaba sombras enormes de un extremo a otro de la pradera

ondulada que se desplegaba ante ellos. Por un momento, Sherlock creyó ver una raja oscura en la hierba teñida por el anochecer, y a medida que pasaba el tiempo y el sol se deslizaba por el cielo hasta casi desaparecer, la raja resultó ser la rambla que había cruzado antes el tren, de camino a casa de Balthassar. Los moribundos rayos iluminaban el puente desde un ángulo extraño, haciendo que pareciera más una maqueta infantil que algo real.

—¿Tenemos que cruzar eso? —preguntó Matty en voz baja cuando los tres se detuvieron al borde de la rambla y contemplaron el puente.

Sherlock señaló las profundidades de la cañada con un gesto de la mano.

—Creo que no estamos en condiciones de descender, cruzarlo y luego trepar otra vez.

—Me parece que Matty quiere decir que si lo tenemos que cruzar esta noche, y creo que estoy de acuerdo con él —dijo Virginia.

—No podemos permitirnos parar a dormir —indicó Sherlock—. Para empezar, no sabemos lo que hay por aquí. Pumas, osos...

—Mapaches —murmuró Virginia.

—Podría haber cualquier cosa —prosiguió él—. Y necesitamos comida. Aparte de zumo de naranja y un bollo, no he tomado nada desde esta mañana.

—Comida... —se quejó Matty—. Me muero de hambre. ¿Crees que habrá algo ahí fuera que podamos, ya sabes, cazar?

—Lo más probable es que sea al revés —indicó Sherlock. Respiró hondo y empezó a descender por la rambla pasando de una traviesa a otra.

—¿Qué pasa si viene un tren? —gritó Matty.

—No circulan por la noche —dijo Virginia—. Demasiadas posibilidades de tropezar con un búfalo, un desprendimiento de tierra o cualquier otra cosa. Se paran en el pueblo más cercano y dejan salir a la gente. Hay hoteles para que los viajeros se queden hasta que el tren salga a la mañana siguiente.

—Ah —dijo Matty, y sonó como si hubiera estado esperando una razón para no cruzar.

Sherlock notó, como Matty antes que él, que caminar de una traviesa a otra era agotador. Aunque tenía las piernas largas, necesitaba estirarse a cada paso que daba. Vio entre las traviesas lo que había debajo, pero debido a que los últimos rayos de sol brillaban horizontalmente a través del paisaje, la rambla estaba a oscuras, y lo único que veía entre sus pies era un vacío absoluto. Si miraba demasiado fijamente empezaba a perder la noción de dónde estaban estos. Se tropezó dos veces y casi se cae. Al final decidió que solo tenía que mirar hacia delante y confiar que su instinto le permitiera encontrar las traviesas. Estaban separadas a la misma distancia, y vio que aunque no mirara podría averiguarlo.

De vez en cuando miraba hacia atrás y veía a Virginia y a Matty perfilados por el disco rojo del sol que les seguía. Daba la impresión de que se estaban apañando bien. No había nada que pudiera hacer para ayudarlos, pensó. Cada uno estaba en su universo particular en aquel largo paseo por encima de la rambla.

Oyó un ruido detrás de él. Paró y volvió la vista para ver lo que era. Virginia estaba despatarrada encima de las vías. Parecía exhausta. Levantó la cabeza y lo miró fijamente

con los ojos cansados.

–Perdón –dijo entre dientes–. Me he tropezado.

–No puedo ir en tu auxilio –dijo Sherlock, desesperado–. ¡No puedo darme la vuelta sin correr el riesgo de caerme, y si me agacho para ayudarte a que te levantes me caeré de todos modos!

–Ya lo sé –dijo Virginia en voz baja–. Ya lo sé.

Desde detrás de ella, Matty gritó:

–¡Virginia, tienes que levantarte!

–Ah, es verdad, gracias –susurró ella irónica mientras se impulsaba hacia arriba–. ¡No lo había pensado!

Se pusieron de nuevo en marcha, uno detrás de otro. Daba la sensación de que el tiempo se evaporaba. Cada segundo, cada minuto, se confundía con el siguiente, de modo que cuando Sherlock se dio cuenta de que había tierra firme entre las vías ya estaban a unos noventa metros del borde de la rambla.

–Vamos a descansar –dijo–. Diez minutos nada más.

Matty refunfuñó.

–Necesito dormir.

–Mi hermano dice que un hombre puede pasarse días sin dormir, si lo que está haciendo es lo suficientemente importante e interesante.

–Caminar hasta el pueblo más cercano puede ser importante –indicó Matty–, pero lo que está claro es que no es nada interesante.

Sherlock aguardó lo que él pensó que eran diez minutos, pero que podrían haber sido desde treinta segundos hasta una hora, a juzgar por la forma en que el tiempo se estiraba y se desdibujaba, y luego les pidió que se pusieran en pie y empezaran a andar otra vez. Continuaron caminando en silencio al lado de las vías. Dos veces, a lo lejos, Sherlock oyó un aullido. Por un momento sintió terror al pensar que Balthassar había notado su ausencia y había enviado a sus pumas a por ellos, pero Virginia dijo en voz baja:

–Coyotes.

–¿Qué es un coyote? –gritó Matty desde detrás.

–Es como un lobo –respondió Virginia.

–Ah. –Hubo un silencio–. Me pregunto a qué sabrán.

–Curiosamente, lo más probable es que ese aullido signifique que se están preguntando lo mismo acerca de ti –dijo Virginia.

La luna se levantó sobre el horizonte: un disco blanco e inflado que parecía mucho más grande del que Sherlock recordaba de Inglaterra. Estados Unidos no estaba más cerca de la luna, ¿no? Al fin y al cabo, el mundo era redondo. Cada punto de su superficie tenía que estar a la misma distancia de la luna. La única explicación que se le ocurría era que había algo en la atmósfera, algún truco del aire caliente, que aumentaba la imagen y hacía que esta pareciera más grande.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que Matty estaba hablando solo. Sherlock había supuesto que hablaba con Virginia, pero cuando se quedaba callado ella no decía nada. Era como si Matty pudiera oír una voz que nadie más oyera. ¿Una alucinación? Tal vez

el cansancio y la falta de comida le estaban afectando. Al fin y al cabo, había tenido un par de semanas de mucho estrés.

Aunque pensara que era Matty el que alucinaba, no le parecía raro que la señora Eglantine, el ama de llaves de la casa de sus tíos, estuviera caminando a su lado durante parte del viaje. No le decía nada. Solo le miraba con desaprobación, fruncía la boca como si fuera el capullo de una flor y sacudía la cabeza de un lado a otro. No sabía cuándo había aparecido ni cuándo iba a desaparecer. Lo único que sabía era que al menos durante una parte del viaje había estado ahí, una compañera silenciosa que le seguía el ritmo. Qué curioso, pensó, de toda la gente que se podría haber imaginado caminando a su lado, ¿por qué ella? ¿Por qué no Mycroft, o Amyus Crowe? A decir verdad, si estaba trastornado, ¿por qué no era ninguna de las personas de cuya muerte había sido responsable: el señor Surd, Gilfillan, Ives o Grivens? Hasta Platón habría sido un mejor compañero de viaje que la señora Eglantine.

Si Virginia estaba viendo a alguien que no estaba ahí, nunca lo diría, ni en ese momento ni después.

A la luz de la luna, Sherlock atisbaba de vez en cuando un establo o una granja recortados contra el horizonte. Pensó en desviarse del camino y parar para pedir ayuda, o al menos comida y bebida, pero algo le hacía seguir caminando junto a la vía del tren. Las explicaciones requerían tiempo, y podrían causarles más problemas. Y además, lo que necesitaban era una oficina de telégrafos, y eso solo lo encontrarían en una estación de tren.

Al cabo de un rato, los pocos establos y granjas aislados se convirtieron en un puñado, y luego en lo que parecía una comunidad dispersa. Estaban a las afueras de algún lugar. Con un poco de suerte, sería el pueblo. Sherlock no recordaba que el tren pasara por ningún otro grupo de edificios después de dejar la estación de Perseverance, pero no había estado mirando por la ventanilla todo el tiempo. Habían pasado otras cosas que le habían distraído. Era posible que aquel fuera un pueblo diferente, uno sin estación ni oficina de telégrafos, en cuyo caso decidió que pararían, aunque solo fuera un ratito. Quizá podrían pagar a alguien para que les llevara en coche a Perseverance.

Mientras caminaban, un destello de color rosa se extendió por el horizonte. Estaba saliendo el sol. ¿Realmente habían estado caminando toda la noche? A juzgar por lo agarrotados que estaban sus músculos y lo seca que tenía la garganta, Sherlock supuso que sí.

¿O simplemente era otra alucinación, como lo de la señora Eglantine?

Después de horas caminando en línea recta a través del paisaje, las vías del tren trazaron una curva hacia el centro del pueblo. Y por fin, ahí delante de ellos, estaba el grupo de edificios que Sherlock recordaba de cuando los tres habían bajado un momento del tren: la estación y los retretes. Habían llegado. Aunque parecía imposible, habían llegado.

Un tren se hallaba detenido en la vía muerta que había junto a la estación. Era más corto de lo que Sherlock recordaba del día anterior. Estaba desierto y a oscuras.

No había nadie a su alrededor cuando subieron tambaleándose al andén elevado de la

estación. Incluso la oficina de telégrafos estaba cerrada a cal y canto. Sherlock aporreó la puerta, por si había alguien durmiendo dentro, pero nadie respondió. Parecía que el pueblo entero seguía dormido, pese a que el azul del amanecer se extendía por el cielo.

—Vamos, busquemos un hotel y compremos algo de comer —dijo, y las palabras se le atragantaron en la garganta seca—. La oficina de telégrafos seguramente no abrirá hasta más tarde.

—Comida —dijo Matty, y se le quebró la voz—. Dormir.

Virginia se limitó a asentir con la cabeza. En su cara blanca como una tiza, las pecas destacaban como manchas de tinta. Daba la impresión de que no aguantaba más.

El hotel estaba enfrente de la estación. La calle era de tierra y estaba surcada por las ruedas de innumerables carros, y, aunque resulte extraño, a Sherlock le pareció más difícil de atravesar que las praderas.

Las puertas batientes no estaban cerradas. Por primera vez en mucho tiempo tenían buena suerte.

Y de pie junto a una mesa, en el centro del vestíbulo principal, mirando un mapa desplegado delante de él, estaba Amyus Crowe.

Levantó la vista al oírlos entrar, y en su cara se reflejaron tantas emociones distintas en solo un segundo que Sherlock sintió que estaba mirando a varios hombres diferentes a la vez.

Virginia corrió hacia su padre y lo abrazó. Matty se dejó caer en una silla y cerró los ojos.

—Nos has encontrado —dijo Sherlock, que no percibió ninguna emoción en su voz. Tal vez la caminata que había durado toda la noche le había consumido. Estaba muy cansado.

—Hablé con los vendedores de periódicos —dijo Crowe, que se estaba esforzando claramente por mantener la voz serena—. No hay mucho que pase en la ciudad de lo que ellos no se enteren, y se las arreglan para vivir ignorados en gran parte por el resto de la población. Me contaron que te estaban siguiendo y que lograste darle la vuelta a la situación. Un truco muy ingenioso el de la gorra, la chaqueta y los periódicos, por cierto. Uno de ellos te vio en la pensión, y otro os vio a los dos en la estación. Yo mismo conseguí reconstruir el resto de lo que ocurrió. —Respiró hondo y se estremeció—. Creo que puedo determinar lo que os trajo hasta aquí. Si pensara que lo has hecho a propósito, hijo, te metería en el primer barco de vuelta a Inglaterra y me aseguraría de que tú y yo no volviéramos a estar nunca en el mismo continente, pero creo que lo que ha pasado ha sido una serie de pequeños accidentes, al final de los cuales estabais lejos de donde yo me encontraba y de donde podía ayudaros.

—Es más o menos eso —dijo Sherlock—. No fue intencionado en lo más mínimo.

—Es verdad —dijo Virginia, con la voz amortiguada por el pecho de su padre—. Estábamos siguiendo a los hombres que tenían a Matty, y el tren empezó a moverse antes de que pudiéramos bajar.

—Pero me rescataron —añadió Matty, con los ojos aún cerrados.

—Eso es verdad —admitió Crowe, y les lanzó una mirada a los tres—. Me parece que

necesitáis comer, beber y descansar, pero quiero enterarme de lo que os ha pasado mientras coméis y bebéis. –Volvió la cabeza hacia la parte de atrás del vestíbulo, donde había una puerta–. ¡Señora Dimmock! ¡Cuatro desayunos, con todo el zumo de naranja y el café que pueda! –Miró a Sherlock y a Matty–. ¡Que sean ocho desayunos! –gritó–. ¡Aquí hay gente hambrienta!

La siguiente hora se pasó volando. La comida llegó mientras los tres le contaban a Amyus Crowe todo lo que les había pasado, y acabaron de hablar mientras se atiborraban de jamón, patatas fritas, huevos de varias clases y zumo.

–Está planeando invadir Canadá –le dijo Sherlock a Crowe al llegar al final–. Ha formado un ejército, y piensa crear un nuevo país dentro de Canadá y declararlo como la nueva Confederación de Estados.

–Eso es prácticamente lo que los Pinkerton ya han averiguado –dijo Crowe, asintiendo con la cabeza–. Llevan un tiempo vigilando a este tal Duque Balthassar. El hecho de que esté usando a John Wilkes Booth como testaferro para animar a sus tropas y dotar a esa nueva nación de alguna legitimidad a los ojos de los estados del Sur les pilló de nuevas, pero sirvió para explicar lo que él está esperando.

–¿Y qué van a hacer al respecto? –preguntó Sherlock.

–No pueden dejar que siga adelante, ¿no? Envenenaría las relaciones entre Estados Unidos e Inglaterra durante generaciones. –Crowe negó con la cabeza, esa cabeza enorme con la cara llena de arrugas–. Tienen un plan –murmuró–. No puedo decir que haya pensado mucho sobre ello, pero el secretario de guerra Stanton lo ha respaldado personalmente, así que no hay mucho más que decir.

–¿Van a atacar? –preguntó Matty, con la boca todavía llena de patatas fritas.

–Han movilizado al ejército y están formando un cordón en algún lugar entre aquí y la frontera –dijo Crowe–. Pero traman algo más. El gobierno quiere resolver esto sin una lucha cuerpo a cuerpo, si es que eso es posible. –Suspiró y miró hacia la puerta principal del hotel–. El secretario de guerra Stanton se mostró bastante interesado por el empleo de globos de reconocimiento durante la guerra de Secesión. Cree que los globos son el futuro de la guerra. Ha ordenado que el Cuerpo de Ingenieros del Ejército despliegue todos los globos aerostáticos que tenga. Al caer la noche, tiene la intención de hacer volar los globos por encima del campamento de Balthassar y lanzar artefactos explosivos sobre ellos.

–Pero... –empezó a decir Sherlock, y luego se quedó en silencio, horrorizado–. ¡Eso sería una masacre! Sé que estos hombres están a punto de invadir otro país, pero ¡tirarles bombas! ¿No les pueden dar al menos la oportunidad de rendirse?

Crowe negó con la cabeza.

–Esto no funciona así. El secretario de guerra Stanton quiere transmitirles un mensaje. Quiere que todo el mundo sepa que la guerra ha terminado y que ganó la Unión, y cualquier intento de cambiar el destino confederado será recibido con una fuerza aplastante.

–Pero ¡matarán a cientos, puede que a miles de hombres! –protestó Sherlock–. Y ni siquiera en una batalla, donde podrían defenderse. ¡Van a morir cuando el fuego llueva

sobre ellos! ¡Eso está mal!

–Puede que esté mal –dijo Crowe en voz baja–, pero es lo que va a pasar. Bienvenido al mundo de lo que los alemanes llaman *Realpolitik*, Sherlock.

Capítulo 16

Los sueños de Sherlock estuvieron llenos de fuego cayendo del cielo y gritos de figuras delgadísimas y chamuscadas corriendo de aquí para allá en medio del caos. Se despertó al cabo de unas horas, todavía cansado pero incapaz de seguir durmiendo.

La habitación era una de las tres libres que les había encontrado el director del hotel para que durmieran. Sherlock se preguntaba si el tren de la estación estaba vacío porque el hotel estaba lleno de viajeros, pero en realidad se lo habían alquilado expresamente a Amyus Crowe y un grupito de detectives de Pinkerton que estaban al tanto de la situación.

Mientras estaba ahí tumbado, no dejaba de pensar en lo que iba a pasar en unas horas. No era como si los hombres del ejército de Balthassar tuvieran que ser malos por fuerza; simplemente tenían una idea diferente sobre cómo querían que les gobernaran. Invadir otro país estaba mal, obviamente, pero ¿significaba eso que merecían que les aniquilaran como a hormigas?

Mycroft habría encontrado la manera de detenerlo. Sherlock estaba convencido. Su hermano era una simple pieza del engranaje del gobierno británico, no cabía duda, pero tenía creencias, principios y convicciones. Las mismas creencias, principios y convicciones que le había inculcado a él su padre, el mayor Siger Holmes de los Dragones del Rey. Ambos eran hijos de Siger, y habían heredado sus valores del mismo modo que habían heredado sus ojos azules.

Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? ¿Qué podía hacer él para frenar al Cuerpo de Ingenieros del Ejército?

Quizá podía enviarle un telegrama a Mycroft a Inglaterra. No sabía cuánto costaría, aunque se imaginaba que sería caro, pero aún le quedaba algo de dinero. Mycroft podría llamar al embajador estadounidense o a quien fuera y hacer que pusieran fin al plan.

Pero ¿podría hacerlo? ¿Lo haría? Y, es más, ¿tenía su hermano tiempo suficiente? Después de todo, estaba a miles de kilómetros de distancia y tal vez sus superiores del Departamento de Extranjería estaban más preocupados de impedir la invasión de un territorio británico que de salvar la vida de hombres a los que ni siquiera conocían.

Sherlock sabía que tenía que salir de allí, ir a ver al ejército de Balthassar y al Cuerpo de Globos de los Ingenieros del Ejército. Quizá no pudiera hacer nada, pero lo que estaba claro es que ahí en el hotel tampoco. Tal vez afuera, en las praderas, se le ocurriría algo.

Pero ¿cómo iba a llegar hasta allí?

Imagino que podría alquilar un caballo en el pueblo. Cabalgaría hasta el lugar desde donde iban a lanzar los globos. Lo había visto marcado en el mapa que Amyus Crowe había estado consultando unas horas antes. No lo había memorizado adrede pero, como tantas cosas que leía, se le había quedado grabado en el cerebro.

¿Debía llevarse a Virginia y a Matty? Su presencia le serviría de consuelo, pero tenía la sensación de que aquella era su batalla. A ellos no les importaba tanto, y no tenía ningún derecho de arrastrarlos con él.

Se levantó y se vistió con una ropa limpia que Amyus Crowe había conseguido encontrar en alguna parte del pueblo. Aún era nueva y le picaba, pero la idea de ponerse

la misma ropa que había llevado los últimos dos días le horrorizaba.

Crowe estaba en el comedor, hablando con dos hombres trajeados. Llevaban pistolas colgadas de unos cinturones bajos que les rodeaban la cintura. Sherlock supuso que serían de la Agencia Pinkerton. Logró pasar delante de ellos sin ser visto cuando estaban distraídos y salió a la calle.

Las aceras de madera que bordeaban la calle estaban llenas de gente que deambulaba de un lado a otro o simplemente charlaba parada en algún sitio. Sherlock se dejó llevar por la marea humana hasta que vio algo que parecía un establo y entró.

—¿Te puedo ayudar en algo, hijo? —dijo una voz. Sherlock miró a su alrededor. Un anciano salió de la oscuridad. Era calvo salvo por un mechón de pelo blanco que bordeaba la parte de atrás de su cabeza y un poblado bigote también blanco.

—Necesito un caballo solo para hoy —dijo Sherlock.

—Me viene bien —respondió el hombre—. Tengo un caballo que lleva tiempo sin hacer ejercicio. Parece que los dos hemos encontrado justo lo que buscábamos.

—¿Cuánto? —preguntó Sherlock.

—Déjemoslo en una señal de diez dólares y te devuelvo nueve cuando regreses.

Sherlock le entregó el dinero y el hombre le condujo hacia un compartimento del establo donde una yegua marrón esperaba paciente. Esta observó al muchacho con curiosidad mientras el anciano la ensillaba.

Sherlock echó un vistazo al establo. Aparte de los arreos habituales —sillas de montar, riendas, estribos— que colgaban de unos ganchos, había también un montón de cosas que Sherlock no conocía. Parecían armas: arcos, lanzas, hachas, pero estaban adornadas con plumas y correas de cuero.

—Recuerdos de los años que luchamos con los nativos —dijo el hombre cuando se dio cuenta de hacia dónde miraba Sherlock—. Las tribus Pamunkey y Mattaponi nos causaron muchos problemas cuando construimos este pueblo. Coleccionaban nuestras cabelleras; y mi abuelo y mi padre coleccionaban sus hachas de guerra, lanzas, cuchillos y arcos.

Sherlock pensó en lo que le esperaba: un ejército hostil, una fuerza atacante y una tierra salvaje donde merodeaban coyotes. No quería comprar una pistola, y estaba bastante seguro de que nadie le vendería una, pero le vendría bien algún tipo de arma.

—Por otro dólar, ¿podría prestarme un arco, un carcaj de flechas y un cuchillo?

—No —respondió el hombre. Inclino la cabeza hacia un lado—. Pero por cinco dólares sí.

Diez minutos después, Sherlock salió cabalgando del establo con un cuchillo en el cinturón, un carcaj lleno de flechas en la espalda y un arco atado con una correa a la silla. Creyó ver a Matty y a Virginia en la entrada del hotel, pero pasó por delante tan rápido que no estaba seguro, y no iba a parar.

Recordando el mapa de Amyus Crowe, Sherlock atravesó el campo, que formaba un ángulo con la vía del tren. El paisaje al que se dirigía era más montañoso que las llanuras que rodeaban la vía. Fue a medio galope bordeando las estribaciones que salían de las praderas y subió por una serie de picos bajos y redondeados.

Después de una hora cabalgando por un paisaje de arbustos y arboledas, cruzó un

riachuelo ancho y poco profundo que fluía como un lazo azul brillante desde lo alto de las colinas. Mientras los cascos del caballo salpicaban agua y hacían saltar guijarros del suelo, Sherlock se preguntó si en algún lugar río abajo el agua habría conseguido abrirse paso entre la esteatita para formar la rambla que él, Matty y Virginia habían atravesado la noche anterior. El terreno en Estados Unidos era muy diferente al que estaba acostumbrado a ver en Inglaterra: mucho más joven y salvaje.

Antes de dejar el establo se le había ocurrido comprar una cantimplora de cuero, y se paró un momento para rellenarla y dejar que su caballo bebiera hasta saciarse.

A juzgar por el sol ya era media tarde, y a juzgar por el mapa que tenía en la cabeza se estaba acercando a donde había acampado el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Seguramente habrían apostado centinelas y no quería encontrarse con ninguno. Lo más probable era que dispararan antes de hacer preguntas.

En lugar de seguir rodeando las estribaciones, Sherlock tiró de la cabeza del caballo para darle la vuelta y se dirigió hacia lo alto de las colinas. Si tenía razón, si estaba donde creía estar, podría ver bien el campamento desde ahí arriba.

Tardó otro par de horas en escalar pendientes poco pronunciadas y cruzar terrenos rocosos hasta que su caballo bordeó un tramo más empinado de la ladera y Sherlock se encontró de pronto ante lo que había ido a buscar.

Ocultó al caballo para que no lo vieran y avanzó gateando muy despacio hasta que pudo tumbarse al abrigo de una gran roca y mirar la llanura que había a sus pies.

El sol bajaba hacia el horizonte, y la escena estaba iluminada en parte por sus rayos rojos y en parte por hogueras dispersas. Gracias a aquella mezcla de luces veía el campamento del Cuerpo de Ingenieros del Ejército extendido debajo de él: una serie de tiendas agrupadas en el centro y rodeadas por un descampado. Unos cien hombres se movían resueltamente de aquí para allá. En un lado del campamento habían metido a los caballos en una estacada provisional y en el otro estaban los globos.

Lo que vio le dejó sin habla. Puede que hubiera diez o doce de aquellos artulugios distribuidos en un espacio del tamaño de un campo de rugby. Algunos parecían versiones gigantescas de las medusas que Sherlock recordaba haber visto de pequeño en viajes a la costa, mientras que otros estaban inflados del todo y se habían convertido en esferas brillantes que relucían bajo la tenue luz del sol. Unas cuerdas y tiras del mismo tejido – seda barnizada, recordó Sherlock de su encuentro con Graf von Zeppelin en el *Scotia* – los sujetaban a unas barquillas que había debajo. Los globos se estaban inflando con unas mangueras que salían de unos carros encima de los cuales había tanques de cobre resplandecientes que producían hidrógeno, según recordaba Sherlock, a partir de una combinación de ácido sulfúrico y limaduras de hierro.

Sin dejar de pensar en Graf von Zeppelin, Sherlock oteó el campamento en busca de su rígido cuerpo germano. Había viajado hasta Estados Unidos para hablar sobre los usos militares de los globos. Sería raro que no estuviera allí.

Las figuras que se movían eran demasiado pequeñas para que Sherlock distinguiera las caras, pero creyó ver a un hombre, con barba y un uniforme diferente del resto, de pie cerca de los globos mirando fascinado cómo los llenaban.

Sherlock notó que mantenían las hogueras bastante alejadas de los globos. Era una buena idea. El hidrógeno era altamente inflamable, según recordaba del colegio. Por otro lado, cientos de esferas metálicas, que parecían balas de cañón pero que casi con total seguridad eran artefactos explosivos, estaban amontonadas junto a ellas. Y en una hora o dos, si el viento seguía soplando en la dirección adecuada, lanzarían los globos, cada uno con su propio aeronauta, y se dejarían llevar silenciosamente por el paisaje desolado hacia el lugar donde había acampado el ejército de Duque Balthassar. Y entonces habría tanta muerte y devastación que solo de pensarlo a Sherlock le daban ganas de vomitar.

Tenía que pararlo sí o sí. Ya había visto demasiadas muertes en su vida. Si podía impedir que la gente muriera, lo haría.

Hidrógeno. Inflamable. La respuesta estaba ahí, pero ¿cómo iba a hacer algo al respecto? Si intentaba bajar a hurtadillas y prenderle fuego a los globos, lo atraparían y probablemente le dispararan por considerarlo un espía confederado. Había guardias formando un corro alrededor de los globos.

Pero no había ninguno rodeando las hogueras en el otro lado del campamento, y desde donde estaba tumbado vio que delante de la mayoría de las tiendas había lámparas de aceite colgando de palos que habían clavado en el suelo.

Los pensamientos se le agolparon en la mente cuando empezó a ver conexiones entre cosas que antes le había parecido que no guardaban ninguna relación. La solución estaba delante de sus narices. Tenía algunos de los objetos que necesitaba, y el resto se encontraba ahí abajo, en el campamento.

Y cuanto antes empezara, antes terminaría. Se aseguró de que el extremo de las riendas de su caballo estaba bien sujeto detrás de una roca y comenzó el lento descenso a la llanura. El sol era apenas una delgada línea sobre el horizonte y las rocas diseminadas proyectaban sombras largas y negras. Vio que podía ir de una a otra con bastante facilidad y correr rápidamente por el descampado solo si era necesario.

Cuando llegó a la llanura, el sol había desaparecido detrás del horizonte y el cielo era del color de un moratón reciente. La mayoría de los globos estaban inflados del todo y había más movimiento a su alrededor.

Sherlock se alejó de los globos y fue hacia la zona donde se agrupaban las hogueras. Casi todos los ingenieros del ejército que había en el campamento estaban cerca de los globos, al otro lado del cordón de guardias, observando y esperando el lanzamiento. Sherlock atravesó sigilosamente las tiendas hasta colocarse delante de las fogatas. La carne se estaba asando, los guisos se cocían a fuego lento, y nadie miraba en su dirección. Echó un vistazo a su alrededor, se enderezó, se sacudió la tierra de la ropa, caminó hacia una tienda que estaba desatendida y descolgó una lámpara de aceite del palo que había fuera. Luego, por si acaso, cogió otra de un palo cercano. No de la tienda de al lado, que probablemente se habría notado, sino de una un poco más alejada. Nadie gritó para detenerlo, ni le preguntó lo que estaba haciendo. El corazón le latía el doble de rápido de lo normal pero mantuvo la cara impassible, y cuando se dio la vuelta para regresar caminó despacio, sujetando las lámparas de aceite en posición vertical pero envueltas en su chaqueta para que nadie viera moverse las luces.

Una vez que dejó atrás las tiendas, se apresuró para regresar al pie de las colinas. Mientras se alejaba, le echó un vistazo a los globos. Ya estaban todos inflados completamente, y vio mucho ajeteo mientras los aeronautas del ejército comprobaban sus mapas y hacían los preparativos finales.

Escaló la colina lo más rápido que pudo, consciente de que estaba llevando aceite caliente y con llama y que si se caía podría prenderse fuego a sí mismo. Como se había puesto el sol, se estaba levantando el viento y tenía frío sin la chaqueta.

Su caballo relinchó suavemente, dándole la bienvenida al volver a la zona llana donde lo había dejado. Puso las lámparas de aceite en el suelo, fue hacia donde estaba el caballo y recogió el arco y el carcaj de flechas que le había prestado, o más bien alquilado, el cuidador del establo.

Iba a necesitar algo para que la llama no se apagara mientras las flechas volaban por el aire.

Un poco de algodón. Cualquier tipo de algodón.

Miró a su alrededor, maldiciéndose a sí mismo por no haber cogido algo en el campamento, una chaqueta de uniforme o algo así. Lo único que tenía ahí arriba en las colinas era su ropa. Empezó a arrancar tiras de tela de su propia chaqueta y a atarlas alrededor de las puntas de las flechas. Al fin y al cabo, no pretendía que se clavaran en ningún sitio.

En cuanto tuvo diez flechas con las puntas envueltas en tela, fue en busca de las lámparas de aceite y regresó con ellas. Se quedó pensando un momento y luego apagó la llama de una de las lámparas y la abrió para mojar una a una las flechas en el aceite.

Una sola lámpara encendida sería suficiente. La abrió para que la llama estuviera descubierta y esta parpadeó a causa de la brisa.

Cogió el arco y se puso de pie. Estaba tan oscuro que no lo verían, y la llama de la lámpara que quedaba estaba protegida por las rocas.

Cogió el arco y probó a doblarlo. Parecía obvio lo que había que hacer. Una marca en la base de la flecha encajaba en la cuerda y él podía tirar de ella hacia atrás con los dedos de la mano derecha, sujetando el arco con la mano izquierda y flexionándolo lo máximo posible. Luego apuntaría –alto, porque la flecha seguiría una trayectoria balística– y soltaría la cuerda.

Era el momento de intentarlo. El momento de actuar.

Metió la punta de la primera flecha en la llama de la lámpara. La tela empapada en aceite se prendió al instante. Levantó la flecha y encajó la base en la cuerda, la tensó, tirando hacia atrás mientras estiraba la mano izquierda delante de él para sujetar el arco. Apuntó al globo que parecía tener menos gente a su alrededor, pero lo hizo hacia arriba para que la flecha cayera justo encima de él.

La cuerda le pellizcó los dedos de la mano derecha. Notó que el arco temblaba por la tensión. La tela encendida iluminó como un fogonazo la imagen que tenía delante y casi le impidió ver todo lo demás.

¿Estaba haciendo lo correcto?

Ya era demasiado tarde para preguntárselo.

Soltó la cuerda. La flecha se arqueó en el aire hasta alcanzar una altura asombrosa y pareció quedarse ahí suspendida durante un momento antes de caer directamente sobre la superficie del globo como un meteoro diminuto.

Por unos instantes no pasó nada; lo suficiente para que Sherlock se convenciera de que por alguna razón la tela en llamas se había extinguido o la punta de la flecha no había podido penetrar la seda barnizada, o de que el gas del globo no era hidrógeno sino otra cosa diferente, algo no inflamable; pero de pronto la tela del globo empezó a despegarse como los pétalos de una flor y una bola de fuego se elevó hacia el cielo cegando completamente a Sherlock.

Un grito tremendo emergió de la zona del campamento. La gente se puso a correr de aquí para allá, lanzando cubos de agua y tratando de extinguir la tela llameante que caía sobre ellos, pero, en lugar de apagarse, la hoguera era cada vez mayor. Después de todo, el hidrógeno era más ligero que el aire.

Sherlock cogió otra flecha y la encendió, apuntó rápidamente a otro globo y disparó. La chispa diminuta que había en la punta en llamas de la flecha describió una línea brillante en el aire al volar primero hacia la oscuridad del cielo y caer después en el lateral inclinado del segundo globo.

Esta vez no vio cómo se despegaba la tela, pero la bola de fuego resultante fue igual de impresionante que la primera.

Mientras el caos reinaba abajo en el campamento, Sherlock disparó flecha tras flecha a los globos que quedaban. Cuando terminó, el aire estaba lleno de humo y el suelo estaba sembrado de los restos ardientes de la seda barnizada. ¡Y nadie había resultado herido! Estaban frenéticos y asustados, sí, pero no veía a nadie que se hubiera hecho daño. El hidrógeno incandescente había subido por el aire y la gente había esquivado con facilidad los trozos de tela en llamas que caían al suelo.

Respiró hondo. Aquella noche los globos no volarían, y tardarían días, incluso semanas, en llevar más hasta allí. Para entonces, el ejército de Balthassar o bien se habría dispersado o marcharía sobre Canadá y sería interceptado por el Ejército de la Unión. Lo había conseguido.

Una parte de él quería hacer algo con el montón de artefactos explosivos situado a un lado del campamento. Habían sobrevivido al fuego y estaban intactos. Sherlock temía que algún trozo de tejido ardiendo les cayera encima, haciéndolos estallar y provocando una matanza generalizada, pero o era más difícil que se prendieran de lo que él imaginaba o estaban lo suficientemente lejos como para evitar que les cayera cualquier chispa o tela en llamas. Pensó que podría volver a bajar sigilosamente y hacer algo con ellos, como quitarles la mecha o algo así, pero ¿para qué? Ahora que no había forma de lanzarlos, no servían para nada.

Un grito llegó desde abajo. Echó un vistazo al campamento. Un hombre le estaba señalando. La luz del hidrógeno en llamas le había delatado. Cada vez más gente empezó a mirarle. Algunos echaron a correr hacia la ladera que conducía a su escondite. La mayoría iban armados.

Claro. Tenía el arco en la mano.

Era hora de marcharse.

Se dio la vuelta y corrió hacia donde había atado al caballo. El animal, aunque nervioso y asustadizo –al intentar alejarse se habían tensado las riendas de su brida–, aún no era presa del pánico. Recuperó a toda prisa los extremos de las riendas de debajo de la roca y se subió a la silla.

Con suerte podría regresar al pueblo y hacer creer que había estado ahí todo el tiempo. No hacía falta que nadie supiera lo que había hecho.

Tiró de la cabeza del caballo para darle la vuelta y se alejó. El trayecto de bajada desde las colinas fue más fácil que el de subida. El caballo parecía conocer el terreno que pisaba y se alegraba de huir del fuego y el humo.

Ahora que el sol se había puesto, sabía por dónde ir gracias a la luz de las estrellas, y Sherlock le dejó elegir cómo bajar. En cuanto llegaran a las praderas, él encontraría el camino de vuelta al pueblo.

Mientras el caballo escogía cómo atravesar el paisaje cubierto de rocas de las estribaciones, Sherlock notó que el suave balanceo le estaba haciendo quedarse dormido. Las fuerzas le estaban abandonando, dejándolo vacío y melancólico. No tenía ganas de recorrer el largo camino de vuelta a Perseverance.

Mientras cabalgaba le empezaron a entrar dudas. ¿Qué pasaría si el Ejército de la Unión no conseguía detener la fuerza invasora de los confederados? ¿Qué pasaría si la invasión siguiera adelante y él la hubiera favorecido?

No, Amyus Crowe le había dicho que las fuerzas armadas de la Unión ya se estaban preparando para frenar a los confederados si avanzaban, pero que el secretario de guerra Stanton había decidido personalmente que quería masacrar a los confederados. A menos que algo fuera muy mal, las acciones de Sherlock solo habrían salvado vidas. No causarían un incidente diplomático.

En algún lugar de la oscuridad, un animal gritó. El ruido le sobresaltó. Sonaba muy parecido al grito de una persona. No parecía un coyote. Era más como una especie de gato grande.

El caballo se estaba abriendo paso al pie de un barranco entre dos laderas empinadas. Sherlock pensó que estaban cerca de las montañas, preparándose para atravesar las amplias praderas en dirección al pueblo. Los lados del barranco eran meras sombras negras, y solo las estrellas que brillaban sobre ellos podían indicar el punto donde su contorno abrupto se recortaba contra el cielo de la noche.

Uno de los contornos escarpados se movió.

Sherlock se despertó de golpe. Pensó que la parte de arriba del barranco se había desplazado de repente hacia un lado y había retrocedido.

Ahí arriba había algo que le estaba siguiendo.

Con los nervios a flor de piel, Sherlock miró a su alrededor. Nada. Solo oscuridad, destacada por la luz de las estrellas que se filtraba desde arriba.

Un guijarro saltó por la ladera empinada, rebotando contra el suelo del barranco.

El caballo de Sherlock empezó a mirar a su alrededor. Sabía que ahí había algo más. Levantó las orejas y Sherlock sintió a través de las piernas cómo le temblaban los

músculos.

El barranco comenzó a ensancharse delante de ellos y dio a parar a una zona llana de piedra con un fuerte desnivel en el lado opuesto que se extendía hacia las praderas que había debajo. La luz de la luna baja llegaba transversalmente como un foco. Sherlock reconoció dónde estaban: pese a la aparición de una pendiente escarpada justo delante, había un sendero a un lado que bajaba en cuesta hacia las praderas. Él y el caballo lo habían subido antes.

Cayó otro guijarro y fue rebotando de una roca a otra. El caballo de Sherlock se alejó y aceleró el paso. Estaba tan ansioso como él por llegar a las llanuras.

Algo encima de la cabeza de Sherlock gritó y se abalanzó sobre ellos desde la oscuridad.

Capítulo 17

El caballo se echó a un lado por el susto, consiguiendo que se salvaran los dos. Lo que fuera que hubiese saltado sobre ellos perdió el equilibrio y chocó contra el suelo, mostrando rápidamente unas garras preparadas para atacar. Tropezó pero enseguida se volvió a poner en pie de un salto. A Sherlock le pareció ver fugazmente, en medio de toda aquella confusión, unos ojos que reflejaban la luz de la luna y unos colmillos puntiagudos que brillaban en una boca chorreante de saliva.

Se arrancó el cuchillo del cinturón y se lo mostró. No era mucho consuelo, pero era todo lo que tenía.

Una voz delante de él dijo algo gutural en un idioma que Sherlock no reconoció, y el animal se dirigió a ella, gimiendo de frustración a Sherlock y al caballo.

Por fin lo identificó. Era uno de los pumas de Duque Balthassar. Eso quería decir que el otro probablemente andaría cerca. Y que Duque Balthassar estaba allí y aquella era su voz.

Su caballo estaba paralizado del susto: tenía los ojos muy abiertos y los labios enrollados dejando los dientes a la vista. No iba a ir a ningún sitio; no con los pumas rondando por ahí. Sherlock se deslizó de la silla, y el corazón se le salía del pecho. Estaba cansado y tenía hambre y sed. No quería aquello. No en ese momento. No en ese lugar.

Pero no creía que tuviera elección.

Avanzó hacia la luz de la luna que había a la entrada del barranco rocoso.

Duque Balthassar estaba de pie unos metros más allá. Aún llevaba puesto el traje blanco, el sombrero blanco y la máscara blanca de porcelana, pero tenía un revólver sujeto al muslo con una correa. Detrás de la oreja derecha Sherlock vio a la sanguijuela roja, que estaba húmeda y brillaba a la luz de la luna, el único punto de color de toda la escena. Le pareció que latía ligeramente.

El puma que se había abalanzado sobre Sherlock y su caballo estaba al lado de Balthassar y agitaba la cola inquieto. Sherlock notó que no paraba de echarle vistazos a la sanguijuela roja que tenía encima. Parecía nervioso, incluso asustado. Al otro puma no se le veía.

—Sherlock Scott Holmes —dijo Balthassar, y su voz apenas se oía por encima del sonido del viento—. Me temo que estamos predestinados a encontrarnos, como los amantes desventurados de Shakespeare.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Sherlock.

—Te estaba buscando —respondió Balthassar—. Cuando encontré a mis queridos reptiles todavía hambrientos y mi observatorio inundado, solo pude suponer que tú y tus valientes amigos habíais escapado. Sabes demasiado. Tenía que localizarte y ajustar cuentas contigo. Mis pumas te siguieron el rastro fuera del pueblo y vinimos detrás de ti hasta estas colinas. —Hizo una pausa con la cabeza inclinada hacia un lado—. Debo admitir que imaginaba que entrarías en el pueblo, pero en lugar de eso apareciste aquí. ¿Por qué?

Sherlock se quedó un rato pensando. Balthassar debía de haber confundido dos pistas

diferentes: la que Sherlock, Matty y Virginia habían dejado al ir hacia Perseverance y la que Sherlock y el caballo habían dejado al alejarse del pueblo. Eso significaba que Balthassar todavía no sabía que habían descubierto sus planes. ¿Debía contárselo?

Si supiera que era demasiado tarde, que ya habían encontrado a su ejército, no tendría ningún motivo para matarlo. Al menos en teoría.

–El Ejército de la Unión ya sabe lo de la invasión de Canadá –le dijo Sherlock–. No tiene sentido seguir adelante. Ríndase, Balthassar. Puede salvar muchas vidas.

Se hizo el silencio mientras Balthassar consideraba lo que Sherlock había dicho. Era imposible saber lo que estaba pensando detrás de la máscara blanca.

–¿Hace cuánto que lo saben? –preguntó por fin.

–Lo bastante como para que no haya ninguna posibilidad de que su ejército llegue a la frontera.

–En ese caso, ¿qué estás haciendo tú aquí? –preguntó Balthassar.

–Los unionistas se estaban preparando para lanzarles explosivos a sus hombres. No podía permitir que ocurriera. Tuve que impedirlo.

–Supongo que se debió a alguna forma equivocada de nobleza, y no a que estuvieras de acuerdo con el modo de vida confederado.

–Simplemente no quiero ver morir a más gente –respondió Sherlock, cansado.

Balthassar negó con la cabeza.

–¿Esperas que te lo agradezca? –preguntó, con un repentino tono áspero de enfado en su voz.

Sherlock sintió que el cansancio le pesaba sobre los hombros como el plomo.

–No espero nada –dijo–. No lo hago por usted, ni por nadie más. Lo hago por mí. Por lo que creo.

–Entonces has perdido el tiempo –espetó Balthassar–. La invasión sigue en marcha, pese a todo lo que me has dicho.

–Entonces cogerán a su gente, y si deciden luchar habrá una batalla.

–Y la gente morirá de todas formas –gruñó Balthassar–. Y habrás fracasado.

–No puedo controlar el mundo –indicó Sherlock–. Solo las pequeñas cosas que están a mi alcance. Al menos he hecho lo que he podido para evitar una masacre. El resto depende de usted, de Amyus Crowe y del gobierno.

–Tu problema es que permites que tus emociones te impidan pensar con lógica –señaló Balthassar, con la cara de porcelana impassible y brillando bajo la luz de la luna, pero con un deje de amargura en la voz–. Si tuviera que darte un consejo, sería que dominaras tus emociones. Contrólalas. Solo te llevarán por el mal camino. Te harán daño.

A Sherlock le vinieron a la mente recuerdos fugaces de su madre y de su hermana. Eran recuerdos teñidos de emociones, y esas emociones dolían. Pero también había recuerdos de Virginia, y esos recuerdos no dolían. Le hacían feliz.

–Agradezco el consejo, pero creo que me quedaré con mis emociones, si no le importa –dijo–. Me gustan, para bien o para mal.

–Te diría que algún día te arrepentirás, pero no será así. –Balthassar chasqueó los dedos. El puma que estaba a su lado avanzó hacia Sherlock, enseñando los dientes y con

los ojos entrecerrados.

Sherlock colocó la mano delante de él. La luz de la luna se reflejó en la hoja del cuchillo y lanzó un destello líquido.

El puma ni siquiera vaciló, sino que siguió avanzando.

A su espalda, escuchó unos pasos amortiguados sobre la roca. Sherlock giró la cabeza despacio.

El segundo puma estaba detrás de él.

Se le pasaron mil ideas por la cabeza, pero ninguna de ellas le convencía. ¿Cómo iba a enfrentarse a dos animales salvajes solo con un cuchillo?

Pero no eran salvajes, ¿no? Estaban bastante domesticados, o al menos obedecían a Balthassar. Le temían, y eso le daba a Sherlock una oportunidad de salvarse.

Un aumento repentino en la velocidad de las pisadas detrás de él hizo que se tirara al suelo y rodara hacia un lado. Algo oscuro apareció brevemente sobre su cabeza. Se puso en pie de un salto, pero los pumas se le adelantaron. Estaban uno junto al otro, y no paraban de gruñirle.

Los gatos podían trepar por los árboles, pero no escalar rocas. Lo más deprisa que pudo, Sherlock subió gateando la parte escarpada del barranco, rebuscando huecos en la roca con los dedos y tanteando con los pies en busca de pequeñas crestas y salientes que soportaran su peso sin desmoronarse.

Los pumas saltaban debajo de él.

Se aferró con los dedos a una zona plana de roca y se impulsó hacia arriba desesperado, justo cuando una garra le daba en la bota y tiraba de él hacia abajo. Se soltó con todas sus fuerzas y se puso a salvo en una cresta que pasaba al lado del barranco, que subía en una dirección y bajaba en la otra.

Comprobó que tenía los pies ilesos. El enorme gato le había arrancado el talón de la bota, pero aparte de eso estaba intacto.

Abajo, el brillo de los ojos de los pumas desapareció cuando cada uno se fue por su lado buscando un modo de alcanzarlo. Y ese era su territorio, no el de Sherlock. Encontrarían una manera.

—Por muy entretenido que sea esto —gritó la voz de Balthassar—, lo único que estás haciendo es posponer lo inevitable. Esa no es la forma lógica de actuar. Ríndete de una vez; será más fácil y menos doloroso.

—Me prometió lo mismo la última vez —dijo Sherlock jadeando—. Y me mintió.

El saliente era poco más ancho que su cuerpo y lo recorrió a toda velocidad, tratando de llegar a algún sitio que fuera relativamente seguro. Oía el ruido sordo de las garras encima de la piedra a un lado de donde él se encontraba y el sonido ronco y profundo de la respiración resonando por todo el barranco.

Si no hacía algo pronto, moriría.

Se apoyó en el lateral del barranco y miró hacia abajo. Solo distinguía el sombrero blanco de Balthassar.

Rezó por que su deducción sobre los pumas y la relación que tenían con su amo fuera cierta y saltó.

Se estrelló encima de Balthassar y lo tiró al suelo, haciendo que su revólver saliera disparado y se perdiera en la oscuridad. El hombro izquierdo de Sherlock chocó contra el suelo rocoso del barranco mientras intentaba alejarse rodando, y un dolor espantoso le atravesó el cuerpo. Cuando logró ponerse en pie, Balthassar ya estaba levantado y se sostenía el brazo izquierdo con el derecho. Parecía deforme, como si sus delgados huesos se hubieran roto con el golpe.

Se le había caído la máscara de porcelana. Estaba tirada en el suelo a unos metros de distancia, rota en tres pedazos. La cara, desprovista de la máscara, estaba totalmente crispada por el odio.

—Voy a dejar a un lado la cortesía sureña para ver cómo mis mascotas te arrancan la piel de los huesos mientras sigues vivo y no paras de gritar —gruñó Balthassar. Las sanguijuelas negras más pequeñas que tenía en la cara parecían agujeros a través de los que se podía ver la oscuridad del cielo nocturno que había a su espalda. Balthassar miró detrás de Sherlock—. Y aquí están —dijo, y gritó tres palabras en la lengua gutural que usaba para comunicarse con los animales.

Sherlock, que esperaba sentir en cualquier momento el peso de un puma en la espalda y el profundo dolor que le harían sus garras al surcarle la piel, dio un paso adelante, hacia Balthassar.

Le pilló desprevenido. El hombre delgado se echó para atrás, sin dejar de sujetarse el brazo, pero Sherlock alargó la mano izquierda, que estaba a punto de estallarle de dolor, y arrancó la sanguijuela roja de detrás de la oreja de Balthassar. Después de resistirse un poco, esta se soltó. La sangre salpicó en el hombro del traje blanco de Balthassar, que a la luz de la luna parecía negra.

Pegó un grito, un chillido alto y agudo de rabia destilada y estupefacción.

La sanguijuela roja gigante que Sherlock tenía en la mano era blanda y húmeda. Antes de que Balthassar pudiera hacer nada, y antes de que los pumas aparecieran, Sherlock levantó el cuchillo y la cortó por la mitad. Esta se retorció, llenándole la palma de la mano de la sangre de Balthassar. Se giró, sosteniendo en cada mano una parte de la sanguijuela, y se las lanzó a los dos pumas que avanzaban hacia él.

Dada la reacción que habían tenido antes, en la terraza de Balthassar, pensó que se darían la vuelta y saldrían huyendo aterrorizados, pero le sorprendieron. De un zarpazo, los pumas lanzaron al aire las mitades de la sanguijuela como si fueran golosinas que les hubieran tirado de premio y se las tragaron enteras.

Continuaron avanzando hacia él.

No, no hacia él. Tenían los ojos fijos en Balthassar. Sherlock se apartó despacio hacia un lado. Los pumas pasaron de largo y siguieron en dirección a su amo.

Por extraño que pareciera, tenía bastante sentido. El hombre que los había dominado estaba herido y debilitado, y la sanguijuela a la que temían había desaparecido. El poder que Balthassar tenía sobre ellos parecía haberse quebrado. Ahora ellos tenían el poder. No podía hacerles daño.

Balthassar retrocedió. El borde rocoso estaba detrás de él. Dijo algo en el idioma con el que solía controlar a los gatos, pero ellos le ignoraron.

Sherlock observó la escena, con la boca seca y el corazón latiéndole con fuerza. Balthassar dio otro paso atrás, con las manos levantadas para protegerse contra los pumas, pero su pie derecho acabó detrás del borde del saliente pedregoso, donde no había nada en que apoyarse excepto aire, y cayó gritando en la oscuridad.

Los pumas se quedaron ahí un momento, echando un vistazo por el borde, y luego, sin mirarse entre ellos ni a Sherlock, se marcharon sin hacer ruido y se adentraron en las colinas.

Sherlock se quedó de pie unos minutos para recobrar el aliento y que se le aliviara el dolor del hombro. No tenía pinta de estar roto. Al menos eso ya era algo.

Los pumas no regresaron.

Al cabo de un rato se acercó a su caballo, que estaba encogido de miedo, y lo tranquilizó, acariciándole los flancos hasta que dejó de temblar. Luego se subió a la silla y continuó el viaje, bajando la ladera que conducía a las praderas.

Al final de la cuesta encontró el cuerpo sin vida de Balthassar. Estaba tumbado en una zona llana de hierba, retorcido y roto. Las sanguijuelas habían desaparecido de su cara. Era de suponer que habrían ido en busca de otra presa en cuanto la sangre había dejado de correrle por las venas. No era necesariamente una decisión lógica, sino más bien instintiva.

Sherlock debió de quedarse dormido en el viaje de vuelta, porque cuando se quiso dar cuenta el caballo estaba trotando por las afueras del pueblo y había una luz azulada en el horizonte. Dejó al caballo atado fuera del establo y se dirigió hacia el hotel. Ya se pasaría luego a por la señal.

Cuando entró, el comedor estaba desierto. Subió a su habitación. Nadie intentó detenerlo. Casi esperaba que alguien saliera de la nada y lo atacara, o que algo le saltara sobre los hombros cuando se diera la vuelta, pero todo estaba tranquilo y en calma. Entró en su habitación y se deslizó bajo las sábanas. Era como si no hubiera ocurrido nada. Como si no hubiera salido de allí desde que entró por primera vez aquella mañana tras la larga travesía por las praderas desde casa de Balthassar con Matty y Virginia.

Durmió sin soñar nada, o al menos cuando despertó no recordaba qué había soñado, lo que seguramente fuera algo bueno.

El sol brillaba a través de la ventana de su habitación. Se quedó tumbado un rato, haciendo un recuento de lo que había pasado y relegándolo a sus recuerdos. Luego se vistió y bajó las escaleras.

Amyus Crowe estaba en el comedor, hablando con dos detectives de Pinkerton. Les dijo algo y cuando se fueron se acercó a Sherlock.

—No te he visto desde ayer por la mañana —dijo—. He estado ocupado con los Pinkerton, pero Matty y Virginia me han dicho que no has salido en ningún momento de tu habitación. Debías de estar bastante necesitado de sueño.

—Así es —dijo Sherlock.

—Tienes arañazos en las manos que no me suenan de ayer.

—Creo que me han salido esta noche —dijo Sherlock.

—Puede. —Crowe se quedó un rato mirando fijamente a Sherlock, ecuánime.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Sherlock–. ¿Qué noticias hay de Balthassar y la invasión de Canadá?

–Se canceló el ataque al ejército confederado –respondió Crowe–. Alguien le prendió fuego a los globos. Probablemente uno de los espías de Balthassar. Bueno, esa es la teoría general, ¿y quién soy yo para no estar de acuerdo?

–Al menos se evitó una masacre –señaló Sherlock.

–Sí –reconoció Crowe–. El secretario de guerra estaba completamente a favor de un gran enfrentamiento entre sus tropas y las de Balthassar, pero sus órdenes fueron interrumpidas de alguna forma, y yo aproveché la ocasión para poner en práctica un plan mío. Usamos a John Wilkes Booth para decirle al ejército de Balthassar que se dispersara. Puede ser muy convincente cuando se le da la medicación adecuada y se le ofrece una alternativa a la horca. No creo que las tropas tuvieran agallas para luchar de verdad. Se alegraron de que les dijeran que volvieran a casa.

–¿Y John Wilkes Booth?

–Por lo que a la historia se refiere, ya está muerto. Un hombre llamado John St. Helen será ingresado en un manicomio de Baltimore. Si le dan la medicación correcta en la debida dosis, podrán lidiar con él. Hasta que muera, al menos.

–Encarcelación –dijo Sherlock.

–Es un asesino, al fin y al cabo. Es lo mínimo que se merece.

Sherlock asintió con la cabeza, no tanto porque estuviera de acuerdo sino porque no le apetecía mucho discutir.

–¿Y nosotros? ¿Qué va a pasar ahora?

–Ahora volveremos a Nueva York y compraremos billetes para Inglaterra –dijo Crowe–. Eso probablemente nos lleve un día o dos. Creo que hemos pasado aquí más tiempo de la cuenta. A pesar de lo mucho que me gusta el país donde nací, Inglaterra también me divierte. Salvo las verduras recocidas y los pasteles al vapor.

–¿No os... quedáis? –preguntó Sherlock tímidamente.

Crowe sacudió su enorme cabeza.

–Hay demasiado que hacer en otros lugares –dijo–. Somos un montón aquí, pero en Inglaterra solo estoy yo. Tengo trabajo que hacer. Y le prometí a tu hermano que te enseñaría a pensar con lógica y a utilizar las pruebas, y me da a mí que no he hecho todo lo que debería en ese campo.

Más tarde los cuatro –Crowe, Virginia, Sherlock y Matty– tomaron un tren de vuelta a Nueva York, y Crowe encontró billetes para un barco que partía hacia Inglaterra unos días después. Incluso consiguieron cenar en el famoso Niblo's Garden su última noche –ostras, por supuesto, y unos bistecs enormes–, pero Sherlock notó que estaba distanciado de todo aquello, y lo veía pasar sin mucha emoción. Era como si a causa de lo que había vivido en los últimos días algo se le hubiese apagado por dentro. Esperaba que volviera pronto. No le gustaba la sensación de estar separado del resto del mundo.

Sabía que Virginia se preocupaba por él. No paraba de lanzarle miradas mientras comían, y una vez o dos le apoyó la mano en el brazo y se la quitó al ver que no reaccionaba.

Unos días después, en el barco, mientras observaba desde la barandilla cómo el puerto de Nueva York desaparecía a lo lejos, Sherlock notó que estaba tiritando pese al calor del sol y la ausencia de viento. Se sentía enfermo, decaído, pero no sabía cómo curarse.

—Entonces —dijo una voz detrás de él que le resultaba familiar—, ¿qué tal la gran metrópolis de Nueva York? ¿Hiciste lo que tenías que hacer?

Volvió la cabeza. Rufus Stone, el violinista irlandés que había conocido en el viaje de ida, estaba a su lado, apoyado en la barandilla. Llevaba el estuche del violín colgado a la espalda y el pelo largo y negro suelto sobre el cuello de la camisa.

—Creía que ibas a quedarte en Estados Unidos —dijo Sherlock, sorprendido.

—Ah, eso... —dijo Rufus con pesar—. Puede que no te lo mencionara, pero en mi país estaba metido en un pequeño lío y tenía la esperanza de que buscar la legendaria olla de oro en este extremo del arcoíris sería un acierto, pero resulta que alguien ha estado enviando mensajes a este lado del arcoíris, y me estaban esperando cuando llegué. —Suspiró—. ¿Quién iba a pensar que los irlandeses tendrían a toda el hampa de Nueva York atada y bien atada como un cadáver en una mortaja?

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Sherlock—. ¿Adónde vas?

—Eso depende —respondió Rufus, mirando distraídamente al agua—. ¿Sabes de alguien que necesite urgentemente un profesor de violín?

—Aunque no te lo creas, me parece que sí.

1 *Brõma theõn* significa ‘comida de dioses’. Supuestamente lo dijo Nerón acerca de las setas envenenadas con las que su madre Agripina la Menor mató a Claudio. (*N. de la T.*)

2 *Shenandoah* es una palabra de los indios de Norteamérica que sido traducida como ‘hija de las estrellas’, ‘el ciervo en el bosque’, ‘guerrero cazador’ o ‘el río que corre a través de elevados cerros y montañas’. *Summerisle* se podría traducir como ‘isla de verano’ y *Strangeways* sería algo así como ‘caminos extraños’. (*N. de la T.*)

3 Se trata efectivamente de una charada, un acertijo en el que hay que adivinar una palabra a partir de sílabas que encierran otros significados. En este caso las sílabas son *pen* (‘pluma’), *sill* (‘alféizar’) y *vane* (‘veleta’). Al unir las resulta el nombre del estado americano de Pensilvania. (*N. de la T.*)

4 En inglés, *two* y la preposición *to* (‘a’ en español) se pronuncian igual. (*N. de la T.*)

NOTA DEL AUTOR

Y aquí estamos, al final de la segunda aventura del joven Sherlock Holmes. Espero que hayáis disfrutado leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

En el primer libro, Sherlock aprendió a pensar con lógica y prestar atención a las pruebas del genial aunque algo misterioso Amyus Crowe. También mostré cómo empezaba a interesarse por las abejas y por el boxeo y preparé el terreno para las capacidades e intereses de los que hace gala más adelante en los cuentos de Arthur Conan Doyle (en *El signo de los cuatro*, por ejemplo, un boxeador que pelea sin guantes felicita a Sherlock diciendo: «Le digo que ha desperdiciado su talento. Hubiera llegado lejos si se hubiera dedicado al *box*»). Lo de el *box* es una palabra del argot de la comunidad del boxeo).

En este libro he intentado imaginar cómo y dónde aprendió Sherlock a tocar el violín, así como los acontecimientos que hicieron que se interesara por los tatuajes (de nuevo, en los cuentos de Conan Doyle, es capaz de determinar dónde han hecho un tatuaje solo con ver los pigmentos de la tinta). En un sentido más general he sentado algunas de las bases para el apoyo que mostrará después Sherlock a Estados Unidos (Sherlock dice en uno de los cuentos de Conan Doyle que espera que llegue el día en que los británicos y los estadounidenses sean «ciudadanos de una única nación que abarcará todo el mundo, bajo una bandera que combinará los colores de la Union Jack con las Barras y Estrellas»).

He intentado asegurarme de que los hechos que ocurren en esta obra son lo más fieles posible a la historia. El barco *Scotia*, por ejemplo, sí que atravesó el Atlántico una y otra vez llevando pasajeros de Liverpool a Nueva York, al igual que el transatlántico *Great Eastern*. No estoy seguro de si alguna vez zarpó desde Southampton o no, pero para escribir este libro he supuesto que lo hizo al menos una vez. El *Scotia* hizo su primer viaje como barco de pasajeros en 1862 a cargo del capitán Judkins y su último viaje en 1875, y durante un tiempo ostentó el récord de ser el transatlántico más rápido en cruzar el océano. Pero su consumo de carbón hizo que fuera poco rentable y no consiguió que la compañía Cunard, que lo construyó, obtuviera los beneficios que esperaba. Tras pasar unos años instalando cables submarinos para telegramas transatlánticos, el *Scotia* acabó hundiéndose cerca de la isla de Guam en el océano Índico en 1904. Por los detalles sobre el *Scotia* y otros barcos que llevaron a cabo el transporte de pasajeros por el Atlántico, estoy en deuda con los siguientes libros:

–*Transatlantic Paddle Steamers* de H. Philip Spratt, publicado por Brown, Son & Ferguson en 1951.

–*Transatlantic – Samuel Cunard, Isambard Brunel, and the Great Atlantic Steamships* de Stephen Fox, publicado por HarperCollins en 2003.

La historia contada a bordo del *Scotia* por el capitán Judkins, la que habla de la extraña criatura con aspecto de tijereta que encontraron aferrada al cable submarino del telégrafo cuando la sacaron de las profundidades del océano, es una invención mía, pero criaturas como esa existen de verdad. Es terrible pero cierto. Si no me creéis echadle un vistazo a

esta web: <http://news.ninemsn.com.au/national/1034874/monster-bug-attaches-itself-to-submarine>.

Por otro lado, la sanguijuela roja gigante de Borneo que conocemos no chupa la sangre en realidad, sino que se come a la lombriz gigante de Borneo. Aquí la sanguijuela que Duque Balthassar emplea con fines medicinales es, sugiero, una especie desconocida en la actualidad, pero dada la cantidad de especies de animales antaño desconocidas que son descubiertas cada año, desde insectos hasta mamíferos, es muy posible que haya una sanguijuela chupasangre roja y gigante por ahí en alguna parte. La sustancia que segrega la saliva de la sanguijuela para impedir la coagulación de la sangre es real y se llama hirudina. Las sanguijuelas se usan cada vez más en los hospitales para prevenir embolias potencialmente peligrosas que se forman en pacientes operados. Sin embargo, aún no se pueden conseguir con una receta.

Los grandes reptiles que persiguen a Sherlock, Matty y Virginia en el recinto de Duque Balthassar son varánidos. Los varánidos pueden llegar a alcanzar varios metros de longitud, tienen un metabolismo alto comparado con la mayoría de los reptiles y pueden ser tan inteligentes como un perro pequeño (los experimentos han demostrado que los varánidos pueden contar hasta seis, aunque ningún científico ha probado todavía para qué les sirve).

La colocación de los primeros cables submarinos entre Irlanda y Estados Unidos es una de las historias más increíbles del siglo ^{xix}. Puedo recomendar el siguiente libro para una explicación genial: *A Thread Across the Ocean – The Heroic Story of the Transatlantic Cable* de John Steele Gordon, publicado por Simon and Schuster en 2002.

Ferdinand Graf von Zeppelin, que se encuentra con Sherlock en el buque *Scotia* y en otra ocasión más adelante, pidió permiso al ejército alemán en 1863 y viajó a Estados Unidos, donde actuó como observador para el Ejército del Potomac del Norte en la guerra de Secesión contra los confederados. Lo verdaderamente crucial fue que, mientras estaba allí, conoció también al profesor Thaddeus Lowe, que utilizaba globos aerostáticos como plataformas de reconocimiento durante la guerra civil, observando los movimientos de tropas de los confederados en nombre de la Unión. Todos los viajes en globo estaban prohibidos para los civiles, así que lo que hizo el profesor Lowe fue mandar a Von Zeppelin a visitar a su asistente alemán John Steiner para poder hablar con él en alemán en lugar de usar su inglés vacilante. Von Zeppelin realizó su primera ascensión en el globo aerostático de Steiner. Fascinado por las posibilidades de los globos, Von Zeppelin regresó a Estados Unidos en la década de los setenta del siglo ^{xix} para volver a hablar con Lowe (aunque yo he cambiado ligeramente la fecha de este viaje para que encajara con la época del libro). Más tarde, de vuelta en Alemania, diseñaría el globo rígido que le haría famoso: el Zepelín.

Los detalles de Nueva York y el resto del país en la década de los sesenta del siglo ^{xix} me fueron proporcionados por:

–*Transatlantic Crossing – American Visitors to Britain and British Visitors to America in the Nineteenth Century*, seleccionado y editado por Walter Allen y publicado

por William Heinemann en 1971.

–*The Sun and the Moon – The Remarkable True Account of Hoaxers, Showmen, Dueling Journalists and Lunar Man-Bats in Nineteenth-Century New York*, de Matthew Goodman, publicado por Basic Books en 2008.

El material sobre el asesinato de Abraham Lincoln y sus consecuencias históricas lo saqué de: «They Have Killed Papa Dead!», *The Road to Ford's Theatre, Abraham Lincoln's Murder, and the Rage for Vengeance*, de Anthony S. Pitch, publicado por Steerforth Press en 2008.

Me resultó extrañamente difícil averiguar mucho sobre los ferrocarriles norteamericanos en la década de los sesenta del siglo ^{xix}. Habría estado bien tener un mapa, o por lo menos un horario que me mostrara cuántos cambios de tren necesitaría hacer una persona para llegar de Nueva York a Pensilvania, pero si esos libros existen, no fui capaz de encontrarlos. Los pocos detalles que recopilé proceden de:

–*The American Railroad Network, 1861-1890*, de George Rogers Taylor e Irene D. Neu, publicado por University of Illinois Press en 2003.

–*Guidebook for Tourists and Travellers over the Valley Railway From Cleveland to Canton* (facsimil de la edición de 1880), de John S. Reese, publicado por The Kent State Press en 2002.

Inexplicablemente, a lo largo de los años, los norteamericanos han tenido varios planes, algunos asociados al Gobierno de Estados Unidos y otros no, de robarle a Gran Bretaña partes de Canadá por la fuerza de las armas. En 1864, durante la guerra civil estadounidense (o la guerra de Secesión como se conocía en aquella época), un grupo de soldados confederados atravesó Quebec para llegar al estado estadounidense de Vermont, que estaba en manos de la Unión del Norte. En 1866, dos años antes de los hechos relatados en este libro, un grupo de irlandeses americanos abogaron por invadir Quebec y Ontario con el fin de usarlas como base desde las que atacar a Gran Bretaña en represalia por lo que vivieron durante la ocupación británica de Irlanda. Enviaron tres veces una fuerza armada a Canadá –en el segundo y tercer intento tenían cerca de mil hombres–, pero el primer intento falló y los dos siguientes fueron repelidos por la fuerza de las armas. Años después, en 1896, el secretario de la armada H. A. Herbert ordenó a los militares estadounidenses crear un plan para hacerse con el control de los Grandes Lagos y el río San Lorenzo, cuando parecía que una disputa fronteriza entre Venezuela y la Guayana británica podría intensificarse hasta desembocar en una guerra entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Las tensiones afortunadamente disminuyeron. Entre otras fuentes, consulté «The Straight Dope» (www.straightdope.com) para la información anterior.

Al igual que la otra vez, estoy en deuda tanto con los descendientes de Arthur Conan Doyle por darme permiso para escribir estos libros como con mi agente y mi editor, Rob Kirby y Rebecca McNally, respectivamente, por dotarme del espacio para hacerlo.

Cuando leáis estas palabras habré terminado de escribir la tercera novela sobre el joven

Sherlock Holmes. No voy a revelar nada sobre ella aquí, salvo el hecho de que probablemente conduzca a Sherlock y a su hermano Mycroft a las profundidades de Siberia. O hasta puede que aparezca la misteriosa rata gigante de Sumatra (un cuento, nos dirá más adelante Conan Doyle, para el que el mundo no está preparado). O ambas. Aún no lo he decidido. Sigue leyendo y lo descubrirás.

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
LA SANGUIJUELA ROJA	5
Prólogo	6
Capítulo 1	9
Capítulo 2	19
Capítulo 3	28
Capítulo 4	37
Capítulo 5	47
Capítulo 6	56
Capítulo 7	68
Capítulo 8	78
Capítulo 9	90
Capítulo 10	99
Capítulo 11	108
Capítulo 12	119
Capítulo 13	129
Capítulo 14	139
Capítulo 15	148
Capítulo 16	159
Capítulo 17	167
Notas	174
Nota del autor	175